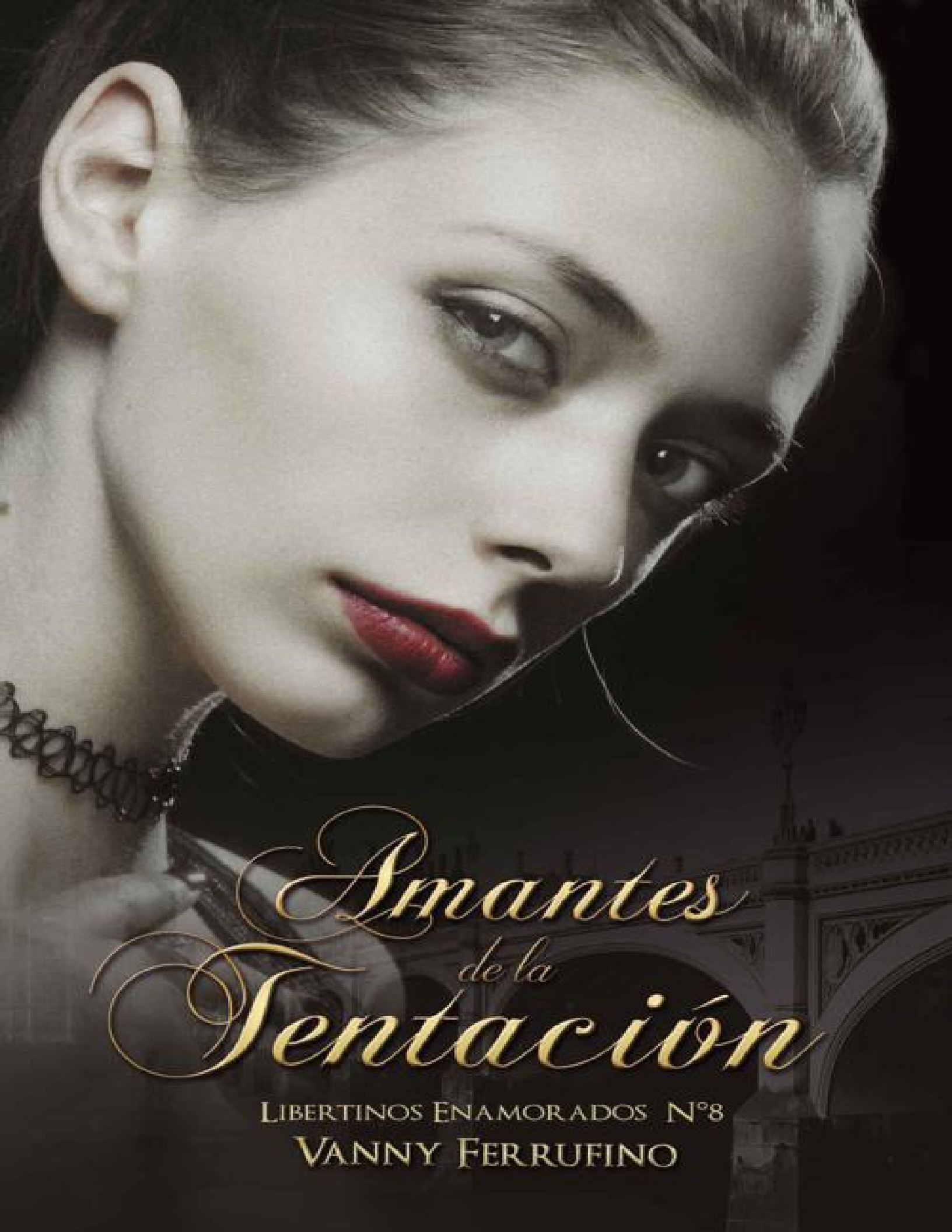




Amantes
de la
Tentación

LIBERTINOS ENAMORADOS N°8

VANNY FERRUFINO

© 2024 Vanny Ferrufino. Todos los derechos reservados.
Amantes de la tentación.

Edición: Kenfers Pérez.

Todos los derechos están reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor.

ÍNDICE

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora](#)

[La trampa del duque infame 01 *La sociedad de los canallas*](#)

Sinopsis

Leonard Pearson, conde de Grafton, acaba de perder a su condesa y la única culpable de ese hecho es la mujer que lo amó más que a nadie en la vida y ahora lo odia con cada fibra de su ser, puesto que no sintió remordimiento alguno a la hora de matar a su esposa y secuestrar a sus hijos.

Alanis Taylor, su antigua pupila, está de regreso y él sólo quiere dos cosas: encontrarla y matarla con sus propias manos.

Prólogo

*“El pasado siempre vuelve, querido lector, y yo me pregunto si esta noticia genera paz o una gran inquietud en sus pechos, ¿alguien tiene algún karma que pagar?
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

¿Qué se necesitaba para ser feliz?

Esa era una pregunta que Leonard Pearson, sexto conde de Grafton, se hacía con mucha frecuencia y todo porque incluso estando felizmente casado con una hermosa mujer que le dio dos hijos sanos y perfectos, él sentía que le faltaba mucho para llegar a ser tan dichoso como sus amigos, quienes llevaban muchos años casados y contaban con familias numerosas.

Sí, él demoró bastante en elegir una esposa, pero al menos Rionna le dio a su heredero y repuesto con bastante prontitud, puesto que sólo llevaban diez meses casados.

—¿Estás segura de lo que dices, querida? —esbozó una lenta sonrisa y trató de mostrarse lo más relajado posible mientras se acomodaba en la habitación de su condesa.

—Lo juro, milord —espetó la mujer de cabellos rojos y ojos azules en lo que terminaba de preparar el té que habían acordado que beberían juntos todas las noches desde hace más de un mes.

«Ella parece estar de buen humor», pensó distraído y observó la revista de cotilleos que estaba sobre la pequeña mesa de la estancia.

—Cada vez me siento más inquieta, estoy segura de que alguien me observa.

Leonard volvió en sí y decidió prestarle su total atención.

—Es normal que te observen, eres preciosa. —Se acercó a ella para abrazarla por la cintura y besar su mejilla.

Con suerte y esta noche podría hacerle el amor, quería creer que todos estos meses sus rechazos fueron producto del embarazo y no de un desagrado total hacia su persona.

—Eres un adulator. —Le entregó la taza con una tierna sonrisa en el rostro, rompiendo el abrazo con prontitud, y totalmente resignado Leonard se acercó a la ventana de la habitación. Ya era de noche, pero no veía ningún tipo de anomalía en el exterior—. ¿Qué sucede?

—Si te inquieta tanto esta situación, lo mínimo que puedo hacer por ti es estudiar el panorama, ¿no crees? —Le guiñó el ojo y Rionna asintió.

Dejó la taza de lado y abrió la ventana con curiosidad, el jardín se veía sereno y tranquilo, pero algo en su interior se encogió al darse cuenta que el ambiente no era nada agradable.

Frunció el ceño.

Su servidumbre llevaba noches vigilando la casa, dado que su esposa expresó su inquietud

desde hace muchos días, pero curiosamente ahora mismo no veía a un solo criado patrullando el lugar.

—Creo que bajaré unos minutos.

—¿Qué? —Bloqueó su camino para impedir que abandonara la habitación—. ¿Por qué?, ¿quieres dejarme sola? —se veía inquieta.

—Sólo será un momento.

Rionna hizo un mohín con los labios.

—Ni siquiera bebiste la taza de té que te preparé y afuera hace mucho frío.

Leonard se rio, le parecía un lindo gesto que ella se preocupara por él.

—Está bien, beberé mi té, pero luego me dejarás ir al jardín, ¿de acuerdo?

Ella dudó, pero finalmente asintió.

Se encaminó hacia la pequeña mesa que estaba junto a la ventana y todas sus alarmas se prendieron cuando un disparo resonó por el lugar y su taza explotó.

—¡Cuidado!

Maldita la hora que dejó la ventana abierta.

Volvió el cuerpo hacia Rionna, decidido a sacarla de ese lugar cuanto antes, pero el segundo disparo se situó en el pecho femenino, entregándole una horrible imagen que se movió con lentitud hasta terminar desplomada en el piso.

—¡No, Rionna! —rugió con impotencia—. No, ¿por qué? —Se arrodilló junto a ella y giró el cuerpo femenino con lentitud, quedando como piedra al ver toda la sangre que estaba en el piso y su camisola—. No puede ser. —Le tomó el pulso, pero no sintió absolutamente nada—. No... —sollozó con amargura.

Su esposa estaba muerta.

—¡Johan! —bramó fuera de sí, llamando al mayordomo, y en el exterior pudo vislumbrar una sombra sobre la rama del árbol.

Ahí se encontraba el asesino de su mujer.

Dejó a Rionna en el suelo con mucho cuidado y sin medir el riesgo de la situación se acercó a la ventana, quedando como piedra al ver como el autor de los dos disparos permanecía inmóvil en su lugar. Estaba vestido con ropa negra y una capucha escondía su identidad.

Cerró las manos en dos puños, si ese individuo tenía sentido común, saldría huyendo.

El llanto de sus hijos se levantó por toda la casa y cuando recordó que ellos también estaban en peligro, un dardo se clavó en su hombro derecho sin previo aviso, llevándolo a caer inmóvil sobre su espalda.

Empezó a respirar con dificultad al ver al vándalo apoyado en el marco de la ventana y deseó tener un revólver a su alcance para aniquilarlo. Nada de esto estaría pasando si hubiera escuchado las quejas de Rionna.

De haber estado preparado, otra sería la historia.

Sus ojos grises estudiaron la delgada figura e inhaló con pesadez al darse cuenta que se trataba de un simple chiquillo. De no estar bajo el efecto del dardo, lo mataría con sus propias manos.

—Descansa, Grafton. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal al oír la voz femenina y por un momento pensó que dejaría de respirar al ver como el asesino de su esposa se quitaba la capucha, revelando su identidad.

—A... A... —Su lengua no respondía, ni siquiera podía hablar.

La hermosa rubia de ojos violetas le regaló una sonrisa retorcida que habría sido capaz de asustar hasta a la mismísima guardia de la corona.

Alanis estaba en Londres y no se trataba de una pesadilla, ella realmente había regresado y acababa de destruir todo lo que construyó en meses en cuestión de un minuto.

—A partir de ahora yo me encargaré de tus hijos.

No, esto no podía estar pasando, Alanis jamás lastimaría a sus hijos, ¿verdad?

Quería luchar, deseaba proteger a sus hijos y alejarlos del peligro, pero sus párpados se cerraron en contra de su voluntad y lo llevaron a caer en un sueño profundo.

Capítulo 1

Dos meses atrás

Las garras de Lucifer era un club que cualquier persona con sentido común adoraba. Todo lo que sucedía dentro de ese lugar se quedaba ahí, como un dulce secreto, por lo que era normal que fuera un lugar frecuentado tanto por nobles como burgueses; no obstante, en esta ocasión, debido a que aún faltaban dos meses para el inicio de la temporada, Leonard se encontraba en un club casi desierto, agradeciendo que sus amigos hubieran abandonado sus casas de campos para recurrir a su llamado.

Uno que él denominaría como «desesperado».

—¿Estás seguro de lo que dices? —inquirió Dylan Edevane, duque de Blandes, y le entregó una copa de brandy para que pudiera lidiar con la inquietud que sentía en el pecho—. Llevan ocho meses casados, quizá es muy pronto para deducir algo así.

Leonard negó lentamente con la cabeza y le dio un largo sorbo a su copa.

—Rionna no me ama, cada vez estoy más seguro de que sólo me utilizó para garantizar su bienestar.

Si era sincero y analizaba detenidamente la situación, encontró a su esposa en una carretera, en medio de la nada y sin un solo penique. Era normal que, al verse bajo el cuidado de un conde acaudalado, ella hubiera empleado todas sus habilidades para engatusarlo y ponerlo a sus pies.

Ahogó un juramento, jamás se habría casado con esa mujer si no se hubiera sentido tan solo y perdido. Leonard era muy bueno esquivando cazafortunas, pero en esta ocasión él también quiso garantizar una vida en compañía.

—Fue una boda precipitada —admitió Matt Gibbs, conde de Devonshire, obligándolo a volver en sí—, pero ¿qué piensas hacer? Eres un hombre casado y estás atado a esa mujer hasta que la muerte los separe.

—Quiero luchar por mi matrimonio —admitió, dado que no tenía otra opción. Una separación sería muy escandalosa y no podía perjudicar al bebé que estaba en camino—. Muy pronto dará a luz a mi primer hijo y al igual que ustedes, quiero que mi familia crezca de manera armoniosa.

Él quería una vida como la de sus amigos, quienes estaban felizmente casados y tenían varios hijos.

—Tienes tiempo de sobra para conquistar a tu esposa —acotó Blandes, pensativo—. Tú mejor que nadie sabe lo difícil que fue para nosotros lidiar con las nuestras. —Devonshire asintió y Leonard barrió el silencioso club con la mirada.

Le parecía un milagro que la duquesa de Blandes y la condesa de Devonshire hubieran accedido a volver a Londres antes de tiempo, tal vez se debía al hecho de que se sentía malditamente solo y querían apoyarlo al permitir que se reuniera con sus maridos, dado que para ellos no era un secreto que su esposa no había hecho nada por ganarse la amistad de esas mujeres y tanto la duquesa como la condesa no mostraban el más mínimo interés por pasar tiempo con Rionna.

Su temperamento escocés lo complicaba todo.

—Quiero conquistarla, pero últimamente pasar tiempo con ella no ha sido más que un vil infierno.

Rionna no lo toleraba, ni siquiera aceptaba su compañía durante las comidas, y ese hecho se le hacía muy doloroso. Se casó con esa mujer con la esperanza de acabar con la maldita soledad que lo corroía por dentro, creyendo que por fin había encontrado una compañera a la que podría amar y pudiera amarlo, pero se equivocó. Ahora mismo se sentía más miserable que nunca.

—Puede que el embarazo no le esté sentando bien —dedujo Devonshire, como si acabara de recordar algo importante—. En su segundo embarazo, Riley no me soportaba. —Sus palabras no le generaron alivio ni esperanza.

Tal vez lady Devonshire tuvo contratiempos de ese tipo en su embarazo, pero ella nunca dejó de amar a su marido, sino todo lo contrario. Dudaba mucho que el rechazo de la pelirroja se tratara únicamente de su embarazo, puesto que el cambio en Rionna se presentó después de su noche de bodas, cuando ambos consumaron todo.

Era un hecho tan humillante que no pensaba abordarlo con sus amigos.

Ellos le habían pedido que no se casara tan pronto, que se diera un tiempo para conocer mejor a la pelirroja, pero como un niño rebelde se había negado a escuchar sus consejos y este era el resultado: fue atrapado por una cazafortunas.

Las puertas del salón del club se abrieron y de no haber sido por los murmullos, Leonard ni se hubiera molestado en girar el rostro. Era el sector más tranquilo del club, donde los caballeros podían sentarse y compartir un par de copas, pero por alguna extraña razón, una mujer acababa de colarse en la estancia.

Una mujer que no era Rosemary, la dueña del club.

La estudió con indiferencia mientras se acomodaba en una de las mesas y se preguntó por qué una mujer de ese tipo asistiría a Las garras de Lucifer a horas tan altas de la noche. No parecía una cortesana, su vestido color vino se veía muy fino y costoso, al igual que toda ella. Además, ella estaba escondiendo su identidad bajo una máscara.

—Rosemary es un caso perdido, en cualquier momento este club estará lleno de mujeres —comentó Blandes con cierto disgusto, no era bien visto que una dama asistiera a un club.

Leonard le dio un sorbo a su copa, decidido a ignorar lo ocurrido. Lo menos que necesitaba

era pensar en otras mujeres que no fueran su esposa, se había jurado a sí mismo que nunca sería un marido infiel, por lo que no pensaba faltar a su palabra.

—¿Temes que tu esposa pida su membresía? —bromeó un poco para aligerar la tensión de su cuerpo y su amigo gruñó por lo bajo.

Conociendo a lady Blandes, lo mejor sería olvidar este suceso lo antes posible e impedir que llegara a sus oídos.

—Siento que la he visto antes —añadió Devonshire, dubitativo, mirando a la rubia con interés.

En este caso, su amigo la tenía de frente.

—¿Eso crees? —inquirió con apatía, clavando la vista en su copa.

No se le había hecho familiar, pero su hermosa piel y figura habían desatado una sequía en su boca para recordarle que llevaba muchos meses sin tener a una sola mujer entre sus brazos. Ahogó un gruñido, debía controlar sus instintos.

—Lleva una máscara, pero hay algo en ella que me inquieta —insistió el conde y Leonard terminó el contenido de su copa y decidió llenarla de nuevo.

—Sea como sea, no debería estar aquí. —Blandes decidió ignorar a la dama y empezó a barajar las cartas—. Lo más probable es que necesite un protector.

—Vino al lugar equivocado —se rio Devonshire—. Somos pocas personas en la estancia y ella nunca será una opción para nosotros.

«Para ustedes», pensó distraídamente.

—Juguemos una última ronda, no quiero que Aline se preocupe. —Blandes repartió las cartas y él lamentó que el juego terminara tan pronto y sus dos amigos se mostraran muy ansiosos por abandonar el club.

¿Así se veía un hombre felizmente casado?

Ellos siempre ansiaban volver con sus esposas; en cambio él, sólo quería huir de la suya.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte? —inquirió Devonshire, observando el panorama—. El club está casi vacío.

—No sería la primera noche que duermo aquí, recuerda que mi esposa no quiere verme ni en pintura. —Y si era sincero, esa noche no deseaba iniciar ninguna pelea de ningún tipo—. Descuiden, les aseguro que estaré muy bien sin ustedes.

El tiempo transcurrió y la segunda botella de brandy llegó a su mesa con prontitud. El alcohol no borraba sus males ni curaba sus heridas, pero las adormecía lo suficientemente bien como para camuflar su dolor por unas horas.

—Veo que, a diferencia mía, a usted sí le va muy bien en la vida —musitó una mujer en un suave francés y Leonard observó como la pequeña mano rozaba su hombro antes de que su dueña se dejara caer en el asiento que estaba junto a él.

Frunció el ceño.

¿En qué momento la estancia se puso tan oscura?

Apenas y podía vislumbrar sus facciones, lo cual ya era muy difícil debido a la máscara que traía puesta.

—Temo decirle que está muy equivocada —le dio un sorbo a su copa—, mi vida es un desastre.

—Pero al menos le alcanza para dos botellas de brandy, yo apenas y pude beber una copa. —Leonard llamó a uno de los lacayos y pidió que le trajeran una copa para la dama, pero entonces reparó en su cuerpo, en su extrema delgadez.

—¿Querrá algo más?

Ella lo pensó un poco y le pareció percibir una mueca en sus labios.

—Oí que la cena fue langosta —musitó con timidez y él asintió hacia el lacayo.

Sabía que su petición pondría en conflicto a la cocinera, eran las dos de la mañana, pero si esa mujer se atrevió a pedir comida a esta hora era porque realmente estaba hambrienta.

—No le parece que es muy tarde para que siga aquí. —Era la mujer que vio entrar hace un par de horas, no le cabía la menor duda de eso, su cabello brillaba como el oro y su vestido era simplemente maravilloso—. ¿Tiene a dónde ir?

—Rosemary es muy buena conmigo, me permite pasar la noche en su club de vez en cuando.

—¿Ella le dio ese vestido?

La mujer asintió, pero en ningún momento conectó sus miradas.

Cuando la cena llegó, Leonard se perdió en sus pensamientos mientras ella disfrutaba de su plato de comida. Sus movimientos eran elegantes, pero sus gestos y suaves gemidos dejaban claro que no estaba acostumbrada a los buenos platos de comida.

—¿Le gusta?

—Hace mucho que no pruebo algo tan delicioso —confesó y él le dio otro sorbo a su copa de brandy—. Creo que guardaré un poco para el día de mañana.

¿Un poco?

Ella apenas y había probado tres bocados.

—Coma todo, pediré que le entreguen otro plato para llevar.

—Es usted muy generoso —no rechazó su oferta y sin reparo alguno comió toda su cena—. Me siento muy llena, gracias por la comida.

El lacayo se encargó de retirar todo de la mesa y Leonard le sirvió una copa de brandy.

—Usted no parece francesa. —La mujer le dio un sorbo a su copa, pensativa—. ¿Es un disfraz?

—Un escudo —aclaró con un encogimiento de hombros y Leonard se reclinó en su asiento, no muy seguro de cómo proseguir. No deseaba perder su compañía—. ¿Cómo podré pagar su

generosidad? —inquirió con voz ronca, conectando sus miradas, y él se preguntó por qué la iluminación era tan tenue.

¿Iba a cobrarle?

La estudió con la mirada y la garganta se le cerró cuando ella abandonó su lugar y se sentó en su regazo con coquetería para después abrazarlo por el cuello. Sólo un imbécil rechazaría a esa mujer que olía bien y se sentía de igual manera.

Su miembro no pudo resistir a semejante acercamiento y ese hecho lo alarmó.

—No me debe nada —intentó apartarla, pero ahogó un gruñido cuando ella dejó un casto beso sobre sus labios—, ¿qué hace?

—Le agradezco —susurró y regó un camino de besos por su rostro.

—Ni siquiera sé tu nombre —rodeó su pequeña cintura con recelo, consciente de que estaba jugando con fuego.

—Sólo necesitas saber que seré tu mayor tentación.

Su miembro palpitó y en esta ocasión afianzó su agarre para que ella pudiera sentir el poder que tenía sobre su cuerpo. La suave carcajada femenina lo hizo estremecerse y golpeó la mesa con fuerza, haciéndola respingar.

—Largo —miró de reojo a los pocos lacayos que estaban en la estancia y estos se marcharon en un abrir y cerrar de ojos.

—Una vez más, estamos solos —acunó su rostro e hizo que la mirara.

—¿Una vez más? —achicó los ojos, moldeando sus costados.

—No es la primera vez que te veo aquí, ¿te sientes muy solo? —No le gustó percibir la pena en su voz y agarró la muñeca femenina para impedir que acariciara su sien—. ¿Sucede algo?

—¿Por qué no te acomodas mejor, Tentación? —empleó el apelativo de manera oscura y la ayudó a subirse a horcajadas sobre él, sintió una enorme satisfacción cuando los delgados muslos se posicionaron alrededor de su estrecha cadera.

—¿Mejor? —se mecía sobre él, robándole un suave gruñido.

—Joder, sí —enterró las manos en sus caderas y tiró la cabeza hacia atrás, permitiendo que ella llevara el control de la situación.

—Bebe un poco más. —Tentación acercó la botella a sus labios y Leonard lo hizo, quería apagar la culpa que estaba sintiendo por caer en la tentación y avivar el fuego que no sabía que aún podía sentir—. ¿Te gusta? —Lo obligó a enderezarse y tragó con fuerza cuando derramó el trago por su cuello, provocando que el líquido ardiente se perdiera por la ranura de sus pechos—. Uy, lo siento —musitó con fingida timidez y él arremetió contra su cuello, lamiendo y chupando con fuerza—. Ah —gimió ella, aferrándose a sus hombros, y Leonard tiró del ribeteado del corpiño hacia abajo, liberando un pequeño y hermoso seno que él acunó con saña para después saborear con desespero.

Era perfecta y sabía delicioso.

«Busca una amante si así lo prefieres, no deseo tener nada que ver contigo».

En esta ocasión, decidió aceptar las palabras de Rionna y se aferró a la rubia como si de eso dependiera su vida. Ella lo abrazó de igual manera y liberó sus cabellos castaños con prontitud para alborotarlos con necesidad, mientras él mordía sus pezones y jugaba con su piel frágil.

Guió su mano hacia la nuca femenina para besarla con hambre voraz, pero entonces ella se apartó de su cuerpo y acomodó su escote con rapidez, llenándolo de un horrible vacío en el pecho. Se incorporó, no muy seguro de cómo proseguir, pero entonces ella le tendió su delicada mano.

—Ven conmigo.

Emoción, pasión y lujuria, eso era lo que su vida necesitaba.

Sujetó su mano sin dudarle y salieron del apartado sin causar revuelo. El club estaba en penumbras, había muy pocas personas por el lugar, pero como si ella conociera el camino, lo guió hacia el segundo piso y abrió una puerta roja sin dudarle, instándolo a subir y bajar gradas por diferentes pasadizos.

—¿A dónde me llevas? —preguntó entre risas, odiando estar lo suficientemente mareado como para golpearse cada tanto con los muros de los estrechos pasillos.

—Quiero mostrarte algo —ronroneó y entrelazó sus pequeños dedos con los suyos.

Rionna no lo amaba, llevaba meses luchando por su amor sin éxito alguno, y después de rogar por un deje de felicidad en su vida, esta mujer se ponía en su camino.

—¡Ah! —el grito femenino lo hizo abandonar su letargo y llegó a sujetarla de la cintura a tiempo para impedir su caída por las escaleras—. Eso estuvo cerca —susurró alarmada.

—Vamos más lento —pidió con aspereza y su dedo índice rozó la curva del pequeño seno. Besó su hombro desnudo, ansioso por meterla en su cama, pero guardó la compostura—. ¿De acuerdo? —La escuchó tragar con fuerza y en esta ocasión hicieron el camino sin prisa hasta llegar a la pesada cortina que los alejaba de los suaves gemidos femeninos.

Leonard se tensó.

Había escuchado hablar de esa habitación, era un lugar donde uno podía mirar y participar del coito con su amante junto a otras parejas si éstas así lo querían.

—¿Por qué me trajiste aquí?

—Quiero sabotear a alguien y enseñarle al mundo su verdadera cara.

Ahogó un juramento al ver que ingresaba sin dudarle y cuando entró a la espaciosa habitación, arrugó el entrecejo al ver más de cinco camas vacías ante él. Ninguna cortina estaba cerrada, pero una cama estaba en uso y él enarcó una ceja con sorpresa al ver quien la estaba utilizando.

Augustus Humphrey, duque de Richmond, el snob más estirado de toda Gran Bretaña,

estaba rodeado de cinco mujeres totalmente desnudas, todas morenas y muy hermosas. Según tenía entendido, Richmond decidió cortar contacto con su buen amigo el duque de Carlisle hace unos meses debido a que la hermana menor del hombre fue abandonada por su prometido, el vizconde de Aberdeen, quien prefirió a una escocesa que estaba sorda.

—Ven —susurró Tentación y tiró de él para esconderlo dentro de uno de los grandes apartados.

Mantener la cortina abierta era sinónimo de que uno podía unirse, si la cerraban, la aventura sólo era para los dos amantes.

—No sabía que tenía una membresía —admitió pensativo, Richmond siempre despotricaba para los clubs de perdición.

—Es lo suficientemente astuto como para elegir días como estos para asistir —musitó la rubia con un gran odio impreso en la voz—. Siempre fue un farsante. Finge ser perfecto, correcto y adecuado, pero ahora está feliz con cinco morenas atendiendo su cuerpo.

—¿No te agrada? —inquirió en su oído y cerró la cortina en su totalidad. No quería que ella mirara al hombre que estaba postrado y desnudo en la cama, quería que se centrara solo en él—. ¿Me trajiste aquí para que vea a un duque fornicando con cinco mujeres? —preguntó con esfuerzo, odiando que su cuerpo reaccionara tan salvajemente a los sonidos y al olor del sexo, y contuvo el aliento cuando ella dio un paso hacia atrás y se pegó a su cuerpo.

—Te traje aquí para que la pasión te gobierne y así te olvides de tu esposa. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—¿Me conoces?

—¿Quién no lo haría?

Leonard cerró las manos en dos puños, continuar con todo esto sería una locura, pero... ella había conseguido su objetivo. Abrió los botones del vestido sin miramiento alguno y ella se arqueó cuando sus manos rodearon sus pechos con saña, torturándolos.

Los jadeos femeninos camuflaron los de su amante y él se estremeció cuando el vestido se arremolinó en el piso.

—Esto sólo sucederá una vez, me entiendes —la sujetó de la cadera y la pegó a su erección con dureza.

—Sí —gimió.

Estaba perdido, no había manera de que renunciara a esta oportunidad. Se encargó del corsé con movimientos rápidos y resueltos y luego tiró de la camisola hacia abajo para poder admirar su trasero en la penumbra de la habitación.

Era perfecta.

Quiso quitarle la máscara, pero ella giró sobre su eje y lo empujó por el pecho, dejándolo caer sobre el mullido colchón. Leonard se estremeció cuando los duros y rosados pezones lo

apuntaron y se relamió los labios con ansiedad.

—Deja mi máscara en su lugar —ordenó y gateó hacia él, totalmente desnuda, para comenzar a abrirle los pantalones.

Era una mujer pequeña y delgada, pero era tan tentadora que la pasión y la lujuria lo hicieron perder el control. Leonard se incorporó sobre la cama para desvestirse y ella le sonrió en respuesta y se paró frente a él.

—¿Mi plan ha funcionado? —preguntó con voz juguetona, posando una mano en su torso desnudo.

Leonard la rodeó por la cintura y de un tirón la pegó a su cuerpo, gimiendo por lo bajo al sentir el contacto de piel con piel.

—¿Tú que crees? —susurró con esfuerzo, rozando sus narices.

—Creo que esta noche vas a ser mío —decretó y unió sus labios con hambre voraz, arrebatándole la cordura.

¿Hace cuánto que nadie lo besaba con tanto abandono?

Rodeó las pequeñas nalgas con sus grandes manos y ella saltó sobre su lugar para abrazarlo con las piernas por la cadera. Ambos gimieron por el impacto de sus excitados centros y Leonard se arrodilló sobre el mullido colchón para tender a su amante sobre las almohadas. Todo esto sin liberar sus labios.

Llevaba tanto tiempo sin disfrutar de una mujer que ahora mismo sólo deseaba saborear cada maldito rincón de su delicado cuerpo. Liberó sus labios, permitiéndole tomar una gran bocanada de aire, y deslizó sus besos hasta llegar a las cúspides rosadas.

—¡Ah! —ella se arqueó, disfrutando de las traviesas mordidas, y Leonard tiritó de satisfacción cuando lo sujetó de los cabellos—. Sí, me gusta.

Sus palabras lo motivaron a ser más perverso y pronto estuvo pasando de un pecho a otro, robándole varios gemidos de placer, hasta que se vio en la tarea de descender para no terminar antes de lo previsto.

—¡Ah! —gritó cuando sus labios devoraron su pequeña perla y hundió un dedo en su interior, estaba tan húmeda que podría sumergirse en ella por horas.

Le hizo el amor con la boca, recibiendo la explosión de su clímax con deleite, y observando como el pequeño cuerpo atravesaba una ola de espasmos, Leonard se sumergió en ella con cuidado, disfrutando el cómo las paredes vaginales se cerraron alrededor de su falo y gruñó con satisfacción cuando la penetró profundamente, enterrándose por completo en su interior.

Ella se sentía como el paraíso y el infierno; encantadora, pero ardiente.

—Eres tan suave y perfecta para mí —confesó abrumado, apoyando su peso sobre sus codos, y la rubia lo abrazó por la cintura con las piernas—. ¿Me necesitas?

—Sí, por favor, continua.

Leonard inhaló profundamente y aferrando una mano al cabezal de la cama, empezó a bombear sin control alguno. En ese momento su Tentación no calló más, gimió y gritó con tanto abandono que estaba seguro de que las demás mujeres sintieron envidia de ella.

Cubrió su boca con sus labios al sentir que pronto colapsaría y devoró su grito con satisfacción, haciéndola probar su sabor. La esencia femenina hizo que su cuerpo comenzara a tiritar y cuando quiso apartarse, la sorpresa la golpeó con fuerza porque ella afianzó el agarre de sus piernas y lo hizo girar de tal manera que terminó montándolo sin control alguno.

—¡Arg! —ahora fue él quien gruñó por lo alto y la sujetó de las caderas con fuerza—. Ah, sí, joder. —La ayudó a marcar el ritmo y no hizo nada por apartarla, Leonard dejó que su orgasmo estallara dentro de la rubia y lejos de romper la unión de sus cuerpos, tiró de ella para besarla con abandono.

Esto era hacer el amor.

Esto era lo que él estuvo buscando por tanto tiempo.

Su perversa tentación siguió contoneándose sobre él y Leonard empezó a respirar con dificultad.

¿Cómo diablos olvidaría esta noche si ella la estaba haciendo tan memorable?

—¿Te gustó?

—Me encantó, tú me encantas —confesó con esfuerzo y ella se rio.

—Repitémoslo, hagámoslo de nuevo.

—Yo...

—Deja que esta noche sea solo tuya.

Y con esas simples palabras, su autocontrol se esfumó e hizo y deshizo a esa mujer a su antojo por horas, sin ser consciente de que la persona que realmente estaba llevando el control de la situación era su misteriosa amante.

Capítulo 2

Sin temporada, lady Berricloth no era una amenaza. No obstante, tal vez pecó de iluso al creer que no llamaría la atención al preguntar día con día por su misteriosa mujer en Las garras de Lucifer. Ya había pasado un mes desde el día que amaneció solo en la cama donde se sintió feliz y realizado, y no tenía la menor idea de dónde podría encontrar a la rubia.

Por un momento pensó que llegarían a un acuerdo.

—¿Estás demente? Dijiste que olvidarías lo ocurrido y lucharías por salvar tu matrimonio —farfulló Blandes con enojo y Leonard se frotó las sienes con frustración—. ¿Ya sabes quién le envió esa nota a tu esposa?

—No —confesó— y lo peor de todo es que lo único que me preocupa es que no puedo sacarla de mi cabeza, Dylan —lo llamó por su nombre de pila—. Cuando la tuve entre mis brazos me sentí más vivo que nunca, quiero encontrarla, necesito saber quién es.

—¡Tu esposa dará a luz en días! —vociferó su amigo y él alborotó su cabellera con desespero.

¿Por qué todo esto tenía que ser tan difícil? Rionna no lo quería, él tenía todo el derecho de tener una amante que pudiera darle el cariño que su esposa no estaba dispuesta a brindarle.

—Lucha por tu matrimonio, no será sencillo, a mí me tomó años recuperar el amor de mi mujer. —Mentira, lady Aline nunca dejó de amar a su esposo—. Piensa en tu hijo, ¿realmente quieres que crezca así? Debería recordarte lo miserable que fui al descubrir cómo murió mi madre.

Tenía razón, él no podía ser igual que el difunto duque de Blandes, quien no sólo metió a su amante a su casa a vivir con su mujer e hijo, sino que esta fue la hermana de su difunta esposa.

—Te prometo que no volveré a buscarla.

Su amigo se dejó caer frente a él y asintió, era evidente que la situación lo había hecho disgustar más de lo debido y no era para menos, de haberse ido con ellos de Las garras de Lucifer, Tentación no seguiría en su cabeza ni se colaría en sus sueños y fantasías por las noches.

—Estoy casi seguro de que fue ella quien le escribió a tu esposa. —Leonard no estaba tan seguro de eso, en todo caso lo buscaría a él para pedirle algo de dinero—. Aunque no entiendo por qué no hizo acto de presencia para extorsionarte, dijiste que no tenía recursos.

Él había pensado que ella volvería a buscarlo, pero lastimosamente eso no sucedió.

—¿Crees que le sucedió algo? —se preocupó y su amigo lo miró con dureza—. ¿Qué?

—Creo que está esperando la oportunidad perfecta para pedirte algo a cambio. —Un

escalofrío recorrió su espina dorsal, dudaba mucho que esas fueran sus intenciones, de ser así, ella no lo habría abandonado una vez que cayó dormido, sino que se habría quedado a su lado para esperar su despertar.

Él le habría dado lo que sea con tal de mantenerla junto a él.

Un suave toque en la puerta de su despacho hizo que ambos hombres interrumpieran la conversación y dirigieran su total atención al mayordomo, quien carraspeó con cierto nerviosismo antes de decir:

—Lady Grafton quiere verlo, milord.

Después de tres días de frío silencio, Rionna por fin estaba dispuesta a hablar con él.

—Te mandaré una misiva —se despidió de su amigo y se dirigió a la alcoba de su esposa sintiendo un horrible nudo en la garganta.

Le juró fidelidad y falló, al final no era mejor que cualquier otro libertino.

Llamó a la puerta.

—Adelante.

—¿Me mandaste a buscar?

Los ojos celestes se posaron en él con rencor y Leonard se motivó a sí mismo a avanzar hacia su esposa, quien estaba sentada en la cama, sujetando su gran vientre con cansancio.

—Quiero saber por qué lo hiciste —musitó con esfuerzo y se sentó junto a ella—. Me traicionaste.

—De verdad lo siento. —Decidió ser sincero—. Me sentía muy solo, llevas meses sin querer saber de mí y siempre que trataba de acercarme me despreciabas. Nunca quise que las cosas terminaran así, Rionna. —Se arrodilló frente a ella y enterró el rostro en sus muslos—. No lo volveré a hacer, de verdad lo siento.

Él no era un vividor, su intención nunca fue tener un matrimonio de ese tipo, merecía una segunda oportunidad.

—Creo que yo también fallé —musitó ella de pronto, obligándolo a buscarla con la mirada—. Nunca quise hacerte sentir mal, ha sido un embarazo difícil, pero pronto terminará y ambos podremos luchar por nuestro matrimonio.

¿Luchar por su matrimonio?

«Lucha por tu matrimonio, no será sencillo, a mí me tomó años recuperar el amor de mi mujer. Piensa en tu hijo, ¿realmente quieres que crezca así?»

Debía hacerlo, debía poner de su parte para rescatar a su familia, para que su hijo pudiera vivir bajo un manto lleno de amor y protección. Odiaba admitirlo, pero era hora de sacar a Tentación de su cabeza. Ella sólo fue una noche, un atisbo de felicidad, un simple recordatorio de que aún estaba vivo.

—Nada me daría más gusto que eso —confesó y la abrazó por el vientre con ternura—.

Quiero que mi hijo llegue a un hogar lleno de amor y siempre cuente con el amor de sus padres.
—Le pareció ver un deje de disgusto en sus labios, ¿no estaba de acuerdo con sus palabras?—.
¿Me odias por lo que hice?

Le tomó unos segundos, pero finalmente negó con la cabeza.

—Sé que he fallado, pero a partir de ahora sólo quiero pasar tiempo contigo.

Había esperado gritos, reclamos e incluso que intentara echarlo de la casa, pero jamás se imaginó que ella lo perdonaría con tanta facilidad. ¿Podría ser que el embarazo la tuviera algo sensible o en el fondo se hubiera dado cuenta de que su comportamiento no fue el mejor de todos en los últimos meses?

Como sea, le estaba dando una oportunidad para enmendar sus errores y él no la desaprovecharía. Impulsó su cuerpo con toda la intención de besarla, pero toda su emoción se disipó cuando ella apartó el rostro y fingió una tierna sonrisa.

—Me siento cansada, pronto daré a luz, me gustaría dormir un poco.

¿Cuándo terminaría de aceptar que la mujer que tenía en frente no lo amaba?

Rionna nunca lo vio con ojos de amor, para ella, él sólo fue su salvador.

—¿Estás perdida? —Leonard se preocupó al estudiar la silenciosa carretera y volvió a posar los ojos en la mujer que salió corriendo de los árboles para pedir su ayuda.

—Ayúdeme a llegar a Escocia, por favor —suplicó con voz rota y sus ojos azules se llenaron de lágrimas—. No tengo dinero, me dijeron que mi último familiar está muy enfermo y tal vez fui algo insensata al empezar este viaje a pie.

Sí, era una tonta, pero curiosamente él se estaba dirigiendo a Escocia, por lo que llevar a la joven con él no representaría un gran sacrificio.

—De acuerdo.

La ayudó a subir a su carruaje y durante la primera hora ninguno de los dos se atrevió a decir mucho, no obstante, finalmente la joven se armó de valor y empezó una conversación bastante amena que lo encandiló.

Era lista, tierna y muy hermosa.

Recordó la carta de su majestad, la cual le enviaba un ultimátum para encontrar una esposa en el plazo de tres meses o sino ellos elegirían una dama por él, y se preguntó si Rionna Gunn podría llegar a convertirse en una gran condesa.

Evidentemente ella no tenía una dote, ni una educación pulcra, pero Leonard no necesitaba una heredera porque tenía dinero de sobra y sus modales podrían pulirse con el tiempo.

Tenía dos días para tomar una decisión y quizá el verla sufrir por la muerte de su tío y el hecho de estar totalmente sola fueron los detonantes que lo llevaron a ofrecerle matrimonio la noche que supuestamente ellos debían despedirse.

Cinco días más tarde, Leonard se encontraba en su despacho con una copa de whisky en la mano, incapaz de poder lidiar con el nerviosismo que sentía en el pecho. Los gritos de Rionna retumbaban por toda su casa y el eco no hacía más que atormentarlo. Ella llevaba más de doce horas en labor de parto y no tenía la menor idea si era normal que eso tomara tanto tiempo.

Se frotó el rostro, arrastrando el sudor lejos de su piel.

—Todo saldrá bien, ambos prometimos ser buenos padres.

Una vez que su hijo naciera, sus vidas cambiarían para bien y formarían una hermosa familia. Tanto Rionna como él darían todo de sí para sacar su matrimonio adelante, por lo que no había razón alguna para alarmarse, ¿verdad?

El llanto de un bebé hizo que el aire regresara a sus pulmones y abandonó su lugar con rapidez para dirigirse a la habitación de su esposa. Todo el lugar se puso en calma, los gritos de su esposa cesaron y fue el llanto de su bebé lo que llenó el ambiente.

Leonard iba a ingresar a la alcoba, pero lo siguiente que escuchó lo dejó petrificado en su lugar.

—Es un niño, milady.

—Sácalo de aquí, no quiero verlo ni oírlo, ¡llévatelo! —se tensó, ¿qué tipo de mujer pedía algo así después de dar a luz?—. ¡Ah! —el grito de la condesa hizo que todos se pusieran alerta.

—Hay otro bebé —informó el médico, provocando que el corazón de Leonard comenzara a latir sin control alguno, y en esta ocasión sí llegó a ver a su primer hijo porque la doncella salió corriendo del lugar con el bebé en brazos.

—Milord —musitó con un hilo de voz y él estiró los brazos para tomar al niño.

—Es bueno tenerte en casa, Alexander Pearson —musitó con voz suave y el llanto de su hijo empezó a cesar, generándole una gran paz en el pecho—. Pronto conoceremos a tu hermano.

Dos hijos.

Iba a ser padre de dos niños.

¿Era normal que la emoción que sentía en el pecho fuera tan intensa?

Esa noche Leonard pudo compartir un agradable momento con Alexander y Gabriel en la soledad de su habitación, puesto que su esposa se había rehusado a reunirse con ellos por el momento, alegando que el parto la había dejado exhausta y muy asustada.

Alexander y Gabriel Pearson eran lo más valioso que Leonard poseía y esperaba que Rionna sólo los estuviera evitando esta noche, porque de ser diferente, no tenía la menor idea de qué tipo de camino tomaría su matrimonio.

Capítulo 3

Alanis Taylor, única hija del difunto conde de Grafton y viuda del miserable Edward Sullivan, no era una mujer que pudiera tomarse a la ligera y la clara prueba de ello era que llevaba mucho tiempo vigilando a la familia Pearson. Los gemelos Alexander y Gabriel nacieron hace un mes y su llegada era un claro presagio de que el caos estaba a punto de estallar.

La temporada inglesa daría inicio en unos días y traería consigo a toda la nobleza dispuesta a causar revuelo en la ciudad. La paz se iría y eso quería decir que el peligro asecharía, una vez más, al conde de Grafton, puesto que todo el gentío y las festividades serían el camuflaje perfecto para el asesino de un noble.

—El hombre que mandó a asesinar a mi padre —escupió con desprecio y se puso sus guantes de cuero con fría indiferencia.

Llevaba años esperando por este momento, por este día en particular, y sabía que esta noche tenía mucho que perder, como también mucho que ganar. Un error podría arruinarlo todo y en otras circunstancias, ella no le temería a la muerte, pero ahora todo era diferente.

«Demasiado para mi gusto», reconoció para sí misma, mirándose una vez más en el espejo de cuerpo completo.

No había rastro alguno de la dama inocente y risueña que fue. Sus sueños fueron destruidos el día que fue entregada a un ser despreciable y sin corazón, y fueron reemplazados por el odio y sed de venganza.

Alanis jamás entendería qué hizo para merecer este infierno, pero sin la compañía de su tía Gertrude, la única familia que le quedaba, ya nada tenía sentido. Cualquier destino era mejor que seguir al lado de Edward Sullivan.

Estaba harta de vivir, necesitaba acabar con este suplicio.

—Hazte un lado, deben llevarse el cuerpo —ordenó Sullivan con frialdad y Alanis se aferró al cuerpo inerte de su tía con más fuerza.

Quería ir con ella, ya no quería vivir en este lugar.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó con voz oscura, viendo como la sangre teñía sus manos—. ¡Mi tía no hizo nada malo! —chilló desesperada y lanzó un grito cuando su esposo la sujetó de los cabellos y tiró de ella hacia atrás para que sus hombres se hicieran cargo del cuerpo—. ¡No la toquen! ¡Cómo se atreven!

Edward la mató, él lastimó a su tía y Alanis no podía entender el por qué. Durante años siguieron todas sus órdenes y ese desgraciado las traicionó. Lloró con fuerza, odiando que las

cosas hayan terminado de esta manera, y como si matar a su tía no fuera suficiente, él empezó a golpearla con brutalidad.

—¡Ya cállate! —le propinó una patada en el vientre, robándole el aliento—. Era un vejestorio, tarde o temprano iba a morir. —Le dio la espalda y se pasó los dedos por sus canosos cabellos con molestia—. Mira lo que me obligaste a hacer, ya te dije que no me gusta lastimarte.

Alanis se quedó tendida en el piso y la sangre se deslizó por su mentón.

Ella también quería morir, pero sabía que él nunca llegaría lo suficientemente lejos como para matarla.

—El dolor pasará en unos días, le pediré a una de las criadas que venga a ayudarte.

—¿Por qué la mataste?

Él la miró con desdén, sin sentir nada de pena por su persona, y se rio con disgusto.

—No me gusta la gente fisgona y tu tía descubrió un pequeño secreto, así que pensé que lo mejor sería deshacerme de ella. —Siempre supo que Edward no era un buen hombre, pero qué tipo de secretos podía guardar como para considerar que matar era mil veces mejor que sacarlo a la luz. Se acuclilló frente a ella y acarició su mejilla adolorida—. Esto no se verá bien, tendré que visitar el burdel por unas semanas.

«Por favor», rogó mentalmente.

—Ahora sólo me tienes a mí —dijo de pronto, sonriendo con maldad—. Y en nuestro matrimonio no deben existir los secretos, ¿verdad? —la garganta se le cerró, no quería saber por qué razón su tía fue enviada a una mejor vida—. La muerte de tu padre, no fue un accidente. —La sangre se le congeló—. Nuestra tarea es deshacernos de todos los condes de Grafton hasta que nuestro jefe pueda ocupar el lugar que le corresponde.

¿Qué?

Ese hombre no sólo le arrebató a su tía, sino también a su padre.

Alanis empezó a llorar en silencio.

—Lo siento, querida, tal vez habría sido más generoso con el difunto conde si me hubiera cedido tu mano en matrimonio desde un principio.

¿Su padre llegó a conocer a Sullivan?

—Pero qué importa, ya eres mía y eso era lo único que realmente quería. —Se marchó, dejándola tumbada en el piso, y Alanis cerró las manos en dos puños sintiendo una ira inconfundible en el pecho.

¿Quería morir?

Claro que quería acabar con su existencia, pero antes encontraría la manera de obtener su venganza.

Alanis apartó las lágrimas rebeldes de su rostro con enojo, sintiendo un gran rencor en el pecho, y se odió a sí misma por no poder conseguir más opciones ni tener otros caminos que seguir.

«Si quieres recuperar tu vida, esto es lo que tienes que hacer», recordó las palabras de su reina y se mordió el labio inferior con impotencia.

¿Es que nunca podría desvincularse de Grafton?

«Atraparemos al asesino de tu padre, pero tu deber es proteger al conde».

Se rio con histeria, todo esto era tan injusto.

—¿Por qué diablos debo protegerlo? —escupió con rencor.

Leonard Pearson arruinó su vida, la arrojó al infierno y todo porque no se atrevió a cumplir el último deseo de su padre, uno que implicaba una boda entre ellos hace más de trece años.

«Me las pagarás, tú arruinaste mi vida y yo destruiré la tuya».

Su deber era cuidar su integridad física, no su bienestar emocional.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando unos brazos masculinos la rodearon por los hombros y por el reflejo del espejo estudió el rostro de su mejor amigo.

—Tú quisiste llegar hasta aquí —musitó Travis Spinster, el hombre que la ayudó a acabar con la vida de su despreciable esposo—. Hiciste bien en buscarme, empezamos juntos con esta locura y ahora no puedo dejarte sola en esto.

Travis fue, al igual que ella, uno de los esclavos de Edward. Durante años, ambos estuvieron sometidos a sus órdenes, abusos y castigos, por lo que no fue difícil para ellos concretar una sociedad y acabar de una vez por todas con ese desgraciado.

—¿Dónde llevaron a mi tía? —preguntó con voz débil, agradeciendo que acercara el vaso de agua a sus labios.

—Cuando seas libre te llevaré a verla —respondió con suavidad y empezó a curar las heridas de su cuerpo—. No mandó a nadie para que viniera a ayudarte, supuse que esto pasaría.

Estaba tan acostumbrada a los golpes que ya ni siquiera sentía dolor cuando debía lidiar con sus heridas.

—Nunca seré libre mientras siga con vida —pensó distraídamente, considerando que tal vez, sólo tal vez, su tía ahora realmente estaba feliz en otra vida.

—¿Quieres ser libre?

—Quiero vengarme de él —escupió con rencor y ambos se miraron de reojo—. No estás aquí sólo porque sí, ¿no es así?

Conocía a ese hombre, en más de una ocasión la había ayudado a lidiar con las golpizas de Edward, pero era la primera vez que llegaba lo suficientemente lejos como para tener una conversación con ella.

—Tú llegaste a él por un matrimonio, yo por deudas.

—¿Es una forma de decirme que no apoyas su actitud?

—Nunca lo haré —reconoció—. Hace más de dos años él me dijo que perdonaría mi deuda si permitía que mi hermana menor se casara con su primo. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal—. Gracias a los cielos Blair pudo huir, no sabía que ese hombre podía llegar a ser tan cruel, aunque admito que me agobia no saber dónde y cómo se encuentra —musitó con tristeza.

—Cualquier lugar es mejor que junto a un Sullivan.

—Lo sé —soltó con pesar—. Después de la huida de Blair, Sullivan me trajo consigo para realizar tareas desagradables. Yo... quiero largarme de aquí.

—No viniste aquí sólo a ayudarme con mis heridas, ¿verdad? —lo miró con fijeza y el hombre de cabellos castaños con destellos dorados asintió.

—Tiene muchos aliados, debemos ser cuidadosos.

—Ayúdame a enviar una carta a la corona —musitó de pronto y él la miró con sorpresa—. Sólo con ayuda de la policía británica podremos huir de estos hombres.

—Pero ¿por qué nos ayudarían?

—Porque ellos quieren matar al siguiente y, según tengo entendido, último conde de Grafton. —Aunque si era sincera, seguía sin entender por qué no lo habían hecho hasta el momento—. Tienen muchos crímenes encima que la corona querrá esclarecer.

—Está bien, enviaré tu carta.

—Y a partir de ese momento, tenemos que soportar tres meses a Sullivan antes de matarlo.

—Yo me encargaré de adular una de sus bebidas y tú terminarás con la tarea mientras él duerme, así pensarán que su corazón dejó de latir.

—Bien.

Ella nunca pensó que llegaría a idear un plan para aniquilar a una persona, pero considerando que el sujeto era un ser tan despreciable como Sullivan, Alanis sólo le estaba haciendo un favor a la humanidad al acabar con esa escoria.

La noche que mataron a Sullivan, Travis y ella no sólo buscaron toda la información que necesitarían para confirmar sus crímenes dentro del despacho de su difunto esposo, sino que tomaron todo el dinero que pudieron encontrar y salieron huyendo de la propiedad bajo el cuidado de los guardias reales.

Ese día ella le dio una gran cantidad de dinero a Travis para que siguiera con su vida, enmendara sus errores y buscara a su pequeña hermana, puesto que él no quería mudarse a Inglaterra; no obstante, ella sí que llegó a Londres y presentó toda la documentación que tenía, aunque no sirvió de mucho porque en ningún documento estaba el nombre del hombre que ordenó el asesinato de su padre.

«Tendremos que buscar información», le había dicho uno de los espías que la reina le presentó, dejando claro que a partir de ese momento ella sería parte de toda la investigación.

El primer año no fue sencillo, no pudo complacer las exigencias de la corona, por lo que fue abandonada a su suerte para que pudiera buscarse camino en su propia tierra. Alanis llevaba ocho años viviendo en Londres y jamás consideró la idea de buscar a su antiguo tutor, ni siquiera cuando la situación fue lo suficientemente dura como para considerarlo.

—¿Quién eres? —preguntó con recelo y el hombre de cabellera oscura y rapada casi al ras le regaló una sonrisa engreída, observando su uniforme de lacayo. Llevaba años trabajando en esa casa para huéspedes escondida bajo un disfraz—. No te conozco.

—Mi jefe me ha hablado de ti, milady —musitó sólo para que ella pudiera escuchar y la garganta se le cerró—. Intentaron entrenarte, pero fallaste.

Era un espía de la corona.

—No fallé —siseó con enojo—, las circunstancias lo complicaron todo.

—Sí, algo así me dijeron. —La estudió con la mirada y le señaló el asiento que estaba en frente—. Vengo a ofrecerte trabajo, me pareces admirable y creo que puedes serme útil.

—¿Qué es lo que quiere?

—Retomar el caso, entrenarte y descubrir quién está tan empeñado en hacerse del condado de Grafton.

¿Retomar el caso de la muerte de su padre?

Llevaba seis años en Londres y no había sucedido nada raro alrededor de Grafton, por lo que incluso la corona alzó las manos en cuanto al tema, considerándola una vil mentirosa.

—¿Conoce mi situación? —Él asintió—. ¿No le afecta?

—En lo absoluto. —Dejó una tarjeta sobre la mesa—. Si te interesa, puedes venir a verme mañana a primera hora. —Se marchó del comedor y ella sujetó la tarjeta con cierto nerviosismo.

—Jackson Sterling —leyó en voz baja.

Ella leía el periódico y sabía que era uno de los mejores detectives de Gran Bretaña.

Empuñó las manos con fuerza.

Se había dicho que seguiría con su vida, que buscaría salir adelante por sus propios medios, pero si ese hombre podía darle un mejor lugar y calidad de vida, Alanis no dudaría en aceptar el reto.

Dos años habían sido más que suficientes para convertirla en una mujer temeraria y violenta, pero incluso así, ella seguía sin sentirse tranquila. Su vida siempre estaba en peligro y en esta ocasión no podía arriesgarla tan irresponsablemente solo porque la corona se lo pidiera.

Ahora que las cosas habían comenzado a cambiar alrededor de Grafton, la corona había vuelto a confiar en ella y la reina intentó enmendar sus errores; no obstante, Alanis no deseaba recibir sus migajas.

Ella sabía lo que quería y lo conseguiría a como dé lugar.

—¿Están listos? —la voz de Jackson llegó a sus oídos y se volvió hacia su jefe con rapidez. Él estudió sus aspectos y asintió—. Perfecto, trata de ser lo más rápida posible, Alanis, recuerda que estamos a punto de cometer un gran crimen.

Y si la corona no estuviera detrás de todo esto, serían colgados sin piedad alguna.

Cuando llegaron a Grafton House, Alanis tomó su posición y vio a lo lejos como su gente se encargaba de los lacayos del conde con bastante facilidad. Este había sido su lugar el último año, su deber era vigilar al conde desde las sombras y por esa razón conocía cada uno de sus movimientos y era muy consciente de que lo que lady Grafton estaba echando a la taza de su esposo no era ningún endulzante.

Ella quería envenenarlo.

Había interceptado unas cuantas de sus cartas. Esa mujer trabajaba para el asesino de su padre, pero era demasiado peligrosa como para dejarla con vida, puesto que, según Jackson, Grafton sentía algo por esa mujer.

Alanis se rio con cinismo.

El conde no sabía lo que era el amor, porque de ser así, él nunca se habría acostado con ella tan fácilmente en Las garras de Lucifer. Un escalofrío recorrió su espina dorsal al recordar esa noche y la bilis trepó por su garganta.

Acostarse con Leonard Pearson fue todo un reto, pero al final valió la pena.

Su cuerpo se despabiló cuando el castaño se acercó a la ventana para estudiar el panorama y pudo escuchar con claridad la insistencia de Rionna para que él bebiera su té antes de salir a vigilar al jardín.

Era una víbora, pero le faltaba astucia.

Alanis efectuó el primer disparo para deshacerse de la taza y luego le disparó a la pelirroja en el pecho, un disparo mortal que no le dolió en lo más mínimo efectuar.

«Descuida, una vez que Grafton esté muerto, los gemelos serán tuyos», recordó las palabras que leyó en su última carta y torció los labios con rencor al ver el abatimiento del conde.

¿Actuaría de esa manera si supiera que esa mujer quería matarlo para luego entregar a sus hijos?

Guardó su cañón cuando él dejó a Rionna en el piso y se acercó a la ventana, un movimiento descuidado si se consideraba que ella estaba armada. Disparó un dardo a su hombro derecho, sacándolo de juego, y cuando lo vio caer sobre su espalda saltó con astucia para caer elegantemente en el marco de la ventana.

Sintió una inmensa satisfacción al ver el dolor en su rostro.

«Así me sentí cuando mataron a mi tía ante mis propios ojos».

Se quitó la capucha del rostro para revelar su identidad y la sorpresa lo dejó perplejo. Bien, quería que Grafton recordara este día, ese hombre debía tener muy presente que su regreso no desataría nada más que un infierno en su vida.

Grafton la miró con odio, desespero y preocupación, ¿pensaba que sus hijos correrían peligro con ella en Londres?

—Descansa, Grafton, yo me encargaré de tus hijos a partir de ahora.

«De los tres», pensó con frialdad.

Esa noche su gente abandonó Grafton House con más facilidad de la esperada y Alanis observó a los gemelos con nostalgia. Habían perdido a su madre, pero ahora que estuvieran refugiados en el palacio no correrían ningún peligro.

—¿Está muerta? —preguntó su majestad una vez que estuvieron solas en el salón y ella asintió—. Eso quiere decir que pronto recuperarás todo lo que el conde te quitó.

La garganta se le cerró.

Ella nunca regresó a Londres con esa intención, su sueño de convertirse en condesa de Grafton murió junto a Sullivan, pero ahora necesitaba un hogar, un lugar seguro y dinero suficiente para subsistir, y la única persona que podía darle todo eso era Grafton.

—Sabe que maté a su esposa.

—Deberá agradecerte cuando descubra que lo hiciste para salvarle la vida. —Dudaba mucho que Grafton pensara de esa manera—. Es lo correcto, es el camino adecuado, debes convertirte en condesa. Es tu destino. No debí darle tres meses, jamás pensé que llegaría con esa escocesa de su viaje a las tierras altas.

¿Su destino era convertirse en la condesa de Grafton?

Lo único que ella quería era...

—¡Mamá!

En ese momento abandonó su rígida posición y se volvió hacia su hija, quién corrió en su dirección con los brazos extendidos y le dio una nueva razón para sonreír.

Sierra era la razón por la que seguía viva y no se había rendido hasta ahora. Haría bien en recordar que hizo todo lo que hizo para darle un hogar a su hija, lo único bueno que Sullivan le dejó antes de su muerte.

Capítulo 4

“Estamos de vuelta a nuestra amada temporada londinense, querido lector. Muchas cosas han sucedido en los últimos meses, como por ejemplo el segundo rechazo que sufrió lady Milton de la mano de lord Aberdeen, quien prefirió casarse por amor y eligió a la hermana de la bestia escocesa, el nuevo esposo de su pequeña hermana. Al parecer a los Montgomery y a los McDougall les gusta dejar todo en familia. Sin embargo, quiero aprovechar un pequeño espacio de esta nota para brindarle el pésame al conde de Grafton, la reciente muerte de su esposa ha impactado a todos y al parecer sus hermosos y recién nacidos gemelos tuvieron que dejar su casa de un momento para otro. ¿Algún buen samaritano quiere contarme qué sucedió? Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Dos semanas después

Estaba harto de que la gente se creyera con el derecho de hablar de su vida privada con tanta soltura, ¿quién diablos se creía lady Berricloth para mencionar a sus hijos en sus notas?

La corona le había pedido que tuviera paciencia, que todos trabajarían en conjunto para encontrar a Alexander y Gabriel, pero le resultaba imposible sentirse tranquilo porque sabía muy bien quien fue la responsable de todo esto y eso parecía importarle muy poco a todo el mundo.

¡Fue Alanis!

Alanis Sullivan estaba detrás de todo esto y no importaba cuanto se esmeraba su gente en buscarla, ella y su esposo no habían dado señales de vida alguna en Londres y todo parecía indicar que ni siquiera poseían propiedades por estos lares.

¿Cuándo llegaron a Londres?, ¿por qué no le informó sobre su visita?

«¿Por qué lo haría? Te escribió por más de tres años y nunca leíste ni respondiste ninguna de sus cartas». Y si era sincero, ya habían pasado más de diez años desde la última carta que ella le envió.

Alborotó su cabellera, angustiado.

Rionna estaba muerta, sus hijos no aparecían por ningún lado y nunca se imaginó que volvería a sentirse tan solo. La familia que construyó se había desmoronado en cuestión de segundos y todo por culpa de su antigua pupila.

Un suave toque en la puerta lo arrancó de su letargo y enderezó la espalda al ver a Devonshire y Blandes allí, sus amigos no lo habían abandonado en los últimos días e incluso lo estaban ayudando a recaudar la información que necesitaba sobre Alanis.

—¿Cómo les fue?

Sus amigos intercambiaron una rápida mirada.

—Sullivan murió hace ocho años, Alanis es viuda —le informó Blandes y él se tensó—. Su tía falleció antes de ese acontecimiento, ella está sola.

¿Podría ser que esta fuera su venganza por haberla casado con un completo desconocido para quedarse con la fortuna y el título de su padre?

—Por favor, por lo que más quieras, no me entregues a ese hombre —suplicó Alanis con lágrimas en los ojos—. Puedo irme al campo, puedo encerrarme en cualquier propiedad, pero no me entregues a ese hombre, podría ser mi padre.

Leonard sabía que Sullivan no era un hombre visualmente agradable, pero era el único que le había pedido la mano de Alanis en matrimonio y él tenía pocos meses para casarla, puesto que, si para sus dieciocho años ella seguía soltera, Leonard tendría que desposarla si quería hacerse de la fortuna del difunto conde.

—Debo concretar un buen matrimonio para ti.

—¡Vive en América, me llevará lejos de todo lo que conozco! —explotó y él la reprobó con la mirada, por esa razón no quería hacerse cargo de ella, porque era una mujer temperamental y demasiado apasionada.

—Los cambios pueden ser buenos.

Leonard sólo era un joven de veintiún años, era normal que no quisiera hacerse cargo de ninguna jovencita malcriada, menos si la misma estaba obsesionada con él.

—¿No puedo casarme contigo? —La piel se le erizó de sólo pensarlo y estudió su hermoso rostro con congoja.

Era hermosa, nadie podía negar ese hecho, pero...

—No tengo planes de casarme contigo —admitió.

—¿Por qué? —Lo sujetó del brazo y él se zafó de su agarre con violencia—. Yo te amo, lo he hecho desde que tengo uso de razón y siempre querré lo mejor para ti.

—Pero yo no te quiero de esa manera —contestó con frustración, ¿cuántas veces hablarían del mismo tema?—. Es más, me resultas algo fastidiosa, eres algo así como mi hermana menos favorita.

Estaba siendo duro con ella, pero prefería ser sincero.

—A partir de ahora no volveré a molestarte —siguió rogando—, ni siquiera notarás mi presencia.

Él se rio para aligerar la tensión en el cuerpo de la hermosa rubia, pero no funcionó.

—Dudo mucho que algo así pueda suceder, nunca te quedas callada.

—Por lo que más quieras, Leonard. —Abrió los ojos con sorpresa al ver cómo se

arrodillaba ante él—. No aceptes su oferta, no quiero casarme con él, no me envíes a ese infierno.

Ella estaba exagerando.

Sullivan era un hombre educado y adinerado, otra joven se sentiría afortunada de haber sido notada desde su primera temporada.

—Lo siento, pero la decisión está tomada. —Le dio la espalda y decidió ignorar sus súplicas. Si Alanis no se casaba con Sullivan, el condenado sería él—. Así que ten algo de decencia y deja de humillarte.

Él no era para ella, nunca la vería como algo más que la hija del difunto conde de Grafton.

—¿No puedes...?

—¡No! —vociferó y se volvió hacia ella. La pequeña rubia chilló cuando la sujetó del brazo para obligarla a ponerse de pie, pero él ignoró su llanto, su sorpresa y sus súplicas—. Vas a casarte porque así lo decidí, ¿me entiendes? No me interesa cuidar de ti, no malgastaré mis mejores años de vida lidiando con una niña malcriada.

La sacó de su despacho sin consideración alguna y durante los siguientes días no supo más de ella, el día que se encontraron y vieron por última vez fue cuando la entregó en el altar para que minutos después ella abandonara Londres con su nuevo esposo.

Leonard apretó la mandíbula cuando la culpa regresó. Durante años se había odiado a sí mismo por enviar lejos a su única familia, dado que Alanis y lady Gertrude estuvieron junto a él gran parte de su vida, pero ahora mismo no podía sentir piedad por la rubia.

—¿Cómo es posible que nadie sepa nada de ella? —arrastró sus palabras y acarició su revólver—. Según tengo entendido, no ha sido vista en Londres.

Sus amigos se sentaron frente a él y Devonshire fue muy cuidadoso al plantear la siguiente pregunta.

—¿Estás seguro de que fue ella?

—¿Por qué diablos no pueden creer en mi palabra? —alborotó sus cabellos castaños con impotencia, ¿acaso lo creían tan imbécil como para no reconocer a su propia pupila?

—Alanis solía ser una joven traviesa y vivaz —acotó Blandes con cautela—, pero jamás habría hecho algo para lastimarte. Era una buena chica y te amaba mucho.

—La entregué en matrimonio a un hombre que podría haber sido su padre e ignoré sus cartas por años para hacerle entender que no tenía intención alguna de mantener un vínculo con ella. Es evidente que ella vivió con resentimiento y buscó la mejor manera para vengarse de mí.

Blandes y Devonshire intercambiaron una rápida mirada y finalmente suspiraron con cansancio.

—Debemos encontrar a los gemelos, ellos no tienen la culpa de nada —espetó Devonshire

—. No entiendo por qué la corona no ha hecho nada al respecto, ellos te exigieron un heredero.

Era verdad, hace un año él recibió un ultimátum y a los meses Rionna apareció en su camino, facilitándolo todo.

Por alguna extraña razón, la historia de los condes de Grafton no era una muy agradable, los últimos cinco no pudieron engendrar un heredero y cuando decidían ponerse en ello un lamentable suceso les quitaba la vida.

No quería creer que sus hijos serían las siguientes víctimas.

—¿Y si ella vino por mí? —preguntó con voz ronca y sus amigos fruncieron el ceño—. Tiene lógica. —Abandonó su lugar con rapidez—. Todo conde de Grafton es asesinado antes de engendrar a sus herederos y la noche que mataron a mi esposa se llevaron a mis hijos.

—¿Crees que mató a Rionna por error? —Blandes se veía muy sorprendido.

Leonard se frotó el rostro, abatido.

—Es una posibilidad, tal vez su puntería falló. Tengo que ir con su majestad, ella tiene que recibirme y...

—Espera —le pidió Blandes—. No puedes invadir el castillo sin un aviso previo, mañana los duques de Beaufort darán una fiesta y su majestad confirmó su asistencia.

Era una oportunidad perfecta para acercarse a ellos, pero...

—No puedo ir a una fiesta —Se apoyó sobre el respaldo de su sillón, agotado—. Perdí a mi mujer, no tienen ni la menor idea de cómo se siente.

Sus amigos lo miraron con pesar, tal vez ellos estaban felizmente casados, pero cuando se ponían en el lugar de su amigo todo a sus pies comenzaba a temblar.

Una vez que estuvo solo en su habitación, Leonard se dejó caer sobre el mullido colchón y enterró el rostro en sus almohadas. Quería retroceder en el tiempo, quería cuidar mejor de Rionna y poner a sus hijos en un lugar más seguro. De haber tomado en serio los temores de la pelirroja, él habría sido más precavido, pero por un momento pensó que sólo se trataba de excusas para mantenerlo fuera de su habitación.

Rionna ya no estaba y nada de lo que hiciera podría cambiar ese hecho, pero sus hijos... cerró la mano sobre su almohada y rugió con impotencia, como un animal herido. Eran lo más valioso que tenía, lo que más amaba en la vida y si no lograba encontrarlos, terminaría pegándose un tiro en la frente.

—¡Leonard!

Torció los labios con disgusto, ¿es que no había un solo lugar en esa casa donde pudiera esconderse de la hija de Hugo? Alanis y él se habían criado juntos después de la trágica muerte de sus padres cuando sólo era un niño y todo porque solo se llevaban por cuatro años; sin embargo, eso no quería decir que por esa razón él permitiría que ella estuviera pegada a él la

mayor parte del día.

Maldición, ¡quería su espacio!

«Era que te quedes en tu internado en Francia», pensó con frialdad y abrió un ojo cuando una gran sombra se cernió sobre su rostro.

—Estoy tomando el sol, hazte a un lado —ordenó.

Tal vez se había convertido en una joven hermosa, pero sólo necesitaba abrir la boca para borrar todo su encanto. Era demasiado parlanchina, despreocupada y torpe, cosas que a él nunca le gustaron en una mujer.

—¿Estás molesto?

—Te dije que quería estar solo —siseó y ella se recostó junto a él en el césped.

—Mi padre dice que la soledad no es buena, puede llenar tu cuerpo de tristeza, odio e inseguridades.

—¿Él te mandó?

Hugo lo quería como a un hijo, pero Leonard nunca podría pasar por alto el hecho de que ese hombre sólo lo estaba moldeando a su antojo para que al final del camino llevara a su linda hija al altar.

Nunca sucedería, ella nunca sería una tentación para él.

—Sólo me dijo dónde estabas.

Suspiró, los Taylor eran cosa seria.

—¿Qué quieres?

—Me preocupo por ti, ¿te encuentras bien? Haz estado muy callado últimamente, ¿quieres que te ayude con algo?

«Sólo quiero que te presenten en sociedad, te casen y dejes de ser una carga para mí». Faltaban dos años para que ese maravilloso día llegara.

—Preocúpate por tus asuntos.

—Tú eres mi asunto más importante —espetó apasionadamente y la miró con interés—. Eres el hombre que amo, así que siempre me preocuparé por tu felicidad.

Sus palabras le causaron ternura, ella era como una hermana para él.

—Debes olvidar ese enamoramiento tuyo, nunca te corresponderé.

—Yo sé que lo harás, algún día te darás cuenta que nadie será capaz de ofrecerte todo este amor que siento por ti y comenzarás a valorarme.

—Como digas —le restó importancia, ella estaba exagerando.

—¿Puedo quedarme contigo?

—Solo si guardas silencio y no me fastidias.

Ignoró el hecho de que juntara sus costados más de lo debido e hizo de cuenta que se encontraba solo y el olor a lirios no era producto del perfume de la rubia, sino de la tibia brisa

que acariciaba sus mejillas.

—Yo jamás te haría daño, Leo.

Abrió los ojos con rapidez y se sentó en su lugar con nerviosismo, odiando que su cuerpo estuviera bañado en sudor y su corazón latiera de una manera tan desquiciante.

¿Qué ella jamás le haría daño?

Esa mujer había arruinado su vida.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal al ver una nota sobre su mesa de noche.

—¿Qué mierdas es esto? —siseó y sujetó la nota, quedando como piedra al leer el contenido de la misma.

“Los gemelos están bien, pero me gustaría verte en el baile de los duques de Beaufort. Por tu bien, no salgas con sorpresas, un movimiento en falso y no volverás a saber de ellos. Te estaré esperando. A.T”.

—No puede ser. —Salió de su cama de un salto—. ¡¿Cómo diablos lo hizo?!

Esa maldita zorra se había colado en su casa, había burlado a su seguridad y se atrevió a dejarle una nota después de haber matado a su esposa.

—Voy a matarte —estrujó la nota con ira contenida—. Te destruiré, Alanis Sullivan —enfaticó en la última palabra, puesto que ella ahora era una viuda y no la lady que desterró hace más de trece años.

Él no pensaba perder a sus hijos de la misma manera que perdió a su esposa.

Capítulo 5

*“El conde de Grafton posee más de trece propiedades, ¿alguien sabe a cuál de todas mandó a sus hermosos gemelos después de la muerte de su condesa?
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Alanis ingresó a su pequeño piso sin hacer mucho revuelo y esbozó una débil sonrisa al ver a Sierra totalmente dormida. No se sentía bien, había olvidado por completo lo difícil que podía ser sobrellevar un embarazo, pero no era una buena temporada para sentirse débil. Tiró de su gorro y peluca que la escondían bajo el disfraz de Harold Walker, el pobre chico que vivía junto a su pequeño hermano en el último piso de la casa de huéspedes, y se sentó en la silla más cercana para lidiar con sus mareos.

Grafton la estaba buscando y tenía sed de venganza, algo ridículo porque ella le salvó la vida. Sonrió con ironía, a veces se preguntaba por qué la reina y Jackson no le daban fin a este retorcido juego y le decían la verdad al conde.

Todo sería más fácil si el castaño estuviera al tanto del riesgo que corría.

«Debemos llevarlo al baile, sólo así el enemigo volverá a planear otro ataque». Recordó las palabras de Jackson y ladeó el rostro con cansancio, arriesgar su vida no era en lo absoluto divertido. Si algo le sucedía, Sierra sería la única víctima de esta historia.

Jackson conocía mejor que cualquiera como se movía el mundo y los crímenes, por lo que su gente llevaba vigilando cinco tabernas en la última temporada y estaban al tanto del reclutamiento que se estaba efectuando para la ejecución de un noble.

No había nombres de por medio, pero ellos sabían que la víctima era Leonard Pearson.

No lo entendía, llevaba meses estudiando la línea de sucesión y no existía ningún otro heredero después de Grafton —además de los gemelos, claro está—, ¿por qué esa gente estaba tan ansiosa de matarlo? Incluso aniquilando a los gemelos, el condado tendría que volver a la corona.

Se quitó las horquillas del cabello con cansancio y recordó a los niños que estaban bajo el cuidado de la reina. Se parecían mucho a su padre, lo que quería decir que al menos en ese sentido Rionna nunca traicionó a su esposo.

—Mañana será un día difícil —observó a su hija, no muy segura de si debía dejarla aquí, pero no era como si la reina fuera a ayudarla con Sierra, su hija no era una niña deseada y eso lo sabía perfectamente porque ella fue la razón por la que tiempo atrás la corona le dio la espalda.

Después de huir de América, Alanis llegó a Londres con la condición de servir a sus reyes y convertirse en una de sus mejores espías, en ese momento no le importaba vender su alma al

diablo ni tentar a la muerte con tal de vengar la muerte de su padre; no obstante, a los meses descubrió que estaba embarazada y en ese momento todo cambió.

Durante cinco años de matrimonio, ella no sólo había sufrido todo tipo de abusos gracias a su esposo, sino que había sido sometida a tres abortos. Él le había arrebatado tres hijos, sin siquiera considerar sus sentimientos, y después de la tercera intervención, ella no volvió a embarazarse.

La visión se le cristalizó.

Por un momento pensó que nunca podría ser madre, que nunca llegaría a cargar a su hijo en brazos, pero entonces Sierra llegó y lo hizo en el punto más bajo de su vida, cuando la muerte parecía más una salvación que una desgracia.

Una lágrima se deslizó por su mejilla y la apartó con suavidad.

Cuando la reina se enteró de su estado le sugirió un aborto y ella fue incapaz de aceptarlo, por lo que terminó siendo expulsada del palacio y olvidada por su majestad. Comprendía que la reina adoró a su difunto padre y sólo quería lo mejor para Alanis, pero ella tardó mucho en comprender que lo mejor para ella era Sierra.

Sin Sierra, ella no habría podido salir adelante, no habría luchado contra todo pronóstico para conseguir diferentes empleos y sobrellevar la carga que eso implicaba.

Sus trabajos nunca fueron agradables, sus patrones siempre fueron abusivos y violentos, más porque ella tenía una niña bajo su cuidado, pero el tiempo le dio la oportunidad de encontrar un trabajo en una de las casas de huéspedes más famosa de Londres y con ayuda de un disfraz, el cual representaba a Harold Walker, pudo pasar desapercibida ante cualquier persona que pudiera recordar a lady Taylor.

Alanis jamás olvidaría que fue Jackson Sterling quien le cedió ese piso después de dos años de arduo trabajo, puesto que no sólo la entrenó para proteger a Grafton, sino para que lo ayudara en ciertas misiones. Debía admitir que a veces sentía que le debía la vida a ese hombre, él le ayudó a mejorar su estilo de vida, a aspirar más alto y a idear buenas estrategias. Gracias a él, Travis regresó a su vida, puesto que, sin siquiera preverlo, Jackson juntó sus caminos.

Travis y ella se encontraron en esa casa para huéspedes cuando su amigo llegó de París y de haberse mudado como tenía previsto —antes de que el moreno le cediera un piso en ese lugar— ellos ni siquiera se habrían visto a la cara.

Se preparó para dormir, recordando lo fatigado que se había mostrado el conde mientras dormía, y se preguntó si estaba lista para dar el siguiente paso en su plan. Se recostó junto a Sierra y no le molestó que su pequeña de siete años se acurrucara en su costado, ella era una niña muy risueña y cariñosa, por lo que era propensa a regalar abrazos y sonrisas.

La había criado con amor, decidida a olvidar todo el daño que Sullivan causó en su vida, viendo a Sierra como un nuevo inicio, pero... por mucho que ella quisiera seguir adelante de esa

manera, sabía que su hija merecía algo mejor.

Acarició su vientre plano, reconociendo que al menos la suerte estaba de su parte.

Jamás pensó que atrapar a Grafton sería tan sencillo, por un momento pensó que necesitaría más de una noche para lograr un embarazo, pero no fue así.

Estaba embarazada del conde de Grafton y la reina la ayudaría a arrastrarlo hasta el altar para que él cumpliera con su deber, algo que suponía que no sería tan difícil porque sabía que el castaño jamás abandonaría a ninguno de sus hijos.

Se volvió hacia Sierra y acarició sus bucles dorados con ternura.

Tal vez no las querría y odiaría por meterse en su vida de manera tan abrupta, pero nada de eso le importaba porque como condesa de Grafton, ella podría trabajar para encontrarle un buen lugar en sociedad a su hija.

«Él debe cumplir con su deber», le había dicho la reina con determinación. «Pronto atraparemos al asesino de tu padre y el conde deberá casarse contigo como muestra de gratitud».

Casarse con Leonard Pearson.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal y se encogió en su lugar.

No quería ser la esposa de nadie, pero debía serlo si su intención era darle un mejor futuro a su hija; no obstante, ¿qué haría si él resultaba ser peor que Sullivan?

«Ya no eres una niña, sabes defenderte», le reprochó una voz y abrazó su vientre con fuerza.

Tal vez era el hijo del hombre que le desgració la vida, pero ella lo amaba porque era una nueva oportunidad, un nuevo miembro para su pequeña familia, una nueva esperanza.

«Jamás entendería por qué Rionna no llegó a querer a sus hijos».

Odiaba matar, era una de sus actividades menos favoritas, pero de alguna forma le aliviaba con creces el haber liberado a esos niños de su malvada madre.

Acarició la mejilla de su hija y se juró a sí misma que el día de mañana todo saldría bien. Sierra sólo debía esperar como siempre lo hacía, Alanis encontraría la manera de volver a ella.

A la tarde siguiente, el alivio que se extendió en su pecho al leer la misiva que la reina le envió hizo que tomara todas sus cosas y abandonara su piso junto a su hija lo antes posible.

—¿A dónde vamos, mamá?

—Volveremos con su majestad.

Por un momento pensó que ellos no pensarían en Sierra esta noche.

—¿Me quedaré con ellos otra vez?

Tragó con fuerza y asintió.

Era lo mejor, si existían complicaciones, al menos su hija estaría bien resguardada. Las cosas estaban marchando mejor de lo esperado, pero no podía entender por qué sus manos no dejaban de temblar.

—¿Me quedaré con esos niños que llegaron la noche anterior?

Ella le sonrió con ternura y asintió.

—Pórtate bien, ¿sí?

—¿Volverás pronto? —la miró con recelo, ella entendía que su trabajo era durante las noches y al parecer comprendía que había algo de peligro en ese hecho—. ¿Puedo esperarte?

—No, tú duermes tranquila y al despertar me tendrás junto a ti como de costumbre.

Lo menos que necesitaba era que ella se pusiera nerviosa.

—¿Te quedarás conmigo?

—No puedo, cariño, Travis me está esperando.

En realidad, debían ir a la casa de Jackson y prepararse para el plan de esta noche.

—¿Mi tío irá contigo?

Sierra era una niña demasiado curiosa e intuitiva, pero incluso así no podía hablarle sobre lo peligroso que era su trabajo.

—Sí, así que no hay nada de qué preocuparse.

«Sólo iré a buscar al hombre que mató a tu abuelo», quiso agregar con ironía, pero luego lo pensó mejor y cerró los labios en una fina línea.

—Cuídate y pórtate bien, ¿de acuerdo? —besó la pequeña frente de su hija y abandonó el palacio una vez que se la entregó a la niñera de los gemelos, sintiendo una terrible presión en el pecho.

Su majestad fue muy generosa al permitir que Sierra se quedara con los gemelos bajo la supervisión de su gente, pero sabía que eso no duraría mucho. Su hija no era nadie importante para la corona y si ella no regresaba, ellos la despacharían.

Ladeó el rostro con rapidez.

«Todo saldrá bien, volveré intacta porque ella siempre espera por mí».

Llegó a la casa de Jackson y no se sorprendió al ver que todas sus cosas estaban listas en la habitación que siempre solía utilizar antes de una misión.

—El señor me pidió que le ayudara —le informó una criada y Alanis se despojó de su ropa para sumergirse en la bañera con rapidez. Era un plan arriesgado, demasiado para su gusto, pero el miedo era su peor enemigo y no podía darse el lujo de llevarlo consigo.

Dejó que la criada se encargara de su camisola, del corsé y el hermoso y elegante vestido color rosa. Eran prendas que ella no utilizaba con mucha frecuencia y esta noche tendría que lucir para llamar la atención. La falda estaba bordada con hermosas rosas de hilo de oro y le daban un aire ostentoso a su vestido.

Acarició el escote en forma de corazón, viendo como la criada llevaba sus cabellos hacia atrás para efectuar un moño elaborado, y se preguntó si sería agradable volver a ser lady Taylor.

Se relamió los labios con nerviosismo y escondió una pequeña pistola dentro de su bolsillo.

Le habría encantado llevar su revólver consigo, pero esta noche ella debía cumplir un papel mientras sus compañeros la escoltaban.

—Nada mal —espetó Jackson con ojo crítico cuando la vio bajando las escaleras y Andrew Watchmeister, el castaño de sonrisa pícaro y ojos oscuros, silbó por lo bajo.

—De haber sabido que mi colega era tan guapa habría intentado seducirla desde hace mucho —bromeó su amigo y ella lo fulminó con la mirada, bastante tentada a tirarle su abanico.

—¿Podrías callarte, Drew? —Seamus Armitage, barón de Mountevans, no parecía nada satisfecho con el giro de los acontecimientos. El hombre odiaba relacionarse con la nobleza inglesa—. No estamos para bromas, la misión de hoy podría ser muy arriesgada. —El rubio de ojos verdes le tendió la mano y la ayudó a bajar los últimos peldaños.

Él era, posiblemente, el más civilizado de sus amigos. No obstante, ella los quería a los tres por igual.

—Si las cosas salen bien, esta noche terminará todo —espetó Jackson, demandando la atención de todos. Como siempre, su jefe y amigo solía mostrarse frío e indiferente ante cualquier situación—. ¿Nerviosa ante la idea de volver a los salones de baile?

—No.

Lo único que la inquietaba era su hija.

—¿Le hiciste llegar la nota? —Andrew la miró con interés.

—Sí, no fue fácil, pero lo logré.

Jackson se cruzó de brazos y le prestó más atención de la debida.

—Eres una buena empleada, me gustaría que sigas trabajando con nosotros una vez que todo esto finalice.

—Dije que me quedaría a su lado hasta que atrapara al asesino de mi padre —le recordó con sorna y los miró con diversión—. Quiero retirarme, mi hija me necesita intacta.

«Y el bebé que viene en camino también».

—¿De verdad crees que podrás casarte con Grafton? —La pregunta de Seamus la tomó desprevenida, pero se mantuvo serena. Debió suponer que ellos estarían al tanto de sus planes.

—Lo sedujiste y claramente llamaste su atención —acotó Jackson con frialdad—, pero mataste a la madre de sus hijos, así que me veo en la obligación de decirte que él nunca te aceptará en su vida.

—Le salvé la vida —se encogió de hombros—, es lo mínimo que puede hacer por mí.

Ellos podrían ser buenos espías, pero jamás sabrían lo que ella tenía en mente.

—En caso de que las cosas no salgan como pretendes, la oferta seguirá en pie. —En caso de que las cosas no salieran como tenía en mente, la reina se encargaría de que así fuera—. Es hora, irás con Travis en su carruaje. Te llevará con los marqueses de Winchester y ellos te escoltarán esta noche.

La mención de los marqueses de Winchester hizo que la piel se le erizara. Comprendía que para poder acceder a los eventos sociales y ganar la aceptación social que quería necesitaba buenos contactos, por esa razón la corona contactó al noble más poderoso de Inglaterra.

Aaron Stanton no era un hombre que se pudiera tomar a la ligera y el hecho de que su esposa fuera una de las mejores amigas de Travis lo facilitaba todo, puesto que Laurine era la aliada que ella necesitaba para conseguir lo que quería. La marquesa entendía su situación mejor que nadie, puesto que durante diez años crio totalmente sola a su adorada hija.

—De acuerdo. —Salió de la casa de Jackson con lentitud, odiando que sus sienes le martillearan de esa manera.

«Hoy no, bebé», rogó. No era un buen día para presentar inconvenientes.

—¿Te sientes bien? —inquirió Travis con un deje de preocupación y la ayudó a subir al carruaje—. Te ves algo pálida —insistió.

—Prométeme que si algo sale mal cuidarás de Sierra.

Travis era lo más cercano a una familia que tenía y sabía que podía confiar en él. O al menos eso quería creer.

—Todo saldrá bien, no permitiré que nadie te lastime.

Sonrió con amargura.

—Cuando abandoné América, lo menos que sentí fue miedo —confesó con voz ronca, bajando la mirada—, pero desde que Sierra llegó a mi vida he tratado de ser precavida y mantener un perfil bajo. Soy lo único que ella tiene, no puedo dejarla sola.

—Eso no pasará —musitó su amigo y acunó su mano enguantada con fuerza—. Además, no están solas, me tienen a mí.

Sus palabras la aliviaron de sobremanera, pero incluso así no pudieron borrar la inquietud que sentía en el pecho.

—¿Qué sucede? Hay algo que no me has dicho —exigió saber—. Pronto llegaremos con Laurine y su esposo, quiero saber qué te atormenta.

Alanis inhaló profundamente y miró a su amigo con incertidumbre.

—Te dije que pensaba recuperar todo lo que Grafton me robó.

—Lo sé.

—Pero no te dije como lo haría. —Su amigo negó con la cabeza y ella posó una mano en su vientre con timidez—. Estoy embarazada, logré atraparlo, pero olvidé por completo lo peligroso que podía llegar a ser cuidar de un conde que ahora quiere venganza.

Nunca pensó que sería tan fácil embarazarse de nuevo, pero sucedió y una vez más ella lo consideraba como un milagro y sin importar quién era el padre de su hijo quería tenerlo, cargarlo en sus brazos y cuidar de él.

—Por todos los santos, Alanis, ¿estás loca? —siseó Travis con enojo—. ¿Qué harás si lo

rechaza?

—No lo hará, la reina no lo permitirá y él nunca concebiría la idea de tener un hijo fuera del matrimonio.

—Y si...

—Le salvé la vida cuando él arruinó la mía —escupió con rencor—, es lo mínimo que puede hacer por mí.

—¿Por qué lo hiciste? —soltó con impotencia y se frotó el rostro, abatido.

—Yo sólo quiero lo mejor para Sierra.

Ellas no eran nadie en Londres y lo menos que quería para su hija era que terminara desgraciada en algún burdel o club de mala muerte. Su hija era su milagro, su rayo de esperanza y por ella decidió llegar lo suficientemente lejos como para acostarse con Grafton, un hombre que odiaba con cada fibra de su ser.

—¿Cuándo fue?

—Hace más de dos meses.

—De haber sabido lo que tenías en mente, no habría accedido a cuidar de Sierra esa noche que curiosamente decidiste ir a Las garras de Lucifer.

Eso se debía a que él no conocía su verdadera situación.

El dinero no era suficiente para darle la vida que quería a su hija y jamás tendría el valor de pedirle a Travis un favor de ese tipo, por lo que era normal que hubiera estado viviendo de manera precaria junto a Sierra todo este tiempo.

—¿Repasamos el plan? —desvió el tema, decidida a despabilar su mente, y rezó en silencio para que Jackson y los demás hicieran sus tareas de manera adecuada esta noche.

Cuando llegaron a Winchester House, Alanis apenas y pudo respirar al encontrarse con los marqueses de Winchester en el recibidor. La pareja era simplemente deslumbrante y la manera en la que se miraban dejaba claro que el amor era el pilar más fuerte de su relación.

En el pasado, Alanis creyó que podría armar un hogar de ese tipo, pero todo indicaba que se equivocó. Eran pocos los afortunados que podían ser felices dentro de su matrimonio.

—¿Llegamos tarde? —Travis se mostró más relajado de lo que debería.

—Llegan perfectamente puntual —respondió el marqués con sorna, acostumbrado a la extravagante actitud de su amigo—. Es un placer volver a saber de usted, milady —espetó el marqués y besó el dorso de su mano con elegancia—. Espero que mi buena amiga haya podido serle de ayuda.

—¿Amiga? —Travis frunció el ceño y ella sonrió con nerviosismo.

—Alanis conoció a Seraphina hace dos meses —explicó Laurine con retintín y su amigo puso los ojos en blanco.

—Esa mujer es sinónimo de problemas.

Era verdad, Seraphina Pierce, vizcondesa de Portman, fue su principal cómplice para atrapar a Grafton y ella se mostró más que satisfecha a la hora de poner el plan de marcha, alegando que no todos los días le pasaba algo tan interesante.

—Ella sólo quiere dar una mano —explicó Winchester, guiñándole un ojo, y ella se rio.

Travis fue muy afortunado al formar una amistad tan estrecha con Laurine, de cierta manera la mujer le había ayudado a tratar con gente maravillosa. Y ni qué decir de su pequeña hermana, Blair Aldrich, la mujer que perdió de vista por varios años para finalmente encontrarla casada con Zachary Aldrich, un lord acaudalado, dueño de Los cuadriláteros del infierno, mejor conocido como King.

—¿Estás lista para brillar esta noche? —inquirió Laurine con entusiasmo y Alanis tragó con fuerza, prefería actuar desde el anonimato—. No te preocupes, muy pronto todo volverá a ser como antes —prometió y ella rezó en silencio para que así fuera.

Estaba harta de tentar a la muerte y fingir que no temía por su vida.

Capítulo 6

*“Alanis Sullivan regresó a Londres y para los que no sepan de quién se trata, permítanme
refrescar su memoria.
¿Recuerdan a la pupila que Grafton casó con un americano sin siquiera pasar por un previo
cortejo?
Me pregunto si el conde aún siente obligación con la dama, no es propio que un viudo se
preocupe demasiado por otra viuda.
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Decir que Leonard tenía los nervios de punta era una pequeña referencia para explicar todo lo que estaba sintiendo en aquel salón de baile. No quería ni imaginarse el tipo de brillo que poseían sus ojos grises que nadie era capaz de acercarse, algo bastante certero porque no sentía la más mínima necesidad de conversar con nadie que no fuera la mujer que arruinó su vida.

Ella no estaba por ningún lado y empezaba a preguntarse si la nota que leyó esa mañana no fue más que una alucinación. Barrió el lugar con la mirada y le pareció curioso que hubiera tantos escoltas por el lugar, había uno en cada rincón del salón. Lo más probable era que la reina no lo quisiera cerca, puesto que cada vez que se reunían, él perdía el control por su evidente falta de interés.

Sabía que a la corona no le interesaba sus asuntos, pero maldición, ¿eran sus hijos los que estaban en peligro!

—Estás muy tenso —musitó Blandes a su espalda—, trata de calmarte un poco. Te aseguro que mi gente está rodeando el salón y no permitirán que nada se salga de nuestro control.

Dudaba mucho que fueran ellos los que estuvieran llevando el control de la situación. Es más, tenía la leve sospecha de que ahora mismo no eran más que simples marionetas.

—Siento que se están burlando de mí, que voy un paso por detrás en este maldito juego.

—Tengo la misma impresión —admitió Devonshire, plantándose junto a él—. La reina está muy serena en cuanto a lo ocurrido y recuerda que ella era la más desesperada porque contraigas nupcias.

Leonard tragó con fuerza y miró a la reina dubitativo.

¿Podría ser que ella supiera algo que él desconocía?

—¿Y sus esposas?

—No quisieron asistir —respondieron al unísono y pudo dar por sentado que fueron ellos quienes no quisieron traerlas, puesto que así podrían estar junto a él para apoyarlo ante cualquier percance.

—Aline sigue defendiendo a Alanis, se rehúsa a creer que su delicada amiga fue capaz de hacer algo así —espetó Blandes y Leonard lo miró con enojo—. Sólo tenlo presente, no reacciones de manera errónea cuando la tengas en frente.

—¿Qué harías si alguien mata a tu esposa ante tus propios ojos?

—Es diferente y lo sabes.

Se sintió ofendido.

—Vengaré su muerte.

—Por honor, no por amor. —Toda la piel se le erizó—. Piensa antes de actuar, Grafton, no quiero que te arrepientas de tus acciones más adelante.

—¿Qué sugieres?, ¿qué no haga nada en contra de la mujer que me robó a mis hijos?

—Sólo recuerda que tú también le hiciste mucho daño.

—Nada justifica lo que ella hizo.

—¿Cómo lo sabes? —musitó Devonshire, mirando a la nada—. ¿Cómo puedes estar seguro de que sus acciones no tienen una justificación?

—Porque matar nunca será la solución.

El conde de Devonshire abandonó su relajada posición y se frotó la barbilla con cierta inquietud, como si algo no anduviera bien.

—Siento que nos falta una parte de la historia.

—Lo único que importa es que esa mujer mató a mi esposa y se llevó a mis hijos.

—Es verdad —espetó Blandes— y por eso debes calmarte. Ella tiene a tus hijos, si le haces algo, su gente podría tomarlo de mala manera —trató de hacerlo entrar en razón.

Claro, Alanis no estaba trabajando sola.

—Yo no perderé la calma, siempre y cuando ella sea razonable —zanjó y cuando giró el rostro para observar a los bailarines, sus ojos se dirigieron al final del salón, justo donde los marqueses de Winchester ingresaban a la estancia seguidos de una dama que brillaba con su sola presencia.

Cuadró los hombros con rapidez y odió que la garganta se le cerrara.

Alanis estaba ahí, en Londres, en ese salón de baile, y se veía tan fresca y hermosa que nadie podría creerle que hace más de dos semanas ella acabó con la vida de su esposa. Cerró las manos en dos puños al detallar su radiante sonrisa e inhaló con pesadez.

«No debiste venir, criatura», escupió mentalmente e intentó abrirse campo entre la multitud, pero sus dos amigos tiraron de él hacia atrás.

—¿Qué crees que haces? —Blandes masticó sus palabras, sus ojos ambarinos estaban tan abiertos como dos platos—. No puedes armar un escándalo ahora mismo, entra en razón.

—Pero...

—Si la atacas podrías meterte en problemas. —Devonshire actuó de manera más cautelosa

—. No puedes acusarla sin tener pruebas, eso sería demasiado escandaloso y no quieres que nadie se entere de lo ocurrido, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo —se zafó de su agarre con brusquedad, lamentando con creces que el salón estuviera repleto de gente importante. Barrió el lugar con la mirada y ahogó un juramento al darse cuenta que no sólo estaba siendo custodiada por los Winchester, sino que los duques de Beaufort parecían estar muy a gusto con ella—. ¿Qué relación tienen?

¿Por qué Alanis estaba rodeada de gente tan importante y poderosa?

¡Ella jamás se relacionó con Winchester y sus amigos, ni mucho menos con la hermana menor de Devonshire!

—No lo sé, pero podría tratar de averiguarlo —susurró Devonshire—. No sé por qué Laurine no me dijo nada al respecto, mi hermana no tiene secretos conmigo.

Maldición, si alguien debería velar por Alanis, ¡era él!

¡¿Por qué no vino a buscarlo después de que enviudó?!

«Si lo hubiera hecho, todo habría sido diferente».

—Debes calmarte —musitó Devonshire en voz baja y Leonard negó con la cabeza.

—Es imposible y lo sabes.

Leonard observó como una mano se llevaba su copa de brandy lejos de su alcance y gruñó con disgusto cuando Devonshire se sentó frente a él.

—¿Qué haces aquí?, ¿acaso no estabas feliz en el campo junto a tu amada esposa e hijos?

El castaño de ojos oscuros lo miró con fijeza y luego suspiró.

—Jamás olvidaré que fuiste tú quien me ayudó a salir de mi miseria cuando di por perdida a mi esposa. —Leonard apartó el rostro, no quería hablar de eso ahora—. Quiero saber qué te sucede, ¿por qué no quieres casarte?

—Porque no puedo —confesó con amargura—. Porque nadie es como ella.

Su amigo frunció el ceño.

—¿A quién te refieres? —su voz tembló, puesto que tiempo atrás, Devonshire pensó que él estaba enamorado de su mujer.

—Nunca debí entregarla a ese hombre —soltó con amargura y la visión se le cristalizó—. Alanis tenía razón, nunca encontraré a nadie como ella.

—¿Hablas de tu pupila? —Devonshire abrió los ojos con sorpresa—. Han pasado diez años desde que la casaste, creí que en lo menos que pensabas era en ella.

—En un principio pensé que por fin sentiría paz y podría tener la vida que siempre quise, pero con el pasar de los años no hice más que amargarme. Perdí a una mujer que me amaba y ya era mi familia sin el título de esposa, fui un completo imbécil.

—Esto es malo —musitó su amigo con preocupación—. En este caso no hay nada que pueda

decirte, Leonard —lo llamó por su nombre de pila—. Ella está casada, posiblemente tenga su propia familia, y creo que lo mejor que puedes hacer por ti y por esa joven es seguir con tu vida.

Él negó con la cabeza, abatido.

Su casa era un infierno, el silencio era tan espeluznante que él sólo podía memorar la voz de Alanis por toda la casa, mientras corría en su búsqueda.

—¿Y si la busco?

—¿Con qué fin? —musitó—. La echaste de tu vida, no aceptaste tener contacto con ella durante muchos años, ¿crees que es justo volver a su vida para atormentarla de nuevo?

No, no era justo, pero ¿cómo diablos se liberaría de esa carga de consciencia si no descubriría como se encontraba?

—¿Y si enviudó? —sugirió con un deje de vergüenza.

Su marido era un anciano cuando la casó, tal vez ella estaba libre y ellos podrían empezar de nuevo.

—Dudo mucho que siga sintiendo lo mismo por ti —espetó su amigo con dureza—. De ser así, te habría buscado, ¿no crees?

—Pero me amaba, ella...

—Y tú la odiabas, lo menos que querías era su afecto, y mira cómo estás ahora. —Enterró el rostro en sus manos con frustración—. Los sentimientos cambian y debes aceptar que perdiste a esa mujer para siempre.

—Yo...

—Sólo así podrás seguir con tu vida, ¿acaso no es eso lo que quieres?

Leonard no le dio una respuesta, pero dejó que esa noche su amigo lo sacara del club y lo llevara a su casa de campo para pasar las fiestas con su familia. No le resultó fácil, pero envidiar sonrisas era mil veces mejor que pasar otra navidad totalmente solo.

—Creo que, si fuera una mala mujer, no se arriesgaría tanto —musitó Devonshire, obligándolo a salir de su letargo, y él le dio un sorbo a su copa de champagne, observando desde la distancia como Alanis conversaba con un numeroso grupo de hombres—. Blandes fue a buscar a Portman, últimamente nos ha estado evitando.

—¿Quién es él? —preguntó con voz dura, viendo como la hermosa rubia era guiada a la pista de baile por un alto moreno.

—Jackson Sterling, el hermano menor del conde de Pembroke, uno de los mejores detectives de la ciudad. Por culpa de ese hombre mi cuñado descubrió y malinterpretó los secretos de mi hermana —siseó su amigo y Leonard apretó la mandíbula.

Ella se veía muy cómoda entre sus brazos y conversaban de manera animada, ¿acaso se conocían? De ser así, ¿qué tipo de relación tenían?

—Debo acercarme, sólo así notará mi presencia.

—Estoy seguro de que ella sabe dónde te encuentras.

Leonard se relamió los labios con ansiedad y los acordes musicales comenzaron a animarse de tal manera que los bailarines empezaron a saltar con regocijo. Las faldas coloridas y elegantes brindaron un aireado espectáculo y él se fijó en los rizos dorados que danzaron al son de su dueña, evocando viejos recuerdos que siempre albergó en su corazón.

La música era alegre y como de costumbre Leonard estaba más animado de lo normal. No podía negar que Alanis era una excelente bailarina y por esa razón le gustaba ser su compañero de baile por las noches, cuando después de cenar se retiraban al salón con Hugo y lady Gertrude para que ella pudiera mostrarles lo aprendido en sus clases de baile.

—Te mueves como los ángeles, cariño —Hugo aplaudió, mirando con un amor incondicional a su hija, y Alanis giró sobre su eje e hizo una elegante venía con una gran sonrisa en el rostro.

—Gracias, padre.

—Y pareces un ángel —aclaró Gertrude, quien amaba a su sobrina, y Leonard bebió un poco de agua, mientras estudiaba el rubor en las mejillas femeninas.

Efectivamente, ella se veía como un ángel.

Uno demasiado travieso.

—Baila conmigo, papá —rogó y se acercó a Hugo para tomarlo de la mano.

—Como decirle que «no» a una joven tan linda.

—Tía, tú también deberías unirte —pidió.

—¿Quién tocará el piano? —observó Gertrude y Leonard dejó su vaso de lado para tenderle la mano.

—Milady —dijo con galantería y la anciana se rio.

—Cantaremos —espetó Alanis con entusiasmo y esa noche danzaron los cuatro, mientras cantaban a un ritmo desafinado y poco armonioso, puesto que sus risas y el entusiasmo no los dejaban coordinarse.

Su cuerpo empezó a tiritar sin control alguno y bebió de su copa para lidiar con su tristeza. Él lanzó toda su felicidad por la borda, él traicionó a Hugo cuando no se casó con Alanis y dejó que su amada hija y hermana partieran a otro continente.

Lady Gertrude.

La mujer había fallecido, algo que no hacía más que amargarlo porque nunca pudo despedirse de ella ni agradecerle por haber sido como una madre para él.

—¿Quién es ese? —volvió a preguntar.

—Seamus Armitage, barón de Mountevans.

—¿El barón que compró su título?

—En realidad se dice que la reina se lo dio como muestra de agradecimiento porque le salvó la vida. No obstante, eso no importa, la gente aún no lo ve como uno de nosotros.

—¿Y ese? —se alarmó al ver como un castaño se inclinaba para decirle algo en el oído y ella se reía por lo bajo.

—Watchmeister, un hombre malditamente rico, cuyas intenciones nunca serán buenas en cuanto a una viuda.

—Maldición, ¿es que quiere arruinarse? —dejó su copa vacía de lado y se hizo de una nueva.

—Eso no es de tu incumbencia, recuerda que quieres vengarte. —Lo miró significativamente y él siseó un juramento—. Además, ella no tiene nada que cuidar, es una viuda —espetó con cuidado y Leonard presionó su copa con más fuerza de la necesaria.

—Cuida tu boca o...

—Dicen que enviudó hace ocho años —escuchó la voz de un sujeto a pocos metros de distancia y lo miró de soslayo. No tenía más de veintisiete años, era un niño—. Tal vez necesita un protector, ¿cuál crees que sea su precio?

¡Alanis no estaba a la venta!

—Se ve costosa —reconoció el otro hombre—, pero es exquisita, pagaría por ella sin dudar.

¡Y un cuerno!

Leonard ignoró el llamado de Devonshire y se dirigió hacia la rubia que llevaba más de una hora atormentándolo en ese sofocante salón. ¿Por qué se sentía tan molesto?, ¿por qué la odiaba de una manera tan contradictoria?

Quería vengarse, pero también quería llevarla a un lugar donde nadie pudiera encontrarla ni mirarla de manera lasciva.

Estaba a pocos metros de distancia, cuando los ojos violetas por fin se dignaron a mirarlo. No vio miedo, no vio incertidumbre, sino más bien burla y desdén.

Era una víbora.

—Sra. Sullivan —utilizó su título de viuda y ella hizo un gesto inocente para dirigirse a él.

—Lady Taylor suena mejor, milord.

Quería recuperar su apellido de soltera.

—¿Quién es él, querida? —inquirió Watchmeister, el hombre que menos le agradaba por el momento.

—El conde de Grafton, mi antiguo tutor —le respondió con coquetería y agitó su abanico con lentitud—. ¿Lo puedo ayudar en algo?

—Me gustaría hablar con usted a solas —farfulló, estaba perdiendo la paciencia.

—Eso no sería justo —espetó el castaño—, ¿sabe cuántos hombres queremos hablar con ella a solas? —bajó su tono una octava y Leonard iba a sujetarlo de las solapas de su abrigo, pero entonces Devonshire tiró de su brazo hacia atrás.

—Creo que lady Taylor querrá tener esta conversación —acotó su amigo con frialdad y la rubia miró su tarjeta de baile.

—Tendrá que ser después del siguiente vals.

¡Un vals no era más importante que sus hijos!

—Lady Taylor. —Una voz masculina hizo que girara el rostro con rapidez y cada músculo de su cuerpo se tensó al ver a Travis Spinster ahí, un americano que tenía pensado asentarse en Londres—. Creo que este es mi baile.

—Así es —dijo la rubia con soltura y lo irritó en demasía ver como se iba del brazo del castaño sin mirar atrás.

«Esto no se quedará así», farfulló mentalmente y Devonshire lo liberó.

—Debes calmarte, ella ya no es tu pupila y no requiere de tus cuidados —susurró y Leonard se pasó una mano por el cabello con nerviosismo.

Él tenía razón, la mujer que ahora mismo le sonreía a Spinster no era la misma mujer que tiempo atrás confesaba el amor que sentía por él en voz alta. La vida la había cambiado, su dulzura se había evaporado y haría bien en recordar que era la asesina de su esposa y la mujer que secuestró a sus hijos.

Desearla no era una opción.

¡Él debía odiarla y ansiar su destrucción!

Capítulo 7

*“Cualquiera pensaría que lady Taylor sería un miembro adecuado para el club de las solteronas, pero tengo la leve sospecha de que la dama ha captado la atención de cierto libertino que tiempo atrás no hizo más que rechazarla
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Alanis se había olvidado de lo mucho que le gustaba bailar.

Llevaba años sin hacerlo y jamás pensó que sentir esa adrenalina en el corazón podría ser tan liberador. La música le había acogido de tal manera que el nerviosismo terminó disipándose y por un momento olvidó que estaba en medio de una misión. Sus amigos habían cuidado cada uno de sus pasos, vigilando a los invitados y a Grafton, y ahora mismo se encontraba descansando en el sofá de la biblioteca en lo que Travis le traía un vaso de agua.

«Es hora», le había dicho Jackson, poniendo el plan en marcha.

—Ten, bebe un poco. —Su amigo se hincó en un pie y le entregó el vaso con suavidad—. Estás algo pálida, ¿crees que podrás sobrellevar la situación?

—Sí, él no me hará nada, debe garantizar el bienestar de sus hijos. —Por esa razón Grafton se limitó a vigilarla a lo largo de la noche, él no quería perderla de vista. Bebió su agua sin respirar y una vez que se sintió lista, se inclinó sobre su amigo y lo abrazó por el cuello.

—¿Estás segura que vendrá? —Lo haría. Él estaba muy enfadado y algo le decía que sólo era cuestión de segundos para que irrumpiera en la biblioteca—. Maldición, Alanis, estás muy débil —la abrazó con fuerza y las sienes comenzaron a martillearle.

—Jackson no puede enterarse de nada —musitó y todo su cuerpo tiritó cuando la puerta de la biblioteca se abrió con violencia.

—¿Interrumpo?

Sí, era un pésimo momento para aparecerse y a juzgar por su tono de voz, era evidente que Grafton no llegó a la biblioteca con la intención de entablar una conversación convencional. Travis rompió el abrazo con lentitud y la recostó en el sofá con delicadeza.

Sabía que no iba a abandonarla, pero odiaba que las cosas hubieran terminado así.

—¿Qué sucedió?

¿Era preocupación lo que oía en su voz?

Imposible, Grafton nunca se preocuparía por ella.

En cuestión de minutos el conde pasó unas sales aromáticas por su nariz y poco a poco Alanis empezó a volver en sí, odiando que fuera Grafton quien estuviera junto a ella y la estuviera sujetando con tanta precisión por la nuca. Las llamas del hogar perfilaban su hermoso

rostro y no le gustaba que sus ojos grises brillaran con tanta intensidad mientras detallaban sus rasgos.

—Estoy bien —lo apartó de un manotazo y se sentó sobre su lugar con delicadeza, clavando la vista en su amigo—. Señor Spinster... —El conde atenazó su muñeca con fuerza, impidiendo que se levantara, y miró a Travis por encima del hombro.

—Puede largarse, ella y yo tenemos asuntos que tratar.

«Hoy no, bebé», insistió y empleó todo su ingenio para apartar el malestar de su cuerpo. Debía proteger a un hombre que quería aniquilarla, lo cual implicaba un doble riesgo para ella, por lo que si no se despabilaba sería carne muerta.

—Pronto volveré al salón de baile —fingió su mejor sonrisa y se incorporó con lentitud para implementar algo de distancia. Travis abandonó la estancia y Grafton se incorporó, dejando las sales de lado—. Creí que estaba de luto, milord —se mofó y pudo ver el enojo en su semblante.

No obstante, él no se abalanzó sobre ella ni intentó golpearla.

—Si no te mato es porque aún tienes a mis hijos.

—Lo sé —le sonrió abiertamente, pero incluso así, se sintió abatida por su amenaza—. Por el momento están muy bien, así que te sugiero que mantengas la calma si no quieres cambiar ese hecho —le advirtió, temiendo que intentara atacarla, y él cerró las manos en dos puños.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó con impotencia—. Rionna no te hizo nada.

—En un futuro cercano entenderás mis razones —fue su única respuesta.

—¿Qué es lo que quieres? —siseó con enojo—. ¿Cuánto dinero quieres para devolverme a mis hijos?

—Vaya, nunca pensé que serías tan buen padre —ironizó—, según tengo entendido tu esposa sólo llegó a ver una vez el rostro de los gemelos. —Rionna Pearson nunca fue una buena mujer, por lo que le hizo un favor a la humanidad al deshacerse de ella.

—No me canses, Alanis, habla de una maldita vez o dejaré de ser misericordioso contigo. —Ella se rio por lo alto, una carcajada suave y melodiosa, pero malévola y cruel—. Estás tentando a tu suerte.

—O a la muerte —le corrigió y en ese momento ambos sacaron sus armas y se apuntaron. Había supuesto que algo así podría suceder, por lo que no le conmovió saber que su primer amor estaba ansioso por matarla—. Vamos, Leonard —lo llamó por su nombre de pila—, si yo disparo tus hijos quedarán huérfanos y si tú disparas los perderás para toda la vida, el resultado será el mismo y no quiero eso para los pequeños —se mofó con crueldad, obligándolo a bajar el arma.

—¿Por qué te los llevaste? —quiso saber—. Dijiste que nunca me lastimarías.

—Cuando pensé que eras un buen hombre —observó con desdén.

—¿Qué es lo que quieres? —estaba perdiendo la calma.

—Ahora que lo preguntas, me gustaría verte destruido, milord.

—¿Esta es tu venganza porque nunca pude corresponder a tus absurdos sentimientos?

Ella se rio sin humor alguno, ¿qué tan imbécil tenía que ser para creer que su odio se debía a un simple rechazo?

—Arruinaste mi vida y lo lamentarás —aseveró con dureza, bajando el arma con lentitud—, por tu culpa no he vivido más que un infierno.

—¿Qué? —susurró con sorpresa—. Pero ¿qué diablos dices? Yo sólo cumplí con mi deber de encontrarte un marido.

Era tan egoísta que ni siquiera era capaz de aceptar su error.

—Tus hijos volverán a ti pronto, así que no te desesperes —fue lo único que pudo decirle y sus ojos se clavaron en la ventana de la biblioteca, algo no andaba bien. Lanzó un jadeo cuando sin previo aviso él sujetó su muñeca y tiró de ella en su dirección.

—Bien, supongamos que te haré caso —farfulló y aferró sus brazos con fuerza, juntando sus cuerpos con descaro—. ¿Puedes decirme qué pretendes hacer ahora que volviste a Londres?

—Ese no es tu problema.

—¿Estás buscando un amante? —lo fulminó con la mirada—. ¿Qué diablos tenías pensado hacer con Spinster? Estaban muy juntos cuando entré, ¿desde cuándo lo conoces?

Maldición, de todas las cosas que pensó que él podría hacerle, una escena de celos nunca estuvo en sus planes.

—Suéltame, ese no es tu problema. —Empezaron a forcejear y justo en ese momento, vio una sombra en el exterior—. ¡Cuidado! —Se abalanzó sobre él y ambos cayeron al piso justo cuando un disparo retumbó en el lugar.

—Mierda.

Grafton la liberó de su agarre y Alanis sujetó su pistola y abandonó su escondite para efectuar el segundo disparo.

—¡Arg!

Alguien rugió en el exterior y ella intentó acercarse a la ventana, pero Grafton la sujetó de la muñeca y la obligó a arrodillarse detrás del mueble.

—¿Qué haces? —chilló, debían atrapar a ese hombre.

—¿Qué haces tú? Es peligroso, podrían lastimarte —bramó fuera de sí, reprendiéndola con la mirada, como si fuera una mujer que necesitara protección—. Quédate aquí, es peligroso. —Salió de su escondite para vigilar la situación.

En ese momento más disparos se suscitaron en el jardín y ella tiró del castaño hacia abajo.

—¡Sácalo de ahí! —escuchó la voz de Jackson y tiró del brazo del conde para sacarlo de la biblioteca.

—¿Qué haces?

Al parecer subestimaron al enemigo, estaba claro que no estaban lidiando contra uno o dos esbirros. Escuchó un revuelo en el salón de baile y se adentró por un pasillo que estaba en desuso, seleccionando la puerta que estaba justo en medio. No tenía la menor idea de qué salón era, pero muchos muebles estaban cubiertos con telas blancas.

—Escóndete —se metieron detrás de un piano y Alanis tragó con fuerza, no muy segura de cómo proseguir.

Su misión el día de hoy era proteger al conde y permanecer cerca de él durante toda la velada, por lo que esperaba que sus amigos estuvieran manejando la situación con efectividad junto a los guardias de la corona.

—¿Qué acaba de suceder? —su voz la arrancó de su letargo y lo miró de reojo. La habitación estaba en penumbras, pero podía detallar su perfil y estaba demasiado cerca para su gusto—. ¿Acabas de salvarme?

Rodó los ojos con aburrimiento.

—No hagas que me arrepienta —siseó y contuvo el aliento cuando él atenazó su muñeca. Si decidía atacarla, ella no tendría oportunidad alguna de ganar el combate—. Guarda silencio, sólo me queda una bala y no quiero que nos encuentren.

Aunque dudaba mucho de que hayan podido ingresar a la casa del duque de Beaufort.

—Debería matarte —musitó después de varios minutos de silencio.

—Si eso es lo que quieres, podrías intentarlo —ironizó, pero se aferró a su pistola—. Aunque te informo que sin mi ayuda nunca encontrarás a tus hijos.

—Pero no puedo —soltó en voz baja.

—Y no deberías —aclaró.

—No lo entiendes, no puedo matarte, eres muy importante para mí. —Sus palabras le generaron una gran conmoción y antes de que pudiera reaccionar, él tiró de su cuerpo hacia atrás y se encargó de tenderla en el piso para cernirse sobre ella en un movimiento resuelto.

—¿Qué haces? —gruñó y él posicionó sus manos por encima de su cabeza, inmovilizándola.

Pecó de ilusa al creer que controlar a Grafton sería sencillo, cometió un terrible error al bajar la guardia.

—Ellos tienen a mis hijos, pero yo te tendré a ti —arrastró sus palabras y un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando se inclinó sobre su cuello—. Podemos hacer un intercambio justo, ¿no crees?

—Dudo que pueda valer la cuarta parte de lo que valen tus hijos —intentó hacerlo volver en sí, pero ahogó un jadeo cuando la punta de su nariz acarició su piel desnuda—. ¿Qué haces, imbécil?

—Tu perfume me resulta familiar. —Alanis tiritó en su lugar y odió saberse tan expuesta. Él

afianzó sus muñecas con una mano y con la mano libre acarició su costado—. Hace mucho que nada me resulta familiar —regó un camino de besos por su cuello, prendiendo todas sus alarmas, y algo más.

—Para, esto es...

—¿Recuerdas cuando corrías detrás de mí, rogándome por un tierno beso? —juntó los ojos con fuerza y en contra de su voluntad su cuerpo empezó a reaccionar a sus palabras aterciopeladas—. No quiero ser tu enemigo, Alanis, mi intención no es hacerte daño.

La piel se le erizó cuando sus dedos acariciaron el ribeteado de su escote y abrió los ojos con prontitud al darse cuenta de lo que pretendía hacer.

—No pareces alguien que acaba de enviudar —dijo lo primero que se le vino a la mente y él se tensó—. De haber sabido que recibiría este trato por matar a tu esposa, no habría aceptado la tarea.

Sus palabras lograron el resultado deseado y ni bien fue liberada de su cautiverio, Alanis se sentó sobre su lugar y retrocedió con rapidez. Los disparos habían cesado, lo más probable era que la situación se hubiera controlado, pero ahora mismo ella corría un gran peligro ahí dentro.

—Tus hijos están bien —se incorporó y él hizo lo mismo, bloqueando su camino—. Debes dejarme ir, si no regreso te declararán la guerra.

—¿Quiénes? —exigió saber y ella tragó con fuerza.

Debía salir de ese lugar y en ese momento lo único que se le ocurrió fue lanzarse al piso y gatear por debajo del piano para llegar a la puerta. No obstante, como debió haber supuesto, Leonard rodeó el piano, la sujetó de la cintura y con bastante facilidad la levantó a volandas hasta que la acorraló con su cuerpo contra el instrumento.

—Ah —jadeó adolorida y cerró los ojos con fuerza al determinar que pronto recibiría un golpe, no obstante, para su sorpresa, él rodeó su nuca y unió sus labios con dureza.

Abrió los ojos de par en par, ¿qué diablos estaba haciendo?

Empezó a forcejear, desesperada por encontrar su libertad, pero él no cedió ni retrocedió ante sus golpes, sino que empezó a arremeter con más fuerza contra su boca, hasta que por fin logró ingresar en ella y robarle un suave gemido.

Se sintió mareada, casi desesperada al ser incapaz de apartarse, y en lugar de luchar, decidió rendirse ante lo inevitable. Le respondió con necesidad, rodeando su cuello en busca de un nuevo soporte, y jadeó sorprendida cuando tiró del ribeteado de su vestido hacia abajo, liberando uno de sus pechos.

—¡Ah! —tiró la cabeza hacia atrás, dejando que sus labios rodearan su pequeña areola, y se estremeció sin piedad alguna cuando le alzó una pierna y la instó a pasarla por su cadera.

Estaba pasando lo mismo que en Las garras de Lucifer, su buen juicio se estaba evaporando.

—Ven conmigo. —Era evidente que ninguno de los dos estaba pensando con claridad—.

Winchester no debería cuidar de ti, ven a Grafton House, yo...

—Para —rogó y lo empujó por los hombros, pero no se apartó de su pezón.

—Vendrás conmigo por las buenas o por las malas —aseveró y mordió su piel con fuerza, haciéndola gritar por lo alto.

En ese momento el pánico se apoderó de cada una de sus extremidades porque la puerta de la estancia se abrió sin previo aviso.

—¡No! —logró deshacerse del agarre de Leonard y sin pensarlo dos veces estrelló un puño en su mejilla, antes de reajustar su vestido con movimientos torpes—. No vuelvas a tocarme o te mataré.

¿Por qué diablos la había besado de esa manera?

¡Ella mató a su esposa y se llevó a sus hijos!

Sus ojos violetas se posaron en Devonshire y Blandes, quienes se veían algo sorprendidos y tensos por la situación en la que acababan de encontrarlos, y recuperando la compostura sacó su pistola y los apuntó a ambos con la misma, obligándolos a ponerse en guardia.

—Háganse a un lado, es lo mínimo que pueden hacer después de que salvara la vida de su amigo.

Los hombres no dudaron y se apartaron de su camino con immediatez, permitiéndole escapar sin mirar atrás. Se limpió los labios con el antebrazo y sintió inmensas ganas de vomitar, ¿por qué diablos tuvo que besarla?, ¿en qué diantres estuvo pensando al dejarse llevar por el calor del momento!

¡Se suponía que ella quería vengarse y el sentimiento era reciproco!

—Alanis. —Travis apareció en su camino y entrelazó sus manos—. Debes venir, todo salió mejor de lo esperado.

Eso quería decir que ahora tenían a un rehén bajo su poder.

—Habla por ti —soltó con frustración, recordando el incómodo momento que acababa de vivir junto al conde.

Se suponía que iba a casarse con él para arruinar su vida, pero tenía la leve sospecha de que ese hombre sabría sacarle mucho provecho a su unión.

Apretó la mandíbula.

«Nunca lo permitiré».

—La besaste. —Leonard no apartó la vista de su escritorio y dejó que Blandes caminara por su despacho de un lugar a otro con desespero—. Esa loca nos apuntó con una pistola, y muy probablemente hizo lo mismo contigo. —Torció los labios con disgusto.

—Yo también le apunté con la mía.

—¿Y la besaste! —vociferó su amigo con incredulidad.

—No es para tanto, Blandes —espetó Devonshire—. Ella no tenía la intención de lastimar a nadie, de haber sido así lo habría hecho.

—Ella tiene mucho que ver con la gente que provocó una balacera en el jardín de Beaufort. Esas palabras hicieron que Grafton volviera en sí.

—Alguien intentó dispararme cuando estábamos discutiendo en la biblioteca y Alanis me tiró al piso, ella me salvó la vida —contó aceleradamente y sus amigos intercambiaron una rápida mirada—. No entiendo qué está sucediendo, pero siento que esos hombres vinieron por mí.

—Eso es algo muy delicado —musitó Blandes y él tragó con fuerza.

—Ella dijo que los gemelos están bien y que debía esperar, tal vez se los llevó porque estoy en peligro.

Quería odiarla, deseaba con todo su corazón poder detestarla, pero la realidad era muy diferente. Le resultaba imposible creer que su Alanis era la mala de la historia.

—Maldición, debemos averiguar qué está sucediendo. —Devonshire se dejó caer en el diván más cercano—. Vi que se marchó con Travis. —Su amigo empleó el nombre de pila de Spinster.

—¿Lo conoces?

—Es el mejor amigo y socio de Laurine, claro que lo conozco.

—¿Crees que podrían tener un amorío? —preguntó con frialdad, recordando como los había encontrado en la biblioteca.

—Es probable, Alanis es una viuda hermosa y Travis tiene mucho dinero y es apuesto. —Habría preferido escuchar un: «no, es imposible».

—Debes hablar con él.

—No me dirá nada —suspiró con cansancio—. Lo único que podemos hacer es seguir sus pasos y recaudar información mediante su persona.

—¿Qué me dices de Portman?, ¿no les parece raro que esté tan ausente?

Lucien Pierce era el cuarto miembro del grupo y últimamente brillaba por su ausencia.

—Dijo que debía manejar las cuentas de Las garras de Lucifer, ha estado algo ocupado —espetó Blandes con paciencia, pero Leonard arrugó el entrecejo. Su amigo no solía ausentarse por razones laborales.

—Debo encontrarla, quiero saber qué esconde. —Alborotó su cabellera, recordando su dulce sabor, y se frotó el rostro con abatimiento.

¿Qué diablos le había sucedido?

Si Alanis no hubiera mencionado a Rionna, él habría buscado la manera de seducirla.

«Estoy perdido, mi mente y cuerpo aún la extrañan».

Por todos los cielos, ¿qué tipo de castigo divino era este?

Anhelaba poseer a la única mujer que llegó a amarlo de verdad, y a la cual rechazó cruelmente al entregarla en matrimonio a un completo extraño.

—Tal vez Travis no sea de mucha ayuda —dijo Devonshire de pronto, conectando sus miradas—, pero podríamos hablar con mi hermana.

—Claro, ella llegó a la fiesta con los marqueses.

Lo que significaba que tendrían que ir a Winchester House y eso no alegró en lo más mínimo a sus amigos, puesto que Blandes tenía una relación algo compleja con el marqués debido a su hermosa esposa, la duquesa, que tiempo atrás fue el foco de interés del castaño y luego estaba Devonshire, quien quedó manco gracias al hombre que decidió castigarlo por todo el daño que le hizo a su condesa, quien casualmente era la hermana pequeña de Winchester.

Diablos, ¿cómo hizo Alanis para terminar bajo el cuidado de un hombre como ese?

—Si gustan puedo ir solo —aclaró su garganta y Devonshire suspiró.

—Olvídalo, Laurine es mi hermana y debe ayudarnos a esclarecer la situación.

—No te dejaremos solo —acotó Blandes, endureciendo su semblante.

Cuando llegaron a su destino, era más tarde de lo adecuado, pero incluso así la marquesa de Winchester los recibió con una gran sonrisa en el rostro.

—Matt —abrazó a su hermano con entusiasmo—. Godric acaba de dormirse, no esperaba una visita de este tipo tan tarde.

El pequeño conde de Ross pronto cumpliría cinco meses y tenía entendido que Winchester no sólo bebía los vientos por su hijo, sino por la pequeña Phillipa, la hija del primer matrimonio de su marquesa.

—¿Sucedió algo malo? —los miró con preocupación.

—Se trata de lady Taylor —espetó su amigo y la rubia se mantuvo serena—, ¿cómo terminó bajo tu cuidado esta noche?

—Mmm... —sujetó su barbilla, pensativa.

—Por favor, milady, es importante —insistió Leonard y la mujer lo miró con recelo.

—Sólo le hice un favor a un buen amigo —respondió con sencillez y Devonshire enarcó una ceja, entretenido.

—¿Travis?

La diminuta rubia guardó silencio por varios segundos y eso comenzó a exasperar a los hombres.

—Habla, Laurine, esto es de vida o muerte —insistió Devonshire.

—Si es así, ¿por qué atosigar a mi esposa, caballeros?

En ese momento, los tres hombres se estremecieron con la llegada de Winchester al salón.

—Mi vida —sonrió la mujer y él dejó un casto beso en sus labios antes de decir—: ve a descansar, dulzura, yo atenderé a tu hermano y sus amigos. —La mujer no se tocó el corazón a la

hora de dejarlos con su esposo y se retiró del salón con paso apresurado—. Y bien, ¿en qué puedo ayudarlos? —se cruzó de brazos con una sonrisa retorcida en los labios.

—Sabes la historia, ¿no es así? —inquirió Blandes con dureza, dado que él conocía mejor al hombre, y el castaño asintió.

—Casi siempre sé lo que sucede a mi alrededor —se jactó.

—Entonces, ¿por qué aceptaste cuidar de ella esta noche? Es una asesina —espetó Leonard y los ojos castaños lo miraron con fijeza.

—Cuando descubras la verdad, no pensarás de igual manera.

—Si es así, ¿por qué no me la dices y ya?

—¿Cuál sería el chiste? —preguntó con indiferencia—. Todo ha sido muy fácil para ti, Grafton, aprende a solucionar tus problemas por ti mismo.

—¿Sabes dónde podemos encontrarla?

—¿Qué saben? —respondió con otra pregunta.

—La vimos irse con Travis.

El hombre se frotó el mentón, pensativo.

—Supongo que es un buen punto de partida —abandonó su relajada posición—. Les deseo suerte, caballeros —hizo el ademán de retirarse, pero luego paró en seco—. Ah, por cierto, no vuelvan a fastidiar a mi mujer o se las verán conmigo, ¿entendido? —amenazó y todos guardaron silencio, no muy seguros de cómo proseguir.

Si antes dudaron, ahora estaban seguros de que había una parte de la historia de la muerte de Rionna que desconocían.

Capítulo 8

*“El duque de Richmond puede sentirse satisfecho, una de sus pequeñas hermanas está siendo cortejada por un respetable y acaudalado vizconde. No se podía esperar menos de la familia Humphrey
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Alanis observó al hombre que estaba tumbado boca abajo sobre el camastro del reducido cuarto y se cruzó de brazos con disgusto. Esto no podía considerarse como un buen avance, ahora su suerte pendía de un hilo.

—Tres disparos y sigue con vida, es un milagro —pensó en voz alta y se mordió el labio inferior con nerviosismo—. Debe despertar, necesitamos que hable.

—El doctor le aplicó una fuerte cantidad de láudano, no creo que entre en razón por unos días. —Jackson era un hombre realista y sincero—. Eran cinco, tres murieron y uno escapó.

Lo que quería decir que ahora mismo su enemigo estaba recibiendo la mala noticia de que su ataque fue sabotado.

—Sin importar cuanto analice la situación, sigo sin entender por qué quieren matar a Grafton.

—Lo descubriremos pronto. —Le hizo un gesto con la cabeza para que abandonaran la pequeña habitación que estaba en el sótano y los hombres de Jackson se encargaron de cerrar todo y custodiar el pasillo—. Me gustaría saber cómo te fue con Grafton —espetó ni bien ingresaron a su despacho y paró en seco al ver a sus amigos ahí.

—A nosotros también —admitió Andrew con una sonrisa de oreja a oreja y alzó su copa con regocijo, al tiempo que Seamus blanqueaba los ojos con aburrimiento—. Lo vi bastante celoso, me atrevería a decir que te hizo una escena.

Alanis apretó la mandíbula y se dejó caer en el diván con cansancio.

—Sólo perdió la cabeza por breves segundos.

«No lo entiendes, no puedo matarte, eres muy importante para mí».

Ella mató a su esposa, se llevó a sus hijos y pronto le confesaría que se atrevió a seducirlo con el único fin de quedar embarazada, atraparlo en matrimonio y así recuperar lo que por derecho le pertenecía. Sólo era cuestión de tiempo para que Leonard Pearson la odiara.

—Las cosas no salieron como las teníamos previstas. —Jackson demandó su atención—. Ahora el conde buscará a Alanis y querrá respuestas.

—Es hora de que sepa la verdad.

—La reina no piensa igual —espetó Seamus—. Ella cree que el conde podría ser descuidado

y arriesgar su vida con tal de encontrar al culpable.

Alanis clavó la vista en la falda de su vestido y suspiró con frustración.

—Seré cuidadosa, no dejaré que nadie me vea y me mantendré en mi piso hasta nuevo aviso.

—Esa idea no era tan desagradable, así podría pasar más tiempo con Sierra y sobrellevaría su embarazo de mejor manera.

—Es lo mejor, ellos podrían intentar capturarte.

—¿Qué? —miró a Travis con los ojos muy abiertos y su amigo asintió.

—Grafton mostró mucho interés por ti, no me sorprendería que todo el mundo hable de eso mañana, así que podrías ser un blanco interesante para el enemigo.

Maldición, lo menos que quería era exponer a Sierra.

—Mi gente cuidará de ti, los enviaré de encubiertos a la casa de huéspedes —se apresuró a decir Jackson y de alguna manera eso le brindó algo de tranquilidad.

—Ese hombre debe despertar —aseveró con dureza—, necesitamos el nombre de nuestro enemigo.

—Como también conocer sus intenciones —acotó Andrew, pensativo.

Alanis sabía que no podía exigir mucho, ese día habían hecho un gran avance al captar a un rehén, pero no se sentía bien. Su embarazo no era algo que pudiera tomarse a la ligera y el hecho de que Leonard hubiera actuado tan extraño no hacía más que inquietarla.

«Esto debe terminar cuanto antes».

Estaba claro que por el momento ser lady Taylor no era una opción, ella jamás podría tener la tranquilidad de todas las mujeres que asistieron al baile de los duques de Beaufort esa noche. Todas sabían que sin importar nada, siempre estarían protegidas por sus padres o esposos; en cambio ella, estaba segura de que el día de mañana tendría que salir a ganarse su comida si quería alimentar correctamente a su hija.

«Vengaré tu muerte, papá», pensó con tristeza.

—Mandaré al diablo a Sterling —siseó Travis una vez que estuvieron en el carruaje y lo miró ceñuda.

—¿Qué tienes en mente?

—Tú y Sierra vendrán conmigo. —Abrió los ojos con sorpresa—. No las dejaré solas, no permitiré que corran ningún peligro, por lo que entrarás a mi casa como Harold Walker y serás mi “ayuda de cámara”, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? —la voz le tembló—. Nos reencontramos hace apenas unos meses.

Travis acunó su mano con firmeza y le regaló una tierna sonrisa.

—Tú y yo vivimos muchas cosas juntos, es inevitable no sentir un gran cariño por ti, así que no me pidas que te abandone en ese lugar con mi sobrina, ¿de acuerdo?

Lo correcto habría sido rechazar su oferta y seguir la orden de Jackson, pero en ese momento

no quería pensar como espía, sino como una madre que sólo quería lo mejor para su hija.

—Está bien, te prometo que no tomará mucho tiempo. Sólo deja que vista a Sierra para la ocasión. Prefiero que sea vista como un niño.

Si planeaba recuperar su vida, su hija no podía ser recordada como la pequeña hermana de un lacayo.

—Una vez que estén instaladas en mi casa le informaré a Sterling sobre los cambios de planes.

—No le gustará.

—Se puede ir al infierno.

Alanis se rio.

—Ahora entiendo por qué los ingleses y los americanos se soportan muy poco.

Su amigo sonrió con altanería.

—A ustedes les encanta cumplir las reglas y nosotros amamos romperlas. —Le guiñó un ojo y parte de su cuerpo se relajó al darse cuenta que pronto su hija tendría un techo seguro sobre su cabeza.

Fue una tonta al creer que Sierra y ella podrían ser un estorbo para su amigo.

Ivor Fraser abandonó su lugar con falsa calma y antes de que alguien pudiera verlo venir, sujetó su cenicero y lo lanzó hacia uno de sus lacayos. Era normal que se sintiera furioso, nada estaba saliendo como quería y eso no hacía más que sacarlo de quicio.

—¿Cómo que fallaron?! —bramó fuera de sí, las últimas semanas no habían sido nada fáciles para él y este tipo de noticias no le sentaban bien—. Gasté una fortuna, contraté a los mejores tiradores, ¿y no pudieron matar a Grafton? —escupió con rabia.

¿Es que acaso ese hombre tenía siete vidas o qué?

—Me temo que una mujer estropeó nuestros planes, señor.

El escocés de ojos oscuros abrió los ojos con horror.

—¿Una mujer? —hizo la pregunta con desprecio.

—Mi hermano tenía al conde donde quería, pero ella saltó sobre el hombre y por eso falló. —Ivor cerró las manos en dos puños, saberse saboteado por un ser inútil y sin valía sólo empeoraba su mal humor—. Todo parece indicar que ella era muy consciente de lo que estaba haciendo —añadió con cautela, captando su atención.

—¿Cómo lo sabes?

—Estaba armada, ella mató a mi hermano por defender al conde.

Ivor se frotó la barbilla con un deje pensativo. La *princesa de Grafton* estaba siendo protegido por una mujer, una asesina.

—¿Crees que ella podría estar relacionada con la muerte de Rionna?

El sólo mencionarla hizo que el corazón le doliera, nunca debió meter a su amada en este asunto, cometió un terrible error al exponerla a ese peligro.

—No sabría decirlo, señor.

—Quiero que averigüen de quién se trata —siseó.

Ya lo había perdido todo. Su última oportunidad de convertirse en el dueño y señor de las tierras de Grafton se había ido por la borda, sin Rionna ya nada era posible, ni siquiera los mocosos le servían.

«Pero quiero venganza».

Leonard Pearson estaba muy equivocado si creía que tendría una vida plena y llena de felicidad. Ivor iba destruirlo, iba a quitarle todo lo que tenía de la misma manera que sus difuntos padres lo hicieron con él.

—¿Tienen información de los niños?

—Es como si la tierra se los hubiera tragado.

«Así estarán en unos meses, bajo tierra junto a su miserable padre», pensó con frialdad, observando el retrato de su amada Rionna.

«Muy pronto vengaré tu muerte, amor».

Cinco días más tarde, Alanis no supo qué pensar cuando el mayordomo de Travis le informó que los vizcondes de Portman querían reunirse con ella —Harold Walker—. No debió ser fácil para el mayordomo asimilar ese hecho, pero al menos fue discreto y no hizo ninguna pregunta al respecto.

Estaba claro que los Portman eran un caso serio, ¿es que no se daban cuenta que podían levantar sospechas?! No era propio que un noble visitara a Travis, la mayoría de la nobleza inglesa ni siquiera era capaz de lidiar con su presencia.

Eran demasiado estirados como para aceptarlo en sus salones de baile.

—Por Dios, Seraphina, ¿quieres meterme en problemas? —chilló con voz aguda nada más cerrar la puerta y se encaminó hacia la rubia de curvas extravagantes—. ¿Qué sucede?, ¿a qué vinieron?

—Bueno, no me hizo mucha gracia saber que Travis está cuidando de ti. —Seraphina era hermana del esposo de Blair, por lo que conocía a su amigo y tenía entendido que compartían una agradable y punzante amistad—. Te abrí las puertas de mi casa hace meses.

La miró con incredulidad, ¿había ido hasta ahí, arriesgándolo todo, sólo para hacerle ese absurdo reclamo?

—Si quieres información, el hombre aún no despertó.

Seguramente ella sólo quería saber si habían logrado recaudar algo de información.

—Eso la tiene sin cuidado —aclaró el vizconde de Portman y ella lo miró con recelo.

Lucien Pierce era uno de los mejores amigos de Leonard y por esa razón nunca sería de su total agrado. Le parecía un milagro que estuviera manteniendo la boca cerrada, por un momento pensó que él podría divulgar todo lo que estaba ocurriendo antes de tiempo.

—No vine por eso, pero gracias por la información. —La rubia se dejó caer en el sofá y le hizo una seña para que se sentara frente a ella. Alanis decidió obedecerla y el vizconde se acomodó junto a su esposa—. ¿Crees que es prudente esconderte? La gente no deja de hablar de ti y el cómo desapareciste de un día para otro, creo que lo más sensato es que entres en sociedad.

—¿Viniste aquí para hablarme de eso? —se frotó las sienes con cansancio—. Hay cosas más...

—Nada es más importante que tu bienestar y el de tu hija —le cortó la rubia, haciéndole entrar en razón—. Tú no eres la mala de la historia, no necesitas vivir escondida.

Alanis sonrió con amargura.

—Si ellos me reconocen, sabrán que estuve con Grafton en la balacera y tratarán de atacarme. —La miró significativamente—. Por Sierra, prefiero mantenerme en el anonimato.

Su amiga suspiró.

—Lucien tiene algo que decirte —agitó su abanico fucsia con apremio para que el pelinegro hablara.

—Grafton ya no te ve como la mala de la historia —explicó con recelo—, sabe que lo salvaste, pero está desesperado por encontrarte y obtener respuestas. En estos últimos días ha iniciado tu búsqueda. Creo que, si no quieres presentarte ante la sociedad, al menos deberías ir a hablar con él.

—¿Cómo sé que no es una trampa? —El vizconde la miró con ofensa—. Maté a su esposa, milord, la mujer que él amaba y...

—Él nunca amó a Rionna, sólo la toleraba porque odiaba estar solo.

Alanis grabó esas palabras en su cabeza, era agradable saber que no fue la única miserable durante todo este tiempo.

—La cuestión es que si Grafton insiste puede descubrir más de lo conveniente —musitó Seraphina con cautela, recordándole el hecho de que Portman no estaba al tanto de su juego de seducción en Las garras de Lucifer, y asintió con frustración.

—No puedo presentarme ante él como Harold, eso arruinaría mi disfraz —farfulló.

—Ve como lady Taylor —espetó Portman con tranquilidad y ella suspiró.

—No tengo los fondos necesarios para fingir ser una lady —decidió utilizar la verdad—. Los vestidos que utilizo son proporcionados por la reina y devueltos al día siguiente.

Y de más estaba decir que no contaba con un solo vestido, puesto que en la posada siempre

fue Harold Walker.

—Si cometo un error, todos sabrán que no soy la viuda acaudalada que creen.

—Déjame patrocinarte —dijo Seraphina con rapidez, helándole las venas—. Si Grafton empieza a buscarte, créeme que te encontrará y dudo mucho que le haga gracia saber que eres el ayuda de cámara de Travis.

—Eso es mentira, fue una excusa que él inventó para traerme a su casa.

—Los empleados no conocen ese hecho —aclaró Portman.

—No me gusta deberle favores a nadie.

—Piensa en Sierra, ella también recibiría los beneficios.

—¿Qué beneficios? —La miró con interés.

—Le haré un guardarropa completo.

—¿Por qué lo harías? —quiso saber—. Sierra y yo no somos nada tuyo.

—Me gusta ayudar a las personas que lo merecen —confesó la rubia y Alanis miró al hombre con fijeza.

—Ayudarme implica tocar sus fondos, ¿no le molesta?

—Yo soy feliz si mi esposa lo es, además, ella administra el dinero mejor que yo —se encogió de hombros, dejando claro que Seraphina era quien tenía el poder en cuanto a los temas económicos.

—¿Qué me sugieren?

—Preséntate en su casa esta noche para la hora de la cena. —La sonrisa socarrona del vizconde le generó algo de inquietud—, él está tan ensimismado en tu búsqueda que no sale de su casa ni se reúne con Blandes ni Devonshire.

—Debes ir como lady Taylor, los criados deben verte ahí.

—¿No es peligroso? —achicó los ojos.

—Puedes ir armada, pero te aseguro que mi amigo no te tocará un solo pelo.

—No tengo ni un solo vestido, tal vez podríamos...

—Traje un atuendo para ti. —Le señaló una caja blanca que estaba sobre una de las mesas y arrugó el entrecejo, no lo había notado—. Será perfecto para la cena de esta noche.

—No me siento muy segura —admitió con inquietud.

—Enviaré una doncella para que te acompañe, ella no permitirá que nadie te lastime.

Alanis se mordió el labio inferior con inquietud y miró la caja con fijeza.

¿Sería prudente visitar a Grafton?

—Debes ir —insistió el vizconde—, planea contratar a alguien para que te busque.

Y si la encontraba, se metería en problemas. No quería que Leonard se enterara de Sierra, él era alguien peligroso para el bienestar de su hija.

—Está bien.

Lo hablaría con Travis, muy probablemente él no estaría de su parte, pero incluso así, haría hasta lo imposible para ayudarla y brindarle todas las comodidades que podría necesitar. Como, por ejemplo: un carruaje.

Capítulo 9

“Lady Taylor ha hecho su aparición y fue nada más y nada menos que en la casa de su antiguo tutor, nuestro encantador conde de Grafton. Según fuentes cercanas, el hombre ha quedado más que satisfecho con la visita de la viuda Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

—Esto tiene que ser una maldita broma —farfulló Travis, acusándola duramente con la mirada, y Alanis llevó uno de sus dorados bucles detrás de su oreja—. Ya estás embarazada, ¿por qué debes visitarlo de nuevo?

—No vine aquí para seducirlo —aclaró con enojo, decidida a apartar esos erróneos pensamientos de su cabeza, y su amigo observó su vestido borgoña con obviedad, por lo que tuvo que cubrirse nuevamente con su capa—. Me lo entregó Seraphina, nunca me imaginé que sería tan sugerente.

—Debería hacerse una ley que prohíba a Seraphina Pierce acercarse a mujeres de bien, ¿es que acaso esa mujer enloqueció?

—Ellos creen que Grafton contratará a alguien para buscarme y eso podría complicarlo todo.

—Lo sé —arrastró sus palabras y alborotó sus cabellos castaños con disgusto, era evidente que la situación no le gustaba en lo más mínimo—. Me quedará cerca, si algo sucede, tú solo grita, ¿de acuerdo?

Observó la casa de Leonard por la ventanilla del carruaje y asintió.

—Todo saldrá bien, sólo le pediré que sea paciente.

Su amigo no le dio una respuesta y Alanis bajó del carruaje con prontitud. La doncella apareció detrás suyo en cuestión de segundos y no muy conforme con su presencia, llamó a la puerta con seguridad.

El mayordomo, un hombre que no conocía, se mostró algo receloso al verla bajo el umbral de la puerta, pero Alanis forzó su mejor sonrisa.

—Debo reunirme con lord Grafton.

—¿Quién lo busca?

—Dígale que lady Taylor desea hablar con él.

El hombre dio un breve respingo, como si ya hubiera oído su nombre con anterioridad, y se hizo a un lado para que ella pudiera ingresar.

—Por aquí, por favor —la guio al salón dorado, pero Alanis no se sentó en ninguno de los muebles que estaban disponibles, sino que se acercó a la chimenea para ganar un poco de calor y valor.

Tal vez cometió un terrible error al presentarse en Grafton House, pero ya era demasiado tarde para arrepentimientos porque Leonard ingresó a la estancia con la respiración agitada y los ojos grises abiertos de par en par.

Se aferró a su capa cuando sus ojos se posaron en ella, pero curiosamente no sintió temor, sino una extraña inquietud en el pecho.

—Déjenos solos —ordenó y la criada la miró con fijeza, esperando su respuesta.

—Está bien. —Él no iba a lastimarla y lo sabía, pero incluso así se enderezó cuando la puerta de la estancia se cerró y quedaron totalmente solos en el salón que ahora se le hizo demasiado reducido para su gusto—. Tus hijos están bien, no necesitas preocuparte por ellos —abordó el tema de importancia y por el cual estaba ahí. Irse por las ranuras no tendría sentido, su relación no era lo suficientemente buena y mientras más rápido terminara su reunión mejor.

Leonard dio un paso en su dirección, pero Alanis decidió alejarse del hogar y se asomó a la ventana para implementar algo de distancia. El jardín estaba sereno y escondido bajo la oscuridad de la noche, Grafton House era el lugar más seguro para resguardar al conde, pero ¿era un lugar seguro para ella?

—Quiero que dejes de buscarme —se volvió en su dirección—, no conseguirás nada.

—Logré que vinieras a mí —observó con dureza y ella apretó la mandíbula.

—Esto no es un juego, milord —siseó con enojo y en un abrir y cerrar de ojos, Leonard se plantó frente a ella y atenazó su brazo con firmeza—. Tócame un pelo y tus hijos...

—No pienso lastimarte —aclaró y tiró de ella en su dirección, juntando sus cuerpos de manera escandalosa—, pero quiero la verdad, ¿quiénes eran esos hombres?

—Si lo supiera, no estaría aquí —se mofó y él ahogó un juramento.

—Alanis...

—Suéltame —empezó a forcejear por su libertad y como consecuencia la capa cayó a sus pies, revelando sus hombros desnudos y el gran escote de su vestido—. Maldición —quiso recogerla, pero el agarre de hierro la retuvo a medio camino.

—¿A qué viniste? —su voz bajó una octava y la garganta se le cerró.

—Quiero que dejes de interponerte en mis planes —logró decir y apartó el rostro cuando el hombre se inclinó sobre ella con lentitud—. De nada te servirá encontrarme porque tus hijos no están conmigo. —Sus uñas se clavaron en el abrigo masculino cuando él dejó un casto beso en su hombro y empezó a respirar con dificultad—. Milord...

—Me salvaste la vida —le recordó y rodeó su cintura en una larga caricia, afianzando su agarre al tiempo que la empotraba contra la pared—. Déjame agradecerte el gesto —susurró antes de poseer sus labios con vehemencia.

En ese momento Alanis se percató del sabor a whisky en sus besos.

¿Había estado bebiendo?

Lo abrazó por el cuello, respondiendo a sus besos con avidez, y jadeó por lo alto cuando tiró de su escote hacia abajo, liberando sus dos pechos con bastante facilidad. No obstante, él no abandonó su boca para centrarse en sus pechos, sino que sujetó sus piernas y la instó a abrazarlo por la cadera con las mismas al tiempo que se arrodillaba en su lugar y la tendía en el piso enmoquetado.

La habitación estaba tenuemente iluminada, pero era más que suficiente para dos amantes que estaban desesperados por una liberación.

—Ah —se arqueó cuando sus labios se cerraron en su pezón y se aferró a sus cabellos castaños para instarlo a continuar.

¿A quién quería engañar?

Su cuerpo lo necesitaba, ansiaba sentirlo dentro de ella y si no lo conseguía esta noche enloquecería. Hasta hace unos meses, ella nunca había sentido placer en el coito, pero Leonard le había enseñado la razón del por qué mucha gente podía perder la razón junto a un buen amante.

—Necesito probarte —gruñó él, tirando de sus faldas hacia arriba, y después de rasgar sus interiores, Alanis separó las piernas para recibir sus carnosos labios entre sus muslos.

—¡Ah! Sí, por favor —suplicó, agitándose en su lugar, y él afianzó sus caderas para inmovilizarla.

No tenía la menor idea de cuánto tiempo duró su dulce tortura, pero las oleadas de calor la hicieron tiritar en su lugar al tiempo que los espasmos de placer recorrían cada una de sus extremidades sin piedad alguna. Lo había logrado, una vez más, gracias a Leonard, había alcanzado un nuevo nivel de satisfacción.

Abrió los labios con sorpresa cuando él volvió a besarla, invitándola a probar su sabor, y lo abrazó por el cuello con aceptación, decidida a continuar.

—No debiste venir —susurró entre besos y se abrió los pantalones—, ahora no dejaré que te marches y te convertiré en mi rehén.

¿Qué tanto habría bebido?

—Ah... —suspiró por lo bajo, sintiendo como el glande se posicionaba en su entrada, pero entonces algo se estrelló contra la ventana y provocó que el vidrio se hiciera añicos—. No puede ser.

La razón volvió a hacer acto de presencia y ambos se incorporaron con rapidez y acomodaron su ropa con movimientos torpes. Era imposible que alguien atacara la casa de Leonard, el conde estaba muy bien resguardado. Se acercó a la ventana al tiempo que él iba por aquello que habían lanzado y abrió los ojos con horror al ver como Travis le hacía señas para que saliera. Miró por encima del hombro al castaño, estaba buscando la piedra, seguramente pensando que le llegó un mensaje, y negó con la cabeza.

Hizo mal al presentarse en su casa.

Salió del lugar sin hacer mucho revuelo y solo a mitad del camino escuchó su rugido bestial.

—¿Qué sucedió? —se unió a su amigo y decidió ignorarlo.

—Jackson quiere vernos, un lacayo fue a buscarnos a mi casa y terminó aquí.

Ya decía ella que Travis nunca la hubiera interrumpido de no tratarse de algo importante. Lo más probable era que su rehén hubiera abierto los ojos y estuviera listo para hablar.

—¿Qué noticias tienes? —preguntó nada más ingresar a la casa de su amigo y se alarmó al ver a Seamus tan serio en el recibidor—. ¿Escapó? —cerró las manos en dos puños.

—Me temo que fue peor —soltó con frialdad y miró su atuendo con curiosidad, para después decir—: se murió.

Se aferró al barandal de las escaleras e inhaló profundamente para no perder la compostura. Sabía que el estado del hombre era crítico, pero el doctor les había dicho que sobreviviría.

—Maldita sea —siseó Travis, golpeando la pared.

—Llegó a pronunciar cuatro nombres de tabernas antes de morir. —Esa información hizo que la esperanza resurgiera y sujetó el papel que su amigo le tendió—. Esta noche empezaremos a investigar los lugares, creemos que nuestro enemigo podría frecuentar uno de estos locales.

—¿Dónde están los demás? —inquirió Travis.

—Encargándose del cuerpo.

—¿Jackson dejó algún mensaje?

—Ustedes deben ir a La Odisea, Jackson considera que es la taberna menos peligrosa.

—¿Empezamos hoy?

—Sí —informó Seamus y como si sólo hubiera esperado su llegada, tomó sus cosas y se dirigió a la taberna que se le fue asignada para estudiar el panorama.

Como era de esperarse, Alanis se cambió de ropa a un atuendo varonil, tomó las armas que podría necesitar en caso de que las cosas se complicaran, y partió junto a Travis hacia La Odisea.

—A veces siento que en vez de avanzar no hacemos más que estancarnos —farfulló Travis, cerciorándose de que todas sus armas estuvieran en su lugar, y Alanis tragó con fuerza—. Lamento lo de antes, no se me ocurrió otra manera de separarlos.

—No quiero hablar de eso —siseó y su amigo silbó por lo bajo—. No digas nada —ordenó y él se rio—. ¡Travis!

—Pero no he dicho nada —alzó las manos en son de paz—. Deberías tomarlo con calma, después de todo, si todo sale como pretendes, Grafton será tu esposo en cuestión de semanas.

Y por lo visto, un matrimonio cordial no estaría dentro de los planes de Leonard. Presionó el puente de su nariz, no muy segura de qué tan grande era el problema en el que acababa de meterse.

Por todos los santos, Leonard la deseaba y sólo un imbécil denominaría ese deseo como algo pasajero.

«Ella será mía».

Leonard observó en silencio como Alanis —disfrazada de hombre— descendía del carruaje que estuvo siguiendo por al menos durante veinte minutos y agudizó la mirada para poder reconocer al hombre que estaba con ella. Los había visto huir juntos de su casa y si bien en un principio pensó que su cochero los había perdido de vista, no demoró mucho en volver a localizarlos.

¿Por qué Alanis frecuentaría una taberna de ese tipo?

La Odisea no era un club respetable, sino todo lo contrario, el establecimiento era conocido por tener a los miembros más mafiosos de la ciudad. Se relamió los labios con ansiedad, ella ya no llevaba puesto su hermoso vestido borgoña, sino unos pantalones oscuros que marcaban deliciosamente su lindo trasero.

Cerró las manos en dos puños, de no haber sido interrumpidos, ahora mismo ella estaría en su cama, rindiéndose a sus caricias y saboreando todos sus besos.

«La necesito», reconoció ávidamente y aflojó su pañuelo con movimientos tensos.

Desear a la asesina de Rionna no parecía algo sensato, pero ¿acaso podía controlarlo?

Maldición, desde que la vio en la casa de Beaufort supo que representaría un gran problema para su integridad física y mental. La había extrañado tanto que lejos de querer matarla, sólo quería subirla sobre su hombro y alejarla de todo aquel que quisiera arrebatársela.

Leonard bajó del carruaje ni bien la pareja ingresó a la taberna y le pidió a su cochero que se mantuviera a una distancia razonable para no ser descubierto. Tenía la leve sospecha de que esta noche podría aclarar todas sus dudas y descubrir el por qué Alanis mató a Rionna y se llevó a sus hijos.

La iluminación en La Odisea era escasa y eso le permitió ocupar la pequeña mesa que estaba en el rincón más alejado del lugar. Pasó desapercibido, pero él sí que pudo notar al hombre que estaba junto a Alanis y los celos lo golpearon sin piedad alguna. Apretó la mandíbula al ver a Travis Spinster inclinándose sobre su mujer.

¿Qué tipo de relación tenían?!

Cerró las manos en dos puños, totalmente frustrado. Se rehusaba a creer que eran amantes, Alanis jamás habría cedido a sus atenciones de ser así. Ella no era ese tipo de mujer, ¡ella lo prefería a él por encima de todos!

«No te engañes, es una viuda hermosa, un alma libre y pasional».

Un lacayo se acercó a su mesa y Leonard pidió un vaso de cerveza, todo parecía indicar que por el momento no podían hacer más que esperar. Alanis y Travis parecían tener una amistad bastante estrecha. Descubrir que la rubia ya no lo quería era duro, demasiado para su gusto,

puesto que ahora él sabía que sus sentimientos por ella ya no eran los mismos que antes, sino todo lo contrario.

No podía decir que la amaba, su reencuentro había sido muy repentino y algo grotesco, pero la deseaba y se sentía muy preocupado por ella y sus actividades. Por todos los cielos, era la hija de Hugo, una dama que ahora mismo debería estar en cama, bajo la protección de un buen esposo capaz de hacer lo que fuera por ella.

«Pude haber sido yo, pero fui un idiota».

—¿En qué diantres estás metida? —inquirió con inquietud.

«Arruinaste mi vida y lo lamentarás. Por tu culpa no he vivido más que un infierno», recordó las palabras que le dijo en la biblioteca de Beaufort y se llevó el vaso de cerveza a los labios.

¿Por qué había hecho una acusación tan fuerte?

¿Qué tipo de matrimonio vivió junto a Sullivan?

No lo recordaba como un mal hombre.

«Nunca llegaste a conocerlo, apenas y trataste con él», le recriminó una vocecilla y él tragó con fuerza, rezando en silencio para que sus temores fueran erróneos. Porque de ser diferente, el odio de Alanis estaría más que justificado.

Capítulo 10

*“Se rumorea que el carruaje del conde de Grafton llegó a la casa del duque de Blandes a horas muy altas de la noche, me pregunto si el hombre se encuentra bien después de la intrépida visita de su antigua pupila
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

—Estoy casi seguro de que lady Portman hizo todo lo que hizo de manera intensional — espetó Travis con voz oscura, barriendo el lugar con la mirada—. La cuñada de Blair está loca, odio admitirlo, pero esa mujer me asusta.

—Fui vilmente engañada —reconoció más tranquila, reclinándose en su asiento.

—¿Dirías que lo sigues queriendo? —inquirió con curiosidad.

—No —su respuesta fue tajante—, pero no sé qué me sucedió —reconoció abatida.

Su amigo asintió y decidió guardarse sus comentarios para sí mismo, como si supiera que lo que tenía en mente era demasiado indecoroso como para decirlo en voz alta.

—Quiero que todo esto termine cuanto antes, estoy harta de que mi hija no pueda gozar de una vida tranquila.

Él sonrió con tristeza.

—Sierra es una niña encantadora, no te culpo por querer lo mejor para ella.

—Al menos ahora me entiendes —susurró.

—Pero ¿él la aceptará? —su pregunta le generó un escalofrío en toda la espina dorsal y conectó sus miradas, no muy segura de qué responderle—. ¿Lograste hablarle de tu hija?

—Claro que no, él me odia y tengo miedo que intente lastimar a Sierra.

Ella se robó a sus hijos, ¿qué tal si decidía vengarse mediante su hija?

—Te urge que la verdad salga a la luz, ¿verdad? —ella asintió—. El reloj avanza en tu contra, ni siquiera deberías seguir participando de la misión, es peligroso.

—¿Crees que no lo sé? —se exasperó— Tengo la fe de que pronto se solucionará todo y ya no será necesario seguir exponiéndome al peligro.

—¿Y si no se soluciona pronto? —preguntó, helándole las venas, y por primera vez en meses no tuvo una respuesta para su amigo.

Todo era demasiado incierto para su gusto.

Travis cuadró los hombros en un movimiento apenas perceptible y le hizo una señal con los ojos para que mirara por encima del hombro. Lo hizo con mucha sutileza y frunció el ceño al ver como cinco hombres ingresaban a la estancia, todos con semblantes poco amigables y un aura desagradable.

—Parece que esperan a alguien —susurró Travis, viendo como tomaban asiento junto a una misteriosa puerta, y Alanis determinó que esos hombres no eran simples clientes cuando un lacayo se acercó a ellos y les entregó una nota.

—Espérame aquí —pidió y simuló que tenía ganas de ir al baño para salir de la taberna y rodear el lugar en busca de una ventana—. Bien —musitó al encontrarla y descubrir que estaba abierta. Estudió el panorama, la calle estaba oscura y desierta, por lo que debía ser rápida si quería trepar el muro.

Sacó sus cuchillas para brindarse algo de ayuda y dio un respingo en su lugar al oír unos pasos a su espalda. Se volvió con prontitud, lista para luchar, pero las piernas le temblaron al ver a Leonard frente a ella.

—¿Qué diantres haces aquí? —farfulló, roja de la colera—. Se suponía que estabas borracho.

El apuesto castaño sonrió con cinismo y se cruzó de brazos con suficiencia.

—Si bien tu elixir es embriagador, necesitarás más que eso para dejarme fuera de juego. —¡Ella no estaba hablando de eso!—. Sólo bebí una copa de whisky antes de que llegaras, no estaba borracho —decidió ser sincero al percibir su enojo y ella gruñó con disgusto.

—Largo, no deberías estar aquí.

«En este lugar posiblemente más de uno te quiere muerto», pensó abrumada y tragó con fuerza.

—Vine por información —confesó sin tapujos—, pero si deseas que me marche, lo haré si vienes conmigo.

—¿Por qué lo haría? —lo miró como si tuviera dos cabezas.

—Este lugar parece peligroso, no me gusta que estés aquí —fue sincero y ella apretó la mandíbula.

—No te metas, ¿estamos? —le dio la espalda, dispuesta a volver a su tarea de subir el muro. Lanzó un jadeo cuando él la tomó de la cintura y la elevó para que pudiera aferrarse al fierro que estaba empotrado contra el muro.

Eso fue de mucha ayuda y logró llegar a la ventana con bastante facilidad.

Ser pequeña y delgada tenía sus beneficios, pensó distraída. Estudió la habitación desde el exterior y al darse cuenta que no había nadie, ingresó sin causar mucho revuelo. Sonrió con satisfacción cuando sus pies tocaron el piso enmoquetado y puso las manos en jarras con determinación.

Las velas estaban prendidas, estaba segura de que era la oficina del dueño del lugar y sólo era cuestión de tiempo para que los cinco hombres fueran llevados hacia esa habitación.

—Muévete.

La sangre se le congeló e inmediatamente giró sobre su eje, viendo como Leonard se

adentraba a la estancia detrás de ella. Parpadeó varias veces, esto tenía que ser una broma.

¡Le dijo que se largara!

Pecó de ilusa al creer que él seguiría su orden.

—¿Qué diantres haces aquí? —chilló angustiada.

—Shh... —se llevó un dedo a los labios—. Si tú te quedas, me quedo contigo —se encogió de hombros—. Y dado que no quieres decirme qué está pasando, debo averiguar las cosas por mi cuenta.

Quería asesinarlo con sus propias manos.

—Créeme que estás mejor viviendo en la ignorancia.

—Lo dudo —respondió con sencillez.

—Largo, no deberías estar aquí.

—No me iré, quiero saber qué está sucediendo.

¡Esto era una locura!

Su deber era protegerlo y acababa de meterlo a...

—Pasen por aquí, por favor. —El aire se atoró en sus pulmones al oír esa tercera voz y en ese momento tanto Leonard como ella decidieron esconderse detrás del gran aparador de tragos.

Se veía como una colección muy costosa.

La puerta de la estancia se abrió, generándole una gran inquietud en el pecho, y se odió a sí misma por no haber sido consciente de que alguien la estaba siguiendo. Nunca debió ir a Grafton House, en su vida volvería a seguir un consejo de Seraphina Pierce. Miró a Leonard de reojo, él se veía bastante tranquilo.

«¿Te sentirías igual si supieras que tu vida corre peligro?»

La luz se intensificó y Alanis asomó el rostro con cautela. En esta ocasión tuvo un panorama más claro de los cinco hombres que ingresaron a la taberna y no le gustó que sus aspectos fueran tan fieros y peligrosos.

No eran personas que pudieran tomarse a la ligera.

—El señor Fraser llegará pronto, su carruaje tuvo un contratiempo —les informó el lacayo antes de abandonar la habitación.

—¿Estás seguro de que este trabajo vale la pena, Roddy? —inquirió uno de los hombres con fría indiferencia—. No quisiera perder mi tiempo.

—Será fácil y la paga es buena —espetó el hombre—. Debemos ir por una viuda, se rumorea que afectó de cierta manera al conde de Grafton y ahora el jefe quiere utilizarla como cebo.

Sus amigos no se equivocaron al determinar que ellos irían tras de ella.

Sujetó el brazo de Leonard para instarlo a mantener la calma, pero se inquietó al ver la rabia en sus ojos. Le hizo una seña para que guardara silencio, esta conversación parecía muy importante y si delataban su presencia no podrían escuchar más.

—¿Dices que mataron a tu hermano y amigos? —inquirió otro hombre con malicia—. Sabía que no estaban listos para trabajos de este tipo, sólo eran unos niños.

—Nos tomaron desprevenidos, eran bastantes y no tomamos en cuenta que la reina estaría presente y la seguridad del duque de Beaufort sería tan buena.

Eso quería decir que el tal Roddy estuvo desde el primer ataque.

—No entiendo, ¿qué tan difícil puede ser matar a un conde? —farfulló uno y Alanis dedujo que ya no había manera de seguir escondiéndole la verdad a Leonard—. ¿Han intentado penetrar su casa?

—Es imposible.

—¿Por qué no pagan a un sirviente para que lo ejecute?

—Se suponía que él moriría así —dijo Roddy y su corazón empezó a bombear sin control alguno—. La difunta condesa tenía la tarea de envenenarlo, pero la noche que el plan iba a efectuarse algo salió mal. Rionna fue asesinada sin poder completar la misión y se llevaron a los niños lejos de Grafton House.

Cerró los ojos con fuerza.

No debería sentir compasión alguna por el castaño, pero de alguna manera, odiaba que se hubiera enterado de la traición de su esposa de esta manera. Se suponía que él estaba ahí para vengarla, no para descubrir que se casó con una completa arpía.

—Alguien lo está protegiendo —determinó un hombre y en ese momento un escalofrío recorrió su espina dorsal al sentir sus penetrantes ojos grises sobre ella—. Llevan dos intentos fallidos, no podemos permitir un tercero.

La garganta se le cerró cuando Leonard rozó su mejilla con el dorso de su mano y lo miró como si estuviera loco, no era momento para actuar de manera tan patética. Si los descubrían no podrían salir de ese lugar sin causar un revuelo. Los nervios la traicionaron e intentó dar un paso hacia el costado, pero como resultado tropezó y su talón impactó contra el mueble que los cubría.

Un tenso silencio se formó en la estancia y ambos se aferraron a sus revólveres, pegaron sus espaldas contra la pared y flexionaron sus rodillas para apoyar las plantas de los pies en el gran mueble que los escondía. Leonard le hizo una seña, puesto que él podía ver el panorama gracias al reflejo de un vidrio, y empujaron el mueble hacia adelante, aplastando a tres hombres con él.

Alanis le disparó al hombre que tenía una daga en la mano y Leonard se encargó de su acompañante, mientras los otros mastodontes aullaban de dolor bajo el mueble.

—Debemos salir de aquí —siseó y ambos salieron de la estancia con paso apresurado.

Le disparó al lacayo que corría en su dirección con un arma en mano y bajaron las gradas con rapidez. Para ese momento, la gente del lugar estaba bastante alterada y eso les permitió camuflarse entre todos los clientes que ahora peleaban y se lanzaban sillas a diestra y siniestra.

No vio a Travis por ningún lado e imploró porque hubiera ido por un carruaje de alquiler. Un

hombre estaba corriendo en su dirección, pero Leonard la cubrió con su cuerpo y lo derribó con bastante facilidad. Alanis abrió la puerta de la taberna, pero el aire se atoró en sus pulmones cuando se estrelló contra el pecho de un hombre demasiado grande y musculoso para su gusto.

Su boina cayó hacia atrás, revelando sus rizos dorados, y no le gustó la sonrisa perversa que se dibujó en el rostro masculino.

—¿Te perdiste, bomboncito?

—Hay una pelea, señor Fraser —gritó el cochero desde el carruaje y la mención de ese apellido hizo que se despabilara, por lo que sin dudarlos dos veces estrelló el mango de su arma contra la nariz recta del pelinegro.

Fraser aulló de dolor y retrocedió varios pasos, apartándose de su camino.

—Tú, maldita zorra —se abalanzó sobre ella, pero Leonard arremetió contra él, provocando que el hombre cayera al piso empedrado.

Maldición, miró por encima del hombro y vio a los tres hombres restantes bajando las escaleras.

—¡Debemos irnos! —le dijo a Leonard y dio un respingo en su lugar cuando el cochero de Fraser cayó al piso en un golpe sordo, dejando a Travis en su lugar.

—¡Suban! —ordenó su amigo y ella tiró del brazo de Leonard.

—¡Vámonos!

—¡Voy a matarlos! —bramó Fraser, apartando las manos de su rostro ensangrentado.

—Ivor —susurró Leonard, abandonando su letargo, y al darse cuenta del peligro que corrían, la sujetó de la espalda baja y la instó a subir al carruaje—. ¡Avanza ahora!

El pánico se apoderó de su ser al ver como Fraser sacaba un arma de su abrigo. Iba a dispararle, pero entonces Leonard la cubrió con su cuerpo justo cuando el carruaje se puso en marcha. Un disparo retumbó en el exterior y su corazón empezó a bombear sin control alguno al darse cuenta que él aún no había entrado completamente al vehículo, por lo que tiró de su brazo y cerró la puerta con habilidad.

—No puede ser —musitó, ignorando el rugido de Fraser, y dejó que el castaño se apoyara sobre ella—. ¿Estás bien? —la voz le tembló y por alguna extraña razón empezó a temblar sin control alguno.

Quería creer que ese disparo no causó ningún daño, deseaba afirmar que su misión se efectuó de manera exitosa, pero... Una gota de sudor se deslizó por la mejilla masculina y tragó con fuerza.

—Sí, estoy bien.

Él se encargó de protegerla hasta el último momento

¿Por qué?

—Leonard...

—¡Arg! —rugió cuando el carruaje se sacudió, recordándole que Travis no era nada diestro conduciendo, y todo su cuerpo se estremeció en respuesta.

—¿Qué sucede? —preguntó con nerviosismo—. ¿Estás herido? —empezó a inspeccionarlo y un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando la palma de su mano tocó algo húmedo—. No... —su voz tembló y observó su palma con horror.

—Me disparó en el hombro.

Por todos los santos, ¿cómo diablos le explicaría a la reina que, en su intento de atrapar al asesino de su padre, lord Grafton terminó herido con un impacto de bala?

—Trata de calmarte, pronto te atenderá un médico.

Se levantó de su lugar y abrió la mirilla.

—Debemos ir a tu casa, recibió un impacto de bala en el hombro. Un doctor debe atenderlo cuanto antes—informó aceleradamente y Travis azuzó a los caballos con mayor brío.

—¿Estás segura de que mi casa es un buen destino?

—Ellos están enfadados —susurró con voz débil—, podrían intentar atacarlo en Grafton House.

Alanis empleó todo su ingenio para no entrar en pánico y observó su mano ensangrentada con nerviosismo, recordando la noche en la que su tía fue asesinada por Sullivan.

—Estoy bien —musitó él con esfuerzo, aferrando su mano, y lo miró con frustración—. Sólo quédate a mi lado, por favor. —En esta ocasión él no pudo mantenerse despierto y se desvaneció contra su cuerpo.

—¡Ve más rápido, Travis!

—Pero Sierra...

—Él estará seguro con nosotros —decretó con desesperación, su hija no haría preguntas, ella nunca se entrometía—. Es tarde, nadie nos verá entrar y por ende nadie sabrá que un conde terminó bajo nuestro cuidado.

—¿Debería informarle sobre lo ocurrido a Sterling y a los demás?

Ella tragó con fuerza y acarició los cabellos castaños con delicadeza.

—Primero debe ser atendido por el doctor.

Lo cierto era que ahora mismo no tenía cabeza para tratar con su jefe ni con nadie, lo único que quería era que sacaran la bala del cuerpo del conde y él estuviera fuera de peligro.

Dos horas más tarde, Alanis dejó que Travis despachara al médico —quien estaba advertido y debía guardar silencio— y se encargó de todos los paños llenos de sangre en silencio, observando de reojo al castaño que dormía plácidamente sobre la cama gracias al láudano.

—¿Él estará bien, mamá? —dio un respingo en su lugar y vio a Sierra bajo el umbral de la puerta.

—¿Qué haces despierta a esta hora, cariño? Ve a dormir a nuestra alcoba.

Maldición, la casa era malditamente grande, ¿cómo era posible que su hija los hubiera escuchado llegar?

—¿Es tu amigo?

«Si sale vivo de esto, pronto será mi esposo», pensó distraídamente, odiando que sus manos aún temblaran.

Él la cubrió con su cuerpo, ¡Leonard recibió esa bala por ella!

—Es mi amigo —su voz vibró—, ahora ve a la cama, ¿quieres? Yo cuidaré de él, debo cerciorarme que no le dé fiebre —explicó con dulzura y se secó las manos antes de ir a ella e instarla a regresar a su dormitorio.

—Tu ropa... —no le gustó que viera sus prendas manchadas de sangre.

—Me las cambiaré en un minuto, ahora duerme. —La cubrió con las mantas, besó su frente y cerró la puerta de la habitación con suavidad.

Regresó a la habitación donde lo mantendrían oculto y se sentó junto a la cama, frotando sus sienes.

«Ahora él lo sabe», pensó distraídamente. Leonard estaba al tanto de que su difunta esposa intentó asesinarlo y lo único que ella hizo fue salvarle la vida. «Dudo que dormir aquí represente un peligro».

Ahora que dejó de ser la villana de la historia, ni Sierra ni ella serían el objetivo de Leonard. Ivor Fraser.

«Para mañana Jackson y los demás deben estar al tanto de esto, ¿de acuerdo?» Le había informado Travis y ella no pudo negarse, no era como si pudieran esconderle algún secreto a su jefe. Ese hombre lo sabía todo, no había nada que se escapara de sus manos.

«Sólo la identidad de lady Berricloth», recordó y se rio por lo bajo, todo estaría bien para esa mujer siempre y cuando no se metiera con Jackson.

—Alanis... —gimió Leonard adolorido y lo miró ceñuda—. Alanis...

—Estoy aquí, trata de calmarte —pidió con frialdad—. No te esfuerces, el láudano no te dejará reaccionar.

—Dime que estás bien, criatura.

Se tensó, odiaba ese apelativo.

—Estoy mejor que nunca —informó con voz débil, deseando sujetar su mano, pero luego lo pensó mejor y se cruzó de brazos—. Duerme, mañana no será un día fácil para ti y espero que después de esta noche no vuelvas a meter tus narices donde nadie te llama.

Capítulo 11

“Primero los gemelos Pearson y ahora su padre, alguien me puede decir dónde se metió el conde de Grafton Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Todo esto era culpa de Seraphina.

Si no se hubiera presentado en la casa de Leonard hace tres noches, nada de esto estaría sucediendo, puesto que fue ella misma quien provocó que el hombre los siguiera y se expusiera a tal peligro.

—Sigo pensando que él estará mejor bajo mi cuidado —insistió lord Blandes, blandiendo su bastón con disgusto, y Alanis miró a Travis de reojo.

—Es imposible, su amigo sigue inconsciente y las pocas veces que reacciona no hace más que llamar a Alanis —respondió el castaño con sencillez y ella se ruborizó.

Debió suponer que el chofer de Grafton presenciara la escena e iría por ayuda para su patrón en vez de guardar silencio y acercarse a la casa de Travis, el hombre ni siquiera los conocía.

—Nada de esto estaría sucediendo si hubieran sido sinceros desde un principio.

Blandes estaba al tanto de absolutamente todo y por esa razón se presentaba en la casa de su amigo todos los días, al igual que Devonshire y Portman. Los hombres estaban inquietos por el estado del conde, pero el doctor les había dicho que sólo era cuestión de tiempo para que Leonard despertara y se sintiera como nuevo.

—¿Ya saben algo de Fraser?

—Sterling y los demás se están encargando de todo.

El hombre había desaparecido, era como si la tierra se lo hubiera tragado, y suponía que tomaría un tiempo volver a saber de él.

—¿Usted lo conoce? —se atrevió a preguntar—. Lord Grafton quedó muy impactado y pudo reconocerlo.

—No, nunca me mencionó ese nombre —musitó el duque, pensativo—. Según tengo entendido, él no tiene familia.

Ella asintió, por esa razón su padre lo acogió en su hogar, porque Leonard se quedó totalmente solo después de la trágica muerte de sus padres en un incendio.

—Supongo que por el momento sólo podemos esperar que despierte —añadió afligida.

—¿Puedo saber qué sucedió? Lady Berricloth insinuó que usted lo visitó esa noche en Grafton House.

Esa chismosa... por su culpa Jackson la regañó por horas, puesto que en ningún momento

ella recibió el permiso para acercarse al conde o hablar con él. Sabía que era la principal culpable de todo lo ocurrido, se dejó llevar por sus instintos y ese fue su peor error.

Le parecía un milagro que no hubiera sido expulsada de la misión después de semejante error y que la reina hubiera decidido pasar por alto su falta.

—Lord Portman me sugirió que tratara de calmarlo, él no estaba tomando las cosas bien.

—Ese traidor —farfulló y ella escondió su sonrisa, al final tanto Blandes con Devonshire terminaron descubriendo que el vizconde los estuvo ignorando todo este tiempo para no ir de chismoso y estropear su misión—. Como sea, por favor, manténganme informado si él despierta.

Alanis asintió, no era como si pudieran mandar a un duque al diablo, ¿verdad?

Además, Blandes era el tipo de aliado que necesitaban, el poder y el dinero abrían puertas, mientras más oídos tuvieran, más fácil sería encontrar a Ivor Fraser.

Hugo estaba muerto.

¿Cómo era posible que las cosas hubieran cambiado tan drásticamente de un momento para otro?

Por todos los santos, sólo tenía veinte años y ahora estaba a cargo de un condado y una joven de dieciséis años que no quería cuidar. Alanis era una responsabilidad muy grande, era todo lo que temía y la idea de no poder lidiar con ella era aterradora. Le dio fin a su botella de brandy e ingresó al lago con la clara intención de nadar un poco o, con suerte, desaparecer de este mundo.

El lago era su mejor refugio.

—¡Leonard! —el grito femenino llegó a sus oídos y giró el cuerpo hacia la orilla.

Ahí estaba su mayor pesadilla, vestida de negro y con un semblante horrorizado. No importaba, ella no sabía nadar, le tenía miedo al agua y por ende no lo seguiría.

¿Cómo cuidaría de esa joven siendo sólo un niño?

«Nunca quise ser conde», pensó distraídamente, nadando en dirección contraria. «No estoy listo para una responsabilidad tan grande, Alanis estará mejor sin mí».

—¡No, Leonard!

Un chapoteó hizo que el alcohol abandonara sus venas y todos sus músculos se tensaron al ver como la rubia se sumergía en el lago.

—¡Alanis! —empezó a nadar hacia la orilla.

Esto tenía que ser una maldita broma, ¿es que esa mujer nunca lo dejaría tranquilo?!

Rodeó la pequeña cintura con habilidad y no se sintió tranquilo hasta que pudo sacarla completamente del lago. Por todos los santos, ya había perdido a Hugo, no estaba dispuesto a perder a nadie más.

—¿Por qué me seguiste?! —explotó y ella se sentó sobre su lugar, jadeante.

—Estás borracho, ¿qué pretendías hacer? —bajó el rostro avergonzado y la bofetada que recibió lo hizo volver en sí—. ¡No puedes dejarme! —su corazón se encogió al ver las lágrimas en su hermoso rostro—. ¿Cómo pudiste pensar algo así? —sollozó con amargura—. Me asusté mucho, yo...

—No sabes nadar, pudiste haber muerto.

—Aprendí a hacerlo porque quería nadar contigo. —La miró con los ojos muy abiertos—. Yo aprenderé a hacer lo que sea por ti. —se restregó los ojos y él se pasó una mano por el cabello con frustración.

—No quiero ser conde.

—Mi padre confiaba en ti —musitó y se acercó a él para abrazarlo por el cuello—. Yo confío en ti. —Su cuerpo lo traicionó de la misma manera que llevaba haciéndolo en los últimos meses y la rodeó con sus brazos, no muy seguro del por qué la tendió sobre la hierba.

No sabía mucho de mujeres, se había enfocado tanto en sus estudios que dejó esas distracciones de lado, pero ahora mismo tenía una mujer muy hermosa y dispuesta a su merced.

—Perdóname, criatura —susurró antes de devorar sus labios con hambre voraz y sus manos recorrieron el cuerpo femenino con torpeza, el alcohol no lo estaba dejando pensar con claridad, pero al menos Alanis no se cohibió a la hora de responder a sus besos y caricias.

Infiltró una mano entre sus suaves muslos y el grito femenino lo hizo volver en sí.

—Espera, me lastimas.

—Mierda —apartó la mano de su centro y la miró a los ojos, quedando horrorizado al ver los labios magullados y los ojos violetas cristalizados por... ¿el dolor?

Leonard se incorporó con rapidez y se zafó del agarre femenino cuando ella rodeó su muñeca.

—No, espera —rogó y él le hizo una seña para que guardara silencio.

—No vuelvas a acercarte a mí —escupió con enojo—, ¡si lo haces me alejaré de tu lado para siempre!

Salió huyendo de ese lugar, bastante seguro de que era un peligro para la hija del hombre que lo crio como a un hijo, y a partir de ese momento trabajó para ser un buen conde y se limitó a ser un buen tutor para Alanis, la mujer que nunca debió tocar.

No había un solo músculo de su cuerpo que no estuviera contraído y Leonard no podía entender por qué la tensión se enfocaba en su espalda, justo a la altura de su hombro derecho. Abrió los ojos con esfuerzo, viendo sombras distorsionadas frente a él, y los cerró con fuerza al recordar los sucesos de la noche anterior.

«La difunta condesa tenía la tarea de envenenarlo, pero la noche que el plan iba a efectuarse

algo salió mal. Rionna fue asesinada sin poder completar la misión y se llevaron a los niños lejos de Grafton House».

Por todos los cielos, su esposa intentó matarlo. Rionna no sólo nunca llegó a amarlo, sino que se acercó a su persona con la clara intención de asesinarlo. No lo entendía, ¿por qué esa gente lo quería muerto?

¡Él no tenía enemigos!

«Alguien lo está protegiendo», esas palabras le generaron algo de consuelo y en ese momento sólo deseó estrechar a Alanis contra su cuerpo. No se equivocó al determinar que ella le había salvado la vida en el baile de los duques de Beaufort.

—Alanis... —susurró con esfuerzo y empezó a separar los párpados con lentitud.

Vio la sombra de un rostro y agradeció que alguien posara un vaso de agua en sus labios.

—Estás bien, criatura. —El alivio se expandió por todo su cuerpo, pero lo siguiente que escuchó hizo que la sangre se le congelara.

—Mi madre no está. —No era la voz de Alanis, sino una mucho más dulce e inocente—. Pero volverá pronto, fue a atender a su amigo, señor. —Leonard se obligó a sí mismo a parpadear varias veces para enfocar la imagen que tenía en frente y la garganta se le cerró cuando lo consiguió.

Era como retroceder en el tiempo. Era como ver a una Alanis de ocho años estropeando sus horas de descanso al aire libre.

—¿Quiere más agua? —volvió a posar el vaso en sus labios y Leonard no pudo rechazar su ayuda ni mucho menos apartar los ojos de la niña que estaba cuidando de él.

—Gracias —susurró perplejo, viendo cómo se bajaba de la cama de un salto.

Cerró las manos en dos puños, ¿esto era real o estaba soñando?

—Usted sangró mucho, señor —le contó con una sonrisa pícara en el rostro—. Creí que moriría, pero mi mamá me dijo que hierba mala nunca muere. —La niña asintió—. Ella siempre tiene razón.

Leonard esbozó una sonrisa que estuvo a punto de robarle un sollozo. Ella tenía una hija, una niña preciosa que no sólo era su viva imagen, sino que contaba con su peculiar personalidad.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con esfuerzo y utilizó toda su fuerza para sentarse sobre su lugar.

—Uy... —Ella retrocedió—. Debe ser muy fuerte, mi mamá tarda más tiempo en recuperarse de sus misiones. —El miedo lo carcomió por dentro, no quería creer que Alanis tuvo que vivir el sufrimiento que implicaba un impacto de bala—. Lleva tres días en cama.

Estudió la habitación con la mirada y centró su atención en la venda que cubría su hombro derecho. Torció los labios con disgusto, no era un buen momento para portar una lesión de ese tipo.

—¿Dónde dijiste que está tu madre?

—Con uno de sus amigos, hay tres hombres que siempre vienen a visitarlo.

¿Sus amigos estarían al tanto de lo ocurrido?

—¿Dónde estamos?

—En la casa de mi tío Travis. —Se tensó y la miró con fijeza.

—¿Viven aquí?

—Mi mamá es su ayuda de cámara, casi siempre estamos disfrazadas —le enseñó su boina y Leonard reparó en su atuendo varonil.

La visión se le tornó rojiza, pero trató de mermar su enojo con prontitud, no quería intimidar a la niña y seguramente había un error. Alanis no podía atender a ese hombre, ella jamás lo desvestiría, bañaría ni... Lo mejor sería apartar esos pensamientos de su cabeza o terminaría lanzando fuego por la boca.

—¿Cuál es tu nombre?

Los ojos violetas brillaron con duda y él enarcó una ceja, entretenido.

—Mi mamá dijo que no debía hablar con usted, ni siquiera debería estar aquí —admitió ceñuda, robándole una sonrisa.

—Pero ya lo hiciste.

—No dejaba de llamarla, pensé que le dolía algo —explicó con paciencia—. Si me permite, debo volver a mi habitación.

—No, espera —rogó, le gustaba su compañía, le recordaba a todo lo que perdió por idiota—. ¿Sabes cómo llegué aquí?

—Mi mamá y mi tío lo trajeron, tenía un mal aspecto.

—¿Tu tío y tu mamá son muy cercanos? —ella iba a darle una respuesta, pero la puerta se abrió sin previo aviso, indicándole que acababa de perder una valiosa oportunidad para descubrir qué tipo de relación tenían Alanis y Travis.

—Sierra... —susurró la rubia con horror al ver a su hija ahí y antes de que la niña pudiera hablar, tiró de su pequeña mano para cubrirla con su cuerpo—. ¿Qué haces aquí? —le dio la espalda para hablar con ella, ni siquiera se alegró de verlo despierto.

«No importa, seguramente me cree una amenaza para su hija», pensó con tristeza.

Él jamás podría lastimarlas de ninguna manera.

—No dejaba de llamarte, creí que necesitaba ayuda. Lo siento, mamá —musitó apenada.

—Ella no hizo nada malo —se metió y en ese momento Alanis cuadró los hombros y se volvió en su dirección—. Sólo quiso ayudarme y yo le pedí que se quedara.

—Tócale un pelo y te envío con Rionna —farfulló y la reprendió con la mirada.

¿Qué tipo de monstruo lo creía?

—¿Cómo te sientes? —posó sus dedos en su cuello para tomarle el pulso y él se estremeció.

—Buenos días —susurró y se dejó caer en la cama con lentitud.

Ahora que la tenía a su lado se sentía mejor.

—Tardes, pronto anochece —le informó Sierra y la miró con interés, ella estaba junto a su madre y en ese momento se percató de que Alanis llevaba ese estúpido disfraz varonil de nuevo y sus rizos dorados estaban totalmente ocultos.

—Los demás llegarán en una hora, es bueno que hayas despertado antes de tiempo. Pediré que te preparen un baño, tienes buen semblante.

Sujetó su muñeca con fuerza y la obligó a conectar sus miradas.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Lo hablaremos cuando lleguen los demás.

¡¿Quiénes diablos eran los demás?!

—Luego podrás irte a casa y...

—¡Ah! —rugió adolorido, rezando para que su actuación fuera buena, y Alanis se sentó junto a su cadera para inspeccionar su herida.

—Maldición, ¿dónde te duele?

Tal vez en su corazón, se rehusaba a dejarla sola en la casa de Travis. No se movería de ese lugar si no era con Alanis y Sierra.

Ellas debían quedarse con él, ¡eran su responsabilidad!

—Duele mucho.

—¿Debería darte láudano?

—No —dijo rápidamente—, tomaré un baño, eso me ayudará a relajar los músculos de mi cuerpo. —Por el rabillo del ojo vio a Sierra a los pies de la cama, aferrada a un poste.

Se veía algo confundida por su repentino malestar y esperaba que no lo delatara.

—Bien —musitó Alanis y clavó la vista en su hija—. Ve a nuestra alcoba, pronto te daré alcance.

¿Compartían alcoba?

Alanis le había salvado la vida y lo mínimo que podía hacer por ella era sacarlas de ese lugar cuanto antes.

La niña se marchó y en cuestión de minutos tuvo la bañera lista en el cuarto de baño, por lo que se incorporó con ayuda de Alanis, pero ella se apartó de su cuerpo ni bien estuvo de pie para dejarlo a cargo de los lacayos.

—Encárguense de él —endureció su voz, retomando su papel de criado, y él sonrió con cinismo.

—Como ayuda de cámara de Spinster, creo que eres el más adecuado para ayudarme. —La rubia lo fulminó con la mirada—. Supongo que sabes muy bien como asear a un hombre —masticó las palabras, rezando en silencio para que eso no fuera así.

—Creo que es lo mejor, Harold —susurró uno de los lacayos, se veía muy nervioso—. Es un conde, no me gustaría cometer un error con él.

Alanis rodó los ojos con aburrimiento y siseó:

—Largo, díganle al señor Spinster que les entregue una muda de ropa y déjenla en la cama cuando la tengan bajo su poder. Yo me encargaré de lord Grafton.

Lo cierto era que Leonard era capaz de hacer todo completamente solo, pero suponía que para recibir las atenciones de Alanis debía decir un par de mentiras, por lo que guardó silencio durante todo su baño para que ella pudiera asearlo sin sentirse atacada o inquieta por su desnudez.

—¿Te sientes mejor? —Observó su hermoso perfil con deleite—. Dormiste durante tres días, pero ahora tienes un buen semblante.

—Me siento mejor —respondió con voz ronca y acarició su pálida mejilla, haciéndola respingar en su lugar—. ¿Tú cuidaste de mí? —No recibió una respuesta—. ¿Por qué no me dijiste que querían matarme?

—La reina pensó que podríamos solucionar todo sin que te enteres de tu desgraciada situación.

—¿Podrías dejar de ser sarcástica?

Ella suspiró.

—No sé qué razón lo motiva, pero creemos que el hombre que vimos la anterior noche se ha encargado de matar a todos los condes de Grafton y tú eres el siguiente en su lista.

—Ivor —musitó él, cuadrando los hombros con rapidez.

—¿Lo conoces?

Él la miró con fijeza y estudió su cuerpo con pericia.

—Esperemos a los demás —repitió la respuesta que le dio hace poco y ella siseó una maldición—. Porque mejor no me hablas de tu hija, olvidaste mencionar que eras mamá.

—Sierra no es tu asunto.

—Es una niña encantadora, se parece mucho a ti.

—Para ser alguien que está siendo amenazado de muerte, te ves bastante tranquilo.

—Lo estoy —conectó sus miradas—. Estás conmigo, me salvaste la vida dos veces, creo que no puedo estar en mejores manos.

Alanis apretó la mandíbula.

—Te cuido porque la reina así me lo ordenó.

—Ella tiene a mis hijos, ¿verdad?

—Siéntete tranquilo, ellos están bien, ya quisiera yo que Sierra contara con esa protección —dijo sin pensarlo y se maldijo en silencio al darse cuenta de su error.

—Alanis —musitó después de varios segundos de silencio y lo miró de reojo—, si tu deber

es cuidarme, deberías vivir conmigo. —Se percató de la tensión en el cuerpo femenino y no le gustó que se enderezara con rapidez, estaba claro que su oferta le inquietaba más de lo debido—. Tú y Sierra estarán mejor bajo mi cuidado.

—¿Por qué querías cuidar de mí? —lo miró con desdén—. Hace más de trece años hiciste de todo con tal de deshacerte de mí —recordó con amargura y Leonard bajó el rostro, apenado.

—Yo...

—Estás listo —le cortó—. Ahora seamos cuidadosos, no quiero que te resbales. —Lo ayudó a incorporarse y salió de la bañera con esfuerzo, dejando que rodeara su cadera con una toalla.

—¿De verdad eres su ayuda de cámara?

—Claro que no —siseó—. Es una mentira que inventamos para que nadie sospeche de mi identidad, Travis sólo me dio un techo seguro para mi hija en lo que todo esto termina.

—Dime la verdad, Alanis, ¿tienes una relación con ese hombre? —se atrevió a preguntar y los ojos violetas lo miraron con interés.

—¿Te importa?

—No te imaginas cuánto.

—¿Por qué?

«Porque... no lo sé, sólo te quiero lejos de ese imbécil y de cualquier otro sujeto».

—No saldré de esta casa si no es con Sierra y contigo —fue sincero y no le gustó ver la incredulidad y rabia en su semblante—. Eres la única hija de Hugo, jamás podría abandonarte, menos con Sierra bajo tu cuidado, ustedes necesitan mi protección.

El silencio de la rubia le generó algo de inquietud y no supo si tomarlo como algo bueno o negativo. No negó ese hecho, pero tampoco le insinuó que aceptaría su oferta, simplemente le pidió que regresara a la habitación para que pudiera cambiarlo.

«Dios, las mujeres son tan complicadas», pensó con congoja y dejó que lo vistiera en silencio con los pantalones de Travis.

Sentía que la tensión entre ellos se había disipado ahora que no la veía como la mujer que asesinó a su esposa, sino como la mujer que le salvó la vida en más de una ocasión.

—Tenemos que hablar —insistió una vez que le limpió la herida y le cambió el vendaje y ella lo instó a recostarse en la cama que ya estaba hecha y fresca para él.

—Lo haremos cuando vengan los demás.

Los demás le sobraban, ellos necesitaban tener una conversación a solas cuanto antes.

—¿Quiénes son los demás? —preguntó con desespero y ella le sonrió con fingida inocencia.

—Los hombres con los que estuve compartiendo todo este tiempo —le guiñó un ojo y le pidió que esperara por ella, dado que quería traerle la cena.

Estaba claro que esa mujer quería sacarlo de quicio.

Capítulo 12

“¿Desde cuándo un americano se rodea de nobles tan importantes? ¿Podría ser que el señor Spinster tiene en mente la insensata idea de unirse a la nobleza inglesa y cazar a una heredera para escalar socialmente?”
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

«No saldré de esta casa si no es con Sierra y contigo. Eres la única hija de Hugo, jamás podría abandonarte, menos con Sierra bajo tu cuidado, ustedes necesitan mi protección».

Alanis no había previsto que fuera el mismísimo Leonard quien le hiciera una oferta de ese tipo; a decir verdad, por un momento pensó que tendría que extorsionarlo y el bebé que estaba en camino sería la única excusa que tendría para entrar en su vida. Se frotó las sienes con abatimiento, no muy segura de como proseguir, y observó la puerta de la habitación con preocupación.

Necesitaba implementar distancia, llevaba muchos días cuidando de él y no le gustaba que su estado la preocupara tanto. Se suponía que regresó a su vida con la intención de vengarse y hacerle la vida imposible, pero ahí se encontraba ella, ansiosa por ver una mejoría en él.

—Al menos tienes la energía suficiente como para fastidiarme —musitó en voz baja y todo su cuerpo se estremeció al oír las voces de sus amigos en el piso inferior. Se enderezó en su lugar y se mantuvo serena cuando Jackson, Andrew, Seamus y Travis aparecieron en su campo de visión.

Ellos sabían que Leonard estaba despierto y por ende era el momento de la verdad.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el moreno con frialdad, aún estaba molesto con ella por su irresponsabilidad y Alanis no podía culparlo, incluso ella seguía molesta consigo misma.

—Bien, mejor de lo esperado —agregó.

—Bien por ti —farfulló y la pasó de largo para ingresar a la habitación de Leonard.

Alanis suspiró, tenía la leve sospecha de que Jackson nunca olvidaría su acto de rebeldía. Travis le regaló una pequeña sonrisa y le pidió con la mirada que ignorara al moreno.

—Entremos —susurró y una vez que estuvieron dentro de la habitación, se sintió algo inquieta al percibir la tensión en el cuerpo de Leonard.

¿Los habría reconocido?

Después de todo, fue con ellos con quienes pasó más tiempo en la fiesta de Beaufort.

—Lamento que las cosas hayan terminado de esta manera, milord, nuestra intención siempre fue alejarlo del peligro. —Jackson estaba tan rígido como una vara, lo más probable era que la reina lo hubiera reprendido por un error que ni siquiera fue suyo.

—Jamás me imaginé que podrías estar detrás de todo esto, Sterling —espetó Leonard con frialdad, estudiándolo con la mirada, y se sentó en la cama con lentitud—. Estoy harto de los secretos, quiero que sean sinceros. Estoy al tanto de que alguien quiere asesinarme. —Miró a los cuatro hombres de la habitación y Alanis se cruzó de brazos con curiosidad.

Era un hombre formidable, por un momento pensó que su recuperación sería más lenta, pero era evidente que el castaño estaba más que listo para volver a su hogar.

—Me temo que hace ocho años la corona descubrió que las muertes de los condes de Grafton no fueron naturales, milord, alguien los estuvo asesinando uno a uno.

Alanis agradeció en silencio que Jackson no la vinculara con el descubrimiento, lo menos que quería era hablar de Sullivan. A decir verdad, ese era un tema que prefería enterrar por la eternidad.

—¿Conocen la razón?

—No, hemos hecho un sinfín de investigaciones, pero antes del nacimiento de sus hijos, el título moría con usted.

—Mandaron a Rionna para que se casara conmigo, engendrara a mis hijos y luego me asesinara, ¿qué explicación lógica podrían encontrar para justificar eso?

Jackson la miró de reojo y Alanis abandonó su relajada posición.

—Es un asunto que no tenemos resuelto —explicó con sinceridad—, pero Rionna te mintió, ella sí tenía una familia, sólo que su padre salió de viaje poco antes de que ustedes se conocieran.

—¿Una familia? —Leonard la miró con sorpresa.

—Un padre y un hermano menor de quince años, según tengo entendido, ellos aún no han regresado a Escocia.

—¿Cómo sabes tanto? —el castaño la miró con sorpresa—. Ni siquiera yo, que fui su esposo, tengo esa información.

—Lady Taylor lleva más de un año cuidando de usted, milord —explicó Jackson—. Ha sido su sombra y por ende conoce su historia y la de su difunta esposa.

—No puede ser. —El castaño alborotó su cabellera con disgusto—. ¿Por qué no me dijiste nada?, ¿por qué nunca me buscaste? Llevas ocho años en Londres, lo correcto habría sido que me buscaras.

—La cuestión es que, según rumores, ella estaba comprometida —decidió ignorar sus comentarios, ni en sus peores momentos consideró la opción de ir en busca de Leonard—, pero nadie pudo darme el nombre del sujeto en cuestión.

—¿Comprometida?, ¿cómo es posible? Ella llegó siendo pura a nuestro lecho.

—Al menos en ese sentido, te fue leal —siseó con disgusto—. Tus hijos se parecen mucho a ti. —Esas palabras lograron relajarlo un poco—. Pero creemos que el hombre que quiere matarte era su prometido y es el mismo hombre que está involucrado con la muerte de mi padre.

—¿Quieres decir que Rionna me engañó todo este tiempo? —los ojos grises la miraron con fijeza y ella apartó la mirada, dejando que Jackson respondiera esa duda.

—Es probable, milord, ellos intercambiaban cartas y la última que lady Taylor interceptó dejaba claro que ella quería matarlo y entregar a sus hijos como muestra de amor.

No se veía tan afectado, ¿acaso no acababan de romperle el corazón con la dura noticia? Rionna era la mujer que amaba, su adorada esposa, la joven que rescató de la carretera para convertirla en su condesa.

—Esa maldita —farfulló, provocando que todos los hombres respingaran en su lugar, y Alanis miró a Travis de reojo—. Por todos los cielos, ¿por esa razón le disparaste primero a la taza? —comenzó a razonar y ella se encogió de hombros—. De no haber sido por ustedes, yo estaría muerto.

—Así es —espetó Jackson.

—Y si me permite, Grafton, estamos mejor sin usted, así que quédese en su casa a reposar —agregó Andrew y Leonard lo fulminó con la mirada—. Estropeó nuestros planes, de haberse mantenido lejos, Alanis habría podido descubrir más sobre Fraser.

—Cierto —Alanis se enderezó con rapidez—. ¿Qué sabes de Ivor Fraser?

Leonard frunció el ceño.

—¿Fraser? —negó con la cabeza—. Él es un Pearson, no entiendo por qué utiliza ese apellido.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal y se acercó a la cama con rapidez.

—¿Un Pearson? —su voz tembló—. ¿Cómo es posible? Tú no tienes familia, por esa razón mi padre te acogió.

—Eso no es verdad —arrastró sus palabras—. No tenía un familiar que estuviera dispuesto a cuidar de mí, por eso fui enviado con tu padre, Hugo fue el único que me abrió las puertas de su casa a pesar de ser un familiar lejano.

Alanis miró a Jackson con preocupación, eso cambiaba muchas cosas.

—¿Quién es él? —se acercó más de lo debido y él se le quedó mirando por largos segundos—. Grafton...

—Mi primo, el hijo del hermano menor de mi difunto padre.

Ahora que lo pensaba, pocas veces había oído hablar de los Pearson.

—¿Su tío sigue vivo? —Jackson la hizo volver en sí.

—No tengo idea, desde que me mudé a Londres no volví a tener noticias de ellos —admitió y en esta ocasión Seamus dio un paso hacia adelante—. No entiendo por qué me rechazó, nunca comprendí la razón por la que se alejó de mis padres.

—Ivor Pearson no figura en el libro familiar —aseguró el barón—. Al menos no en el que tuve acceso. Estoy bastante seguro de que después de usted, antes de que los gemelos nacieran,

no había nadie más que pudiera heredar el condado.

—Si no me equivoco, el libro original está en Bath, en la casa de campo —espetó Leonard con cansancio, aclarando sus dudas, por un momento dio ese libro por perdido, lo había buscado durante meses sin éxito alguno.

—Diablos —susurró Alanis, sintiendo un horrible nudo en la garganta.

Si ese hombre era familiar de Leonard, él realmente podría quedarse con el título si se lo proponía. Hicieron bien al esconder a los gemelos, esos niños corrían un gran peligro.

—Debemos ir a Bath —convino con inmediatez y se volvió hacia Jackson con determinación—. Si no lo detenemos, podría llegar a los niños y...

—¿Por qué te confiaría una tarea de ese calibre? —siseó Jackson con molestia y la miró con desdén—. Eres la principal responsable de que lord Grafton haya terminado en este estado, después de tu falta, lo correcto es que te retire de la misión.

Alanis bajó el rostro y cerró las manos en dos puños con impotencia.

—¿Cuándo entenderás que no puedes hacer lo que se te apetezca? —siguió con su reprimenda—. ¿En qué momento te autoricé mudarte aquí?

—Sierra...

—¡No me interesa! —le cortó con dureza—. Tú no puedes... —Jackson no terminó la oración porque de un momento para otro Leonard se abalanzó sobre él y lo empujó por el pecho con violencia.

—Pero ¿quién diablos te crees para hablarle de esa manera? —escupió el castaño con rabia, rojo de la cólera—. Controla tus palabras, ella...

—Es mi empleada y hará lo que yo diga —lo desafió.

—Basta, Grafton —pidió con rapidez, al tiempo que sus amigos sujetaban a Jackson.

En esta ocasión Travis se cruzó de brazos, él sí quería que Leonard pusiera a su jefe en su lugar.

—Alanis no volverá a seguir ninguna de tus estúpidas órdenes, ¿me entiendes? —escupió el conde con enojo—. Y recuerda cuál es tu posición, Sterling, eres el hermano menor de un conde, yo soy un conde —enfaticó sus últimas palabras y la cubrió con su cuerpo—. No me interesa que ella siga siendo parte de esta misión, es más, gracias por despedirla, porque no permitiré que se siga exponiendo al peligro.

—Espere, milord —dijo Andrew con rapidez—, lady Taylor es una pieza importante y por mucho que usted quiera dejarla de lado, es imposible, ahora ellos la están buscando.

Era verdad, ahora mismo quitarse su disfraz y andar como lady Taylor sería un acto suicida.

—Ella vendrá conmigo a Bath y ambos buscaremos el libro familiar —determinó Leonard sin aceptar objeción alguna y todos los hombres intercambiaron una rápida mirada—. Saldremos en cinco días, para ese momento mi herida estará en mejor estado y podré cuidar de ella.

—Yo creo que ella cuidará de ti, Grafton —susurró Travis, provocando que el castaño lo fulminara con la mirada—. Pero no es una mala idea, pueden ir encubiertos a Bath y nosotros podríamos partir a Escocia para averiguar un poco más sobre la familia de Rionna.

¿Partir a Bath junto a Leonard? ¿Estaba lista para regresar a la casa donde se crio y vivió los momentos más felices de su vida?

—¿Tú qué opinas, Sterling? —susurró con temor, su jefe era quien tenía la última palabra.

El moreno sonrió con cinismo y miró a Leonard con fijeza.

—El conde —enfaticó en la última palabra— ha tomado una decisión.

¿De verdad cedería con tanta facilidad?

—Nos vemos dentro de cinco días —zanjó y abandonó la habitación con la frente en alto, bastante disgustado por el giro de los acontecimientos.

No lo entendía, ¿por qué Leonard tuvo que reaccionar de esa manera?

Era de lo más normal que Jackson la regañara, ella cometió un terrible error al pasar por alto sus órdenes y hacer lo que se le viniera en gana.

—¿Está seguro de que no puedes brindarnos más información sobre su primo? —inquirió Andrew, ansioso por seguir a Jackson—. Sigo sin entender por qué cambió de apellido.

Leonard negó con la cabeza y como si pudiera leer sus pensamientos, atenazó su brazo para impedir su partida. Todo parecía indicar que tenía un par de cosas que decirle y sólo estaba esperando que los hombres abandonaran su habitación.

—Les he dicho todo lo que sé, pero estoy seguro de que en Bath obtendré más respuestas —zanjó y Andrew y Seamus salieron detrás de Jackson con paso apresurado, lo mejor sería calmar a su jefe.

—¿Quieres que preparen un carruaje para ti? —inquirió Travis con seriedad.

—¿Un carruaje? —Leonard frunció el ceño.

—Te ves bien, ¿quieres volver a Grafton House?

—No, no iré a ninguna parte si no es con ella y Sierra —espetó en voz alta, pero su amigo no le dio una respuesta y simplemente salió de la habitación sin causar revuelo.

No había que ser un genio para saber que iniciar una pelea con Leonard sería un caso perdido. El hombre estaba furioso y el razonamiento no parecía ser su fuerte ahora mismo.

Cuando se quedaron solos en la habitación, Alanis se zafó de su agarre y se plantó frente a él con disgusto.

—¿Qué diantres pasa contigo? Ellos sólo quieren protegerte.

—¿Por qué diablos permites que te traten de esa manera? —siseó, presionando sus dientes con impotencia, y ella negó con la cabeza.

—Porque puse en riesgo todo el trabajo que hemos hecho. Nunca debí ir a Grafton House, por esa razón me seguiste y terminaste herido, yo...

—¡Terminé herido porque son cosas que pasan! —explotó y rodeó su cintura con fuerza para tirar de ella en su dirección—. Eres una lady, la hija de un conde, no toleraré que esa gente te trate como si fueras un pedazo de basura, ¿me entiendes?

Alanis cerró los ojos con frustración.

Durante años se había preguntado cómo sería sentirse protegida y valorada por alguien, pero nunca se imaginó que sería el mismísimo Leonard quien le daría el trato que tanto anhelaba.

—¿Por qué lo haces? —inquirió con voz débil, centrando su atención en su pecho desnudo—. Durante años he vivido totalmente sola. Gracias a Sterling, Sierra y yo conseguimos un techo decente, él no merecía ese trato.

—Quiero dejar claro que tú no serás la marioneta de nadie —se sinceró y la abrazó con delicadeza, juntando sus cuerpos con ternura—. Lamento que las cosas hayan terminado de esta manera, mi intención nunca fue exponerte a ti y a Sierra, pero te doy mi palabra de que haré hasta lo imposible por atrapar a mi primo.

¿Podía creer en sus palabras?

«Quiero hacerlo».

—Llevas más de un año siguiendo mis pasos, ¿cómo es posible que nunca haya notado tu presencia? —preguntó con frustración y ella recostó la mejilla en su pecho—. Lo siento, criatura. —Besó su coronilla—. Aunque debo admitir que no me genera nada de gracia saber que me espíaste durante todo este tiempo —reconoció con cierto disgusto y ella se ruborizó.

—Era por tu bien.

—Violaste mi privacidad.

Era verdad, pero no había nada que ella pudiera hacer para cambiar ese hecho.

—Debo ir con ellos.

—No, quédate conmigo.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Era tarde y durante las últimas noches se había quedado en esa habitación para cuidar de él, pero ahora Leonard estaba despierto y se veía bastante estable.

—Te lo ruego, no me siento bien.

Mentira, él estaba mejor de lo esperado.

—Recuéstate —pidió y rompió el abrazo con lentitud, pero contuvo el aliento cuando él retiró la boina de su cabeza y liberó sus cabellos dorados.

—Mejor —acarició sus bucles y acunó sus mejillas con suavidad.

—Leonard...

—Sólo dormiremos, te doy mi palabra de que no haré más que cuidar de ti.

¿Dormir?

Eso sonaba simplemente maravilloso. En los últimos días se había sentido demasiado tensa y

por ende sus horas de descanso no fueron constantes ni agradables, pero...

—No necesito que nadie cuide de mí —aseveró con dureza y se alejó del castaño, ansiando un momento para sí misma en el cual pudiera analizar todo lo sucedido.

Leonard no sólo la había defendido, sino que había dejado claro que lo único que quería era cuidar de ellas.

—Alanis...

—Descansa. —Le arrebató su boina y abandonó la habitación con paso resuelto, agradeciendo que nadie se interpusiera en su camino ahora que su cabellera rubia estaba en libertad.

¿Por qué la idea de casarse con Leonard empezaba a parecerle más peligrosa de lo normal?

—¿En qué diablos estuviste pensando al tratar a Alanis de esa manera? —preguntó Drew con incredulidad, molesto por la actitud de su amigo, y Jackson le dio un sorbo a su copa de brandy.

—Sólo quería ver qué tan interesado está Grafton en ella —confesó.

—Lo supuse, tú jamás la tratarías de esa manera —acotó Seamus, pensativo—. Ella te preocupa mucho y le tienes un gran aprecio.

—Me alivia que estén con ellos, Travis y Grafton demostraron ser aptos para cuidar de ellas.

—Porque una vez que todo termine, debemos dejarla ir para que vuelva a ser la lady que es —completó Drew en un suspiro—. La echaré de menos.

—¿No creen que es arriesgado que partan juntos a Bath? Grafton está herido —observó Seamus.

—Fraser ni siquiera pensará en la residencia de campo como un destino, pero de todas formas ustedes irán con ellos de incógnitos.

Dejarlos solos era algo arriesgado, no podían permitir que Fraser efectuara un nuevo ataque.

—¿Irás a Escocia con Travis?

—Yo me quedaré en Londres para hacer un par de averiguaciones —alguien debía distraer al enemigo—. Travis irá solo, nadie pensará nada raro de un americano paseando por las tierras altas.

—¡Quiero que encuentren a esa maldita mujer y la traigan de inmediato! —vociferó fuera de sí, golpeando su escritorio.

Esa chiquilla le había roto la nariz y se había atrevido a derribarlo como si él no fuera un hombre de casi dos metros. Iba a matarla con sus propias manos. Era ella quien llevaba

frustrando cada uno de sus planes y estaba harto de que siguiera aniquilando a su gente como si fueran principiantes.

—Es la viuda de Sullivan, señor —le informó uno de sus hombres e Ivor palideció.

Recordaba ese apellido, ese hombre trabajó para su padre y si no estaba equivocado, Edward Sullivan se encargó de matar al quinto conde de Grafton para quedarse con la hija del noble.

Sonrió con disgusto, así que estaba lidiando con la única hija de Hugo Taylor.

Nunca pensó que la chiquilla sería un grano en el culo.

—Tráiganla, no me importa el precio, pero la quiero bajo mi poder de inmediato.

Capítulo 13

*“El conde de Grafton ha regresado a la ciudad, se dice que su salud es delicada y debe guardar reposo en su hogar, por lo que se mantendrá lejos de los eventos sociales durante la siguiente semana
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Alanis había efectuado un sinnúmero de misiones a lo largo de los últimos años, pero jamás se había sentido tan acorralada como en ese momento. No entendía nada de lo que estaba sucediendo, pero quería creer que la visita de Aline y las otras cuatro mujeres no le generaría una nueva inquietud en el pecho.

—¿A dónde vas? —sujetó el brazo de Travis con urgencia, mirando a las elegantes mujeres con temor—. No puedes dejarme sola.

—¿Te olvidas que sus esposos están en el otro salón? —siseó—. No puedo dejar a Grafton con ellos, son un peligro.

Porque los nobles podrían alterar todos sus planes.

—Bien —susurró con pesar y lo soltó.

—Suerte —espetó él y miró a las féminas de reojo—, la necesitarás.

Lo acusó con la mirada, ¡él estaba huyendo!

Una vez que las puertas del salón se cerraron, Alanis se frotó las manos sudorosas en sus pantalones café y se volvió hacia las mujeres. Todas estaban sentadas a excepción de una y no supo cómo reaccionar cuando Aline corrió en su dirección para abrazarla.

—Por todos los cielos, Alanis, ¿por qué nunca me buscaste? —le reclamó y por alguna extraña razón le gustó sentir el calor de su amiga, por un momento pensó que ya no sería de su agrado ahora que se había convertido en una mujer despreciable—. ¿Tienes idea de lo preocupada que estuve por ti? Dylan no dejaba de acusarte y decir que Grafton quería lastimarte, gracias a Dios las cosas se aclararon.

Ella frunció el ceño y rompió el abrazo con lentitud.

—¿Por qué te preocupaste? Maté a su esposa.

—Lo hiciste por una buena causa —la sujetó de los brazos con firmeza y le regaló una sonrisa fraternal—. Gracias a ti el mejor amigo de mi esposo sigue con vida. —La instó a avanzar y en esta ocasión observó a las demás mujeres; le costaba un poco asimilar que Riley Gibbs, condesa de Devonshire, Laurine, Seraphina e incluso Blair estaban ahí más que dispuestas a brindarle una mano.

—¿Por qué vinieron? —quiso saber y la mujer de piel trigueña, tan diminuta y frágil como

una flor, abandonó su lugar y caminó en su dirección.

—Nos sentimos preocupadas por ti —admitió Riley—. Ninguna duda que el señor Spinster es un gran hombre, pero no puedes vivir aquí.

Torció los labios con disgusto.

—Solía vivir en el piso de una casa para huéspedes, pero es un lugar peligroso para mi hija, cada vez que salgo a una misión ella debe quedarse sola.

—Eres una lady, Alanis —espetó Laurine—, no estamos aquí para pedirte que regreses a ese piso, sino para brindarte nuestra ayuda.

—¿Por qué lo harían? —frunció el ceño.

—Porque eres mi mejor amiga —espetó Aline— y todas sabemos que no ha sido fácil para ti subsistir todos estos años, haz hecho un excelente trabajo con Sierra, pero no estaría de más que aceptaras un poco de ayuda.

Aline observó a Seraphina, ¿por qué no decía nada?

—No soy la viuda acaudalada que todo el mundo cree, no tengo dinero y no pienso ser un estorbo para nadie. —Sólo para Leonard, era a él a quien pensaba sacarle algo de dinero—. En dos días partiré a Bath con lord Grafton, les aseguro que estoy cómoda en este lugar y...

—Sierra se quedará sola —le cortó Blair, la hermana de Travis—, mi hermano es buena persona, pero no está listo para lidiar con una niña.

—En realidad, Travis también saldrá de viaje —explicó Seraphina y Alanis palideció.

¡Lo había olvidado por completo!

—Necesitas nuestra ayuda —reforzó Riley, sujetando su mano.

Era una situación demasiado delicada, ella era un peligro para cualquier persona. Fraser la quería bajo su poder, si él descubría que estaba bajo el cuidado de otras personas, buscaría perjudicar a los mismos para hacerse de ella.

—No deberían estar aquí —forzó su mejor sonrisa—. Les aseguro que Sierra y yo estaremos bien —observó el pequeño vientre de su amiga y le sonrió con entusiasmo—. Felicidades.

—Gracias, estoy de camino al quinto mes —le contó y acarició su vientre, prendiendo sus alarmas. Ella ya había llegado al tercero y esperaba que no empezara a notarse por el momento—. Pero eso no es lo que importa, queremos ayudarte a recuperar todo lo que perdiste.

—¿Todo lo que perdí? —repitió.

—Eres una viuda preciosa y estoy segura de que puedes consolidar un buen matrimonio —se aventuró a decir Laurine y la miró como si tuviera dos cabezas—. Estuve en tu posición y no fue nada difícil hacerme del marqués de Winchester.

—Eso se debe a que mi hermano estaba locamente enamorado de ti —aclaró Riley, entretenida, y todas las mujeres rieron por lo alto—. Sin embargo, creo que Laurine tiene razón, eres una excelente mujer y cualquier hombre se sentiría halagado de hacerte su esposa.

—Tengo una hija y no tengo una dote —espetó con obviedad.

—Te equivocas —espetó Blair—. Mi hermano siempre dice que gracias a ti se convirtió en el hombre que es y está dispuesto a cederte una dote. Nosotras acordamos que aumentaríamos el valor de la misma.

—No —espetó con frialdad—, no dejaré que gasten su dinero en mí.

—Eres nuestra amiga —musitó Riley—, ayudarte nunca será un gasto.

—Ni siquiera me conoces —soltó con frustración y ella le sonrió.

—Ya habrá tiempo para eso, nosotras sabemos lo duro que es labrarse un camino, de alguna manera todas tuvimos que trabajar cuando nuestros maridos olvidaron cuál era su deber.

Alanis observó a las cinco mujeres que se presentaron esa tarde en la casa de su amigo para hablar con ella y se preguntó si realmente podría encajar entre ellas, durante años se había sentido tan sola y ajena a los demás que ahora mismo le resultaba irreal descubrir que ellas se consideraban sus amigas.

—Yo...

Las puertas del salón se abrieron sin previo aviso y Alanis giró sobre su eje con rapidez, totalmente alarmada, pero se relajó al ver a Leonard junto a Blandes, Devonshire y Portman ahí. Travis estaba a pocos metros de distancia.

—Ellos tienen razón —avanzó en su dirección, ignorando a las demás mujeres, y ella se sorprendió por su gran mejoría—. Debes dejar de ser Harold Walker y recuperar tu identidad.

Así que los hombres estuvieron tocando el mismo tema.

Estudió a los presentes con curiosidad, lord Winchester y lord Aldrich dejaron la decisión en manos de sus mujeres, puesto que ninguno de los dos se presentó. Mejor, no deseaba ver más caras, hace unos meses apenas y trataba con sus cuatro amigos.

—Hay algo que no están analizando —miró a los hombres con determinación—. Ivor Fraser quiere atraparme, posiblemente más de una persona me esté buscando, llevarme con ustedes sería exponer a sus esposas e hijos y no puedo permitirlo.

No cuando ellas estaban dispuestas a aceptarla en su círculo.

—No lo había pensado —musitó Blandes, observando el vientre de Aline—. Yo...

—Ni siquiera lo pienses, Dylan —bramó su amiga y Alanis suspiró.

—Me encantaría vivir contigo, Aline, pero no lo haré. —Descartó la posibilidad y la pelinegra la miró con pesar—. Riley y Laurine tienen que cuidar de sus hijos que nacieron hace poco, tampoco iré con ellas.

—Mi esposo no tiene problema alguno de cuidar de ti, Alanis —espetó Laurine—, me atrevería a decir que en Winchester House estarás más que segura.

—El marqués es un hombre complejo —dijo Leonard aceleradamente, como si temiera que terminara en esa casa, y Alanis suspiró.

—Ven conmigo —espetó Seraphina y todas las personas de la estancia, a excepción de Alanis y lord Portman, gritaron—: ¡No!

—Sin ofender, milady —Leonard escondió su sonrisa—, pero usted es una amenaza con patas y no creo que esté listo para ver a Alanis vagando por su club.

Los vizcondes de Portman se rieron por lo alto y Blair ladeó el rostro, entretenida.

—Lord Grafton tiene razón —reconoció y conectó sus miradas—. Lo mejor es que vengas conmigo. Mi esposo está al tanto de la situación y se siente preocupado por ti, así que las puertas de nuestra casa siempre estarán abiertas para ti y Sierra. Sé lo importante que eres para mi hermano, gracias a ti se convirtió en un buen hombre y por ende eres como una hermana para mí.

Alanis se ruborizó, ¿por qué le decía cosas tan bonitas?

—La casa de King es tan segura como la de Winchester —espetó Blandes con aprobación—. Estoy seguro de que Fraser no podrá ingresar a ese lugar ni con todos los vándalos de Gran Bretaña trabajando para él.

El rey de los cuadriláteros era un hombre de armas tomar.

—Mi esposo tiene razón —afirmó Aline—. Además, es el hijo del duque de Kent, Sutherland mataría si alguien le pusiera un solo dedo encima a la familia de su hermano y ni qué decir de sus amigos.

—Te aseguro que mi esposo haría arder la ciudad si alguien lastimara a Sutherland —añadió Laurine, sonriente, y Alanis determinó que, dadas las circunstancias, tal vez podría aceptar la oferta de Blair.

Si la mujer estaba tan segura bajo el cuidado de su esposo y amigos, ella y su hija no sería un gran estorbo en su residencia.

—Me gustaría mantener a Sierra oculta —admitió con voz suave—, al menos hasta que la misión concluya.

—Sí, es lo mejor —susurró Travis.

—¿Podría pedir que ella se marche primero? —se atrevió a preguntar y Blair asintió—. Yo me mudaré cuando regrese de Bath, si entro y salgo podría llamar la atención de los criados y no quisiera que lady Berricloth emplee mi nombre en sus notas.

—Yo me encargaré de Berricloth —espetó Seraphina, pensativa—. Usaremos sus notas a nuestro beneficio.

No le sorprendería que lady Berricloth y Seraphina compartieran una estrecha amistad, su amiga estaba loca de remate y no le tenía miedo al escándalo.

—No dejaré que te quedes en esta casa —afirmó Leonard, plantándose frente a ella, y Alanis se vio obligada a dar un paso hacia atrás.

¿Qué diablos le sucedía?

—Llevo días aquí.

—Entonces no me iré hasta el día del viaje.

Lo miró como si estuviera loco, él no estaba siendo racional.

Riley carraspeó y se situó en medio de ambos para implementar algo de distancia.

—En realidad, no es correcto que vivas junto a dos hombres solteros —explicó y luego miró al conde y a Travis—. Si esto sale a la luz, encontrarte un esposo no será sencillo.

—Ella podría pasar un par de noches en Las garras de Lucifer.

Todos fulminaron con la mirada a Seraphina y la rubia blandió su abanico con suficiencia.

—¿Por qué la trajo aquí, Spinster? —preguntó Aline, algo alterada al darse cuenta de la situación—. ¿Cuáles son sus intenciones para con mi amiga?

—Aline...

—Tranquila —espetó Travis con serenidad—. Lady Taylor es mi amiga, hemos pasado muchas cosas juntos y...

—Y al regresar, Alanis se casará conmigo —interrumpió Leonard, provocando un tenso silencio en la estancia, y ella palideció.

¿Había escuchado bien?

¿Él estaba dispuesto a casarse con ella?

Por todos los santos, ella se había colado en un club para seducirlo pensando que Leonard jamás le haría una oferta de ese tipo por voluntad propia. Las piernas comenzaron a fallarle y su corazón empezó a bombear sin control alguno. Lo había engañado, se embarazó adrede para forzar una unión y tenía la leve sospecha de que esa verdad no haría más que generarle un sinfín de problemas.

—¡Alanis! —escuchó el grito lejano de Blair y todo a su alrededor se volvió oscuro.

¿En qué tipo de problema acababa de meterse?

Ya no estaba segura de querer ir a Bath con Leonard, el viaje no sería en lo absoluto agradable.

Capítulo 14

*“Cada vez estoy más segura de que lady Taylor se ha dado por vencida y por ende decidió abandonar la temporada. Todas las personas conocen su potencial y desde mi experiencia puedo asegurar que ella estaba destinada al fracaso
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Las sienes le palpitaban.

No, un momento, todo el cuerpo le palpitaba.

¿Era normal que se sintiera tan mal?

Claro que era normal, estaba embarazada y se rehusaba a efectuar un reposo adecuado para su condición.

—Apártense, está reaccionando —escuchó una voz lejana que le resultó familiar y frunció el ceño con dolor, encogiéndose en su lugar—. Alanis. —Un olor desagradable inundó sus fosas nasales y separó los párpados con pesar al tiempo que apartaba las sales aromáticas de su nariz.

—Apesta, no quiero olerlo —gruñó.

—Por Dios, ¿te sientes bien? —Su visión enfocó a Aline, quien estaba en su habitación junto a Blair.

—¿Mi hija?

—Travis se la llevó, no quería que se asustara al verte inconsciente —explicó Blair y en ese momento Aline se hizo a un lado para que la mujer de cabellera trigueña empezara a inspeccionarla.

Según tenía entendido, era una buena herborista y tenía grandes habilidades médicas.

¿Habilidades médicas?

Cada una de sus extremidades se estremeció y antes de que pudiera levantarse, un abanico rosa se posó en su hombro, obligándola a girar el rostro para centrarse en Seraphina, Laurine y Riley.

Maldición, por un momento pensó que ellas se quedaron en el piso inferior.

—¿Él plan salió como lo tenías previsto? —inquirió Seraphina con seriedad y Alanis le recriminó con la mirada—. Nosotras estamos de tu parte, nadie te juzgará.

—¿De qué hablas? —preguntó Aline con preocupación y Blair sonrió con ternura.

—Ella está embarazada. —Alanis se tensó y centró su atención en la mujer—. La curvatura de tu vientre te delata y Travis se vio obligado a decirme todo antes de que pudiera darte cualquier tipo de medicación.

—Es un secreto —musitó aceleradamente y Aline se sentó en la cama frente a ella.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —exigió saber—. No puedes exponerte al peligro en este estado.

—¿Quién es el padre? —inquirió Laurine, abatida—. Podemos obligarlo a hacerse cargo de la situación.

«Y al regresar, Alanis se casará conmigo», recordó las palabras de Leonard y se frotó los ojos con cansancio.

Había planeado seducir a Leonard por meses, no había sido nada fácil tomar una decisión, y todo con la intención de forzar un matrimonio que se suponía que él no querría nunca; no obstante, todo parecía indicar que se equivocó porque él acababa de manifestar ante todos sus conocidos que tenía toda la intención de desposarla.

¿Cómo diablos iba a decirle que estaba embarazada si según él nunca se acostaron?

—¿Podría ser... —todas miraron a Riley— que se tratara del conde?

Alanis no les brindó una respuesta y sólo posó una mano en su pequeño vientre, tal y como Blair dijo, ya existía una pequeña curvatura.

—Mataré a ese desgraciado —farfulló Aline y de no haber sido porque todas bloquearon su camino, su amiga habría salido de la alcoba para enfrentar a Leonard—. ¿Cómo se atreve a jugar con ella de esta manera? Fue él quien la envió a América sin piedad alguna y nunca me dijo cuál era su remitente o cómo podía encontrarla. Grafton no se la merece —escupió con desprecio, recordándole la razón del por qué no debía sentir ningún afecto por su antiguo tutor.

Él le desgració la vida.

—Trata de calmarte, Aline —pidió Seraphina con firmeza, puesto que era la amiga más cercana de la pelinegra, y Alanis se sentó sobre el mullido colchón con esfuerzo—. Ella no se embarazó para recuperar el amor del hombre que creyó amar, lo hizo para recuperar todo lo que él le quitó después de entregarla a Sullivan.

«Y porque quiero mi venganza», pensó distraídamente, aunque consideraba que al paso que iban, la mejor manera de destruir a Leonard sería abandonándolo para siempre. «No puedes abandonarlo con un bebé suyo en tu vientre, lo necesitas». Le recriminó una vocecilla y se odió a sí misma por no ser autosuficiente.

Odiaba ser pobre, odiaba no tener dónde caerse muerta, ¿por qué su situación tenía que ser tan penosa?

—¿Él lo sabe? —su amiga regresó a su lado y acunó sus manos con ternura.

Ella torció los labios en una mueca.

—No, ni siquiera sabe que nos acostamos.

Todas las damas jadearon, a excepción de Seraphina.

—Eso podría ser muy peligroso —musitó Riley con nerviosismo—, puede que reaccione muy mal si descubre que lo engañaste, a los hombres no les gusta ser burlados.

¿Por qué estaba tan pálida?

Qué importaba, lo más probable era que ella también estuviera muy pálida.

—Lo engañé, lo seduje con una identidad falsa porque creí que sólo con un embarazo podría llevarlo al altar.

—Él está dispuesto a casarse con ella —dijo Laurine con seguridad—, puede que incluso vea a ese bebé como una oportunidad para retenerla a su lado.

—¿Por qué querría eso? —farfulló y todas las mujeres la miraron con fijeza.

—Él se preocupó mucho cuando te desmayaste, estaba tan pálido como una hoja —le contó Blair y Alanis se frotó las sienes con frustración.

—¿Qué se supone que debería hacer? No puedo dejar la misión justo ahora, sé demasiado y lo menos que deseo es que todo esto se siga dilatando.

—¿Consideras que el viaje a Bath será peligroso?

—No —fue sincera—, lo más probable es que Drew y Seamus nos escolten, Jackson nunca nos mandaría solos.

Pero su jefe estaba tramando algo y ella no entendía qué.

—Tu secreto está bien guardado con nosotros —espetó Seraphina—, ¿verdad? —miró a las damas y todas asintieron con cierta incertidumbre plasmada en el rostro, temían por su bienestar y el del bebé.

—Evita las emociones fuertes —sugirió Blair—, come cinco veces al día y duerme tanto como te sea posible.

¿Evitar las emociones fuertes?

Para eso tendría que sacar a Leonard de su vida para siempre.

En ese momento alguien aporreó la puerta y todas dieron un respingo en su lugar.

—Pienso entrar —informó el protagonista de su conversación y Aline se incorporó con premura para permitir que Leonard ocupara su lugar—. ¿Cómo te sientes, debería llamar al doctor? —acarició su mejilla y ella la apartó con recelo.

—Estoy bien, no hay nada de qué preocuparse.

Él dudó y miró a Blair con inquietud.

—Su desmayo fue debido al cansancio, seguro no tuvo días fáciles.

Alanis no pudo dejar de preguntarse por qué se veía tan nervioso y abatido. Se suponía que ella no era de su interés, que jamás consideraría la idea de cuidar nuevamente de ella, pero ahí estaba él, olvidando su propio malestar para cuidarla.

—Me gustaría hablar con ella a solas —musitó y sus amigas esperaron una aprobación suya para abandonar la habitación. Se las dio y pronto se quedó a solas con Leonard—. Tenemos que hablar.

—Nunca acepté casarme contigo —espetó con frialdad e intentó apartar las manos cuando él

presionó su agarre—. Suéltame.

—¿No podrías considerarlo?

—¿Por qué? —lo miró con incredulidad—. Hace trece años estabas ansioso por deshacerte de mí.

—Hace trece años era un niño sin cerebro y cometí un terrible error al entregarte a otro hombre. —Un hombre que le desgració la vida y mató a su padre para hacerse de ella—. Quiero devolverte todo lo que te arrebaté, quiero cuidar de ti y Sierra, jamás te presionaré ni obligaré a hacer algo que no quieras —musitó atropelladamente—. Comprendo que no tengo derecho de hacerte reclamo alguno, mi intención sólo se basa en brindarte comodidad.

—¿De verdad? —preguntó con cinismo—. ¿Qué pasaría si te confieso que me encantaría casarme contigo para hacerte la vida imposible?, ¿me aceptarías?

—Sí. —No dudó.

—Te odio, verte feliz me hace miserable y por esa razón no me tembló la mano a la hora de matar a Rionna.

—Merezco tu desprecio, pero quiero luchar por tu perdón.

Era un imbécil.

—No estoy segura de querer casarme contigo.

«Menos si eso le daría una razón para sentirse feliz».

—¿Podrías pensarlo?

—Tal vez tenga una respuesta para nuestro regreso de Bath.

Aunque no estaba segura de que su situación fuera a cambiar mucho por ese simple viaje. Era pobre, no contaba con ninguna propiedad a su nombre y pronto no sólo tendría una hija bajo su cuidado, sino dos.

Se relamió los labios con ansiedad.

—No es por nada, pero cada vez que te metes en mis misiones, algo sale mal —siseó Alanis, observando por la ventana como se detenían frente a una posada, y se vio obligada a aguardar para que el cochero pudiera abrir un paraguas antes de que bajaran del carruaje.

¿Es que esa tormenta nunca cesaría?!

—Yo no tengo la culpa de que la tormenta no nos permita continuar con el viaje.

—Sí, claro —farfulló, al menos debía reconocer que el estado de la herida de su hombro parecía ir muy bien.

Leonard no había vuelto a quejarse del dolor en los últimos días.

—¿Estás molesta por algo en específico?

¡Claro que estaba molesta!

Él no estaba permitiendo que sus planes se efectuaran de la misma manera que los había previsto. No se enfadaba ante sus desplantes, hacía hasta lo imposible por pasar tiempo con ella y

en vez de maldecirla por haber matado a su esposa, no dejaba de agradecerle por haberle salvado la vida a él y a sus hijos.

¡Era una locura!

Ella no era la buena de la historia.

En esta ocasión se vio obligada a guardar silencio porque el posadero, un hombre de gran altura y peso colosal, se acercó a ellos y Alanis forzó su mejor sonrisa cuando Leonard rodeó su cintura con demasiada soltura.

—¿Tiene habitaciones disponibles? Me temo que la tormenta nos ha tomado por sorpresa y no quisiera exponer a mi esposa ni a mi gente al peligro.

Muy a su pesar, no pudo objetar ante sus palabras.

Como mujer soltera, el posadero no permitiría que se quedara en la posada sin una carabina a su lado, la consideraría una mujer de mala vida y denominaría la situación como escandalosa.

—Por supuesto, pasen por favor, deben tener mucho frío.

—Le agradezco —espetó Leonard, instándola avanzar—. Querré dos habitaciones.

Una para ellos y otra para los criados.

Lo conocía tan bien que podía dar por sentado que no la dejaría sola en ese lugar por nada en el mundo. El castaño la veía como a una niña, como alguien que no podía protegerse y eso era simplemente absurdo, llevaba años exponiéndose a un sinfín de peligros, dormir en una posada de mala muerte no era nada nuevo para ella.

«Pero deja que esta noche él te cuide», le pidió una vocecilla y ella se mordió la lengua con disgusto.

Durante años se había preguntado cómo sería recibir la protección de un hombre y ahora no tenía la menor idea de por qué se sentía tan inquieta, ¿acaso no era esto lo que estuvo deseando secretamente durante tanto tiempo?

Ingresaron a la habitación sin hacer mucho revuelo y dejaron que las criadas metieran sus maletas. Estaban con equipaje ligero, puesto que el viaje no debía durar más de tres días.

—¿Estás conforme? —inquirió una vez que quedaron solos y lo acusó con la mirada.

—¿Cambiaría algo si te dijera que no?

Leonard negó lentamente con la cabeza, clavando su mirada plateada en ella.

—No te sientes bien, ¿verdad? —Por inercia, dio un paso hacia atrás—. Te conozco muy bien y estás muy pálida.

—Sólo necesito dormir un poco —la voz le tembló, odiaba que los síntomas de su embarazo hubieran empeorado en los últimos días—. Me siento cansada y hace mucho frío.

Él asintió, pero curiosamente no la presionó.

—¿Querrás cenar?

La bilis trepó por su garganta y negó rápidamente con la cabeza.

—El doctor dijo...

—Por favor, esta noche sólo quiero dormir —rogó y en esta ocasión él decidió aceptar su respuesta.

—Entiendo, dejaré que te cambies mientras pido más mantas y solicito mi cena.

Era lo mejor, así cuando él volviera, ella estaría plácidamente dormida sobre el mullido colchón y no se sentiría incómoda ante la idea de compartir la cama con él. Leonard abandonó la habitación y ella parpadeó varias veces, confundida.

¿Estaba más tranquilo de lo normal o era impresión suya?

En los últimos días el conde apenas y la había dejado respirar, de no haber sido por Travis, Alanis habría colapsado de los nervios e impotencia desde el primer día que dejó a Sierra con Blair.

Deshizo su peinado para acabar con la presión que sentía en las sienes y lanzó un suspiro de satisfacción cuando se quitó el vestido y el corsé, al paso que iba tendrían que quitar la última prenda de su vestimenta.

¡Era intolerable!

Una vez que se quedó en su camisola, se metió bajo las sábanas con prontitud y se sintió bastante satisfecha cuando el calor rodeó sus extremidades. No se había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta ese momento.

La cabeza le dolía horrores, el traqueteo del carruaje le había generado malestar y le parecía casi un milagro que las náuseas no la hubieran invadido como en los últimos días.

«Un poco más, bebé, él no puede saber de ti por el momento».

A pesar de sentirse agotada, no cayó en un sueño profundo, por lo que pudo escuchar como Leonard regresó a la habitación, pidió su cena y se encargó de cubrirla con más mantas.

—Estás pálida —susurró para sí mismo, pero por un momento temió que le estuviera hablando y su actuación fuera desastrosa—. Cometí un error al traerte conmigo —acarició su mejilla con ternura, la realidad era que ella cometió un error al llevarlo consigo—, pero no podía dejarte con ese idiota.

Sentir celos de Travis era tan estúpido que a veces no sabía si reír o llorar.

Durante los siguientes minutos, Leonard cenó, caminó por la habitación y le pareció vivir toda una eternidad hasta que por fin las velas se apagaron y él se deslizó debajo de las sábanas junto a ella.

El calor que desprendía era acogedor, pero no quería acostumbrarse a ese hecho, puesto que aún no estaba segura de qué tipo de matrimonio quería compartir con él. Sin siquiera saberlo, el conde le había dado una perspectiva de lo que podría ser su futuro y de alguna manera la idea de darle una familia real a Sierra era agradable.

—Estás despierta. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

—Haces mucho ruido, no me dejas dormir —se defendió y lanzó un jadeo cuando rodeó su cintura y tiró de ella hacia atrás, obligándola a impactar su espalda contra su fornido pecho—. ¿Qué haces? —gruñó con disgusto.

—¿Y si me dejas conquistarte? —su pregunta hizo que un escalofrío recorriera su espina dorsal y por breves segundos se olvidó de cómo respirar—. Deja que te corteje, criatura.

En ese momento un recuerdo flotó en su memoria y su cuerpo tiritó sin control alguno.

—¿Quieres casarte conmigo? —su voz tembló.

—Sí.

—Soy malditamente pobre y tengo una hija que necesita de muchos cuidados, no necesitas cortejarme, aceptaré tu propuesta sin dudar —se sinceró y él chasqueó la lengua con diversión.

—Quiero que me aceptes por amor y en cuanto a tus necesidades y las de Sierra, yo cubriré todo sin pedirte nada a cambio, sólo quiero que te dejes llevar por mis atenciones.

¿Cómo diablos iba a confesarle que lo sedujo en Las garras de Lucifer para atraparlo?

Eso podría generarle más problemas de los necesarios, por todos los santos, estaba embarazada y su bebé sería un escándalo por la fecha en la que murió la primera condesa.

—¿Por qué haces esto?

Él besó su nuca con ternura, tomándola por sorpresa.

—Quiero casarme por amor y que todos mis hijos se sientan afortunados de tener unos padres como nosotros —confesó con aspereza, helándole las venas—. Fue duro para mí que Rionna no quisiera a los gemelos, no podía dejar de pensar en el futuro y cómo tomarían mis hijos ese rechazo, por lo que no deseo que la historia se repita.

—No creo que pueda amarte de nuevo.

Un tenso silencio se cernió sobre ellos y él presionó su abrazo.

—Déjame intentarlo.

—Ahora mismo sólo busco estabilidad, el amor ha quedado fuera de todos mis proyectos —se sinceró y agradeció que a partir de ese momento no le dijera más.

No necesitaba que su primera noche dentro de esa misión fuera más incómoda.

«Debemos volver a Londres cuanto antes», pensó con nerviosismo, debió determinar que pasar tiempo a solas con Leonard no sería buena idea.

Fue una idiota al aceptar hacer ese viaje con él.

Leonard se percató del momento exacto en el que Alanis quedó profundamente dormida y aprovechó ese momento para lanzar un suspiro lleno de frustración. Estaba siendo egoísta al presionarla de esta manera, pero habían perdido muchos años y no quería mantener esa rutina. Ellos merecían ser felices, sus destinos estaban conectados y él sólo dilató lo inevitable al no querer cumplir con su deber.

«Le sugiero que haga lo correcto y se case con lady Taylor», le había dicho el abogado hace apenas unas horas, después de informarle sobre algunas cláusulas del testamento de Hugo, y Leonard agitó su cabellera con desespero.

Esto era una locura, sólo tenía veinte años, ¿cómo diablos iba a casarse cuando ni siquiera sabía lo que era vivir con libertad?

—¿Te sientes bien, Leo? —levantó la vista con rapidez y apretó la mandíbula al ver a la única culpable de todos sus males—. Dijiste que dejarías de beber, ¿el abogado te dijo algo malo?

Ella le temía. Cuando Alanis lo veía borracho, siempre salía huyendo en dirección contraria, y todo porque él la atacó en el lago y fue un verdadero bruto a la hora de explorarla.

—Sí, me dijo algo muy malo —permaneció en su lugar, el escritorio era una buena barrera para controlar sus instintos más bajos—. Ahora resulta que si quiero la fortuna y las propiedades que están desvinculadas al título, debo casarme contigo.

—¿Qué? —lo miró con sorpresa y se sentó frente a él—. ¿Por qué?

—Porque tu padre lo estipuló en una cláusula de su testamento.

—Oh por Dios —jadeó sorprendida—. No lo culpes, por favor, él siempre pensó que tú y yo podríamos hacer un gran equipo y lo sabes.

—No pueden obligarme a hacer un equipo contigo —escupió y ella lo miró con pesar.

—¿Y si me dejas conquistarte? —La miró con horror, ¿qué mujer en su sano juicio diría algo así?—. Aún falta un año para mi presentación, deja que te corteje, Leo.

Se frotó el rostro con frustración, esto era una locura.

—Si no lo consigo, te doy mi palabra de que buscaré otro hombre adecuado para mí. No quiero forzarte a nada, en el fondo, deseo casarme por amor y tener un esposo que se preocupe por mí y nuestros hijos.

Lo que quería decir que él nunca sería adecuado para ella.

—Debes casarte antes de los dieciocho —le informó y la rubia palideció—. Adelantaré tu presentación, no puedo arriesgarme a perder mi libertad ni mi dinero. Se necesita mucho para mantener el condado en óptimas condiciones.

Ella iba a casarse por las buenas o por las malas.

—Lo siento —susurró y agradeció que ella girara sobre su eje para acurrucarse contra su costado—. Debí dejar que me cortejaras, tal vez de haber sido así, me habría dado cuenta que yo también estaba locamente enamorado de ti. —Besó su frente con ternura y se maldijo en silencio por todos los errores que cometió en su juventud.

Lo más seguro era de que Hugo lo estuviera maldiciendo desde donde quiera que se encontrara por haber abandonado a su hija y hermana a su suerte cuando él no fue más que un

padre y amigo para él.

Capítulo 15

Cuando llegaron a su antiguo hogar, el lugar donde creció y pasó los mejores años de su vida, Alanis apenas y podía respirar debido a la emoción y nostalgia que sentía en el pecho. Todo seguía tal cuál lo recordaba, inclusive su habitación, por lo que se preguntó si Leonard había regresado a Bath en los últimos años.

—Me fue imposible —respondió, como si pudiera leerle los pensamientos, y se volvió para verlo bajo el umbral de la puerta de su antigua habitación. La nostalgia se había apoderado de ella y en algún determinado momento lo dejó en el piso inferior para recorrer los desolados pasillos—. No es propio que entre a tu antigua habitación —miró el lugar con curiosidad, ¿de verdad nunca pensó en volver a Bath?—, pero debemos ir al despacho —le informó, puesto que no tenían mucho tiempo que perder.

Extraño, él siempre amó esa propiedad en específico.

«Es una duda que puedes aclarar más adelante», se dijo con disgusto, decidida a lidiar con la melancolía y enfocarse en lo que realmente importaba.

—Entiendo.

Buscaron el libro familiar por más de tres horas y ambos empezaron a perder la paciencia al no encontrarlo por ningún lugar, ni siquiera el mayordomo pudo serles de ayuda, pero les aseguró que nadie más que los criados ingresaron a ese despacho en los últimos años.

—No lo entiendo —musitó con angustia, se suponía que sacarían algo bueno de ese viaje—. ¿Crees que lo escondió?, ¿Qué muy en el fondo sabía que algo malo pasaría y ocultó todo lo que podría ser necesario para encontrar al culpable?

—No lo sé —admitió con pesar, mirando todo el caos que causaron en el lugar—. Revisamos todas las cajas fuertes, ¿crees que exista alguna de la cual desconozcamos su paradero?

En ese momento un escalofrío recorrió su espina dorsal y un vago recuerdo brilló en su cabeza.

—¿A dónde me llevas, papá? —inquirió sonriente y frunció el ceño al ver que se dirigían a su habitación.

—Hay algo que necesito mostrarte.

—Conozco muy bien mi habitación —ironizó, empleando su lenguaje viperino, y su amado padre se rio, dado que la consideraba solo una dulce niña de doce años.

—Y también estoy seguro de que conoces todos los detalles de tu amado cuadro. —Sus ojos

brillaron con emoción contenida y en esta ocasión entró en su habitación con entusiasmo, acercándose al cuadro que estaba sobre la chimenea.

—¿Cómo no amarlo? —suspiró con amor, observando la hermosa luna y el cielo estrellado que estaban plasmados en el lienzo—. Gracias a él siento que puedo ver a mamá todas las noches.

Su padre acarició el marco y asintió con aprobación.

—Ella lo hizo con mucho amor.

Lo sabía, su madre siempre fue muy buena con ella hasta el último día de su vida.

—Si algún día te sientes perdida, necesitada y requieres respuestas, búscalas aquí. Es algo que nadie podrá quitarte y será solamente tuyo.

—¿Mamá me ayudará?

El rubio la miró significativamente y asintió.

—Nosotros lo haremos, ten por seguro que tú jamás estarás sola, mi amor.

Alanis acarició el marco del cuadro con suavidad, como si temiera romperlo, y una lágrima se deslizó por su mejilla en contra de su voluntad. En aquel entonces era muy pequeña para entender sus palabras, pero ahora estaba bastante segura de que su padre nunca la abandonó.

De haberse acordado de sus palabras, tal vez una boda con Sullivan nunca habría sido necesaria.

—¿Estás segura? —Leonard posó una mano en su hombro y ella asintió, apartando la lágrima de su rostro con rapidez.

—Él me lo dijo, aquí encontraría respuestas y seguridad.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Su muerte me aturdió de tal manera que lo olvidé, luego nos fuimos a Londres para mi presentación y... —la voz se le quebró y él la abrazó por detrás.

—Perdóname, estaba desesperado.

—Ya no pude volver —ignoró su disculpa y se liberó de su abrazo con recelo, no se sentía a gusto con su cercanía. No ahora—. Debemos levantarlo.

Leonard aceptó su rechazo sin hacer reclamo alguno y la ayudó a bajar el cuadro con mucho cuidado, él sabía lo importante que era esa pieza para ella y no podía arriesgarse a romperla. No encontraron nada fuera de lugar, pero entonces ella rasgó el tapizado y una gran caja fuerte de más de sesenta centímetros de largo y ancho apareció en su campo de visión.

«Nunca me abandonaste, fui yo quien rechazó tu compañía al no aceptar tu partida».

—Madre santa —musitó Leonard y ambos conectaron sus miradas—. Es tuyo, por favor no pienses que intentaré quitarte nada de lo que esté ahí dentro.

La garganta se le cerró.

¿Qué pudo haber guardado su padre para ella?

«Mis números favoritos siempre serán: 3-5-4-6-8. Deberías recordarlos, son mis números de la suerte».

Alanis abrió la caja fuerte sintiendo un horrible nudo en la garganta y sufrió un poco a la hora abrir la tapa de metal, por lo que Leonard tuvo que ayudarla y ambos perdieron el equilibrio cuando el hierro cedió.

El polvo la hizo toser, pero entonces empezó a vislumbrar todo lo que había dentro y sujetó el libro familiar al darse cuenta que era lo primero que estaba a la vista.

—Aquí está —susurró con emoción contenida y apartó el polvo de la tapa, dejando que Leonard sujetara un extremo—. Lo encontramos.

Por alguna extraña razón, él estaba tan pálido como una hoja.

Se obligó a sí misma a prestarle más atención a todo lo que estaba dentro de la caja fuerte y toda la piel se le erizó al ver el dinero, oro, joyas y documentos que estaban dentro.

—¿Qué...?

—Una vez que te casaste, nunca recibí la exorbitante fortuna que la gente rumoreaba que tu padre poseía —confesó de pronto, tomándola por sorpresa.

—Pero...

—Él nunca te dejó a la deriva —musitó, observando el contenido de la caja fuerte—. Si yo quería su riqueza, debía casarme con su mayor tesoro, su única heredera.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y dio un paso hacia atrás, totalmente horrorizada, provocando que el libro familiar cayera al piso. Durante años se había dicho que su padre cometió un terrible error al confiar en Leonard, pero en realidad él no lo hizo, Hugo dejó todo a su nombre y de haber sido más sensata, ella habría recordado sus palabras hace trece años.

«No soy pobre», pensó abatida, mirando todas las riquezas que estaban frente a ella. «Siempre tuve la posibilidad de recuperar mi vida y darle una vida agradable a mi hija». Posó los ojos en Leonard y en esta ocasión empezó a respirar con dificultad. «Nunca debí embarazarme, ya no lo necesito».

—Alanis —intentó sujetarla, pero ella se alejó de su agarre—, por favor, no rechaces mi oferta.

Él sabía muy bien lo que ella estaba pensando, pero le faltaba una pieza importante.

¡Ella jamás podría concebir que un hijo suyo fuera un bastardo!

«Estoy perdida», se dijo con frustración y apartó las lágrimas de su rostro de un manotazo. Terminó siendo víctima de su propia trampa.

—Yo te amo.

—¿Qué sabes tú del amor? —escupió con desprecio y cerró la caja fuerte con prisa, ver tanto oro la estaba perturbando—. Por todo esto me enviaste a América, mi sufrimiento ni siquiera

valió la pena porque no pudiste acceder a la fortuna de mi padre.

«Que ahora es solamente mía».

—Jamás tocaré un solo penique, eres tú la que me importa —explicó y ella observó el cuadro.

—Ayúdame a regresarlo a su lugar. —Lo ignoró y no se sintió tranquila hasta que su cuarto volvió a verse como antes—. Soy rica —musitó para sí misma, pero él pudo escucharla muy bien—. Mi hija tendrá una dote y una excelente educación. Gracias, papá —sollozó con emoción contenida y terminó sobre su trasero, mirando el libro familiar.

Fue una tonta al creer que su padre no estaba ahí para cuidarla, en su vida se había sentido más segura y amada que ahora.

Él nunca la abandonó.

—Alanis...

—Debemos ver el libro —le cortó.

Lo cierto era que ahora mismo, la idea de huir con sus hijos de Londres le resultaba bastante agradable. Ahora tenía los medios y las amistades correctas, quizá podría encontrar nuevos destinos.

Abrió el libro y cuadró los hombros cuando un sobre cayó sobre su regazo.

—Déjame ver. —Leonard se sentó junto a ella y tomó el sobre, pero después de largos segundos, se lo entregó—. Es para ti. —Su visión se cristalizó—. Tu padre la escribió.

Ella le cedió el libro para que revisara todo y sujetó el sobre con las manos temblorosas.

¿Debería abrirlo? ¿Por qué sentía que estaba a punto de leer la carta que su padre escribió antes de ir a su muerte?

—Te pusiste pálido —comentó después de unos segundos y Leonard puso el libro frente a ella.

—Está el nombre de mi tío, pero el de Ivor está tachado.

Ambos miraron la carta y luego conectaron sus miradas.

—¿Podrías abrirla? —inquirió con cautela—. No debes leerla en voz alta ni hablarme de su contenido si se trata de algo personal.

—¿Crees que aquí están las respuestas?

—Me temo que sí —confesó y con manos temblorosas, rompió el sello y sacó la extensa carta de tres hojas.

Inhaló profundamente, agradeciendo que él se incorporara para brindarle su espacio, y a partir de ese momento le brindó toda su atención a la hermosa caligrafía de su amado padre.

“Mi querida Alanis,

Temo que no he sido sincero contigo y te he escondido muchas cosas en los últimos años. Lo

cierto es que creí que podría controlar la situación, pero algo me dice que esto es inevitable. Conoces la trágica historia de los condes de Grafton, esa que pensamos que podríamos burlar, pues me temo que el mal ha llegado y estoy en un gran peligro. Tengo la leve sospecha de que Edward Sullivan, un extraño americano con el que empecé a coincidir en el club, tiene algo entre manos porque me ha pedido tu mano sin siquiera efectuar un previo cortejo. Esta noche rechazaré su oferta matrimonial y le pediré que se aleje de nosotros, no me siento nada seguro con ese hombre cerca, por lo que te doy mi palabra de que dejará de ser una amenaza para nosotros esta misma noche. Sin embargo, en caso de que las cosas no salgan bien, confiaré en que Leonard sabrá cuidar de ti y Gertrude”.

¿Qué, su padre sabía que Sullivan podría acabar con su vida esa noche e incluso así fue a su encuentro?

“No le tengo miedo a la muerte, a veces hay situaciones que son irrevocables, pero estoy decidido a desenmarañar todo el misterio que existe detrás de las desgracias de los condes de Grafton”. Continuó leyendo. “El padre de Leonard, Oscar Pearson, fue un gran amigo mío que tuvo la desdicha que tener un hermano cruel y déspota. Él estaba seguro de que Osmer era el principal responsable de dichas tragedias, dado que el hombre soñaba con poseer el título y entregárselo a su único hijo; sin embargo, Ivor no es un Pearson, sino el resultado de una aventura de su madre con el maestro del pueblo. Oscar informó sobre lo ocurrido a la corona e Ivor fue borrado del libro familiar, pero eso sólo enfureció a Osmer y el hombre terminó asesinando a Oscar y su mujer provocando un incendio”.

Alanis se estremeció sin tregua alguna y se relamió los labios con preocupación. Estaba segura de que Leonard no contaba con esa información y no quería ser ella quien se la transmitiera.

“Él logró advertirme de la situación poco antes de la desgracia y por eso acogí a Leonard en nuestro hogar, porque nadie mejor que nosotros para cuidarlo y amarlo”. «Pero él nos traicionó», pensó con amargura. “He preparado mi testamento con la fe de que él hará lo correcto y se casará contigo, pero entiendo que es un joven sin experiencia y ahora mismo lamento haber puesto un tiempo límite, presionar a las personas nunca será lo correcto. Leonard no merece ser obligado a elegirte, me siento mal por la cláusula, pero mi deber es pensar en tu bienestar y el de mi hermana. Pase lo que pase, debes saber que toda mi fortuna es únicamente tuya y si él decide no elegirte, tienes el dinero suficiente para protegerte y proteger a tu tía. Ustedes no necesitan de nadie para tener un futuro próspero, yo siempre cuidaré de mis mujercitas desde donde quiera que esté, sólo debes abrir la caja fuerte de tu habitación para encontrar tu riqueza y salir huyendo del país hasta cumplir la mayoría de edad para reclamar tu dote de cincuenta mil libras”.

No pudo controlar su llanto y sollozó con amargura. En aquel entonces le habría encantado

haber hecho exactamente eso, huir del mundo y Leonard para siempre junto a su amada tía.

“Perdóname por elegir este camino, con suerte nunca leerás esta carta porque yo regresaré sano y salvo para quemarla, pero en caso de que no sea así, recuerda que todo en la vida sucede por una razón y las malas experiencias deben ser un aprendizaje. Espero, de todo corazón, que Leonard y tú sepan cuidarse y acaben con la maldición que nos persigue. Ningún conde de Grafton merece morir a manos de un ser tan despreciable como Osmer Pearson.

Te ama mucho, tu adorado padre Hugo”.

Su padre se entregó a la muerte porque su única intención era protegerlos.

—Alanis... —Leonard se arrodilló frente a ella y la sujetó por los brazos con delicadeza, sólo en ese momento se dio cuenta de las violentas sacudidas que estaba sufriendo su cuerpo—. ¿Qué sucede, criatura?

—Él lo sabía, sabía que esa noche iban a matarlo —soltó con amargura y le entregó la carta—. Lo siento, hubiera preferido que parte de esta carta quede enterrada en el pasado, pero debes saber la verdad.

Si tan sólo ella pudiera sacar el nombre de Sullivan de esas hojas, todo sería más sencillo.

Leonard comenzó a leer la misiva en silencio y ella se abrazó las rodillas con rapidez, sintiéndose más vulnerable que nunca. Hicieron un buen trabajo al sobrevivir durante trece años, pero ahora el peligro que corrían era inminente y si no trabajaban en equipo, nunca ganarían esa guerra.

Osmer Pearson había muerto y ahora era su hijo quien estaba detrás de todo esto, Alanis no tenía pruebas, pero tampoco dudas, por esa razón Leonard logró sobrevivir tantos años lejos del peligro, porque Ivor tardó en ambicionar lo mismo que su supuesto padre añoraba.

¿Por qué?

¿Cuál fue la razón que llevó a Ivor Fraser a retomar la idea de hacerse del condado cuando no era más que un bastardo?

Un ruido sordo captó su atención y se abrazó con más fuerza al ver a Leonard sobre su trasero, tan pálido como una hoja.

¿En qué parte de la carta estaría?

—Lo siento —empezó a temblar sin control alguno y la visión se le cristalizó—. Yo... creí que era un buen hombre.

Cerró los ojos con frustración, le habría encantado que leyera la misiva en silencio y no hiciera ningún comentario al respecto.

—Todos cometemos errores —susurró con amargura—, nosotros confiamos en ti —la voz se le apagó y enterró el rostro en sus rodillas, incapaz de mirarlo a los ojos por más tiempo.

No podía elegirlo.

No podía quedarse en Londres.

Sierra, su bebé y ella estarían mejor lejos del conde de Grafton.

—¿Te odiaba? —inquirió la hermosa pelirroja de ojos color cielo e Ivor asintió—. Pero tú no eres el culpable de las decisiones de tu madre. —Puso las manos en jarras, furiosa—. Siempre serás un Pearson para mí.

—Me quitó el apellido hace años —soltó con melancolía—, soy un Fraser —determinó y su prometida lo abrazó por el cuello con cariño.

—El que seas Ivor es más que suficiente para mí.

El pelinegro sonrió ampliamente y besó a su prometida con pasión desmedida.

—No veo la hora de casarme contigo, eres lo más valioso que tengo y...

—¿Por qué no recuperamos el condado? —sus palabras lo tomaron por sorpresa—. Piénsalo, ahora tu padre está muerto y...

—La corona sabe que soy un bastardo, nunca me dejarán tomar el título.

Rionna hizo un mohín y sonrió con suficiencia.

—Siempre existe otro camino.

Frunció el ceño.

—¿Cuál?

—Ambos nos amamos, pero también queremos lo mejor para nosotros, ¿verdad?

Ivor asintió.

—¿Qué tal si me caso con él, tengo a su heredero y luego lo matamos?

Ivor se tensó.

Ese plan no le gustaba en lo más mínimo, Rionna era suya.

—Tu padre aceptó nuestra unión, no creo que sea necesario llegar tan lejos.

—Él se marchó, tardará años en regresar y te aceptó para no tener que lidiar conmigo —reconoció con aburrimiento—. ¿Qué tal si lo esperamos con un condado y una gran riqueza bajo nuestro poder?

Sabía que Rionna amaba el dinero y no la culpaba por eso, él también lo hacía, pero... ¿realmente podría hacerse del condado de Grafton con tanta facilidad?

Quedarse con aquello que Osmer Pearson siempre quiso para él haría que el hombre se retorciera en su tumba. Sonrió con cinismo, Rionna tenía razón, ¿por qué casarse y conformarse con una unión tan pobre cuando podían hacerse de todo un condado en menos de un año?

Ivor separó los párpados con lentitud y se cubrió los ojos con el antebrazo con inquietud. Maldita la hora que aceptó la idea de Rionna y aplazó su matrimonio. Ahora no sólo se había

quedado sin el dinero y el condado, sino que había perdido a la única mujer que llegó a amar de verdad.

—Nunca debí obedecerte, amor.

La pobreza era diez mil veces mejor que una vida sin ella.

Capítulo 16

¿Desde cuándo el silencio podía ser tan asfixiante?

Alanis abrazó sus rodillas con más fuerza de la necesaria y se mordió el labio inferior con impotencia, percatándose de que mirar el fuego de la chimenea ya no era tan entretenido como hace dos horas. Se suponía que obtener las respuestas que necesitaban les brindaría una razón para celebrar, pero tanto Leonard como ella quedaron más aturdidos que nunca con los nuevos descubrimientos.

Intentó observarlo por el rabillo del ojo, pero no vio nada en concreto. Él estaba sentado a los pies de su cama y ella en el sofá. En un principio Alanis le pidió un momento a solas, dado que ambos recibieron muy malas noticias, pero él...

«En momentos como estos prefiero quedarme contigo, te necesito».

Él respetó su espacio y su silencio, pero comprendía que existían temas que simplemente no podían obviar por mucho que quisieran.

—Lamento lo de tus padres —susurró y esas simples palabras trajeron a Leonard junto a ella, estaba listo para hablar.

—Mi padre me lanzó de la ventana de su habitación para salvarme del fuego —le contó con suavidad—. Nuestra casa se incendió después de que mis tíos salieran de viaje, mucha coincidencia, ¿no crees? —ironizó y cerró las manos en dos puños—. No recuerdo mucho, sólo tenía ocho años cuando sucedió, pero hasta la fecha considero un milagro el hecho de que no haya muerto en esa caída.

—Es curioso —sonrió con tristeza—, me siento exactamente igual, por un momento llegué a pensar que moriría a manos de Sullivan.

Leonard se tensó, pero no efectuó ningún movimiento en falso.

—¿Tan malo fue?

—Fue una verdadera pesadilla —confesó con un suspiro y por alguna extraña razón esas palabras le quitaron un gran peso de encima—. Estaba obsesionado conmigo, al parecer estaba dispuesto a todo con tal de hacerme su esposa.

Lo que quería decir que, si se casaba con Leonard, él habría sido su siguiente víctima.

—Era demasiado joven y mis decisiones fueron egoístas, de verdad lo siento.

Alanis observó el cuadro de su madre y se preguntó si era normal sentir un gran nudo en la boca del estómago. Se suponía que esa parte de su vida estaba atrás, que ya nada debería afectarle, pero mentiría si dijera que ahora mismo las disculpas de Leonard eran bienvenidas.

¿Qué era demasiado joven?

¡Él la casó cuando sólo era una niña!

Nunca pensó en su bienestar, en su futuro ni en cómo se sintió ante tan eminente rechazo. Sonrió con amargura, recordando que lo más sensato sería odiarlo, y torció los labios con disgusto cuando intentó sujetar su mano.

Se apartó de un salto, decidida a implementar una gran distancia entre ellos, y él siguió sus movimientos con cautela.

—Alanis...

—Si hubiera recordado las palabras de mi padre, habría regresado a Bath para tomar mi herencia y huir con mi tía —confesó con amargura, levantando todo un muro entre los dos—. Seguiría siendo Alanis Taylor y no habría ensuciado mis manos con sangre ajena.

—Déjame enmendar mis errores.

—¡Nada de lo que tú hagas borrará todo el mal que Sullivan me causó! —explotó y odió que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas—. ¿Crees que tus disculpas y tu arrepentimiento son suficiente? —escupió en tono mordaz y él no apartó la mirada de su rostro, estaba dispuesto a escucharla y eso no hizo más que inquietarla.

—Es lo único que puedo ofrecerte.

¿Cómo podía ser tan egoísta?

—Lo sé —soltó con frialdad—. Las violaciones y los golpes nunca podrán borrarse. —Leonard palideció y ella se rio sin humor alguno—. Tú nunca podrás devolverme a los tres hijos que él me obligó a abortar —sollozó con impotencia y él trastabilló, perdiendo el equilibrio total de su cuerpo.

—No puede ser —la voz masculina tembló.

—¿Sabes cómo murió mi tía? —lo miró con rencor—. Ella descubrió que fue Sullivan quien mató a mi padre y cuando pensó que por fin podríamos ser libres, él entró a mi alcoba sin previo aviso y la mató ante mis propios ojos con un disparo en la nuca —la voz se le quebró y en esta ocasión Leonard cayó sobre sus rodillas, sintiendo como la bilis trepaba por su garganta—. Eso le sucedió a la mujer que te crio como a un hijo —masticó con desprecio y él no pudo contenerse más y sollozó con amargura.

—No lo sabía, creí que era un buen hombre —soltó con impotencia, golpeando el diván con ira desmedida.

—Eso no es verdad —lo enfrentó y apartó las lágrimas de su rostro—. Nunca hiciste nada por conocerlo, ¡tú sólo querías deshacerte de mí!

Tal vez Sullivan había quedado en el pasado, pero Leonard estaba en su presente y él debía saber todo el mal que su egoísmo causó en su vida.

—Perdóname —rogó desesperado y se arrastró hacia ella para rodear sus piernas—. Yo... no sé qué decirte —confesó entre llanto—. Siento que ahora mismo sólo puedo rogar por tu

perdón.

—El día que mi tía murió y descubrí que Sullivan mató a mi padre, algo murió en mí y decidí vengarme, pero no sabía por dónde empezar.

—¿Cómo lograste escapar de ese infierno? —la buscó con la mirada y ella lo observó sin expresión alguna en el rostro.

Tenía dinero, era rica, por lo que Leonard ya no era indispensable en sus planes. Lo mejor sería buscar la manera más adecuada para sacarlo de su vida.

—Lo maté —hizo que la soltara y dio un paso hacia atrás, dejando que él procesara la noticia en silencio—. Acabé con su vida con ayuda de Travis. —La mención de su amigo lo hizo respingar—. Ambos estábamos sometidos a la voluntad de Sullivan y era Travis quien me ayudaba cuando él me dejaba malherida. Las circunstancias nos llevaron a trabajar en equipo. Alerté a la corona sobre la situación y a diferencia tuya, ellos sí leyeron mis cartas y enviaron guardias para que me ayudaran a huir.

—¿Regresaste con ellos?

—Fui la causa por la que este caso se abrió.

—Pero... dijiste que sólo llevabas dos años con Sterling.

—Me echaron cuando descubrieron que estaba embarazada. No quise abortar y por ende ya no les era de utilidad —sonrió con amargura y volvió a mirar el cuadro—. Pensar que pude haberle ahorrado muchos momentos desagradables a mi hija de haber recordado las palabras de mi padre sólo hace que me sienta más estúpida.

—¿Sullivan llegó a enterarse?

En esta ocasión, la visión se le cristalizó y se frotó los ojos con impotencia.

—No —respondió con aspereza.

—¿Por qué no me buscaste? —sujetó su muñeca, ¿por qué no se levantaba?

No ganaría nada arrodillándose ante ella, el daño ya estaba hecho.

—Te veías bien en tu nueva vida, eras un conde libre y acaudalado, un libertino realizado, ¿por qué regresaría con el hombre que me desechó tan fácilmente de su vida?

—Me sentía malditamente solo —confesó con congoja—. Desde que tú y tu tía se marcharon, mi vida ha sido un completo suplicio. Subestimé tu amor y todo lo que me hacías sentir, creía que era algo inquietante y desagradable, pero en realidad tú estabas dispuesta a darme el mejor regalo y lo rechacé por imbécil.

—No dudaste a la hora de casarte con Rionna.

—Porque en ese momento pensé que tú nunca regresarías a mi vida, te di por perdida.

—Ya nada importa —susurró con amargura—. Ya tienes a tu heredero y repuesto. Eres viudo, puedes seguir siendo un libertino empedernido.

—No es tan fácil —se aferró a ella, generándole una gran inquietud en el pecho—. Soy un

libertino enamorado y eres la única mujer con la que deseo estar, criatura.

Imposible, lo suyo jamás podría ser, ella no estaba lista para casarse de nuevo y ahora que tenía los recursos necesarios para salir adelante no dejaría que él se los quitara. No lo conocía, después de trece años, ambos habían cambiado de manera alarmante, por lo que no tenía garantía alguna de que él sería un buen compañero de vida.

—¿Acaso no te das cuenta del gran desprecio que siento por ti? —escupió con rabia, decidida a quitárselo de encima, pero él ladeó el rostro con frustración—. Te odio, mi mayor deseo es arruinar tu vida y...

—Cásate conmigo y destrúyeme bajo un techo seguro.

Definitivamente, él era un imbécil.

—Jamás podría confiar en ti. —Él la miró con pesar—. Te supliqué, me arrodillé ante ti para que me tuvieras piedad y me eligieras, pero nada de eso tocó tu corazón, ¿qué es diferente ahora?

—Ahora conozco mis sentimientos y quiero luchar por ti —sujetó sus manos con firmeza—, sé que puedo ser un gran esposo para ti y un buen padre para Sierra.

¿Cómo tomaría la noticia de su embarazo?, ¿le gustaría saber que fue burlado en un momento de debilidad?

—Es tarde. —Intentó pasarlo de largo, pero la sangre se le congeló cuando él abrazó sus piernas con desespero.

—Sé que nada de lo que diga o haga borraré todo el daño que te causé, no tienes idea de cuán arrepentido estoy, pero te lo suplico, por lo que más quieras, perdóname, Alanis. Te ofrezco todo lo que tengo y lo que soy, jamás te obligaré a hacer algo que no quieras, me conformaré con ser parte de tu vida y tenerte a mi lado como mi esposa.

Se había dicho que no descansaría hasta tener a Leonard Pearson a sus pies, pero jamás pensó que en vez de sentir satisfacción al verlo tan acabado y desesperado sentiría un gran desagrado.

—Levántate.

—Te amo, no puedo vivir sin ti.

Sonrió con amargura.

—Pensaba exactamente igual hace trece años, pero como puedes ver, estoy más viva que nunca —ironizó y agradeció en silencio que él se incorporara—. Debemos parar, tú y yo jamás podremos estar juntos.

—Yo...

—No me interesas —aseveró y endureció su semblante—. Abre los ojos, jamás me quedaría a tu lado después de todo el mal que me causaste.

—Eso no es verdad —susurró con pesar—, nuestros caminos están predestinados, has estado a mi lado durante muchos años, cuidando cada uno de mis pasos.

Odió que su corazón se oprimiera.

¿Por qué tenía que ser tan tozudo?

—Lo hice porque la reina me lo ordenó, no porque me preocuparas —se vio obligada a decir y él se rio por lo bajo, irritándola en exceso—. ¡¿No lo entiendes?! —perdió los estribos—. ¡Llegué a Londres para vengarme de ti!

«Y mi mejor venganza será largarme de Londres con nuestro hijo. Tú no nos mereces».

—¡Entonces hazlo! —bramó él, haciéndola respingar en su lugar—. Te abriré las puertas de mi casa y mi corazón para que destruyas todo si eso es lo que quieres.

—Pero ¿qué diablos dices? —lo miró como si estuviera loco y jadeó sorprendida cuando rodeó su cintura y tiró de ella en su dirección.

—Digo que te amo —aseveró con total seguridad, helándole las venas—. ¿Me odias?; perfecto, me lo merezco. ¿Quieres vengarte?; está bien, dejaré que hagas de mí lo que te apetezca. ¿Deseas matarme? —su voz tembló—. Bien, pero hazlo una vez que seas mi condesa, así recuperarás el título de tu padre y sabré que dejaré a mis hijos bajo el cuidado de una buena persona.

La visión se le cristalizó, ¡¿por qué tenía que hacerlo más difícil?!

—Debemos irnos, no podemos seguir... —Leonard unió sus labios con suavidad, tomándola por sorpresa, y por varios segundos no supo cómo reaccionar.

¿Por qué no podía rechazarlo?

Hace unos meses, lo habría empujado por el pecho y habría estampado un puño en su rostro, pero ahora mismo sólo lo abrazó por el cuello y profundizó el beso con avidez. Quería sentirlo, quería tenerlo entre sus brazos por última vez, puesto que ya había tomado la decisión de abandonar Londres junto a sus hijos y nada de lo que él dijera o hiciera la haría cambiar de parecer.

Ella no podía tener una familia junto a Leonard, ellos jamás podrían superar todo lo vivido y su pasado era lo suficientemente desagradable como para convertirlo en una estúpida historia de amor.

—¿Deberíamos parar? —inquirió entre besos, totalmente desesperado, y ella entrelazó sus lenguas con desespero.

—Deberíamos ir a la cama.

Ya estaba embarazada, no había nada que perder.

«Sólo a él», pensó con amargura.

Leonard la tomó en brazos, llevándola a lanzar un suave gritillo.

¿Qué tipo de vida habrían tenido si él se hubiera casado con ella hace trece años? ¿Le habría hecho el amor con deseo, habría querido que fuera la madre de sus hijos o la habría enviado al campo?

«Sullivan habría matado a Leonard», le aseguró una vocecilla y la piel se le erizó cuando la tendió sobre el mullido colchón.

—¿Qué sucede? —percibió su tensión y ella negó rápidamente con la cabeza.

—Nada, estoy bien —susurró y dejó que la despojara de sus botas, medias y prosiguiera con su vestido.

Curioso, él no se veía tan desesperado como en Las garras de Lucifer, pero sí más temeroso, como si no fuera capaz de confiar en sus propias habilidades amorosas. Alanis se sentó sobre su lugar con mucho cuidado y empezó a abrirle el chaleco.

—Estás pálido —observó y lo escuchó tragar con fuerza—, ¿quieres parar?

—Tengo miedo, no quiero lastimarte. —Sus ojos violetas brillaron con curiosidad—. ¿Recuerdas la tarde que intenté...? —Asintió, ese día él le dio un susto de muerte—. Yo te besé, no pude controlarme y luego comencé a tocarte como un bruto.

—Pero tú también eras nuevo en todo —musitó con comprensión y acarició su mejilla—. Ahora todo será diferente.

—Quiero desnudarte, quiero recorrer cada rincón de tu cuerpo —la boca se le hizo agua— y realmente anhoelo unirme a ti, pero no lo haré esta noche.

—¿Qué? —sintió como si le hubiera echado un balde de agua fría encima.

—No te haré el amor hasta que seas mi esposa, no te trataré como a una amante, quiero que seas mi esposa.

Esto tenía que ser una maldita broma.

¿Es que ese hombre no entendía que jamás podría darle aquello que tanto quería?

No iba a convertirse en su esposa, no cuando estaba claro que su mejor venganza sería abandonarlo en Londres.

Capítulo 17

*“Se rumorea por ahí que lady Taylor tiene un secreto, uno que tiene hermosos bucles dorados y no debe pasar de los siete años
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Una semana después

Evitar a Leonard era lo mejor y nada de lo que Aline le dijera le haría cambiar de parecer. Lo que sucedió en Bath fue un error y con el tiempo el castaño lo entendería y aceptaría su decisión. Era una viuda, ella no tenía una virtud que proteger, sólo Dios sabía la cantidad de viudas que hoy en día tenían un amorío, por lo que podían considerar su beso como un pequeño desliz.

Una boda implicaba atarse a alguien más, entregar todo lo que tenía y someterse a la voluntad de un hombre que posiblemente sólo estaba actuando de esa manera por su sentimiento de culpa. Era imposible que Leonard la amara, su sentido de honor le estaba robando el buen juicio.

—Dylan tampoco apoya la proposición de Grafton —confesó su amiga, dándole un sorbo a su taza de té—. Cree que es muy pronto y la gente podría pensar lo peor de ustedes.

«Por esa razón es mejor que mi bebé nazca lejos de Londres».

Las críticas caerían sobre el tercer hijo del conde de Grafton, un bebé indeseado producto de una infidelidad, porque sin importar que tan mala hubiera sido Rionna, Leonard la engañó.

Era un hombre infiel, ¿qué garantía tenía de que no correría con la misma suerte que la pelirroja?

—Sin embargo, tienes un hijo suyo en tu vientre y no puedes robárselo, menos si él está dispuesto a reconocerlo.

—Nos odiará, si no lo hace porque lo engañé, lo hará por todo el escándalo que la noticia de mi embarazo causará.

—Lo dudo mucho —musitó la pelinegra con ternura—. Ha estado muy ansioso, quiere brindarte tu espacio, pero si lo sigues rechazando, creo que encontrará la manera de colarse en la casa durante la noche.

Alanis suspiró, sabía que su amiga tenía mucha razón.

—No puedo confiar en él, Aline, me echó de su vida para quedarse con el dinero de mi padre.

—¿Sabes por qué nunca llegué a odiarlo en su totalidad por haberte hecho eso? —negó con la cabeza—. Porque fue miserable, porque el conde de Grafton vivió trece años totalmente solo,

retorciéndose en su propia miseria, mientras veía como sus amigos encontraban la felicidad junto a sus esposas.

—Eso no cambia nada, no sé si quiero ser la esposa de otro hombre —confesó con tristeza y Aline asintió.

—Lo entiendo, pasé momentos muy difíciles junto a Dylan y llegué a pensar que estaría mejor sola que casada con él; pero de nada me sirvió mantener el orgullo y el resentimiento. Cuando estuve a punto de perderlo, lo único que quería era disfrutar el momento —acarició su vientre con una pequeña sonrisa en el rostro—. Estar casada con un hombre que te ama es una experiencia maravillosa.

—Él no me ama.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

La miró ceñuda.

—Sólo lo sé.

—Lleva días exigiendo que te saquen de la misión, incluso se atrevió a reclamarle a la reina por haberte hecho parte de algo tan peligroso.

La mención de la reina hizo que la piel se le erizara.

«Serás la condesa de Grafton, eso es lo único que me interesa obtener de todo esto».

Por todos los santos, una cosa era huir de un conde, pero otra muy distinta de su reina.

—Dijo que no me quitaría un solo penique —musitó de pronto y su amiga asintió.

—Es bastante rico y lo sabes, él no necesita una heredera.

—¿Qué es lo que necesita? —soltó con frustración.

—A ti, eso es evidente.

Lo único evidente era que Leonard había perdido la cabeza, ¿por qué simplemente no se buscaba a una dama más joven, educada y adecuada?

¡Era una espía, la asesina de su difunta esposa!

No era una lady, nunca podría serlo de nuevo.

Leonard llevaba una semana sin poder ver a Alanis y Sierra y cada vez estaba más seguro de que su vida nunca volvería a ser la misma ahora que ellas habían llegado a ella. Las quería, deseaba traerlas a su casa y tenerlas bajo su ala, pero para conseguirlo sólo había un camino que seguir y ella no parecía estar dispuesta a aceptarlo.

¡¿Cómo era posible que no quisiera casarse con él?!

Por todos los santos, él tuvo que encerrarse en su alcoba para no volver al dormitorio de Alanis y hacerla suya de una vez por todas.

¿Ese habría sido su error?

Tal vez, después de haberla comprometido, ella habría sido más racional y hubiera terminado aceptando su propuesta. Siseó un juramento y dio un respingo en su lugar cuando Blandes tiró unos documentos sobre su escritorio, obligándolo a volver en sí.

—¿Podrías calmarte? —exigió con molestia y el duque gruñó con disgusto.

—Enviudaste hace más de dos meses, no puedes casarte de nuevo —aseveró, basándose en las reglas del decoro, y Leonard le dio un sorbo a su copa de brandy.

—¿Qué sabes de decoro?, ¿debería recordarte como huiste a Escocia con tu esposa?

Blandes quiso exaltarse, pero luego lo pensó mejor y contó hasta cinco antes de decir:

—Ya estás haciendo mucho por ellas al proveerlas de ropa y dinero. Un matrimonio es demasiado precipitado para ustedes. Debes cumplir al menos tres meses de luto y luego pasar por un largo cortejo.

¿Podría ser esa la razón por la que ella lo estuvo evitando desde que llegaron de Bath, porque su petición de matrimonio fue muy acelerada?

—Esto no tiene nada que ver con la fortuna que tu padre te dejó, quiero casarme contigo —dijo apasionadamente y ella apartó el rostro, dejando claro que el tema le incomodaba y no quería continuar con esa conversación—. ¿Qué?, ¿ahora que descubriste que eres rica no considerarás mi oferta?

Ella presionó sus sienes con impotencia, como si de pronto fuera consiente de algo, y sintió una gran inquietud en el pecho al percibir su desesperación.

—Alanis...

—Necesito tiempo —le cortó—. Yo... sólo quiero acabar con esta locura, no puedo tomar ninguna decisión coherente por el momento.

—No me daré por vencido, han pasado muchas cosas entre nosotros y lo correcto...

—Por favor, Leonard, no soy una chiquilla —le cortó con frialdad—, enviudé hace más de ocho años, nunca te aprovechaste de mí y no tienes que responder por absolutamente nada.

—Te quiero —confesó sus sentimientos una vez más y no le gustó que la inquietud brillara en sus hermosos ojos violetas, ¿cuánto tiempo le tomaría recuperar su amor?—. Cometí un terrible error al entregarte en matrimonio hace trece años y jamás pensé que volverías a mi vida. No puedo renunciar a ti ahora que la vida me ha dado una segunda oportunidad.

Confesarle su amor no fue nada sencillo, más porque sabía que sería rechazado; no obstante, esas palabras le dieron la seguridad para determinar cómo continuaría en su conquista a partir de ahora.

La amaba y lucharía por su amor.

—¿Debería recordarte como cortejaste a tu esposa? —lo atacó y su amigo se tensó—.

Huyeron porque tú...

—Suficiente, yo sólo quiero ayudarte, no vine hasta aquí para que me echés mis errores en cara. Además, es diferente, tenía una relación compleja con su padre y estaba cegado por el rencor.

—¿Y no te parece que esta situación también es compleja? —Devonshire salió en su defensa—. Lady Taylor está sola, tiene una hija y no cuenta con los fondos necesarios para sustentarse, una boda con Grafton podría solucionar su vida.

Leonard se frotó el rostro con frustración, maldita la hora que abrieron la caja fuerte, habría sido mejor encontrar la herencia de Hugo para Alanis después de su boda, puesto que él no pensaba tocar un solo penique de esos fondos.

—Debes recordar que ella le salvó la vida en más de una ocasión, ¿por qué Leonard debería guardar luto y detener su vida por una mujer que intentó matarlo?

—Porque es la madre de sus hijos —espetó Blandes con obviedad y él se frotó el rostro.

—Vas a casarte con ella —afirmó Portman con lentitud, captando su atención, y lo miró con enojo.

—Todavía no perdono tu traición, pero me interesa saber por qué estás tan seguro de eso.

El apuesto pelinegro suspiró dramáticamente y llenó su copa de brandy en silencio, aumentando su anticipación. Era como si se estuviera riendo en su cara, pero así era Lucien Pierce, para él y su esposa la vida era un juego.

—¿Recuerdas el ultimátum de la reina? —cuadró los hombros con rapidez—. Si no encontrabas una dama, ella elegiría a tu siguiente esposa.

—Sí, lo recuerdo, fue la razón por la que elegí a Rionna sin dudarlo.

—Bueno, eres un imbécil —dijo con frialdad—. La reina quiere que lady Taylor recupere todo lo que perdió una vez que fue entregada a Sullivan, estoy seguro de que su intención era imponerte una boda con ella.

La garganta se le cerró, de haberlo sabido, él habría esperado esos tres meses con expectación y no habría cometido el peor error de su vida.

—¿Ella te lo dijo? —Devonshire frunció el ceño.

—No —susurró Portman—, pero estoy seguro de que el juego funciona así.

De alguna manera esas palabras le generaron algo de tranquilidad, puesto que, si Alanis no quería casarse con él por las buenas, la corona se encargaría de que cambiara de parecer.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Blandes achicó los ojos y Portman se pasó una mano por sus cabellos con nerviosismo.

—Me enteré de todo hace más de tres meses porque descubrí a mi esposita haciendo de las tuyas.

—Ella te prohibió abrir la boca —concluyó.

—La amo mucho, no podía traicionarla.

—Me da miedo preguntar esto —Leonard fue sincero—, pero ¿qué estaba haciendo cuando la descubriste?

—Lady Taylor tenía una misión y acudió a las instalaciones traseras del club para recibir su ayuda. Seraphina era un rebosar de alegría y excitación, así que decidí vigilarla.

—¿Celoso? —se mofó Blandes.

—La diversión debe ser para los dos —aclaró entretenido, en el fondo sabía que su esposa jamás lo traicionaría—. Las encontré, pero no pude descubrir el plan porque Seraphina me sacó del club y una vez en nuestra casa me explicó lo que estaba sucediendo. Decidí guardar silencio porque era por tu bien, Leonard —lo llamó por su nombre de pila—, de verdad lo siento.

Él asintió, comprendía sus intenciones y si bien le fastidiaba un poco que hubiera guardado silencio, sabía que lo hizo por su propio bienestar.

—No lo entiendo —musitó Devonshire—, ¿por qué Las garras de Lucifer?

Un escalofrío recorrió su espina dorsal, estaba seguro de que Ivor nunca podría entrar a ese club ni en sus mejores sueños.

—Ella debía vigilar a Grafton y él comenzó a pasar mucho tiempo en el club.

—Y a dormir en el club. —La voz de Blandes bajó una octava y Leonard sólo necesitó conectar sus miradas para saber que ambos estaban pensando exactamente igual.

Alanis lo vio con la mujer misteriosa.

Enterró el rostro en sus manos, ¿cómo diablos iba a convencerla de casarse con él cuando lo vio siéndole infiel a Rionna? Y eso no era lo peor de todo, sino que luego intentó encontrar a esa mujer de nuevo.

«Tal vez por eso le doy asco», pensó con congoja.

—¿Tienes noticias de Sterling? —inquirió Devonshire con cautela, desviando el tema de manera conveniente—. Tengo entendido que recibiste una misiva esta mañana.

—Debo asistir al baile de los marqueses de Sutherland, cree que Ivor hará acto de presencia en el evento y puede ser la oportunidad perfecta para atraparlo.

—¿No es peligroso?

—Más peligroso es mantenerse oculto, eso le dará más tiempo a Ivor para planear un nuevo ataque.

—Ella también irá, Riley me lo dijo —le informó su amigo, provocando que el pulso se le disparara.

—Les pedí que la mantuvieran lejos del peligro.

—Dudo que ella pueda escapar del peligro ahora —reconoció Blandes—, sabe mucho.

—Lo sé y no hay segundo del día que no maldiga ese hecho —susurró con disgusto.

«Quiero que vuelva a ser una lady, deseo devolverle todo lo que le quité por imbécil», pensó

con determinación, preguntándose qué tipo de trato le brindaría en el baile de los marqueses.

¿Fingiría que entre ellos no sucedió nada o por fin le daría su ansiada respuesta?

Alanis Taylor se encontraba bajo el cuidado de Zachary Aldrich, el rey de los cuadriláteros y un hombre que Ivor no quería como enemigo, puesto que el noble estaba relacionado con personas bastante poderosas y peligrosas.

—Todo era más fácil cuando nadie conocía mi identidad —reconoció con enojo, tratando de idear un nuevo plan de ataque ahora que por fin la viuda y Leonard estaban dando la cara—. ¿Qué saben del conde?

—Está en Grafton House, milord, ha intentado reunirse con la viuda, pero ella no está dispuesta a recibirlo.

—No me gusta perder el tiempo —siseó con disgusto, ¿por qué tenía que ser tan difícil atrapar a una simple mujer?

Al criarse como escocés, estaba acostumbrado a ir por lo que quería, pero todo parecía indicar que los ingleses eran más meticulosos en cuanto a sus estrategias. En esta ocasión se reclinó en su asiento y miró a su mano derecha con fijeza.

—¿Qué sugieres?

—En las últimas semanas hemos podido ver que la mujer recibe visitas de lady Blandes, lady Devonshire y lady Portman. —Ivor enarcó una ceja—. Sí, son las esposas de los amigos de lord Grafton, pero no sugeriría ir por ellas, eso cavaría nuestras tumbas.

¿Por qué Leonard estaba rodeado de gente tan poderosa?

Como lo odiaba, ¡esa era la vida que él hubiera poseído si Rionna no hubiera sido asesinada!

—Tendrán un baile en tres días y tanto la viuda como el conde confirmaron su asistencia.

—Debemos ir, quiero infiltrarme en esa fiesta y estudiar a mis enemigos de cerca.

«O simplemente matarlos».

—¿Atacaremos?

Ivor se frotó el mentón, pensativo.

—A estas alturas, no tengo nada que perder, así que todo puede suceder.

En pocas palabras, lo mejor sería que su gente comenzara a prepararse para su último ataque.

Capítulo 18

*“Es oficial, lady Penelope Humphrey es la primera dama de esta temporada que nos deleita con su compromiso. En hora buena, lord Hereford, no todos los días se consigue una flor inglesa tan bella y perfecta como la hermana del duque de Richmond
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

«Algo no anda bien», se repitió con angustia, aferrándose a su abanico como si ese simple hecho pudiera quitarle todo el malestar que estaba sintiendo en el cuerpo. Era un mal día para abandonar su guarida y esperar un ataque de Fraser, pero no había manera de que pudiera expresar su malestar en voz alta, ni mucho menos exteriorizarlo. Se suponía que era una pieza importante para atrapar al primo de Leonard, sin ella en el baile el hombre podría mantenerse oculto hasta nuevo aviso.

«Un poco más, bebé, pronto tendremos una vida normal». Pasó saliva con esfuerzo y se apoyó en la pared con disimulo, un poco de aire fresco no le vendría nada mal. Sin embargo, su tarjeta de baile estaba llena. El vestido azul real con bordados naranjas y dorados había acaparado la atención de muchos caballeros que no dudaron un solo segundo a la hora de solicitar un baile y ninguna dama en su sano juicio rechazaría una invitación de ese tipo.

—Los caballos están listos en el establo, los guardias de la corona están disfrazados de lacayos, así que seguirán tus órdenes sin dudarlo —susurró Jackson, sacándola de su letargo, y ella asintió—. Ante cualquier situación, ve hacia las afueras de la ciudad.

—Está bien.

«Hoy no, bebé», rogó en silencio y parpadeó varias veces para poder lidiar con sus mareos.

—¿Te encuentras bien? —la voz masculina hizo que su cuerpo se estremeciera sin piedad alguna y giró el rostro con elegancia, encontrándose con los apuestos rasgos del hombre que no dejaba de torturarla ni en sueños ni en persona—. No tienes buen aspecto.

La garganta se le cerró.

—Eso no suena nada halagador —fingió su mejor sonrisa—, menos si se considera que Aline y Blair se esforzaron mucho para conseguir este resultado.

Jackson se cruzó de brazos y empezó a estudiar su aspecto.

—Grafton tiene razón —comentó de repente y ella tuvo que enderezarse en su lugar para mitigar las dudas de su jefe.

—Estoy bien, si no me equivoco el siguiente vals es tuyo —miró al moreno y antes de que pudiera avanzar, Leonard rodeó su brazo con sutileza y le dirigió una fría mirada a Jackson.

—Yo me encargo, estoy seguro de que tienes muchas cosas que hacer.

¡Él no podía quedarse con el baile de otro hombre!

Jackson no dudó un solo segundo a la hora de aceptar la oferta, puesto que él prefería estudiar el panorama antes que bailar con ella, y Leonard aprovechó ese momento para guiarla a la pista de baile.

—¿Te diste cuenta que la gente no deja de mirarte? —inquirió una vez que los primeros acordes comenzaron a sonar—. Te ves preciosa, eres la mujer más bella del salón de baile.

—Crean que soy rica, sólo ven qué beneficios podrían sacar de mí.

—¿Pensaste en mi propuesta? —desvió el tema y Alanis tuvo que utilizar todo su ingenio para no perder el paso—. Ha sido una semana dura, pero sé que la necesitabas. Lo que sucedió en Bath fue...

—Un error —zanjó en voz baja y conectó sus miradas—. No debes sentir culpa por nada, tomaré las palabras de mi padre “Todo sucede por algo en esta vida”. Tal vez mi destino era ir con Sullivan.

De no haberlo hecho, tal vez Leonard estaría muerto y ella más sola y devastada que nunca.

—Yo soy tu destino, criatura —musitó con voz ronca, helándole las venas—. La vida te ha traído de nuevo a mí y en esta ocasión todo será diferente, yo siempre velaré por ti y tu bienestar y te amaré hasta el último día de mi vida.

—Nunca regresé a Londres con la intención de volver a tu vida.

—Lo hiciste para vengar la muerte de tu padre, lo sé —su tono de voz fue suave y cuidadoso—, pero terminaste a mi lado, salvándome la vida de muchas maneras.

—¿Muchas maneras? —frunció el ceño y él asintió.

—Estaba sumido en la tristeza y desesperación, tu regreso me ha hecho entender que aún puedo ser feliz y para eso sólo te necesito a ti. —No tenía la menor idea de qué camino debía seguir, en los últimos días no había podido dejar de pensar en su reina, ella sabía que había un bebé en camino y por ende no la dejaría huir tan fácilmente—. ¿Recuerdas cuando nos reuníamos en el salón después de cada cena? —preguntó con melancolía y sus labios se curvaron con tristeza—. Siempre nos deleitabas con una agradable danza, sigues siendo una excelente bailarina.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó con voz rota y conectó sus miradas—. ¿Crees que es justo? Ignoraste mis cartas por años para poder olvidar mi existencia y yo respeté tu decisión incluso cuando regresé a Londres después de vivir cinco horribles años en América. —Él la miró con pesar—. Ahora yo te estoy pidiendo que me dejes tranquila, que me permitas seguir con mi vida, pero incluso así tú no aceptas mi decisión.

—Tengo miedo —confesó con voz débil y ellaladeó el rostro, no lo estaba entendiendo—. La pasaste muy mal, estuviste muy sola junto a Sierra y no quiero que eso vuelva a suceder. Quiero que se queden conmigo porque yo puedo prometerte amor, un techo seguro y todo lo que

podrías desear en la vida.

—¿Y si deseo una vida lejos de ti? —lo desafió con disgusto, ¿por qué debía hacerle promesas tan maravillosas?

—Lo aceptaré. —Cada músculo de su cuerpo se tensó—. Tendremos un matrimonio cordial, no te obligaré a nada y...

—¿Y luego me engañarás como engañaste a Rionna? —preguntó con frialdad, sin analizar sus palabras, y se reprendió a sí misma por haber sido tan impulsiva. Contuvo el aliento cuando el agarre masculino se hizo más fuerte y lamentó que tantos ojos estuvieran sobre ellos.

—Lo supuse, tú debías seguir mis pasos y espiarme, pero debes saber...

Él ni siquiera podía imaginarse que la mujer que lo sedujo en Las garras de Lucifer fue ella.

—No necesito saber nada —le cortó y aprovechó que los acordes musicales llegaron a su fin para liberarse de su agarre y salir huyendo hacia el jardín.

Era una excusa absurda utilizarse a sí misma para alejar a Leonard, pero lo cierto era que no le gustaba saberse su debilidad, odiaba saber que al final de todo ella sí pudo adueñarse de su corazón.

Trece años tarde.

Él era suyo, estaba dispuesto a todo con tal de mantenerla a su lado, pero ella no quería volver a ser suya, tenía miedo. Su vida junto a Sullivan no había sido nada agradable y su difunto esposo le había expresado su amor en más de una ocasión, pero incluso así nunca sintió remordimiento alguno a la hora de lastimarla físicamente.

¿Qué haría si Leonard resultaba ser igual o peor que él?

Odiaba pensar lo peor del hombre con el que se crio, pero era imposible no hacerlo cuando él la echó de su casa sin piedad alguna.

¿Por qué ahora las cosas serían diferentes?

¿Qué garantía tenía de que ella y Sierra no llegarían a cansarlo?

Sierra era otra de sus razones, no deseaba que su hija fuera víctima de sus malas decisiones. Sin embargo, no entendía qué era diferente ahora, hace unas semanas había estado bastante dispuesta a casarse con él por dinero y si bien ahora lo tenía, antes el riesgo de vivir junto a Leonard era exactamente el mismo.

«Cambiaron mis sentimientos», pensó con amargura.

Antes sabía que si él la atacaba ella se defendería.

Ahora no tenía la menor idea de si podría agredirlo de alguna manera.

—Ella me recordó a ti —dijo Leonard a su espalda y en ese momento ya no pudo mantenerse de pie y terminó de rodillas en su lugar—. ¿Qué te sucede? —se arrodilló frente a ella, acunando sus brazos, y Alanis negó con la cabeza.

—No sabes lo que dices.

—Perdona, había olvidado que sólo tú sabes cómo se siente mi corazón —ironizó y sin previo aviso tiró de ella para envolverla en sus brazos—. Te prometo que toda esta pesadilla terminará pronto, no entiendo qué es lo que te tiene así, pero sé que no estás bien, puedo sentirlo.

—A veces sólo quisiera creer que tengo diecisiete años —la voz se le quebró— y que sigues siendo el mismo hombre al que amé con locura, pero eso ya no es así.

—Los sentimientos cambian y estoy dispuesto a luchar por ti, no importa si me toma una eternidad, lo único que deseo es demostrarte que nadie te hará más feliz que yo, mi amor.

¿Feliz?

¿Realmente ella podría llegar a ser feliz después de todo lo que vivió?

—¿Puedes levantarte? —la ayudó a incorporarse y agradeció que en esta ocasión su cuerpo no se sintiera tan débil e inestable, debía recuperar la compostura—. Si te sientes mal no deberías estar aquí, es peligroso.

—Es mi deber.

—Para mí: tu único deber es estar sana, mi amor.

En esta ocasión ambos decidieron guardar silencio y Alanis agradeció que su cuerpo comenzara a recuperar la vitalidad que hace unos minutos no tenía. Cuando se sintió lo suficientemente estable como para renunciar a la compañía varonil, giró el cuerpo hacia la casa principal.

—Debemos volver.

Leonard sujetó su muñeca y se plantó frente a ella para posar los dedos en su mentón e instarla a levantar el rostro en su dirección, algo bastante necesario si se consideraba que él medía más de uno ochenta y ella apenas y llegaba a los uno cincuenta y algo de altura.

—Mi matrimonio con Rionna fue muy malo, después de nuestra noche de bodas, ella nunca me dejó tocarla y me pidió que buscara una amante. Nunca lo hice, al menos no hasta esa noche.

¿Era normal sentir celos de sí misma?

—Tus problemas amorosos no son de mi incumbencia —atenazó su cintura, dispuesto a mantener su cercanía y retenerla en su lugar—, si lo que te interesa es limpiar tu nombre, creo que es demasiado tarde. —Intentó empujarlo por el pecho, pero él no la soltó—. Todos en Londres saben que eres un libertino consagrado.

—Puede que esa mujer me haya idiotizado con sus besos, pero tú lo haces con tu sola presencia. —Cada músculo de su cuerpo se petrificó y abrió los ojos de par en par para buscarlo con la mirada—. Te he esperado por años, Alanis, por un momento pensé que nunca más volvería a tenerte, pero no es así, regresaste a Londres y ahora quiero que seas solamente mía.

—Leonard, ya lo hablamos.

—Quiero casarme contigo y enmendar mis errores. Te doy mi palabra que en mi mente y corazón no existe ni existirá otra mujer más que tú.

—Maté a tu esposa —la voz le tembló y él negó con la cabeza.

—Me salvaste la vida y lo hiciste porque aún te importo, ¿verdad?

Alanis empezó a respirar con dificultad, odiando que su cuerpo no le brindara el control de la situación, y todo en ella se sacudió cuando los labios masculinos tomaron posesión de los suyos con ternura. Su cuerpo cedió y lo abrazó por el cuello con lentitud, determinando que dejarse llevar por la pasión en un momento como este podría ser un gran error.

—Ah —gimió cuando empujó su lengua en su interior y por un momento todo tembló a sus pies, por lo que agradeció que él la atenazara con fuerza y pegara sus cuerpos con más brío.

Sus lenguas se entrelazaron y a partir de ese momento el beso fue rudo y ardiente, como si ambos hubieran estando deseando ese encuentro desde hace muchos meses. La tensión en su vientre bajo se intensificó y no opuso resistencia cuando él rodeó sus nalgas y empezó a subir sus faldas para que pudiera saltar contra él.

—Estoy con pantalones —informó entre besos, mientras era estampada suavemente contra la corteza de un árbol, y agradeció que él encontrara los botones de su falda para quitarle todas esas telas de encima.

—Igual te sientes perfecta —confesó y empezó a mecerse contra ella, robándole suaves gemidos—. Te extrañé tanto, pensé que nunca volvería a verte. —Ella no quería un matrimonio a base de amor, no quería volver a entregar su corazón, pero el placer que Leonard le brindaba era tan exquisito que no quería renunciar a él—. Eres lo más valioso que tengo, criatura, no volveré a perderte.

En ese momento una horrible tensión se apoderó de sus hombros y no precisamente por su confesión de amor, sino porque pudo percibir como una rama crujió a su derecha. Metió la mano entre sus cuerpos y sujetó el mango de su revólver con lentitud.

—Al piso —pidió entre besos y Leonard se tensó, comprendiendo el mensaje con prontitud, pero para su sorpresa no la soltó, sino que se lanzó al piso rodeándola como un caparazón.

Un hombre salió de los setos y ella le disparó, sacándolo inmediatamente el juego.

—Me aplastas —gruñó—, ¿quieres que nos maten?

—Sólo te estaba protegiendo —explicó con enojo y ella gruñó.

Por esa razón recibió un balazo hace más de dos semanas, ¿cómo podía ser tan irresponsable?

—Eso estuvo cerca —desvió el tema y ambos se incorporaron de un salto—. Debemos salir de aquí, no podemos poner a los invitados en riesgo.

Leonard tomó el arma del hombre que yacía en el piso y asintió.

El bullicio empezó a asomarse al lugar y ambos salieron huyendo hacia las caballerizas. No tenían la menor idea de cuántos hombres deseaban asesinarlos, pero sabían que lo mejor era alejarlos de la casa de los marqueses.

—¿Y los demás?

—Te aseguro que escucharon el disparo —siseó y a lo lejos vio a su semental. Aceleró su marcha y se subió al animal con maestría—. Sube, esto apenas y está empezando.

Leonard se montó detrás de la pequeña rubia y se hizo de las riendas con facilidad, decidido a seguir cada una de sus órdenes.

—Debemos salir de la ciudad —espetó Alanis y él domó a la bestia con bastante facilidad, odiando que varios disparos se efectuaran a su espalda.

Todas sus alarmas se prendieron cuando sólo necesitaron salir de Sutherland House para que varios jinetes salieran de sus escondites y dieran inicio a una violenta persecución. Alanis le dijo que rutas debía seguir y él agradeció ser un buen jinete, porque de lo contrario se habrían matado en tan estrechos caminos. Siguieron diferentes rutas, se metieron por distintos pasajes y después de varios minutos de cabalgata, el aire regresó a sus pulmones al ver que por fin salieron de la ciudad.

—¿Qué tienes en mente? —siseó, odiando que ella estuviera tan expuesta a ese peligro.

—Para en el inicio de la arboleda, es hora de separarnos.

Capítulo 19

*“Secuestrar un carruaje es un gran crimen, pero ¿qué me dicen de secuestrar a una lady?
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Travis sentía que su viaje a Escocia tomó más tiempo del necesario y estaba llegando tarde. Demasiado tarde para su gusto y bienestar de su amiga, la única razón por la que estaba participando en toda esta locura.

Alanis fue la mujer que le brindó una segunda oportunidad para empezar de nuevo y ser un mejor hombre, y él deseaba ayudarla a conseguir todo lo que deseaba, aunque eso implicara atrapar a un conde que para nada era de su total agrado. Aunque debía admitir que Grafton lo había sorprendido con cada una de sus acciones, puesto que nunca esperó que deseara casarse con Alanis después de que su amiga asesinara a su esposa.

Eso dejaba claro que el hombre nunca sintió nada por su difunta condesa.

—¡Mire! —En ese momento recordó que no estaba solo, un joven de quince años estaba bajo su cuidado, y se despabiló, observando como un caballo salía de la casa de los marqueses de Sutherland y provocaba que varios jinetes salieran de sus escondites para seguir su ruta.

Maldición, realmente había llegado tarde.

—Debemos seguirlos.

Estaba seguro de que el primer caballo estaba siendo montado por Alanis y Grafton. Ellos eran el cebo de Sterling y el hombre estaba tan obsesionado con su trabajo que no le importaba arriesgar la vida de los demás con tal de conseguir sus objetivos.

Travis se adentró a la casa por la puerta trasera del lugar y ahogó una maldición al darse cuenta que el único medio de transporte que tenía disponible era un carruaje.

Un carruaje que estaba a punto de marcharse.

—¿Qué tan bueno eres conduciendo?

—Muy bueno —respondió el muchacho y asintió, lo cierto era que no era diestro en ese arte y lo mejor sería dejarlo en manos de una segunda persona.

Bajó al cochero sin el mínimo de los reparos y el hombre jadeó adolorido, pero no luchó por recuperar las riendas. Travis era dos veces más alto y ancho que el hombrecillo, por lo que fue sensato y salió huyendo en busca de ayuda.

«Debemos salir de aquí».

Tenían el respaldo de la reina, ante cualquier situación, ella abogaría por ellos, por lo que no tenía nada que perder.

—¡Sube! —ordenó y se adentró al carruaje, decidido a alcanzar a su amiga, pero un

escalofrío recorrió su espina dorsal cuando el olor a cítricos y vainilla inundó sus fosas nasales. Giró el rostro y agudizó la mirada percibiendo una sombra pegada al otro extremo del vehículo.

«Mierda».

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer con voz temblorosa y cuando Travis pensó que lo mejor sería bajarla, el carruaje partió a toda velocidad y él tuvo que ignorar los gritos masculinos que resonaron a su espalda.

Su tiempo para hacer lo correcto acababa de caducarse. Esa mujer tendría que ir con ellos porque volver sin causar un alboroto ya no era una opción.

—Por su bien, guardará silencio y hará todo lo que yo le ordene, ¿me entiende? —ella jadeó. Travis no podía verla, pero sabía que estaba muerta del miedo—. Al menos si quiere seguir con vida, claro está.

—Deja de seguirme —gruñó Alanis, dejándole claro que no le hacía nada de gracia tenerlo a la par suya, y Leonard siseó un juramento por lo bajo.

—Eres una mandona —farfulló.

—Tienes que seguir el plan.

—¿Y cuál es el plan? —se exasperó—. ¿Arriesgar tu vida para salvar la mía? —El solo decirlo en voz alta era desquiciante—. Estás loca si crees que lo permitiré.

Ella detuvo su marcha y giró sobre su eje para encararlo. No tenía un panorama exacto de su rostro, lo único que la iluminaba era la luz de la luna, pero incluso así pudo percibir su enojo y frustración.

—¿Qué es lo que quieres?, ¿acaso no deseas reunirse con tus hijos?

Claro que deseaba ver a Alexander y Gabriel, pero no por eso arriesgaría la vida de más inocentes, menos de la mujer que amaba.

—Lo deseo como no tienes idea —admitió con aspereza—, pero no permitiré que mi egoísmo vuelva a convertirte en una víctima.

—Puedo cuidarme sola.

—Quiero cuidar de ti —aclaró y Alanis torció los labios con disgusto—. ¿Puedes decirme cuál es el plan?

—No todos son hombres que trabajan para Ivor, hay guardias de la corona siguiendo nuestros pasos. —Él asintió—. Debemos hacer que él confiese sus crímenes y sólo así se proseguirá a un arresto y ejecución.

—¿Estás segura de que él nos seguirá?

—No estoy segura de nada —gruñó—, pero ahora mismo no podemos hacer más.

—Entiendo... —susurró, ¿por qué Sterling no le dijo nada al respecto?

Unos gritos masculinos retumbaron por el lugar, al igual que los cascos, y Leonard ahogó un juramento al darse cuenta que los habían alcanzado.

—¡Sal, maldito cobarde! —sus ojos grises la miraron con intensidad y ella asintió.

Ivor estaba justo donde lo querían.

—Sígueme —susurró Alanis y comenzaron a esquivar árboles, troncos caídos y varios setos crecidos.

—¡Por allá! —gritó un hombre y su corazón empezó a bombear sin control alguno al darse cuenta que los habían localizado. Miró por encima de su hombro y se alarmó al ver a tres jinetes aproximándose en su dirección.

El primer disparo retumbó por el lugar y Leonard sujetó su revólver. Esto era un asunto de vida o muerte, cualquier error podría costarle la vida de Alanis.

«No puedo permitirlo, ¡no quiero perderla!»

Cometió un terrible error al permitir que Ivor descubriera su debilidad por la rubia, ahora ella corría un gran peligro y una vez más él era el único culpable. Aceleró su marcha tanto como pudo y maldijo en silencio al haber perdido a Alanis de vista, así que decidió esconderse detrás de un árbol para recuperar el aliento e idear un plan.

Si quería alejarla del peligro, debía encargarse de esos hombres.

—¡Encuéntrelo! ¡Quiero su maldita cabeza! —gritó su primo y deseó enfrentarlo, pero el muy cobarde estaba muy bien protegido, por lo que hacerlo totalmente solo sería una pésima idea.

Los cascos de los caballos se pusieron en marcha por diferentes caminos y Leonard alistó su revólver al darse cuenta que uno comenzaba a aproximarse en su dirección. El jinete lo pasó de largo y jactándose de su buena puntería, Leonard disparó, causando una herida en la columna del hombre, quien rugió adolorido, cayó de su caballo y fue arrastrado por el semental lejos de la escena.

—¡Ahí! —gritó un segundo individuo y él giró el rostro para darse cuenta que estaba a pocos metros de distancia de él, más que dispuesto a asesinarlo.

Intentó reaccionar a tiempo, pero antes de que pudiera levantar su arma, una sombra cayó de una rama del árbol y clavó una cuchilla en el cuello del hombre sin contemplación alguna, lanzándolo directamente al piso.

La piel se le erizó.

Era Alanis.

Después de semejante hazaña, le quedó claro el por qué Sterling no quería sacarla de la misión. Era muy buena en lo que hacía. Ella bajó del caballo, inspeccionó al hombre y se hizo de su arma sin dudarle antes de correr en su dirección.

—Debemos movernos. —Escucharon los cascos aproximándose, seguido de un rugido

bestial—. Corre —le ordenó y ambos iniciaron una carrera lejos del hombre que cabalgaba en su dirección.

¿Por qué no había nadie más?

¿No se suponía que los guardias de la corona cuidarían sus pasos?!

—¡Regresa aquí, maldita zorra! —la voz de Ivor retumbó por el lugar—. ¡Fuiste tú, ¿verdad?! ¡Tú mataste a Sullivan!

—Lo sabe.

—Se enteraría tarde o temprano —susurró—. ¿Te quité a uno de tus mejores hombres?! —le respondió, revelando su paradero, y la miró como si estuviera loca—. No digas nada, tú solo corre —ordenó con frialdad, generándole una horrible inquietud en el pecho.

—¡Alanis!

Por fin, Jackson los había alcanzado y al parecer no estaba solo porque unos cascos retumbaran por todo el lugar. Los disparos volvieron a hacer acto de presencia y se alarmó al darse cuenta que más hombres de Ivor también los habían encontrado.

—¡Leonard!

Sus amigos también habían llegado y eso no le gustó en lo más mínimo.

¿Por qué arriesgaban su vida por él?!

Eso hizo que la rubia se despabilara y siseara una maldición.

—Vamos a dividirnos.

Tomó un camino contrario, generándole una gran inquietud en el pecho, pero finalmente decidió subir una pequeña pendiente para alejarse de ella. Era a él a quien querían tener bajo su poder, si se alejaba de ella, Alanis dejaría de estar en peligro. Estiró la mano para aferrarse a una rama, pero pudo apartarla con prontitud para impedir que una bala le arrancara un dedo. Giró la mitad del cuerpo y disparó, provocando que el caballo se pusiera nervioso y distrajera al jinete que lo atacó.

La tierra cedió bajo sus botas en más de una ocasión, pero incluso así culminó su camino. Ahogó una maldición al ver que Ivor había tomado otro camino y estaba a pocos metros de distancia.

—Me tienes hartos —espetó su primo, arrastrando sus palabras, y Leonard se incorporó con avidez, decidido a enfrentarlo—. ¡Por tu culpa Rionna se murió!

—¡Nada de esto habría pasado si no la hubieras mandado a mí! ¡Tú la hiciste parte de esta locura!

—¡Ella nunca te amó! —vociferó con desprecio—. Yo fui su único y primer amor.

Eso ya lo sabía, pero por alguna extraña razón, no le causaba conmoción.

—¿Por qué la enviaste? —quiso saber—. Si la amabas, ¿por qué permitiste que fuera mía?

Ivor aferró las riendas con fuerza antes de decir:

—Porque como madre del heredero de un condado ella tendría todo lo que alguna vez deseó. —¿Eso quería decir que Rionna también estuvo en busca del condado? —. Una vez que quedase viuda, casarse conmigo no habría sido difícil y ambos habríamos criado a tu heredero a nuestro antojo.

Leonard negó con la cabeza, totalmente impactado con sus palabras.

—Tú mataste a tu mujer —espetó con firmeza, elevando la voz—. ¡Fuiste tú quien la mandó a la tumba al exponerla a tal peligro!

—¡Eso no es verdad!

—¡Le dijiste que matara a un conde! ¿De verdad crees que se habría salido con la suya?

Ivor no le respondió y en esta ocasión lo miró con tal desprecio, mientras azuzaba al animal con violencia para que avanzara.

—¡Hoy te mueres, Leonard Pearson! —vociferó fuera de sí, provocando un eco en su cabeza, y determinó que tal vez su destino era morir en sus manos. Su primo no descansaría hasta verlo muerto y por ende toda su gente estaría expuesta al peligro si no le ponía un fin a esta situación.

Cuando el caballo estuvo a menos de cinco metros de distancia, un escalofrío recorrió su espina dorsal al ver como Alanis se ponía delante de su cuerpo y efectuaba dos disparos, uno que se clavó en el muslo derecho de Ivor y otro en su hombro.

Eran disparos fallidos y por esa razón se dio cuenta de la inestabilidad que se suscitó en el cuerpo femenino, algo no andaba bien.

—¡Maldita sea! —bramó el pelinegro, soltando su arma por el dolor—. Tú... hija de perra —farfulló y con la poca energía que le quedaba, espoleó al animal con la clara intención de golpearla.

«No, a ella no le tocarás un solo pelo», pensó y la apartó del camino con rapidez, decidido a llevar el golpe en su lugar, pero todas sus alarmas se prendieron cuando ella no pudo mantenerse de pie y cayó por la pendiente que acababa de trepar.

—¡Alanis! —saltó tras de ella, esquivando al animal, y de no haber sido por los disparos que retumbaron por el lugar, quizá Ivor habría intentado lastimarlos.

En esta ocasión su primo decidió huir.

—¡Alanis! —se arrastró sobre la tierra y con el cuerpo adolorido logró arrodillarse junto a ella. Todo su cuerpo empezó a tiritar sin control alguno, mientras la visión se le cristalizaba.

No lo entendía, ¿por qué terminó cayendo por la pendiente?

Él no la empujó, sólo la hizo a un lado, ¿qué diablos le había sucedido que no pudo mantenerse estable?

—Alanis, mi vida, reacciona, por favor. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal al ver una hilera de sangre en su frente y empezó a respirar con dificultad.

«No, tú no, por favor». Rogó desesperado.

—Quítate.

Leonard no pudo evitar que Travis arremetiera contra él y observó confundido como tomaba a Alanis en brazos y se volvía hacia los otros jinetes que lograron alcanzarlos. No, no se la llevaría, ¡él no dejaría que nadie se la arrebatara!

—Fue un accidente, nunca quise que cayera —explicó aceleradamente, viendo la rabia en el rostro de Sterling y su gente. Negó rápidamente con la cabeza—. ¡Jamás podría lastimarla!

Ellos tenían que creerle, ¡le había pedido matrimonio hace apenas unos minutos!

—No mientas, Grafton, te vi con mis propios ojos. Tú la empujaste.

—No es así, la quité del camino y ella...

—Está embarazada —soltó Travis en un tono que le erizó la piel de la cabeza a los pies—. Y por tu bien, espero que no hayas matado a tu propio hijo.

Capítulo 20

“Nadie se salva del escándalo, mi gente querida. Lady Humphrey ha pasado toda una noche fuera de su hogar y como consecuencia su prometido acaba de romper su compromiso. ¿Pueden creerlo? Una de las hermanas del duque de Richmond acaba de ser arruinada socialmente a tan sólo horas de oficializar su compromiso Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Leonard sentía que la cabeza iba a explotarle en cualquier momento y por más que quisiera respuestas, ahora mismo no podía dejar de observar al doctor, quien atendía minuciosamente con ayuda de lady Aldrich la herida que Alanis se había hecho en la frente.

«Es mi culpa, tal vez la empujé con mucha fuerza», pensó abatido y se frotó el rostro con las manos temblorosas.

Las únicas personas que se quedaron en la habitación, además del médico y lady Aldrich, fueron Travis y él.

«Está embarazada. Y por tu bien, espero que no hayas matado a tu propio hijo».

No era un experto en temas de bebés, pero estaba bastante seguro de que no embarazó a Alanis porque entre ellos, muy a su pesar, nunca llegó a haber intimidad.

—Está embarazada —volvió a anunciar Travis.

—Les pediré que abandonen la habitación —expresó el médico y una vez que ambos quedaron en el pasillo, ninguno pudo guardar silencio.

—Sabía que no eras de fiar, esperaste tu momento ideal para atacarla.

—Pero ¿qué diablos dices? —escupió con desprecio—. Jamás le tocaría un solo pelo, ni siquiera el día que la tuve bajo mi poder en el baile de Beaufort consideré lastimarla.

—No mientas, ella mató a la mujer que amabas.

—Nunca amé a Rionna —farfulló con desespero—, quería lo que una esposa podía ofrecerme —confesó con frustración—. Te juro que mi única intención era apartarla del camino, no podía permitir que el caballo arremetiera contra ella. ¡La habría matado!

Travis dudó, pero no dejó de mirarlo con rencor.

—¿Qué harás con el bebé?

—¿De qué bebé hablas? —preguntó desesperado—. Nunca sucedió nada entre nosotros, pero si ella está embarazada, lo reconoceré con tal de hacerla mi esposa —soltó apasionadamente y el castaño lo miró con fijeza—. Ella nunca mencionó un embarazo, estás confundido y...

—Ella es la mujer que te sedujo en Las garras de Lucifer.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal y las palabras murieron en su garganta, obligándolo a

recapitular el encuentro que tuvieron en el jardín de Sutherland. Lo nerviosa que se había puesto cuando mencionó a la mujer misteriosa y el enfado con el que reaccionó cuando intentó excusarse de sus acciones.

—No es verdad. —Tenía que ser una maldita broma, él no pudo haber poseído a Alanis sin darse cuenta.

¡Eso era un maldito castigo!

—Ella quería atraparte con un embarazo. —Lo miró con sorpresa, ¿Alanis deseaba llevarlo al altar a la fuerza?—. Pero no porque te siguiera amando, sino porque estaba empeñada en recuperar todo lo que perdió cuando la enviaste lejos de Londres para su hija. Quiere que Sierra crezca con las mismas comodidades que ella alguna vez tuvo y se sepa muy amada.

—No puede ser. —Alborotó su cabellera con desespero—. En Bath descubrimos que su padre dejó una fortuna bajo su poder y desde ese momento no ha hecho más que rechazar mis ofertas matrimoniales.

—Ya no le eres necesario —sus palabras lo hirieron de sobremanera—. Una vez que esto termine, puedes seguir con tu vida y...

Leonard se rio sin humor alguno, obligándolo a guardar silencio.

—¿Qué es tan divertido?

—Ella está esperando un hijo mío, ¿por qué la dejaría marchar?

—Ella...

—Ella cayó en su propia trampa —aseveró y empuñó las manos con dureza.

Si la única manera de quedarse con Alanis era utilizando a su hijo, un hijo de ambos, lo haría sin dudar. Por todos los santos, iba a ser padre una vez más y se sentía más dichoso que nunca.

«Ellos estarán bien», recordó la caída por la pendiente y empezó a respirar con dificultad. «Alanis estará bien, ella es una mujer fuerte y decidida».

—Seré claro contigo —farfulló Travis, sujetándolo de las solapas de su abrigo—. Si ella no quiere casarse contigo, no lo hará.

—Suéltame, soy un conde y...

—Y yo la pesadilla de toda la maldita nobleza inglesa, ¿me entiendes? —Lo soltó con violencia y Leonard no se atrevió a golpearlo porque lo menos que necesitaba era que Alanis se enfadara más con él—. Alanis es como mi hermana, ella y yo salimos juntos del infierno que vivir bajo el poder de Sullivan representaba, por lo que no permitiré que termine bajo el poder de otro imbécil.

—Yo no soy como ese hombre —escupió con desprecio.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera llegaste a conocerlo —lo desafió.

—Alanis me habló de él y...

—¿Y te contó de todas las golpizas, violaciones y vejaciones que sufrió junto a él? ¿Te contó

que su esposo mató a su tía ante sus propios ojos? —La presión que sintió en el pecho fue tan intensa que ni siquiera pudo respirar. La culpa nunca se marcharía, pero quería creer que el tiempo los ayudaría a superar y olvidar el pasado—. Ya veo... —soltó con frialdad—, se reservó una parte de la historia.

—No lo hizo —admitió con esfuerzo—, pero tampoco me contó todo. —Al menos eso era lo que él suponía—. Me gustaría saber ¿qué tipo de matrimonio vivió junto a ese hombre que al final de todo tuvo que matarlo?

Travis relajó los hombros y negó lentamente con la cabeza.

—Es la vida y la historia de Alanis, yo no te hablaré de lo sucedido.

Lo cierto era que lo poco que sabía era suficiente para sentir inmensas ganas de llorar y gritar con desespero. Ella fue abusada, le arrebataron a sus hijos y tuvo que ver como lady Gertrude era asesinada ante sus propios ojos.

«Jamás me perdonaré eso», pensó con amargura.

—Ahora si me permites, tengo un asunto que tratar.

Travis lo dejó solo en medio del pasillo y no se sintió tranquilo hasta que el doctor lo llamó.

—¿Cómo está el bebé?

«Mi bebé, un hijo mío y de Alanis».

El pulso se le disparó, ¿por qué diablos no se lo dijo antes?

¡Ella no debió arriesgarse de esa manera!

—Milagrosamente, todo está en orden —le informó con un deje tranquilo y luego miró a su paciente de reojo—. Espero puedan manejar la situación de buena manera, un embarazo...

—Me casaré con ella —observó como lady Aldrich cubría a Alanis con las sábanas.

—Es lo mejor. —El doctor inclinó el rostro y se retiró de la habitación junto a la hermana menor de Travis, brindándole la oportunidad perfecta para acercarse a la cama y sujetar la pequeña mano de su mujercita.

—Tú no necesitabas engañarme —confesó con voz rota y dejó un casto beso en su frente—. Sólo necesitabas venir a mí, criatura, de haberlo hecho hace ocho años, ahora mismo seríamos muy felices. —La abrazó con fuerza, detestándose a sí mismo por haber provocado todo esto—. Cuidaré de ti, sé que es tarde, pero haré lo que tu padre hubiera querido que hiciera desde un principio.

Sus hijos, Alanis y Sierra eran su familia, lo más valioso que tenía, eran la oportunidad que siempre estuvo esperando para ser feliz, por lo que no permitiría que nadie se los arrebatara.

—Todo estará bien —la buscó con la mirada y unió sus labios con ternura—. Lo siento, criatura, yo nunca quise provocar esto.

Ella debía despertar y enterarse de que él nunca la empujó con la intención de lastimarla, ¡fue un maldito accidente!

Un suave toque en la puerta lo hizo enderezar la espalda y parpadeó varias veces al ver a lady Aldrich y Sierra ahí. La niña tenía los ojos llorosos y él tuvo que apartarse cuando corrió a la cama para estar junto a su madre.

La tomó en brazos y la sentó en su lugar.

—¿Ella estará bien?

—Sí, cariño —susurró con voz suave, acariciando su coronilla.

—Milord... —se centró en lady Aldrich, la hermosa dama se veía algo inquieta—. Sterling y los demás quieren reunirse con usted, mi marido acaba de llegar y me temo que hay problemas.

Leonard asintió, sabía que todos querían una explicación de lo ocurrido y esperaba que pudieran creer en su palabra. Tal vez el ángulo en el que lo observaron no fue favorecedor, pero él nunca quiso lastimar a Alanis de esta manera.

Observó la hora en su reloj de bolsillo, pronto serían las dos de la mañana.

«Esto parece una pesadilla», pensó con frustración y llamó a la puerta del despacho de Aldrich.

—Adelante.

Zachary Aldrich, mejor conocido como King, se encontraba de pie detrás de su escritorio con los brazos cruzados y un semblante poco amigable. Estaba ahí por él, puesto que lo normal era que el apuesto rubio estuviera en su club, Los cuadriláteros del infierno, a esta hora. No se molestó en estudiar la estancia, sabía que sus amigos y los amigos de Alanis seguían ahí, así que trató de mantener la cabeza en alto mientras todos permanecían en silencio.

—Fue un accidente —expresó con confianza, decidido a limpiar su nombre—, nunca pensé que perdería el equilibrio de esa manera.

—El doctor dijo que ella y el bebé están bien —espetó King con dureza, cortando cualquier intención de iniciar una pelea—. Eso es lo que importa, ¿no?

Por fin alguien que estaba de su lado, aunque sospechaba que sus amigos no lo acusaban. Los miró de reojo, ellos sabían que no la estaba pasando bien y tal vez querían saber cómo diablos terminó embarazando a Alanis.

—¿Qué haremos? —inquirió Sterling y Travis se frotó el rostro con frustración.

—¿Cómo que qué haremos? ¡Ella ya no puede seguir participando de esta misión! —perdió los estribos y caminó hacia Sterling con paso resuelto—. Quizá para ti ella sólo sea un peón, pero para mí lo es todo y no dejaré que la expongas —expresó sus sentimientos en voz alta y el moreno se rio sin humor alguno.

—Claro que ella quedará fuera, jamás expondríamos a un bebé. Por esa razón quedó fuera hace ocho años, cuando Sierra estaba en camino. —Sus palabras lograron relajarlo un poco—. No estoy hablando de Alanis —la llamó por su nombre de pila y Leonard gruñó—, sino de ella.

En ese momento le señaló hacia el rincón más alejado del despacho y sus ojos a poco

estuvieron de salirse de su lugar al ver a una mujer ahí, diminuta al lado de todos los hombres que la rodeaban.

—No puede ser —susurró con voz débil y lady Penelope Humphrey negó rápidamente con la cabeza, totalmente horrorizada ante la situación en la que se encontraba—. Por todos los cielos, ¿cómo terminó ella aquí?

Esa mujer no sólo era la hermana menor del duque de Richmond, un hombre demasiado influyente y poderoso, sino la prometida de un vizconde.

Las sienes comenzaron a martillearle, ¿es que nada les saldría bien?

—Sabe demasiado —susurró Armitage y la mujer jadeó horrorizada, por todos los santos, no quería ni pensar en lo que la hermosa fémina se estaba imaginando.

—Fue un accidente —explicó Watchmeister, escondiendo su diversión—, Travis se hizo del carruaje equivocado y terminó secuestrando a la dama.

—¡Eso no es verdad! —explotó el acusado—. No fue un secuestro, sólo quería que me prestaran el carruaje por breves minutos.

—¿Ah sí?, pues ya pasaron más de tres horas desde que te prestaron el carruaje —espetó Portman con retintín y la dama miró al vizconde con enojo.

—Debiste regresar y dejarla —suspiró King, abatido.

—Estaba preocupado por Alanis, ustedes vieron cuantos jinetes aparecieron en el camino. Ella estaba en peligro y no podía abandonarla.

Era verdad, pero incluso así, Travis no pensó en el daño que esto le causaría a lady Humphrey.

—¿Por qué sigue aquí? —arrugó el entrecejo—. Su hermano debe estar buscándola como loco.

Lo menos que necesitaban era tratar con un duque estirado y altanero.

—Bueno... —Sterling miró a la mujer con enojo—. Ella vio y escuchó mucho, no sé si deberíamos soltarla.

—¡¿Eres imbécil o qué?! —perdió los estribos—. Es una lady, ¿es que no sabes tratar con mujeres? Eres el hermano menor de un conde, idiota.

—¿Y qué esperas?, ¿qué la deje ir? Sabe que Alanis está embarazada y su silencio me hace desconfiar de ella, ¿qué tal si le cuenta algo a su irritable hermano?

La mujer los miró con ofensa, como si acabaran de insultar a una deidad, y Leonard blanqueó los ojos con aburrimiento. Tal vez Sterling hizo bien en retenerla por un tiempo, ellos debían llegar a un acuerdo.

Caminó hacia la mujer y los ojos verdes pálidos se abrieron con temor, pero curiosamente ella no bajó el rostro, parecía obstinada y valiente, por lo que era un futuro dolor de cabeza potencial.

—Nada de lo que vio y escuchó esta noche puede salir a la luz, milady —empleó las palabras con cuidado—. Estamos en busca de un asesino y si usted habla...

—Morirá —siseó Travis y la mujer palideció.

—¡Pero ¿qué dices, imbécil?! —farfulló Devonshire, furioso.

—¿Qué? —el americano se encogió de hombros—. Hay que asustarla, sólo así cerrará la boca. —Travis Spinster generaría muchos problemas en Londres con su despreocupada actitud.

Cuando lady Humphrey se dio cuenta de que no corría ningún peligro junto a ellos, enderezó la espalda con rapidez y logró recuperar la voz.

—No tengo intención de delatarlos, yo sólo quiero volver a mi casa —Leonard lamentó verla tan asustada—. Debido al revuelo que hubo en la fiesta, todos deben estar al tanto de que el carruaje de mi familia fue secuestrado conmigo adentro.

Lo que quería decir que la joven de veinte años muy probablemente estaba arruinada. Como si hubiera podido leer sus pensamientos, sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas y Leonard se volvió hacia King.

—Debemos devolverla y confiar en su palabra.

Estaba harto de sumar el número de víctimas.

—Ella guardará silencio si quiere seguir intacta —amenazó Travis, siendo un verdadero salvaje, y la mujer se encogió en su lugar—. ¿Me entiende?

—¿Podrías callarte? —siseó.

—Creo que todos los hombres, menos Grafton y Spinster, deberían retirarse —pidió King con seriedad—. Diremos que lady Humphrey terminó en mi casa porque mi cuñado la secuestró por error para seguir a Grafton, quien corría un gran peligro y necesitaba ayuda. Richmond no querrá escuchar más nombres y me gustaría que la historia se resumiera en eso. La reina se ocupará de lo demás en lo referente al duque —Clavó sus ojos celestes en la dama—. ¿Está de acuerdo, milady?

La mujer asintió.

—Yo sólo quiero irme.

Era normal que estuviera asustada, estaba en un lugar desconocido con más de ocho hombres custodiándola. Le sorprendía que hasta el momento ella no se hubiera desmayado.

—¿Qué pasará con Alanis? —inquirió una vez que se quedó a solas con King y su amigo lo miró con fijeza.

—No sé si fue un accidente o no, pero lastimaste a una mujer.

—Zachary...

—Si quieres volver a mi casa para reunirte con ella, tendrás que vencerme en el ring. —Lo pasó de largo para reunirse con Travis y lady Humphrey en el recibidor y Leonard quiso aferrarse a esa casa con inmediatez.

Para nadie era un secreto que su amigo era invicto en el ring.

Alanis Taylor se las pagaría.

Ivor apenas y podía lidiar con el dolor ahora que las balas habían sido extraídas de su cuerpo. Cometió un terrible error al subestimarla, debió suponer que sería una mujer temeraria, no por nada había matado a más de la mitad de sus hombres.

El láudano comenzó a hacer efecto en su cuerpo y se desvaneció en cuestión de segundos, perdiéndose de la intimidante entrada de Magnus Gunn a su hogar, el hombre que había esperado encontrarse con su hija y yerno asentados en Escocia hace más de una semana cuando llegó de su viaje por el continente.

—Dejé a mi hija prometida, pero ¿ahora ella está muerta y es recordada como la condesa de Grafton? —el pelirrojo arrastró sus palabras y el hombre que parecía ser la mano derecha del incompetente de Ivor tiritó en su lugar como si se tratase de una pluma—. Quiero verlo —exigió.

—Lo siento, pero el señor Fraser está herido, esta noche recibió dos impactos de bala de la mujer que asesinó a su hija, señor.

El hombre enarcó una ceja con cinismo.

—¿Una mujer?

—Su nombre es Alanis Taylor —le informó y Magnus apretó la mandíbula con ira contenida—. Todo parece indicar que el conde de Grafton planea casarse con ella.

¿Una boda?

Su hija no llevaba ni tres meses muerta.

Lo mejor sería mandarlos al infierno, estaba casi seguro de que su dulce Rionna fue víctima del conde y su amante.

—Dígale a su jefe que volveré pronto.

«Porque él no saldrá con vida de esto», añadió mentalmente, preguntándose cuantos huecos efectuaría en el cuerpo de Ivor Fraser. Fue un idiota al confiar en el amor que decía sentir por su hija, él sólo la llevó a la ruina total y se quedó con su dote.

August Humphrey, octavo duque de Richmond, podía ser intimidante cuando se lo proponía y ahora mismo Leonard no tenía idea de cómo remediar todo el daño que acababan de causarle a la dama con su error.

—¡Ustedes arruinaron a mi hermana! —bramó el hombre con impotencia—. Todos en el baile vieron cómo se la llevaron en el carruaje, su prometido ni siquiera intentó ir por ella y sólo dio por terminado el compromiso.

La dama sollozó con amargura.

—Tal vez ella acaba de librarse de un maldito cobarde —escupió Travis con molestia.

—¡Usted qué sabe! Es un simple y corriente americano.

King sujetó a Travis del brazo y le pidió que guardara la compostura.

—¿De qué sirve un esposo que no puede proteger a su mujer?

Travis tenía razón, el proceder del prometido de la dama no fue el mejor de todos. Lo mínimo que podría haber hecho por la pelinegra era seguir al carruaje.

—¡Todo es su culpa! —el duque parecía querer matar a Travis y no era para menos, él odiaba a los de su clase; o más bien a los que no eran de la suya.

—Si eso es lo que cree, está bien, cumpliré con mi deber y me casaré con su hermana.

Leonard palideció y de alguna manera la carcajada del duque le brindó algo de tranquilidad. Tal vez Travis no era de su total agrado, pero emparentar con los Humphrey podría ser una pesadilla.

—Prefiero verla como una solterona antes que con un americano como usted —aseveró y el castaño apretó la mandíbula con disgusto.

—Bien, supongo que acaba de salvarme de tener que relacionarme con gente tan desagradable como usted.

El duque enrojeció de la pura rabia, lo más probable era que nunca nadie se hubiera atrevido a hablarle de esa manera.

—¡Largo de mi casa! —ordenó furioso—. Y por su bien, no se atrevan a mencionar el nombre de mi hermana en voz alta porque los hundiré. ¡No quiero que nadie nos relacione con ustedes!

El duque les estaba permitiendo huir sin pedir nada a cambio.

Debió suponer que algo así sucedería, ni Travis ni él contaban con una reputación digna para que el duque los considerara adecuados para una de sus tres adoradas hermanas.

¿Esas mujeres serían tan desagradables como su hermano mayor?

—Pero ¿quién diablos se cree? —escupió Travis con molestia una vez en el carruaje.

—Un duque —respondió King con dureza—, tuviste suerte, otro hombre te habría llevado al altar o a un duelo.

El castaño bufó.

—Ellos no son mi problema, esa mujer se situó en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Igual arruinamos su vida —musitó con preocupación—. Una noche fuera de casa y un compromiso anulado son razones suficientes para convertirla en un miembro más del club de las solteronas.

No obstante, él no tenía tiempo para preocuparse por Penelope Humphrey, ahora mismo

debía buscar la manera de poder llegar a Alanis sin tener que lidiar con la furia de King en el cuadrilátero.

Ahora entendía por qué el imbécil de Travis llevó a Alanis con su hermana, el hombre la protegería con creces al considerarla su custodia y poco importaría que ellos fueran buenos amigos.

Zachary iba a castigarlo sin siquiera conocer todos sus pecados.

«Me lo merezco», pensó con amargura.

—¿Al menos puedo saber qué te distrajo? —inquirió King con curiosidad.

—He estado haciendo un par de averiguaciones sobre tu difunta esposa. —Sus miradas se encontraron—. Su padre ha vuelto a Escocia después de dos años fuera de sus tierras y me temo que no ha tomado nada bien la noticia de su muerte.

—¿Cómo dices? —la garganta se le cerró—. Ella dijo que era huérfana, que no tenía familia.

—Mintió y lo sabes —aseveró.

—Esto lo complicará todo.

—Su hijo menor vino conmigo, creo que nos será de ayuda.

—¿Qué? —frunció el ceño—. ¿Dónde está?

—Lo mandé con Sterling y los demás, ellos se encargarán del muchacho por el momento. Supongo que ahora mismo lo están interrogando.

Maldita sea, ¿por qué nadie lo tomaba en cuenta en ese tipo de situaciones?!

—Quiero verlo.

—Es tarde.

—Pero...

—Rionna fue la principal autora de todo el plan, fue ella quien persuadió a Ivor para reanudar los planes de su difunto padre —le informó con seriedad, helándole las venas—. Ivor estaba dispuesto a vivir una vida tranquila lejos de Londres, pero como ella conocía parte de la historia, le pidió que lucharan por el condado y ofreció su dote para contratar a cuantos esbirros fueran necesarios y mudarse a Londres.

Por todos los santos, ¿con qué tipo de mujer estuvo casado?

—¿El muchacho está de nuestro lado? —quiso saber King.

—Arden Gunn sólo quiere evitar que su padre cometa el peor error de su vida.

Lo que quería decir que ahora no sólo debían preocuparse por Ivor, sino por el padre de Rionna.

Capítulo 21

*"Después de lo sucedido, he de suponer que los duques de Richmond y Carlisle podrán arreglar sus diferencias, tengo entendido que sus hermanas fueron abandonadas de igual manera por diferentes vizcondes
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth".*

Alanis no tenía la menor idea de cómo finalizó la persecución de la noche anterior, pero sabía que cualquier error que se hubiera suscitado fue netamente su culpa. Los mareos no le habían permitido concentrarse en la misión y de un momento para otro perdió el control de su cuerpo y se desvaneció.

¿Fraser logró golpearla con el caballo?

Ese pensamiento hizo que abriera los ojos de par en par y la desesperación la traicionara. Leonard se lo dijo, le pidió que dejara de arriesgar su vida y ella no lo escuchó.

«Mi bebé».

No podía perder otro hijo, ¡no quería despedir a un cuarto hijo!

—Tranquila, Alanis —la suave voz de Blair llegó a sus oídos y parpadeó varias veces para poder enfocar todo lo que tenía en frente. Estaba en su alcoba, la habitación que estuvo ocupando las últimas semanas en la casa de los Aldrich—. Qué bueno que despertaste, nos tenías muy preocupados —musitó con amabilidad y un sollozo brotó de su garganta en contra de su voluntad.

—¿Mi bebé? —se llevó una mano a su pequeño vientre y la castaña le sonrió con cariño maternal.

—Está bien, ambos lo están —le informó y esa noticia hizo que su respiración se regularizara.

—¿Qué sucedió?, ¿cómo llegué aquí?

—Llevas ocho días inconsciente.

—¿Qué? —chilló espantada—. Ah —jadeó adolorida cuando intentó levantarse y se llevó una mano a la frente, captando con inmediatez la gaza que tenía ahí.

—Te caíste por una pendiente, lord Grafton intentó quitarte del camino para impedir que el caballo te golpeará, pero algo salió mal.

—Me desmayé —susurró con tristeza y no supo qué pensar al ver como Blair soltaba un largo suspiro.

—Gracias a los santos, Travis y los demás creen que el conde te empujó y no lo han dejado visitarte durante todo este tiempo.

—¿Qué? —frunció el ceño—. No es verdad, Leonard jamás me habría empujado.

—Es lo mismo que él dijo —musitó apenada—. Me siento mal por él, no ha tenido días fáciles.

—Todo esto es un malentendido —aseguró y cuando intentó levantarse, un violento mareo la regresó a la cama. Era un mal momento para sentirse tan débil y vulnerable—. ¿Dónde está Sierra? —Su hija seguramente estaba muerta del miedo, nunca antes le había pasado algo así.

—Descuida —Blair posó un vaso de agua en sus labios y ella se lo agradeció en silencio—. Está con la institutriz, pero me gustaría que tomaras un baño y comieras un poco antes de reunirte con ella. Te ves muy débil.

—Está bien. —Llevó una mano a su vientre y Blair debió percibir su inquietud porque ensanchó su sonrisa.

—El doctor aseguró que todo está en orden, no debes preocuparte.

—Ocho días es demasiado tiempo.

—Estuviste convaleciente, pero comiste y bebiste lo necesario. —Tiró del cordón que estaba junto a la cama y pronto el movimiento en su alcoba se intensificó. Le aliviaba saber que Sierra estuvo bajo el cuidado de Blair todo este tiempo, de haber sido diferente, no quería ni imaginarse lo que habría sufrido su pequeña.

Se sentó sobre el mullido colchón con ayuda de Blair y lanzó un jadeo cuando las sienes le martillearon.

La cabeza aún le dolía.

—Es momentáneo.

—¿Cómo lo sabes?

—Fui yo quien estuvo atendiéndote todo este tiempo, puedes confiar en mis habilidades médicas.

—Lo sé —le regaló una tímida sonrisa.

Se sintió más tranquila cuando estuvo dentro de la bañera y el agua rodeó cada una de sus extremidades. Observó de reojo como tres criadas cambiaban el ropaje de la cama y se sumergió bajo el agua, ansiosa por obtener respuestas.

¿Qué estuvo pasando todos estos días que estuvo convaleciente?

Una doncella comenzó a lavar su cabello y ella estudió de reojo los movimientos de Blair, estaba eligiendo qué ropa utilizaría esa tarde.

—¿No te incómodo? —inquirió una vez que estuvo vestida y Blair despachó a las mujeres, al parecer ella le peinaría—. Soy una mujer peligrosa, alguien quiere matarme e incluso terminé convaleciente en tu casa.

—¿Peligrosa? —se rio y empezó a peinar su cabello—. Yo diría que eres una víctima de las circunstancias. —Arrugó el entrecejo—. ¿Sabes? Cuando hui de mi hermano, terminé en un

lugar horrible. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal—. Mi esposo me salvó, me sacó de ese lugar sin ofrecerme nada más que un trabajo, pero luego terminé embarazada y se casó conmigo.

—¿Se casaron sin amor de por medio?

Esa historia no la conocía.

—Le tenía mucho miedo y en ese momento estaba superando a mi antiguo prometido. Zachary se enteró de algunos sucesos y malinterpretó muchas cosas, lo que me llevó a vivir aislada en el campo junto a mi hijo por nueve años.

—Debió ser duro para ti.

—No lo amaba y de alguna manera sentía que le debía la vida, no podía quejarme, tenía muchas comodidades y mi hijo lo tenía todo.

Sonrió con amargura.

—Lo entiendo, quiero lo mismo para Sierra.

—Cuando te vi, me vi a mí misma, Alanis. No sé si habría podido ser tan valiente como tú, tienes una hija maravillosa y eres la mujer más admirable que conozco.

—No es para tanto —se ruborizó.

—No mentí cuando te dije que quería ser tu amiga, sé que mi hermano te adora y eso te convierte en una mujer especial. Travis no suele ser bueno con todo el mundo, le cuesta abrirse a las personas.

—Pasamos por malos momentos.

—Y de alguna manera creo que lo humanizaste, tú y Laurine son sus más grandes amigas y por esa razón les estoy agradecida. De no haber sido por ustedes, él se habría quedado completamente solo.

—Él quiere mucho a Laurine.

—Lo sé, pero su vínculo contigo es diferente.

Porque ella estuvo en los momentos difíciles y Laurine en sus triunfos.

—Laurine pasó por mucho hace un año —comentó con toda la intención de desviar el tema, no quería que Blair indagara en el pasado de Travis—. No tuvo suerte con sus últimos escándalos.

—Veo que lady Berricloth es muy buena en lo que hace —siseó y Alanis asintió.

—A veces quisiera descubrirla y matarla con mis propias manos.

—Todos hemos sido víctimas de esa mujer, pero ahora su atención está en lady Penelope Humphrey.

Ese nombre hizo que respingara en su lugar.

—¿Qué sucedió con ella?

Conocía a la hermana del duque de Richmond, había trabajado para ellos alrededor de tres meses y toda esa familia era una porquería total. Se creían inalcanzables, superiores a todo el

mundo y ella nunca pudo tolerar que Penelope fuera despectiva con Sierra en cuanto a su procedencia.

—Cierto, no sabes nada —musitó para sí misma—. En resumen: terminó involucrada en la persecución y su prometido canceló su compromiso.

Alanis esbozó una débil sonrisa, a ver si eso les regalaba algo de humildad a los Humphrey.

—¿Puedo saber qué sucedió?

—Travis se subió al carruaje equivocado y la secuestró por unas cuantas horas.

Palideció, eso sí que debió haber perjudicado a la dama.

—Supongo que el duque no hizo más que declararle una guerra eterna.

Blair asintió.

—Zachary me dijo que no aceptó la propuesta matrimonial de Travis y los echó a todos de su casa.

Richmond era un desgraciado.

—Es lo mejor, Travis merece una mujer más dulce y generosa, no una bruja salida de la cueva Humphrey.

—Mi esposo me dijo exactamente lo mismo. —Porque solo la gente que tratara con esos nobles sabría lo desagradables que eran—. Por cierto, te quedaste sin trabajo —le informó como si estuvieran hablando del clima y sus hombros temblaron. Tuvo que utilizar todo su ingenio para no largarse a llorar ahí mismo. Debió suponer que la historia se repetiría, un embarazo era razón suficiente para ser despedida, pero al menos ahora contaba con los recursos suficientes para darse una buena vida.

Acarició su vientre con timidez.

—¿Él está al tanto de mi embarazo? —buscó su mirada a través del espejo y vio la duda en su semblante—. Responde, por favor.

—Lo sabe, Travis se lo dijo.

Juntó los ojos con fuerza y empezó a respirar con dificultad.

—Debo reunirme con él.

—No creo que sea fácil contactarlo, Travis le prohibió el ingreso y mi esposo lo apoyó porque en ese momento creía que Grafton era culpable.

—¿Dónde está tu hermano?

Debía aclarar la situación o su amigo odiaría eternamente a Leonard.

—No lo sé, no lo he visto en los últimos días.

No le creía.

—¿Sabes algo del conde?, ¿él está bien?

—Está... estable —fue su única respuesta.

—¿Estable? —preguntó con preocupación y Blair se mordió el labio inferior con inquietud

—. ¿Qué está pasando? ¿Fraser volvió a aparecer?

¿Por qué se sentía tan inquieta?

¿Por qué sentía que algo no iba bien con Leonard?!

—¡Mamá! —La puerta de la habitación se abrió, acabando con la tensión de su cuerpo, y Blair se hizo a un lado para que Sierra pudiera abrazarla. Recibió a su hija con un gran abrazo y se sintió algo sorprendida al verla con más peso. Estaba radiante, feliz, más de lo que alguna vez podía recordar—. ¿Ya te sientes mejor? Tía Blair me explicó que dormiste mucho porque te sentías cansada.

En ese momento se sintió infinitamente agradecida con su amiga, era evidente que había cuidado muy bien de su hija en su ausencia. No pudo evitar que un par de lágrimas se deslizaran por sus mejillas y la abrazó con fuerza, deseando que algo bueno sucediera en sus vidas.

—Sí, me sentía agotada —soltó con voz débil.

«Y aún lo estoy».

—Pero ahora que estás conmigo me siento más fuerte que nunca.

—Qué bueno, mamá —susurró y en esta ocasión su hija no pudo lidiar con sus lágrimas—. Ya no vuelvas a dormir tanto tiempo, ¿de acuerdo?

Alanis asintió y contuvo su llanto, ser despedida fue lo mejor para todos. Las siguientes horas del día las pasó junto a su hija, quien en más de una ocasión guardó silencio para que ella pudiera dormir por breves minutos y no se apartó de su lado hasta que llegó la noche y Blair le pidió que fuera con ella para que pudieran cenar.

Le pareció extraño, pero comprendió sus razones cuando Travis ingresó a su alcoba seguido de Jackson, Seamus y Andrew. Decidió no bajar el rostro, no sentir vergüenza, y se enderezó sobre sus almohadas con toda la dignidad que se le fue posible.

—¿Qué?, ¿vinieron a regañarme porque no completé la misión?

—No seas tonta —siseó Seamus y se acercó a ella para posar una mano en su coronilla—. Aunque no lo creas, nos alivia que estés fuera.

¿Podía creer en sus palabras?

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada? —Jackson se mantuvo de brazos cruzados y ella tragó con fuerza—. ¿Te das cuenta del gran peligro que corriste al exponerte de esa manera?

—Nunca pensé que las cosas terminarían así, me desmayé en un mal momento —confesó y los hombres la miraron con inquietud—. Grafton no me empujó, él sólo me apartó del camino para que el caballo no me golpeará.

—Qué alivio —musitó Travis más tranquilo.

—Que seas buena en tu trabajo no quiere decir que eres indestructible. —Andrew se lanzó a la cama y terminó a sus pies, apoyado sobre su codo izquierdo—. Hiciste un buen trabajo,

Grafton sigue vivo, pero me temo que Fraser huyó.

—Así que al final pudo escapar —susurró.

—Está herido, no hemos tenido noticias tuyas desde entonces, pero ahora que las pruebas han sido consolidadas con su confesión proseguiremos a su arresto ni bien lo encontremos.

—Él sabe que maté a Rionna y quiere vengarla. Fallé en mis tiros, le di en el muslo y en el hombro, de haber sido más precisa todo habría terminado bien.

—Es un buen dato —susurró Jackson.

—¿Qué hacen aquí? —quiso saber—. Estoy fuera, ya no les sirvo para nada.

—Estamos aquí porque somos tus amigos —musitó Jackson con una débil sonrisa en el rostro y todos los hombres de la estancia le sonrieron con cariño—. Puede que seamos duros contigo, pero no sabes lo asustados que nos sentimos cuando te vimos caer, por un momento quise matar a Grafton.

La visión se le cristalizó.

—Él no me hizo nada, quería salvarme.

—A la distancia no se vio de esa manera —aclaró Travis y se sentó junto a ella para abrazarla por los hombros—. Nos diste un susto de muerte.

—No todas las espías son tan bonitas como tú, no podíamos permitirnos esa pérdida —bromeó Andrew y ella carcajeó por lo bajo.

—Debo hablar con el conde, él está al tanto de mi embarazo y debe tener muchas dudas.

Todos los hombres intercambiaron una rápida mirada.

—King dejó claro que si el conde deseaba verte primero debía vencerlo en el ring —Alanis miró a Seamus con horror, para nadie era un secreto que King era un invicto en el cuadrilátero—. Van tres peleas y el conde ha quedado muy mal parado en todas. —No entendía por qué Andrew sonreía de oreja a oreja.

¡Esa no era una buena noticia!

—¿Por qué haría algo así? Es muy arriesgado.

—Quiere casarse contigo. —Travis la miró con fijeza y ella cuadró los hombros con rapidez. A pesar de todo su engaño, él estaba dispuesto a casarse con ella—. Podría invadir la casa de King si se lo propusiese, es un noble, pero creo que por primera vez en años él quiere hacer lo correcto.

—Es una locura.

—Tú tienes la decisión final, por el momento él no sabe que despertaste. —Jackson se cruzó de brazos, pensativo.

Quería hablar con él, pero no tenía la menor idea de qué le diría. Habían pasado muchas cosas entre ellos y el día que enfrentaron a Ivor, ella estuvo dispuesta a defenderlo con su propia vida, ni siquiera pensó en Sierra, y él hizo exactamente lo mismo al quitarla del camino.

Ladeó el rostro con cansancio, era muy pronto para tomar una decisión. Ahora mismo solo quería verlo y garantizar con sus propios ojos que se encontraba bien.

—Hoy será la cuarta pelea. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal y Travis se incorporó con cuidado—. Aún está malherido, pero está tan desesperado que no quiere ser racional. En el fondo siento que se está autocastigando por todo el daño que te hizo.

—En realidad, es King quien lo está castigando —aclaró Andrew con retintín y sintió inmensas ganas de rodear su cuello y aniquilarlo.

Jackson la miró significativamente y ella tragó con fuerza.

¿Es que no tendría un solo día de paz?

«Llevas durmiendo ocho días, tal vez es hora de que te pongas en acción».

Tiempo atrás, él había asistido a Los cuadriláteros del infierno de lo más gustoso, ganando unas cuantas libras gracias a King, y se había dicho que jamás, ni en su punto más bajo, se atrevería a enfrentar a su amigo en combate. No obstante, aquí se encontraba, luchando con toda su energía para poder llegar a ella, la mujer a la que le arruinó la vida y le debía todo.

«Quiero devolverte todo lo que te arrebaté», pensó abrumado, recibiendo un gancho en el vientre, y el sabor del hierro no hizo más que humedecer su garganta.

¿Es que no había otra manera de llegar a Alanis?, ¿por qué no despertaba?

El doctor les informó que su estado era óptimo, pero ella llevaba ocho días inconsciente y él sentía que enloquecería en cualquier momento si las cosas seguían así.

—¿Por qué sigues volviendo? —inquirió el rubio con sorna—. Es la pupila que desechaste.

—Porque soy un imbécil que quiere recuperar a la mujer que ama —susurró con esfuerzo y el rubio de ojos turquesas sonrió con diversión—. Debo casarme con ella, está esperando un hijo mío.

—Eso explica por qué no entendiste la lección con tres palizas —se mofó y en esta ocasión Leonard pudo esquivar su puño y propinar un buen golpe en el pecho de su amigo—. ¿Estás seguro que quieres unirse a ella? —preguntó jadeante, lo más probable era que tuviera mucha curiosidad en cuanto al tema y Travis se hubiera reservado gran parte de la historia—. Tengo entendido que en el pasado no podías concebir una vida junto a ella.

—Admito que lo arruiné todo, estaba asustado. Había perdido al hombre que me crío como a un hijo y ella quería que la desposara, era sólo un chiquillo sin vida ni experiencia —confesó y King le sonrió con sorna.

—Y eso te costará caro.

Le propinó el golpe final, llevándolo a caer boca abajo sobre el ring, y por breves segundos no vio más que sombras gritándole que se levantara. La sangre se deslizó por su rostro, el

cansancio y el dolor le anunciaron que la batalla estaba perdida, otra vez, pero entonces un delicado rostro —simulando ser varonil— se asomó entre todas las sombras anchas y grotescas.

Parpadeó varias veces, abrumado.

—¿Alanis? —Sus ojos enfocaron el rostro de la mujer con la que llevaba soñando todos estos días y se preguntó si acababa de morir.

Ella estaba en cama, sin poder despertar, y ese era otro de los tormentos que no lo dejaban vivir tranquilo.

—Baja del ring. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal y por largos segundos no pudo respirar.

Era su voz.

Estaba despierta, por fin pudo abrir los ojos y era una razón suficiente para sentirse feliz, pero en realidad estaba furioso.

¿Cómo diablos hizo para llegar a Los cuadriláteros del infierno?

—Alanis —intentó levantarse, pero un agudo dolor atravesó cada una de sus extremidades y muy a su pesar todo se volvió oscuro a su alrededor.

Sólo esperaba que al despertar su dulce Tentación siguiera a su lado.

Veinte minutos atrás

—No suelo meterme en la vida de las personas —reconoció en voz baja, observando su aspecto en el espejo de cuerpo completo—, pero ¿por qué tienes ropa varonil tan bonita y sabes muy bien como esconder mi cabello dentro de una boina?

—Te dije que mi vida matrimonial no fue nada sencilla, antes de que Zachary se diera cuenta del amor que sentía por mí, me vi obligada a esconder mi identidad y durante unos meses me disfracé de hombre para poder trabajar y subsistir.

—Ser mujer no es fácil —reconoció con pesar y ambas asintieron—. ¿Esto sería todo? —se dio una última mirada, recordando que estaba en medio de una misión, y su amiga sonrió.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo de esta manera? Con Travis y los demás podrías ingresar vestida de mujer.

—Sí, no puedo permitir que nadie me reconozca y no quiero que él siga haciéndose daño. —No cuidó sus espaldas durante dos años para que Leonard se expusiera a ese peligro dentro de un ring—. ¿Estás segura de que no tendrás problemas con tu esposo por permitir que vaya a su club?

—Estoy segura de que Zachary se aliviará al verte de pie y bajo el cuidado de Travis.

—Gracias por quedarte con Sierra esta noche, siento que he abusado mucho de tu generosidad.

Blair le sonrió con ternura.

—No digas tonterías, ella es una niña encantadora. —Miró la hora en el reloj que estaba sobre la chimenea—. Es hora. —Le entregó una capa para que pudiera cubrirse el rostro—. Travis debe estar esperando por ti en el carruaje, él se encargará de escoltarte y si quieres volver sólo debes pedirlo. Le enviaré una nota a mi esposo para que esté al tanto de la situación.

—Gracias.

—¿Ya sabes que harás una vez que lo tengas en frente?

—No —confesó con cierto nerviosismo—. Supongo que arrastrarlo hasta su casa y tratar de llegar a un acuerdo decente con él.

Sus amigos le habían dicho que quería casarse con ella y reconocer a su hijo, Leonard estaba dispuesto a darle todo lo que quería para Sierra y no intentaría quitarle la herencia que su padre le dejó; no obstante, ¿estaría dispuesto a renunciar a un matrimonio por amor?

Nunca podría darle algo así.

—Lord Grafton no es un mal hombre, llegarán a un buen acuerdo si piensan en los niños.

Sí, había muchos niños de por medio: Alexander, Gabriel, Sierra y ahora el bebé que venía en camino.

—Gracias por todo, Blair, volveré lo antes posible.

—Regresa cuando puedas, igual estaré al tanto de todo. —Le guiñó el ojo y Alanis abandonó la casa de la familia Aldrich con rapidez, sintiendo un horrible nudo en la garganta.

Lo único que quería era que esta pesadilla acabara. Odiaba que Leonard viviera en constante peligro, ya había perdido a su padre y a su tía, no quería perderlo a él también.

Capítulo 22

“Olviden a lady Humphrey. Lord Grafton acaba de obtener una licencia especial, todo indica que no está dispuesto a quedarse viudo. ¿Quién será la afortunada que se convertirá en la nueva condesa de nuestro libertino más codiciado?”

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Alanis llegó a Londres y aceptó la misión que Jackson le ofreció porque quería vengarse de todas las personas que arruinaron su vida. Durante años pensó que Leonard Pearson sería una de sus pocas víctimas, que destruirlo en vida le brindaría una gran satisfacción, pero ahora mismo no podía dejar de tiritar mientras apartaba la sangre del rostro varonil y observaba todos los hematomas que tenía en el torso y rostro.

«Eres un imbécil, ¿en qué estuviste pensando al subirte al ring?»

—¿Cómo pudo llegar a esto? —preguntó con impotencia y se volvió hacia lord Aldrich, quien le cedió esa habitación del club para que pudiera atender al conde—. No debió aceptar esta pelea, él no estaba en condiciones para pelear con usted.

—¿Cree que no lo sé? —inquirió con fría calma—. Fue Grafton quien insistió. —Ella miró de reojo como las doncellas asistían las heridas del castaño—. Como sea, me alegro que haya despertado, milady, así dejaré de estar involucrado en asuntos que no me conciernen ni interesan. —Estaba claro que a ese hombre le importaba un comino el bienestar de Leonard—. Es mi amigo —aclaró, como si pudiera leerle la mente, y lo miró con enojo—, le aseguro que se pondrá bien.

Zachary Aldrich sólo quería ayudarla y proteger su honor, por lo que pelear con él no sería justo ni sensato. Él no era el culpable de que Leonard fuera tan tozudo e imbécil.

—Yo me haré cargo, pueden irse —espetó y las mujeres se apartaron de la cama en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Lo atenderá aquí? —Aldrich se veía más entretenido que arrepentido.

—¿Cree prudente moverlo? —masticó sus palabras—. ¿Acaso pretendía matarlo?

—No es tan malo como parece —le restó importancia con un gesto de mano y ese hecho le brindó algo de alivio—. Algunos hematomas se los hice hace días, Leonard se levantará en cualquier momento.

Alanis cerró los ojos con fuerza e inhaló profundamente.

—Ya puede retirarse. —Quería que ese hombre saliera de su vista cuanto antes.

—Le diré a mi esposa que pasarás la noche aquí, no quiero que se preocupe por ti.

Alanis asintió y no bajó la guardia hasta que estuvo totalmente sola en la habitación.

—Llevo años cuidando de ti —gruñó con voz rota y limpió la mejilla ensangrentada— y sólo tuve que descuidarte ocho días para que terminaras así.

No lo entendía, ¿por qué sus amigos no impidieron toda esta locura?

Comprendía que eran seres rencorosos, pero incluso así no debieron permitir que Leonard terminara en una situación como esta. Se quitó la boina con cansancio, al igual que su abrigo, y comenzó a asistirlo de la mejor manera que se le fue posible. Blair le había enviado un par de bálsamos que serían de ayuda y aplicó todos con la mayor delicadeza posible.

—Con esto bastará —susurró una hora más tarde y presionó sus sienes con cansancio.

«¿Por qué no puedes dejar de importarme?»

Abandonó la cama con congoja y se acercó al fuego de la chimenea para avivarlo.

Él estuvo dispuesto a dar la vida por ella en dos ocasiones, la primera vez recibió un disparo y la segunda vez la salvó de ser embestida por un caballo.

«¿En qué momento empecé a importarte? ¿Realmente me echaste de menos después de enviarme a América?»

Su corazón se estrujó de tal manera que en esta ocasión Alanis no pudo impedir que un sollozo emergiera de su garganta. No era el tipo de vida que había pensado que tendría, nadie la había preparado para situaciones tan complejas, por lo que era normal que en momentos como estos su coraza cediera y ella no hiciera más que llorar en silencio.

Odiaba admitirlo, pero Leonard le importaba tanto que había dejado la comodidad de un hogar, el calor de una cama y todo para venir a cuidar de él, un hombre que aseguraba amarla y parecía estar dispuesto a cuidar de su hija y ella.

¿Creer en él sería prudente?

Se abrazó a sí misma, recordando que su bebé aún se estaba aferrando a ella y se preguntó si se debía a una causa en especial. La caída por la pendiente debería habérselo quitado, pero él seguía ahí, luchando para quedarse a su lado.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal al sentir como unos brazos la rodeaban por detrás y empezó a respirar con dificultad al darse cuenta que él había despertado, que lord Aldrich no se equivocó al decir que su estado no era tan grave como ella pensaba.

—Quiero matarte, ¿qué diablos haces aquí? —arrastró sus palabras y Alanis giró sobre su eje con mucho cuidado—. Perdón, una vez más soy el causante de tu dolor —reconoció y apartó las lágrimas de su rostro con suavidad, para después enfocar la vista gris en la pequeña gaza que cubría la herida que tenía en la frente—. Lo siento tanto. —Su seguridad se evaporó—. A veces me pregunto si la única manera de hacerte feliz es quitándome de tu camino para siempre. —Lo miró con horror—. Cometí un terrible error al casarte con Sullivan, Travis no quiso contarme todo, pero sé que él te hizo mucho daño—. ¿De qué les servía revivir el pasado?—. Nunca te

empujé, sólo intenté apartarte para que Ivor no cumpla su objetivo.

—Lo sé —la voz le tembló y pudo sentir el alivio en cada una de sus extremidades.

—Gracias a Dios —suspiró y la enterró en sus brazos.

—¿Por eso tientes a la muerte? —la molestia se impregnó en su voz—. ¿Acaso no te has visto en un espejo? Tú...

—Alguien debe castigarme por todo el mal que te causé. —¿Era realmente necesario?—. Sé que no tengo ningún derecho de pedirte algo así, pero por lo que más quieras, no me dejes.

—Leonard...

—Fui un imbécil, debí darme cuenta que tú y Tentación siempre fueron la misma persona. La olvidé por completo desde que regresaste a mi vida. —El aire se atoró en sus pulmones, no estaba lista para tocar ese tema—. Sólo tú tienes el poder de arrebatarle el juicio y empujarme a la orilla de un abismo, criatura.

—¿No estás molesto? —Se atrevió a abrazarlo por la cintura, ella también quería recibir algo de consuelo. Lo necesitaba—. Me colé en tu club para seducirte, para llevarte a la cama y atraparte en matrimonio.

—¿Quieres saber un secreto?

Lo pensó un poco antes de asentir.

—Yo me habría casado contigo si hace ocho años te hubieras presentado ante mí. —Su corazón empezó a bombear sin control alguno—. Te busqué en tantas personas, tratando de encontrar el más mínimo atisbo de tu espíritu, pero nunca lo conseguí.

—¿Por eso nunca te casaste? —logró articular, totalmente impactada por su confesión.

—Porque nadie era capaz de amarme de la misma manera que tú me amaste y yo... no amé a nadie como te amo a ti —manifestó con aspereza y una lágrima rebelde se deslizó por su mejilla—. ¿Por qué lloras?

—Creí que me odiabas, solías decir que ya no me soportabas cuando te reunías con tus amigos —Él hizo una mueca al saberse descubierto en aquel entonces—. Pensé que la única forma de atraparte sería embarazándome, por eso me presenté ante ti en Las garras de Lucifer.

—¿Por qué tardaste ocho años en hacerlo? —acarició su mejilla.

—Porque esa idea surgió en mi cabeza después de que te casaste con Rionna —confesó con vergüenza—. Arreglaste su vida en cuestión de segundos, ella... bueno, como condesa lo tenía todo, todo lo que yo quería para Sierra y para mí.

—La reina...

—Ella apoyaba mi idea, llevaba meses insinuándome que debería casarme contigo, pero nunca tomé tan en serio su propuesta hasta que te vi con Rionna.

«No me gustó verte con ella, yo... me sentí tan celosa».

—La herencia de tu padre lo cambió todo, ¿verdad?

Alanis asintió, pero no le confesó que su mayor miedo era entregarle su corazón.

—No renunciaré a ti —decretó él, tomándola por sorpresa, y lejos de liberarla de su cautiverio, afianzó su agarre—. Y quiero dejar claro que, si bien nuestro hijo es una razón suficiente para aferrarme a ti, la razón que me lleva a ser tan irracional es el gran amor que siento por ti. No puedo perderte de nuevo, no pienso hacerlo.

«Yo tampoco quiero perderte», respondió mentalmente y se puso de puntillas para unir sus labios con suavidad.

En un principio, pensó que él no respondería, pero lanzó un suave gemido cuando Leonard arremetió contra su boca y la besó con hambre voraz, como si temiera que cambiara de parecer. Lo abrazó por el cuello, aferrándose al único soporte que tenía, y se tensó cuando él respingó en su lugar.

—¿Estás bien? —preguntó entre besos, tratando de imponer distancia.

Él estaba herido, lo mejor sería brindarle su espacio.

—Joder, si dejas de besarme moriré —le informó, robándole una suave risita, y caminaron a traspiés hacia la estrecha cama de la habitación.

—Tus heridas... —ganó una gran bocanada de aire cuando liberó sus labios y observó con inquietud como le abría los pantalones.

—Eres el remedio que estuve esperando toda una vida para sanar las únicas heridas que me generan mal, así que ignora los hematomas de mi cuerpo.

Alanis asintió y se sentó en la cama para que le quitara las botas y posteriormente sus pantalones. Se estremeció de placer cuando él se dio unos segundos para admirar su piel expuesta y empuñó las sábanas cuando acarició sus muslos y descendió en una larga caricia hacia sus tobillos.

—Eres tan hermosa —subió una pierna por encima de su hombro y besó el interior de su rodilla con picardía—. Mi única tentación, la única mujer que podré amar en la vida.

—¡Ah! —tiró la cabeza hacia atrás, dejando que la boca masculina se aferrara a su intimidad, y envió todo su peso sobre sus codos para encontrar una posición más cómoda que le permitiera ver como él le hacía el amor con la boca—. Leo... —lo sintió tiritar ante el uso de aquel diminutivo—. Hazme el amor.

Lo demás podía esperar, ahora mismo sólo lo quería dentro de ella, meciéndose de tal manera que sus cuerpos colapsaran en un glorioso éxtasis de desenfreno.

—¿Quieres que te haga el amor? —lamió su dura perla, estimulándola, y sus manos se deslizaron por debajo de su camisa para subir la prenda, pero se detuvo a medio camino—. ¿Qué es esto? —gruñó y se incorporó con prisa, quitándole la camisa de un tirón—. Qué crimen —siseó y le quitó la venda de los pechos con habilidad.

Alanis se tumbó sobre el mullido colchón, enseñándole con descaro su desnudez, y separó

las piernas para él. Leonard se subió a la cama y en vez de quitarse los pantalones, una vez más se inclinó sobre su femineidad y la tomó con la boca.

¿Qué tipo de tortura era esta?

Sus manos acunaron sus pechos, torturándola con suaves caricias y estrujones, y cuando la presión en su vientre bajo comenzó a intensificarse, un gemido adolorido salió de su garganta porque él se incorporó sobre sus rodillas y se abrió los pantalones con lentitud.

—Tres días, Alanis —musitó con voz ronca, arrancándola de su letargo. No era un buen momento para hablar, ahora mismo no podía dejar de observar su virilidad—. En tres días serás mi condesa, ¿de acuerdo?

—Sí —se relamió los labios con ansiedad y lo buscó con la mirada—. Me casaré contigo.

—Y seremos un matrimonio normal, no uno cordial. —¿En qué consistía un matrimonio normal?—. Tal vez ahora no me ames, pero me permitirás luchar por tu amor.

—Ah —arqueó la espalda, sintiendo como acariciaba su hendidura con su glándula, y se aferró a las almohadas con fuerza.

—Está bien. —Aunque suponía que su lucha sería bastante sencilla, estaba harta de vivir en guerra—. Sigue, por favor...

—¿Así? —intensificó sus movimientos, robándole suaves gemidos.

—Hazlo.

—Hacer ¿qué? —la provocó y lo fulminó con la mirada.

—Fóllame —siseó—. Te lo suplico, Leo —musitó en voz más suave y serena y todo su cuerpo se sacudió cuando él entró en su interior y se abalanzó sobre sus labios para devorar su gemido.

Estaban haciendo el amor.

Después de complicadas semanas de convivencia, ella terminó rindiéndose ante el libertino que al parecer jamás pudo olvidar y estaba locamente enamorado de su persona.

Esto parecía una broma de mal gusto, pero lo cierto era que en su vida se había sentido tan completa como ahora. Leonard entraba y salía con sutileza, como si quisiera prepararla para la tempestad, y Alanis no sólo disfrutaba del suave vaivén, sino de los labios que la besaban con maestría y seducción. Los suaves movimientos de Leonard comenzaron a cesar y en su lugar él afianzó sus piernas y la instó a abrazarlo por la cintura con las mismas.

—Ah —jadeó contra su boca cuando el ritmo de sus embistes cambió y arqueó la espalda en respuesta, dejando claro que esa intensidad le encantaba—. Sí, Leo, no te detengas —gimoteó, acariciando la ancha espalda con desespero.

Estaba embarazada, él no necesitaba hacer absolutamente nada para atraparla, pero al parecer estaba dispuesto a demostrarle que la intimidad con él sería lo mismo que un paseo por el paraíso.

Clavó las uñas en sus hombros, robándole un suave gruñido, y arqueó la espalda con brío cuando algo en su interior se fragmentó en mil pedazos. Él rugió, aferrándola contra su cuerpo mientras sus esencias se mezclaban y sus labios se encontraban para acallar sus gritos de satisfacción.

Ninguno rompió el abrazo, dejaron que los espasmos sacudieran sus cuerpos y sus lenguas se enredaron con avidez.

—Podría quedarme en ti por horas —confesó entre besos, liberándola de su peso, y ella sonrió con cansancio.

—Ya habrá tiempo —reconoció y sus párpados comenzaron a ceder—. Me siento muy cansada.

—Descansa —musitó y dejó un casto beso en su frente—. Yo me encargaré de todo.

No entendió sus palabras y cayó rendida en un sueño profundo, dejándolo con la tarea de limpiarla, meterla bajo las sábanas, avivar el fuego y luego terminar de desvestirse para recostarse junto a ella.

Leonard la aferró contra su cuerpo, aún sin poder creer que la noche hubiera terminado de esta manera, y besó su coronilla con ternura, decidido a convertirla en la condesa más dichosa de Gran Bretaña.

Ella había despertado y estaba a su lado, ¿qué más podía pedir?

«Su amor», pensó con tristeza y luego negó con la cabeza.

Podría conseguirlo más adelante, ahora mismo no era quien para exigirle más de lo que acababa de darle. A decir verdad, esa noche había logrado un avance que por un momento consideró bastante lejano.

Capítulo 23

“El club de las solteras tiene un nuevo miembro y se anticipa un rotundo fracaso para las futuras presentaciones de las hermanas del duque de Richmond, ¿podría ser que el prestigio familiar de los Humphrey ha llegado a su fin? Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

¿Sería muy absurdo de su parte decir que no pensaba casarse con él después de todo lo que había sucedido entre ellos durante las últimas semanas? A decir verdad, si era sincera consigo misma, se sentía demasiado asustada y abrumada, cuando llegó a Los cuadriláteros del infierno su única intención era alejar a Leonard del peligro, pero en algún determinado momento las cosas se salieron de su control y terminó aceptando su oferta matrimonial al igual que haciendo el amor con él.

«Esto es una locura».

—Es un poco tarde para sentir culpa. —Le tendió su ropa y Alanis se desprendió de las sábanas en silencio, también era tarde para sentirse tímida e inocente—. Deberías vestirme, me gustaría llevarte con los Aldrich y anunciar nuestro compromiso y próximo matrimonio.

—¿No crees que es muy pronto? —arrastró sus palabras y se puso la camisa—. Lo correcto sería concluir la misión, una boda podría llamar la atención y convertirse en el evento perfecto para matar a un par de nobles —observó y Leonard, quien estaba completamente vestido, acarició su barbilla con un deje pensativo.

—Es verdad, pero llevas tres meses de embarazo y no podemos permitir que siga avanzando.

—No lo pensé —se sintió atormentada, no podían permitir que su bebé naciera fuera del matrimonio y si querían esconder el escándalo, ella debía refugiarse en el campo durante sus meses de gestación—. Tal vez deberíamos hablarlo con Jackson —sugirió.

—¿Cómo llegaste al club?

—Travis me trajo —respondió con indiferencia y terminó de vestirse, ignorando el incómodo silencio—. No debes sentir celos de él, es como un hermano para mí.

—De ser así —desvió el tema con prontitud—, supongo que ya estás al tanto de los últimos acontecimientos.

—¿Qué acontecimientos? —inquirió con un hilo de voz, sintiendo una extraña inquietud en el pecho.

«¿Por qué nadie me habló de esto?», se preguntó furiosa una hora más tarde, permaneciendo en silencio en el salón verde de la casa de su mejor amigo. Comprendía que ella había sido despedida y no existía manera alguna en la que pudiera protestar, puesto que, debido a su estado

de gestación, era justamente lo que necesitaba. No obstante, no podía entender por qué sus amigos le escondieron algo tan importante.

El hermano de Rionna estaba en Londres, al igual que su sulfúrico padre, y estaba bastante dispuesto a serles de ayuda porque él estaba muy bien informado de como inició el plan de Rionna e Ivor para hacerse del condado de Grafton.

—¿Te das cuenta que si tu padre se entera que abandonaste tu casa en Escocia pensará lo peor de nosotros y las cosas no harán más que complicarse? —preguntó con dureza, observando los rizos rojizos con asombro.

Era bastante parecido a Rionna, pero parecía más retraído que su vivaz y cruel hermana.

—Lo estamos buscando —espetó Travis por Arden Gunn—, pero Magnus Gunn no ha dado señales de vida.

—¿Green que esté con Fraser? —miró a Leonard y el castaño asintió.

—Estoy casi seguro de que Gunn confiará en todo lo que él le diga.

—Por eso él está aquí. —Sonrió Travis y le dio una fuerte palmada en el hombro al muchacho, quien al parecer acababa de recuperar la voz porque siseó—: ¿Podría ser más cuidadoso?

Alanis ladeó el rostro, ¿por qué no pudo dar con él cuando indagó sobre la vida de Rionna? Por un momento pensó que salió de viaje junto a su padre, pero todo indicaba que se equivocó.

Odiaba equivocarse.

—¿Por qué deberíamos confiar en ti? —quiso saber y el muchacho abrió los ojos con sorpresa—. Maté a tu hermana, ¿cómo sé que no quieres venganza?

—Mi hermana quería matar a un conde, si no la matabas tú habría sido colgada en la plaza y todo el mundo se habría enterado de sus pecados —se oía indignado, como si el sólo mencionar las intenciones de su hermana fuera vergonzoso para él.

—¿Qué te trajo hasta Londres, Arden? —quiso saber y el chico miró a Travis, quien asintió.

¿Qué tan buena era su relación que el muchacho esperó su aprobación para revelar sus intenciones?

—Ya perdí a mi madre, no quiero que mi padre cometa el peor error de su vida por Rionna, ella ambicionó algo que no era suyo y les prometo que mi padre jamás nos inculcó esos valores ni ese tipo de educación. Magnus Gunn es un hombre honrado y generoso, pero temo que Fraser le esté lavando el cerebro.

Lo que quería decir que la familia Gunn era honrada, al menos todos menos Rionna.

—Si lo que dices es verdad, ¿por qué no intentaste aclarar las cosas con él?

—No estaba presente cuando recibió la noticia de la muerte de mi hermana. Mi padre simplemente ordenó a toda su gente que se preparara para el viaje y partió, olvidándose de mí —lo último lo dijo con resentimiento y dolor, como si fuera bastante normal que su padre actuara

de esa manera.

—¿Y tú como llegaste aquí?

—El señor Spinster me encontró y cuando me contó sus razones para estar en Escocia, le pedí con urgencia que me trajera con él. Soy el único que puede hablar con mi padre. Él no les creerá, son completos extraños y las personas que asesinaron a Rionna.

Odiaba admitirlo, pero el muchacho tenía razón. Él era su mejor arma para lidiar con Magnus Gunn, pero aún quedaba Ivor dentro de la formula y eso era algo inquietante.

—Necesito encontrarlo y aclarar la situación, mi padre debe saber que ustedes sólo hicieron lo correcto.

¿Un par de palabras serían suficientes para calmar a un padre que quería vengar la muerte de su hija?

—Entiendo.

—Sterling llegará pronto —le informó Travis y Alanis se dejó caer sobre el diván más cercano, no muy segura de cómo lidiar con la situación.

Se suponía que estaban un paso por delante de Fraser, pero el hecho de que ahora el hombre tuviera un nuevo aliado no hacía más que desquiciarla. ¿Cuándo terminaría toda esta pesadilla, es que jamás podría tener una vida normal?

—¿Ustedes lograron llegar a un acuerdo? —preguntó su amigo de manera impertinente y muy a su pesar se ruborizó, ¿cuánto tiempo la habría esperado fuera del club antes de descubrir que nunca saldría?

—Pediré una licencia especial y nos casaremos pronto.

Pronto, ya no en tres días, puesto que la situación era bastante delicada.

—Si mi padre se entera que usted mató a mi hermana y ahora se quedará con su esposo, las cosas no harán más que empeorar —confesó Arden, mirándola con fijeza.

—¿Qué tan peligroso puede ser tu padre? —quiso saber y el muchacho de cabellos rojizos meditó su respuesta.

—Mucho, la sangre de los escoceses es muy ardiente y me temo que el miedo nunca está de nuestro lado. Vamos por lo que queremos y en muchas ocasiones la planificación es algo que nos sobra en nuestras estrategias.

Lo suponía, Rionna fue bastante sagaz al colarse en la vida de Leonard con bastante descaro.

—¿Mataría a sangre fría? —la garganta se le cerró y se sintió bastante aliviada al ver que negaba rápidamente con la cabeza.

—Sólo si la situación lo amerita.

No tenía la menor idea si esa era una buena o mala noticia, pero la aceptó en silencio. Lo menos que necesitaba era sentirse más inquieta y tenía la leve sospecha de que Jackson ya le hizo

ese interrogatorio al muchacho.

—¿Qué parte de «estás despedida» no entendiste? —preguntó su amigo ni bien ingresó al salón y arrugó el entrecejo con disgusto—. Deberías estar en reposo.

—Quiere mi cabeza, así que merezco estar al tanto de todo.

El moreno suspiró con cansancio.

—Sólo queríamos evitarte las emociones fuertes.

—He pasado por cosas peores —recalcó—. ¿Cuál es el plan?

—Han pasado nueve días desde que le disparaste y ha mantenido un bajo perfil, necesitamos una buena excusa para sacarlo de su escondite.

Intercambió una rápida mirada con Leonard y el castaño negó rápidamente con la cabeza. Comprendía su inquietud, ella también la sentía, pero si querían que este suplicio acabara, debían dejar los miedos de lado y afrontar la situación.

—¿Qué tal una boda? —arrastró sus palabras y su futuro esposo palideció—. Aceptaré la propuesta de Leonard, podemos casarnos pasado mañana.

—Es muy peligroso —dijo el recién nombrado con prontitud y tanto Jackson como Travis asintieron.

—Pero es el evento perfecto para efectuar un último ataque —reconoció Jackson, pensativo, ganándose una mirada fulminante por parte del conde—. Podemos efectuar un evento discreto, pero a voces. Que todos sepan la hora, el lugar y la fecha.

Si quería que toda esta locura acabara, lo más sensato sería dar la cara y enfrentar la situación con valentía.

—Los niños y las mujeres no pueden asistir, lo mejor es mantenerlos lejos del peligro.

—¿Y tú qué? —exigió saber Leonard, furioso—. ¿Crees que se me apetece exponer al peligro a mi hijo y a la mujer que amo?

Alanis abandonó su lugar y lo miró con pesar.

—Pasaré lo que tenga que pasar.

—¡No quiero que te pase nada a ti! —bramó con impotencia y ella le sonrió con ternura—. Ni siquiera lo intentes, nada de lo que digas logrará calmarme. —Estaba fuera de sus cabales y no era para menos, ambos comprendían que las cosas podrían terminar muy bien o muy mal.

—¿Podrían dejarme a solas con él? —pidió con parsimonia y ninguno de los tres hombres puso objeción alguna a la hora de abandonar el salón.

El plan estaba decidido, ellos no podían seguir dilatando lo inevitable. Debían enfrentar a Ivor Fraser cara a cara, sólo así lo atraparían.

—No estoy de acuerdo —dijo más tranquilo y avanzó peligrosamente en su dirección—. Eres una lady, mi futura condesa, para mí eres más importante que cualquier otra persona.

—No podemos dar marcha atrás, Leo —explicó con paciencia y contuvo el aliento cuando él

rodeó su cintura y tiró de ella en su dirección—. Si nuestra intención es empezar de nuevo, lo primero que debemos hacer es atrapar a Ivor. De lo contrario nunca estaremos tranquilos y los niños tampoco.

Los ojos grises brillaron con pesar.

—¿Por qué no puedo darte una vida normal?, ¿por qué no me dejas cuidarte?

—Realmente deseo una vida normal y nada me gustaría más que sentirme cuidada —confesó con voz rota, acariciando su mejilla—, pero eso puede ser después, una vez que terminemos exitosamente mi última misión.

—Me preocupa que quieran atacarte.

—Pasará lo que tenga que pasar y ni tú ni yo podremos evitarlo —Leonard la abrazó con fuerza—. No debes preocuparte por Sierra, si algo sucede Travis...

—No sucederá nada —zanjó con fiereza—. Al menos a ti no te tocarán un solo pelo —prometió.

No era tan sencillo, pero quiso creer en sus palabras.

—¿Estás lista? —preguntó con voz ronca, besando su coronilla.

—¿Para convertirme en tu esposa o para burlar a la muerte? —se mofó y él la reprendió con la mirada—. La primera me asusta, la segunda es pan comido —siguió bromeando y Leonard se río por lo bajo.

—Pasado mañana te convertirás en mi condesa —la garganta se le cerró, por un momento pensó que ese día nunca llegaría—. Pronto tendremos un nuevo inicio.

—Sí... —la voz le tembló.

Si todo salía bien, ellos terminarían juntos y formarían una numerosa familia.

—¿Me tienes miedo? —su pregunta la tomó por sorpresa—. Seré un buen esposo y padre —prometió con voz suave, conteniendo la respiración—. No importa cuánto tiempo me tome, pero no dejaré de luchar por tu amor, sé que ahora mismo te sientes algo presionada, pero me temo que es el único camino que podemos seguir. Nuestro hijo merece nacer dentro del matrimonio.

—Lo sé —fue lo único que pudo decirle.

Él la miró por varios segundos, a la espera de algo que ella desconocía, y finalmente lanzó un suspiro antes de unir sus labios con suavidad.

—Debo ir por la licencia especial, déjame llevarte con los Aldrich.

Pasado mañana sería su última misión y de las últimas tres, en dos habían fallado horrorosamente, por lo que no estaba segura de qué les depararía el destino. Lo mejor era que su despedida fuera decente. Sujetó el pañuelo masculino y tiró de él hacia abajo para unir sus labios con hambre voraz. Él gimió, encantado con su repentino asalto, y rodeó sus glúteos para instarla a abrazarlo con las piernas por la cintura.

—Mmm... —gimió con el impacto de sus cuerpos e ignoró el hecho de que él caminara hacia

la puerta del salón para cerrar con llave.

Era lo mejor.

—¿A qué se debe esto? —inquirió entre besos, sentándose en el sofá para acomodarla a horcajadas sobre él—. ¿Tienes miedo?

Todo su cuerpo se petrificó y él le regaló una tierna sonrisa.

—Todo saldrá bien, amor mío —musitó con ternura—. No permitiré que te lastimen, te protegeré hasta el último instante.

Le creía, él había hecho mucho por ella, pero... No le gustaba que estuviera dispuesto a arriesgar su vida por ella.

¡Lo necesitaba en su vida!

¿Qué sería de ella y sus hijos si Leonard los dejaba?

Una parte de ella deseaba la familia que él le estaba ofreciendo y por segunda vez en años, dejó que la pasión se apoderara de su ser y le hizo el amor con desespero, decidida a marcarlo como suyo y dejar claro que lucharía por su felicidad a como dé lugar.

Ivor Fraser y Magnus Gunn no arruinarían sus planes.

—Te lo dije, confabularon para matar a Rionna —espetó Ivor, entregándole el periódico que anunciaba el compromiso del conde con lady Taylor a Magnus, y el hombre lo sujetó con bastante seriedad para leer el contenido con disgusto—. Son peligrosos, debemos recuperar a tus nietos.

La mención de los gemelos había hecho que Magnus cediera a todos los deseos de Ivor, por lo que ahora no sólo contaba con un gran aliado, sino que la posibilidad de hacerse del condado volvía a ser suya.

Magnus no podría lidiar fácilmente con los gemelos, alguien tendría que ayudarlo.

—¿Cuál es tu plan? —Sus ojos celestes brillaron con rencor.

—Interrumpir una boda es difícil, pero robar un carruaje... —chasqueó la lengua, entretenido.

—Con la viuda me conformo, quiero saber por qué mató a mi hija.

Ivor se tensó, no quería que Magnus descubriera el trasfondo de la historia, era un hombre muy recto y honorable para su gusto.

—Lo hizo por el conde, ella no merece perdón, si termina bajo tu poder, tú sólo mácala.

No recibió una respuesta e imploró en silencio para que ese hombre no arruinara sus planes, lo menos que necesitaba era que el padre de Rionna se convirtiera en una piedra en su camino.

—La boda es mañana, encárgate de conseguir un par de carruajes y yo me encargaré de lo demás —espetó Magnus con frialdad, abandonando su lugar con movimientos escuetos—.

Después de todo, dudo mucho que en tu estado puedas participar de la persecución.

Era verdad, la herida en su pierna le había generado una leve cojera y aún no podía cabalgar, por lo que su presencia no haría más que estorbar al escocés.

—Recuerda, Ivor, la mujer es mía y el conde es para ti —acotó antes de marcharse—. Si mal no recuerdo, tu difunto padre y tú tienen cierta fascinación por asesinar a los condes de Grafton.

Se tensó, ¿cómo lo sabía?

Maldición, ¿Magnus Gunn era o no un aliado?

Sea cual sea la respuesta, no era un buen momento para dudar.

El día de mañana daría el golpe final y mataría a todo aquel que se interpusiera en su camino, la muerte de Leonard Pearson llevaba dilatándose más tiempo del necesario.

Ese maldito merecía ir al infierno al igual que su chismoso padre.

¡Ese hombre arruinó su vida y él acabaría con la de su amado hijo!

—¿Tienes la información que te pedí? —inquirió Magnus con frialdad una vez que estuvo dentro de su carruaje y su mano derecha enderezó la espalda antes de asentir.

—Sí, señor, lady Taylor tiene una hija de la cual muchos desconocen su existencia.

—Bien —arrastró sus palabras—, veamos si Alanis Taylor tendrá una razón de suma importancia para salvar la vida de su pequeña.

«Hija por hija, Taylor», pensó con frialdad, empuñando las manos con impotencia.

Nada de lo que hiciera le devolvería a Rionna, pero quería creer que al menos así podría vengar su memoria.

—El día de mañana...

—Las quiero intactas, Ivor está muy equivocado si cree que me utilizará como su marioneta.

Quería saber por qué razón esa mujer mató a Rionna y ahora pretendía quedarse con el conde de Grafton. Era un proceder muy escandaloso, ni siquiera siendo escocés saltaría tantas normas sociales, era evidente que existía un trasfondo que tal vez, sólo tal vez, podría librar a todos de una matanza bastante desagradable.

Capítulo 24

"Lady Taylor regresó a Londres para triunfar y atrapar a su antiguo tutor sin importar que éste "apenas" y esté superando la repentina muerte de su condesa
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth".

—¿Estás nervioso? —inquirió Blandes, entregándole una copa de brandy, y Leonard lo miró con disgusto.

—¿Tú qué crees? Alanis será utilizada como un cebo en cuestión de unas cuantas horas y todo por culpa del idiota de Sterling. —Alborotó su cabellera bien peinada y golpeó su escritorio con impotencia—. Ella nunca me escucha, siento que no se da cuenta del gran peligro que la acecha.

—Ella lo sabe —suspiró su amigo y se sentó frente a él—, pero es tan tenaz y valiente que quiere afrontar la situación con valentía. Es su felicidad la que está en juego, es normal que se sienta tan comprometida con la misión.

—La amo —la voz le tembló—. Le he causado tanto mal que ni siquiera puedo dormir tranquilo pensando en todo lo que estoy consiguiendo gracias al bebé que ella lleva en el vientre. La estoy obligando, estoy manejando la situación a mi antojo al igual que hace trece años y ella no tiene más opción que obedecerme.

—¿Eres imbécil o qué? —siseó Portman, abandonando su relajada posición—. Esa mujer está participando en una misión en la que nadie la quiere porque podría costarle la vida y ¿crees que no tiene las agallas suficientes como para mandarte al diablo?

Leonard parpadeó varias veces, confundido.

—Alanis quiere casarse contigo —completó Devonshire con seguridad—. Dijiste que ahora tiene el dinero suficiente para subsistir sola, ella podría huir si así lo quisiera, pero aceptó tu propuesta y se quedó, ¿no crees que estás siendo muy negativo al creer que la estás obligando?

—¿Negativo? —bufó Blandes—. Él está siendo optimista, porque para mí está claro que su mujer es indomable.

¿Alanis lo quería?

Su corazón empezó a bombear sin control alguno y recordó la noche que ella lo cuidó en Los cuadriláteros del infierno, cuando lloró por su estado, cuando lo abrazó y finalmente le pidió que le hiciera el amor.

«Me quiere, Alanis nunca me olvidó». Esbozó una débil sonrisa y empezó a respirar con dificultad. Sus amigos tenían razón, fue un ciego al no querer aceptar el interés que ella mostró hacia su persona, sus deseos de autocastigarse lo llevaron a comportarse como un idiota.

—No puedo permitir que le pase nada malo —determinó con valentía y abandonó su lugar—. Sterling está demente si cree que me quedará en la iglesia a la espera de nuevas noticias, ¿qué haré si ellos atacan primero?

Era una locura que le pidieran que aguardara, eso no pasaría jamás.

Sujetó su arma para guardarla en la cinturilla de su pantalón y abandonó su despacho con paso resuelto. Él escoltaría el carruaje de Alanis y no se sentiría tranquilo hasta que este llegara a la iglesia.

—¿Para dónde tan solo? —inquirió Portman con una sonrisa galante en el rostro y Leonard se rio.

—No es su problema, ustedes pueden esperar por nosotros en la iglesia.

—Curioso, tú siempre te metiste en todos nuestros problemas —observó Devonshire y él fue incapaz de objetar.

Era verdad, en el pasado había hecho muchas cosas por ver felices a sus amigos, pero nunca lo hizo con la intención de recibir algo a cambio.

—No quiero que se arriesguen, sus familias...

—Tú también eres nuestra familia —zanjó Blandes con determinación—. Nuestras esposas jamás nos lo perdonarían si te dejamos solo en esto.

—Yo dormiría en el jardín —admitió Portman, pensativo, y todos rieron por lo alto.

—Sterling se enfadará cuando descubra que rompiste sus reglas —observó el duque y Leonard se encogió de hombros.

—Sus maneras no son las mejores. Es muy joven, demasiado como para superarnos, por lo que es hora de tomar las riendas de la situación.

Quizá Sterling era un excelente espía, pero ellos eran libertinos enamorados capaces de hacer arder el mundo entero por sus mujeres. Ivor cometió un terrible error al meter a Alanis en esto, de haber sido diferente, tal vez habrían podido arreglar sus diferencias de manera civilizada.

«O tal vez no», reconoció para sí mismo con disgusto, comprendiendo que ese día perdería al último familiar que le quedaba.

No era la primera vez que Alanis se preparaba para una misión, pero ese día las cosas eran muy diferentes y era muy consciente de que todo podía cambiar en cuestión de segundos. Ni siquiera estaba segura de sí podría llegar a la iglesia exitosamente, según su gente: parecía poco probable, pero incluso así, ella debía seguir el plan al pie de la letra y dirigirse hacia su vehículo.

Uno donde Arden la estaba esperando, dado que todos suponían que el muchacho debía estar lo más próximo posible a ella en caso de que su padre intentara atacarla.

—¿De verdad no puedo ir? —inquirió Sierra con ojos llorosos y la miró con pesar.

—Lo siento tanto, cariño, los niños no pueden asistir a ese tipo de eventos —mintió.

—Pero soy tu hija, lord Grafton será mi padre ahora, ¿acaso no debería estar presente?

Su corazón empezó a bombear sin control alguno.

—¿Aceptarás a lord Grafton? —preguntó con un hilo de voz y su hija se restregó los ojos con ternura.

—¿Por qué no lo haría? Él es muy bueno con nosotras y se preocupa por ti.

Le agradaba saber que Sierra no renegaba hacia su matrimonio, estaba segura de que sería una excelente hermana para los gemelos y el bebé que estaba en camino.

—Volveré pronto.

—¿Por qué Arden puede ir con ustedes? —se tensó, Travis hizo mal al presentarlos—. Él también es un niño.

—En realidad, tiene quince años y es más grande que tú —se vio obligada a decir y su hija hizo un mohín con los labios—. Sólo espérame, cariño, Blair se quedará contigo y te prometo que más adelante celebraremos una segunda boda junto a todos nuestros amigos.

«Es muy probable que esta no se efectúe».

—Está bien, mamá —susurró derrotada y regresó junto a Blair, quien miraba la escena desde la distancia—. Por cierto, te ves preciosa.

Un rubor trepó por sus mejillas y acarició la falda de su vestido marfil, la cual estaba bordada con hermosos tulipanes rosas en la parte inferior, y se estremeció al reparar en la desnudez de sus hombros y atractivo escote. Era una pieza maravillosa y no le sorprendía que Aline la hubiera solicitado en las últimas semanas especialmente para este evento; no obstante, la presencia de sus armas en los bolsillos le informaba que quizá, lo más sensato, habría sido utilizar otro vestido para la ocasión.

Se dirigió al carruaje que esperaba por ella al final de la escalinata y aceptó la ayuda del cochero para subir en él. El lugar estaba completamente vacío, pero una vez que el vehículo se puso en marcha, el asiento que tenía en frente se levantó y el pelirrojo sacó la mitad del cuerpo.

—No soy un niño —siseó con disgusto y abandonó su escondite—. Lo siento, milady, pero debo decir que su hija es algo entrometida —comentó y Alanis sonrió con diversión, sabía que eran buenos amigos y el muchacho fue paciente con Sierra durante todos sus encuentros—. ¿No cree que es algo temprano? —observó su reloj de bolsillo.

Era un joven dulce y vivaz, no parecía escoces, era tan delgado que uno podía pensar que era un muchacho enfermizo.

—Jackson y Travis creen que es lo mejor, lo más seguro es que ahora mismo nuestro carruaje esté siendo tan escoltado como vigilado.

—No entiendo qué tipo de pelea esperan que se suscite —confesó.

—Las balaceras suelen ser violentas.

—Mi padre nunca recurriría a un ataque tan bajo —le informó.

—Pero ahora mismo tu padre está trabajando con Fraser y el hombre es un cobarde —sus palabras lograron desconcertarlo y en esta ocasión las dudas llenaron a su cabeza—. ¿Por qué no estás en la escuela?

Los ojos color cielo se posaron en ella con intensidad.

—No es asunto suyo.

—Arden...

—No soy tan bueno en los estudios —se limitó a decir—. Rionna siempre decía que era un idiota y lo mejor que podría hacer por la familia era aprender a trabajar.

Definitivamente le hizo un favor a la humanidad al acabar con la existencia de esa mujer.

—No eres idiota —afirmó con dureza—. Un idiota no habría podido persuadir a Travis de traerlo a Londres con él.

—Sí, lo sé —sus ojos brillaron con ilusión—. El señor Spinster es fantástico.

Al parecer Arden se había vuelto muy cercano a su amigo durante la convivencia. La admiración que sentía por él era casi palpable.

—Mi padre siempre viaja por negocios, tal vez él podría darme un trabajo.

Enarcó una ceja, entretenida.

Estaba bastante segura de que su amigo no quería ni necesitaba un discípulo.

—Si todo sale bien, ¿crees que tu padre querrá relacionarse con nosotros?

—Hay algo que ustedes ignoran —sonrió con ternura y ella achicó los ojos con recelo—. Mi padre amará a sus nietos y querrá cuidar de ellos, muy probablemente ahora mismo sólo esté pensando en recuperarlos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Si hay algo que Magnus Gunn desea fervientemente en este mundo, es tener muchos nietos a los cuales amar.

Alanis iba a decir algo al respecto, pero la sacudida del carruaje les anunció a ambos que la conversación había llegado a su fin y era hora de tomar sus papeles.

—Escóndete —ordenó y Arden se metió dentro de la cajuela del asiento, dejándola una vez más totalmente sola en el lugar. Esperó que un hombre ingresara para atacarla o brindarle órdenes, pero en lugar de eso, el carruaje se puso en marcha en dirección contraria a la iglesia.

Bien, irían a la morada del enemigo, por fin darían con Ivor Fraser y el hombre pagaría por todos sus crímenes.

«Lo siento, Leo, pero lo mejor es que te quedes en la iglesia. No puedo arriesgar tu vida, tus hijos y Sierra te necesitan».

Magnus Gunn era un hombre cuya experiencia jamás permitiría que nadie le viera la cara de idiota. La muerte de su hija mayor lo tenía afectado, pero esa no era razón suficiente para perder el juicio y creer que Ivor no le estaba mintiendo o escondiendo algo de suma importancia.

El hombre no era un santo en la historia y Magnus lo sabía muy bien porque conocía la historia de Osmer Pearson y el condado de Grafton, su hija le había contado algo al respecto hace muchos años para justificar el por qué Ivor vivía y subsistía solo, y el hecho de que el actual conde de Grafton estuviera inmiscuido en la muerte de Rionna no era una causalidad.

¿En qué diablos se habría metido su hija para terminar así?

Magnus apartó esos agobiantes pensamientos de su cabeza y se abrió paso entre los setos del jardín para acercarse a la pequeña rubia que miraba a la nada sin ningún fin en específico.

Sierra Sullivan era la hija de la mujer que asesinó a Rionna y le parecía un milagro que Ivor no hubiera pretendido hacerse de la niña hasta el momento.

A él sólo le tomó cinco días descubrir su existencia y ahora que todos los hombres estaban enfocados en cuidar de lady Taylor, la niña terminaría bajo su poder.

Los ojos violetas se posaron en él y Magnus paró en seco, no muy seguro de cómo proseguir. No lastimaría a una inocente, pero sabía que Sierra no abandonaría esa casa a menos de que sea a la fuerza.

Si ella gritaba, las cosas se complicarían un poco. Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando la niña abandonó su lugar y corrió en su dirección.

Dios santo, era una niña tenaz, pero irresponsable.

—¿Vino a buscar a Arden? —la mención de su hijo menor hizo que cada músculo de su cuerpo entrara en tensión.

Después de todo lo ocurrido, ni siquiera llegó a saludarlo después de estar dos años fuera de su hogar.

—Usted es su padre, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —la garganta le dolió, conocía la respuesta mejor que nadie.

—Son muy parecidos.

Magnus se acuclilló en su lugar.

—¿Dónde se encuentra mi hijo?

¿Podría ser que esa gente lo hubiera secuestrado?

—Fue a la boda de mi mamá, dijo que debía quedarse a su lado.

¿Arden estaba del lado de esas personas?

¿Por qué?

Cometió un terrible error al no esperarlo en Escocia, después de todo, quizá perdió una hija, pero Arden perdió una hermana y él no se detuvo a pensar en su dolor.

Cuando se trataba de Arden, él siempre era un pésimo padre.

—Debo ir por él, ¿sabes dónde está?

No podía permitir que Arden se encontrara con Ivor, menos si estaba del bando del conde de Grafton.

—En la boda de mi mamá —dijo con inocencia y Magnus utilizó todo su ingenio para que sus labios no se curvaran con diversión.

—¿Quieres venir conmigo?

—Sí —respondió sin dudarlo y Magnus se hizo de la niña con más facilidad de la esperada.

O quizá ella se hizo de él en un abrir y cerrar de ojos.

Capítulo 25

"Una boda sin novios es un evento bastante peculiar, nunca antes he asistido a un evento tan interesante

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth".

La situación le parecía más curiosa de lo normal y no tenía la menor idea de por qué sus dos escoltas no hacían el más mínimo esfuerzo por agredirla. En otras ocasiones, los esbirros de Fraser efectuaron sus disparos a diestra y siniestra, pero ahora... estos hombres eran y actuaban diferentes.

¿Serían los lacayos de Gunn?

Eso era lo menos importante ahora. Alanis observó la casa de dos pisos que se encontraba en Covent Garden y tragó con fuerza al darse cuenta que estaba rodeada tanto en el piso inferior como en los balcones. No pudo contarlos con exactitud, pero dedujo que existían al menos doce hombres custodiando la casa.

¿Por qué?

¿Sospechaban que podrían haber sido víctimas de una trampa?

Observó el carruaje que en ese momento estaba siendo llevado hacia las caballerizas y rezó en silencio para que Arden pudiera llegar a ella sin salir herido, aunque si era sincera, prefería que se mantuviera oculto.

No deseaba que ningún inocente saliera perjudicado.

Ingresaron a la casa sin causar un gran revuelo y fue llevada hacia un salón desolado. La estancia no contaba con ningún mueble en específico y lo más probable era que las ventanas estuvieran selladas. Si por un momento pensó que vería a Ivor Fraser a su llegada, se equivocó.

Estaba claro que el hombre no pensaba dar la cara por el momento.

—¿Por qué me trajeron aquí? —simuló ignorancia y se volvió hacia los hombres con valentía, ninguno mostró interés en responderle—. ¿Quién los mandó?

—Fui yo, muchacha —espetó una voz gruesa y oscura y la piel se le erizó al ver como un enorme escocés ingresaba a la estancia con paso resuelto.

Era el padre de Arden.

Dios santo, ese hombre era una copia exacta de sus hijos.

—¿Quién es usted?

—¿De verdad no lo sabes? —enarcó una ceja con cinismo—. Mataste a mi hija y secuestraste a mi hijo, ¿o dirás que me equivoqué de mujer?

Maldición, Magnus Gunn no parecía un hombre al cual se pudiera burlar con demasiada

facilidad.

—Nunca secuestre a su hijo —aclaró con disgusto y pudo ver la rabia en su semblante.

—¿Aceptas que mataste a mi hija?

—Mi deber era proteger al conde de Grafton y ella quería matarlo.

—¡Mientes! —explotó con rabia, haciéndola respingar en su lugar, y luego miró a sus hombres con disgusto—. Lárguense, vigílenla hasta que decida qué hacer con ella.

Frunció el ceño, ¿de qué estaba hablando?

—No es ninguna mentira —espetó una vez que estuvieron solos—. Su hija se presentó ante el conde como una mujer sin familia y se casó con él con la intención de asesinarlo.

Magnus inhaló profundamente, recuperando la compostura, y la miró con desdén.

—¿Ah sí? —no le creía—. De acuerdo, digamos que te creo, ¿puedes explicarme por qué ahora te quieres quedar con su marido? —No pudo darle una respuesta, no era como si su vida amorosa fuera de su incumbencia—. O mejor aún, ¿puedes decirme dónde están mis nietos? Tú los secuestraste.

—Están bajo el cuidado de la corona porque su hija quería entregárselos a Fraser.

—¡Eso no es verdad! —bramó fuera de sí y sacó su revólver con toda la intención de asesinarla, pero Alanis hizo exactamente lo mismo y ambos terminaron amenazándose frente a frente con sus armas en mano.

—No miento, Arden podría respaldar mis palabras si usted lo dejara hablar. —La mención del muchacho hizo que el hombre dudara—. Su hijo está aquí, está decidido a esclarecer la situación porque teme que usted cometa el peor error de su vida.

—¿Y cuál es ese? —siseó y ella lo miró con dureza.

—Matar a un noble inocente lo condenará a una muerte inmediata.

Dejar a lady Taylor sola por mucho tiempo no era en lo absoluto prudente, por lo que Arden abandonó su escondite con astucia y se dirigió hacia el lateral de la casa con paso apresurado. La seguridad era demasiado buena como para pretender entrar por una de las puertas, así que buscó una ventana que pudiera servirle de acceso, pero todas estaban cerradas y... la sangre se le congeló.

¡¿Qué diablos hacía Sierra en ese lugar?!

No había manera de que pudiera equivocarse, la niña que estaba apoyada en el marco de esa ventana era Sierra. Arden corrió hacia la muchacha y le hizo una seña con la mano para que guardara silencio. Ella asintió, sonriente, y abrió la ventana con bastante facilidad.

Por todos los cielos, ya decía él que esa niña estaba mal de la cabeza.

—¿Estás loca? —siseó con desespero—. ¿Qué diablos haces aquí? —ingresó a la estancia y

cerró la ventana para no llamar la atención. Lady Taylor colapsaría de los nervios cuando descubriera que su hija fue secuestrada.

—Tu padre fue a buscarte y me trajo con él, no podía perderme la boda de mi madre.

Imposible, su padre no sabía que estaba en Londres, pero seguramente Sierra lo delató y él utilizó ese hecho para manipular a la niña.

«Los escoceses somos cosa seria», pensó abatido y un escalofrío recorrió su espina dorsal al darse cuenta que ahora no sólo debía cuidar de lady Taylor, sino de Sierra.

—Debemos salir de aquí de inmediato —susurró y sin pensarlo más sujetó la mano de la niña y tiró de ella para sacarla de ese lugar. Lo hizo a tiempo, porque en cuestión de segundos dos lacayos salieron de uno de los salones para escoltar la habitación en la que supuestamente Sierra debía estar esperando.

—¿Quiénes son? —musitó con voz suave detrás del muro que utilizaron para esconderse y él le hizo una seña para que guardara silencio.

Josh y Mike no eran malos, eran los hombres de su padre, pero no podía fiarse de ellos ahora mismo. Lo mejor sería dejar a la niña en un lugar seguro y luego volver por su madre, pero... miró el salón de donde ambos hombres habían salido.

¿Lady Taylor estaría en ese lugar?

El sonido de un disparo en el piso superior hizo que Josh y Mike salieran corriendo hacia el segundo piso y Arden aprovechó esa oportunidad para sujetar la mano de Sierra y cambiar de escondite.

Debía sacar a lady Taylor y Sierra de ese lugar, ellas no merecían ser parte de toda esta locura que su hermana provocó.

¡Ellas eran dos inocentes!

Ingresó a la estancia aceleradamente, deseando que esa pesadilla terminara pronto, pero el grito de Sierra le anunció que esto sólo estaba empezando porque sólo necesitó levantar el rostro para ver como lady Taylor y su padre se amenazaban con sus armas.

—¡No! —gritó y se puso en medio, mirando fijamente a su padre.

—Mamá...

—¡Sierra! —el pánico en la voz de lady Taylor fue palpable y Arden miró por encima del hombro como la mujer acogió a su hija en brazos con desespero.

La presencia de Sierra lo complicaría todo.

—Hazte a un lado, ella...

—No —determinó con valentía—. No permitiré que lastimes a una inocente. —Recordó la pistola que Travis le regaló y enseñó a utilizar y la sacó para apuntar a su padre con la misma.

—¡No! —gritó Alanis y su posicionó junto a él para sujetar su brazo.

Esto era una locura, Arden no podía enfrentar a su padre de esa manera.

—Baja el arma —rogó angustiada y agradeció en silencio que él la obedeciera. Magnus Gunn hizo lo mismo con su revólver, dejando claro que no pensaba pelear con su propio hijo—. Las cosas pueden solucionarse de otra manera, Arden —susurró, rezando en silencio para que su gente la alcanzara con prontitud.

—¿Qué sucede contigo? —exigió saber Magnus—. Esta mujer...

—Tú no sabes nada —escupió Arden con enojo—, no permitiré que sigas con esta locura.

Él sólo quería proteger a su padre y esperaba que Magnus pudiera entrar en razón ahora que su hijo había hecho acto de presencia. El pánico la invadió cuando más disparos se efectuaron en el piso superior y aferró a su hija contra la falda de su vestido.

No lo entendía, ¿cómo hicieron para secuestrarla?

Se suponía que junto a Blair... un momento, la mayoría de su gente se encontraba en la iglesia, por lo que la casa de los Aldrich terminó siendo olvidada en cuanto a seguridad.

¿Cómo pudo ser tan estúpida al no pensar en ese punto?

—¡Voy a matarte, Alanis Taylor! —el rugido de Fraser retumbó por toda la casa y por primera vez en años, Alanis deseó esconderse bajo tierra y llevar a Sierra consigo para alejarla de todo el peligro que su vida representaba.

«Es mi culpa, debí obedecer a Leonard».

Si algo llegaba a sucederle a su hija, jamás se lo perdonaría. Ella era la única culpable de que Sierra hubiera sido inmiscuida en toda esta locura.

—¿Cómo dices? —Ivor apartó la vista de su navaja y observó a su mano derecha con seriedad.

—Estoy seguro de que la mujer que está abajo con el señor Gunn es lady Taylor.

—Imposible —se levantó de su lugar con esfuerzo—, aún es temprano y Magnus me lo habría dicho.

Todavía faltaban veinte minutos para que la boda iniciara.

—Pues el señor Gunn ha sido eficiente y ha adelantado todo, incluso trajo a una niña consigo que se parece mucho a lady Taylor.

—¿Una niña? —abrió los ojos con sorpresa—. ¿Esa mujer tiene una hija? —escupió con desprecio.

¿Por qué nadie le dijo nada al respecto?!

Esa mocosa habría sido su primera víctima de haberlo sabido.

—¿Qué hacen los demás en el pasillo? —exigió saber, había visto a sus cuatro hombres de confianza detrás de Roddy cuando este entró a su habitación—, ¿por qué diablos no están abajo?

—El señor Gunn nos lo prohibió —informó con molestia—. No nos deja actuar a nuestra

manera, se ha adueñado de la casa y su gente se ha encargado de reducirnos.

Tal vez pecó de iluso al creer que podría utilizar al padre de Rionna a su antojo.

—Es hora de actuar —zanjó y sujetó su bastón con determinación—. Si esa mujer y su hija están en mi casa, tienen quince minutos para enterrarlas.

Al diablo con Magnus, si él no sería de ayuda, lo mejor sería que no estorbase en sus planes. Iba a abandonar su habitación, pero un gruñido en el exterior le informó que algo no andaba bien y logró esquivar el disparo que no sólo reventó su ventana, sino que se enterró en el brazo de Roddy.

—Mierda —gruñó y la puerta de su balcón se abrió con violencia, dándole paso al hombre que odiaba con cada fibra de su ser.

—¿A dónde crees que vas? —siseó Leonard e Ivor fue lo suficientemente cobarde como para refugiarse detrás de su gente, quienes ingresaron a su habitación con rapidez al oír el disparo.

—¡Mátenlo! —ordenó y salió huyendo de su habitación para ir en busca de la rubia y su hija, no obstante, no pudo quedarse para ver que Leonard no estaba solo, pero sí que pudo escuchar como los disparos se suscitaron en el exterior de su casa.

Una trampa, ¡habían caído en una maldita trampa!

—¡Voy a matarte, Alanis Taylor!

Esa mujer le había arruinado la vida, por su culpa lo había perdido todo, así que no se quedaría tranquilo hasta que le arrebatara lo que más amaba y la enviara al mismísimo infierno.

—Nosotros nos haremos cargo, Grafton, tú síguelo.

Él no estaba solo, ¡maldita la hora que recibió ese disparo en el muslo derecho!

Leonard se despabiló cuando Devonshire le gritó y observó a sus amigos con preocupación, aún quedaban dos hombres que derribar, pero ellos le hicieron una seña para dejar claro que estaban bien y no perdiera más tiempo ahí.

Llegó a las escaleras y lanzó un gruñido bestial al ver como Ivor les disparaba a dos hombres para quitárselos del camino.

—Mierda—bramó y se acercó a los lacayos para inspeccionarlos.

Los disparos no fueron letales, pero necesitaban atención médica. Por todos los santos, Ivor estaba fuera de sí, no podía permitir que diera con Alanis, menos si era verdad que Sierra se encontraba con ella.

—Nosotros los atenderemos. —Blandes ya estaba bajando las escaleras.

No esperó que lo alcanzaran y salió detrás del pelinegro.

Hizo bien al ignorar las órdenes de Sterling, era evidente que nadie se imaginó que la locura de Ivor podría llegar a un punto tan alarmante.

Debía encontrarlas, no podía permitir que Ivor las lastimara.

Antes prefería morir a manos de su primo.

—Tienes que salir de aquí, Arden, nunca debiste inmiscuirte con esta gente —farfulló Magnus con nerviosismo, dejando claro que no le gustaba la idea de exponer a su hijo, y Alanis se aferró a su pistola mientras escondía a Sierra detrás de su cuerpo.

Si tan solo esa habitación tuviera más muebles, ellos podrían esconder a los niños.

—Esta gente ha sido más mi familia en una semana de lo que tú lo has sido en quince años de vida —aseveró y Alanis se dio cuenta que no era el momento adecuado para continuar con esa pelea.

—Ahí viene, debes calmarte, Arden —informó al oír unos pasos en el exterior y el muchacho bajó la guardia, sorprendiendo a su padre de sobremanera por la docilidad que mostraba hacia ella y sus instrucciones—. Tú y Sierra deben salir de aquí, tal vez si rompemos el vidrio de la ventana...

Era tarde.

En ese momento la puerta del salón se abrió con violencia, dejando ver a un Ivor totalmente descontrolado, y el grito de Sierra no hizo más que asustarla, por lo que agradeció que en ese momento Leonard apareciera en su campo de visión y arremetiera contra su primo de tal manera que este terminara cayendo de bruces contra el piso y soltara su arma.

—¡Maldición! —bramó Ivor, encogiéndose de dolor, pero al ver que Leonard pretendía levantarse, se aferró a su bastón y lo golpeó en el rostro con el mismo.

—¡Leonard!

Quiso disparar, pero la presencia de Sierra no se lo permitió.

Su hija no podía ver como acababa con la vida de una persona, ¡nunca se lo perdonaría!

—¡No lo hagas! —ordenó Leonard, como si pudiera leerle los pensamientos, y en esta ocasión le respondió el golpe a Ivor propinándole un golpe en el muslo herido.

No debían matarlo, ambos preferían que la corona lo castigara por sus crímenes.

Leonard se incorporó y corrió en su dirección.

—Dime que están bien —las rodeó en sus brazos y Sierra se aferró a él de igual manera.

—Sí, yo...

—¡Siempre lo arruinas todo! —gruñó Ivor, abandonando su lugar con lentitud, y Leonard utilizó su cuerpo para protegerlas—. Pero no importa, hoy se irán todos ustedes al infierno y vengaré la muerte de Rionna.

—Fuiste tú quien la envió al infierno al hacerla parte de tus sucios juegos —siseó el castaño y Alanis percibió la tensión tanto en Magnus como en Ivor, esa afirmación no les había gustado en lo más mínimo.

—¡Eso no es verdad! ¡Yo la amaba!

—Si la hubieras amado, nunca habrías seguido su tonto plan —escupió Arden, poniéndose a la par de Leonard con valentía.

¿Por qué Rionna fue tan mala con su hermano? Era evidente que, de haber sido mejor persona, ese niño habría dado la vida por su hermana mayor.

—¡Cállate, mocoso! —bramó Ivor, perdiendo el control—. Ahora entiendo por qué Rionna nunca te soportó, eres un maldito entrometido. Maldita la hora que la fiebre no te llevó al infierno.

¿Qué?, ¿Arden estuvo enfermo?

Magnus palideció, observando el perfil de su hijo con preocupación, pero Arden no hizo nada por mirar a su padre.

—Por un momento pensamos que morirías, nos fuimos sin dejar nada para ti, pero fuimos unos idiotas. Debimos lidiar contigo desde un principio, todo habría sido más fácil sin tu existencia.

—¡Por tu culpa mi hermana está muerta! —gritó Arden con mayor fuerza, avanzando arriesgadamente hacia el pelinegro—. Nunca debiste entregarla a otro hombre ni mucho menos decirle que debía matar al conde, tú la convertiste en un ser despreciable y ambicioso.

—¡Cállate! —le propinó un golpe violento con su bastón y Arden cayó al piso, alertando a Leonard y Magnus porque quedó inmóvil en su lugar.

—¡No, Arden! —gritó, camuflando el grito de su hija y en el momento que los hombres fueron en su ayuda, Ivor se hizo nuevamente de su arma y la apuntó con la misma sin piedad alguna.

—Las mandaré al infierno.

Alanis se arrodilló para cubrir a Sierra con su cuerpo, no muy segura de como terminarían las cosas, pero rezó en silencio para que su gente pudiera cuidar de su hija si ella llegaba a faltarle.

—¡No lo hagas! —bramó Leonard, corriendo en su dirección para cubrirla con su cuerpo, pero no pudo llegar a ellas cuando el disparo retumbó por el lugar.

Gracias a Dios, ese disparo no se enterró en su piel y ella sólo pudo sentir como Leonard caía sobre ellas para acobijarlas con su cuerpo.

—¡Mamá! —Aferró a Sierra contra su pecho al ver como Ivor caía al piso con un disparo en la frente y sollozó con desespero al darse cuenta de lo que estuvo a punto de sucederle.

—Estoy bien, cariño —logró articular y se dio cuenta que Leonard estaba tiritando en su lugar—. Estoy bien —repitió cuando los ojos plateados la miraron con desespero y acunó sus mejillas para besarlos con ternura—. Estoy bien, mi amor —le informó y él las abrazó con fuerza, soltando un suave sollozo lleno de alivio.

Ivor estaba muerto y fue el mismísimo Magnus Gunn quien le salvó la vida.

¿Por qué?

Lo miró con ojos llorosos y el hombre se inclinó para tomar a su hijo en brazos.

—Arden... —susurró con desespero y todos se incorporaron con rapidez—. Un doctor debe atenderlo, no puede llevárselo así.

Magnus dudó, pero en ese momento Leonard se acercó al hombre con decisión.

—Se hará lo que usted diga, quiere ir a un duelo por su hija, lo aceptaré, pero deje que mi doctor atienda a Arden. Él hizo mucho por la mujer que amo y mi hija.

El hombre miró a su hijo y luego clavó la vista en Sierra.

Alanis no supo qué pensar cuando él se limitó a asentir, pero sintió un gran alivio al ver como sus amigos llegaban a la escena para informar que todo el lugar había sido controlado y el peligro se había ido.

Ella sabía que Magnus Gunn no los lastimaría; es decir, gracias a ese hombre y su hijo, Sierra y ella seguían con vida.

Capítulo 26

"Se dice por ahí que muchos nobles respetables aceptan la unión de los nuevos condes de Grafton. Todos menos la familia Humphrey, quienes parecen aborrecer a los condes y a toda su prole
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth".

Se sentía demasiado mareada y abrumada para su propio bien y apenas y podía escuchar las disculpas de Blair, quien no dejaba de llorar mientras le explicaba que su intención nunca fue descuidar a su hija, que sólo fue por una merienda para pasar la mañana con ella en el jardín.

—Descuida, Blair —musitó con ternura—, conozco a mi hija y tú no tienes la culpa de nada.

Sierra siguió a Magnus Gunn porque era el padre de Arden, ella misma se lo confesó, por lo que su amiga no tenía la culpa de nada.

—Déjame atenderte, yo...

—Ve con Arden —rogó con desespero—, yo estoy bien, sólo me siento algo... cansada.

«Sorprendida, asustada y todo lo que estar a un paso de la muerte puede provocar», pensó con desespero, agradeciendo que Leonard ingresara a la habitación que se le cedió en Grafton House en ese preciso momento.

Su compañía era lo que único que necesitaba para sentirse mejor. Blair siguió su petición y una vez que se quedó a solas con el conde, Alanis abandonó su lugar y corrió hacia el castaño para rodearlo con sus brazos.

—Todo está bien, mi amor —susurró él con desespero, era evidente que aún seguían algo afectados por todo lo ocurrido—, ahora él está muerto y nunca más será una amenaza para nosotros.

—No lo entiendo, ¿qué hacías ahí?

—Los libertinos enamorados no seguimos órdenes de nadie —decretó, enviando al demonio a Jackson, y Alanis se rio por lo bajo.

—Gracias por llegar, yo... me sentí tan tranquila cuando te vi ahí.

El abrazo de Leonard se hizo más fuerte.

—Te fallé, de no haber sido por Magnus...

—No lo digas —rogó, él no tenía la culpa de nada—. Lo único que importa es que estamos bien y que por fin todo ha terminado.

Leonard la tomó en brazos y la llevó hacia el sofá para tomar asiento y acomodarla sobre su regazo, era evidente que en ese momento ninguno de los dos tenía la fuerza necesaria para mantenerse de pie.

—Alanis...

—¿Hmm? —enterró la nariz en su cuello.

—Tú me dijiste «mi amor» —era una afirmación, no una pregunta.

Ella escondió su carcajada y sonrió por lo bajo.

—No lo sé, la impresión no me deja recordarlo —mintió y el agarre masculino se hizo más posesivo.

—Yo lo recuerdo muy bien y me gustaría saber qué sientes por mí.

¿Él deseaba saber qué sentía por él?

—Te amo —confesó sin reparo alguno y lo abrazó por el cuello—. Te amo tanto que no quiero seguir perdiendo más tiempo, no quiero seguir fingiendo que no me importas. Quiero y deseo aceptar todas tus ofertas. Confío en tu palabra y el amor que sientes por mí, ahora te pido que me ayudes a ser feliz. —Juntó las puntas de sus narices con ternura—. Seamos felices juntos, junto a nuestros hijos y amigos.

Leonard tiritó sin control alguno y enterró el rostro en su hombro antes de decir:

—Creí que para escuchar algo así tendría que vivir tres vidas, visitar seis veces el infierno y luego postrarme ante ti por una eternidad.

Ella negó con la cabeza.

—Trece años han sido más que suficiente para mí, no creo que pueda lidiar con una eternidad lejos de ti.

—Yo tampoco, ya no deseo perder ni un solo segundo, criatura —musitó y unieron sus labios con suavidad, reconociendo y aceptando sus sentimientos con deleite.

Un suave toque en la puerta la obligó a bajar del regazo de Leonard, pero ambos entrelazaron sus manos al ver a Jackson ahí. No se veía en lo absoluto contento por el proceder de su prometido, pero al menos les regaló una cálida sonrisa cuando terminó de abrir la puerta y dos criadas ingresaron con los gemelos en brazos.

—¡Alexander, Gabriel! —Leonard corrió hacia sus hijos y Alanis se mordió el labio inferior al ver como sus ojos se cristalizaban.

No debió ser fácil para él permanecer tanto tiempo lejos de los gemelos.

—La misión ha concluido y los gemelos pueden volver a su hogar —anunció su antiguo jefe con satisfacción—. La reina les manda su bendición y espera prontas noticias sobre la reprogramación de su boda.

—Muchas gracias por todo —susurró Alanis y corrió hacia su amigo para abrazarlo—. Ha sido un honor trabajar contigo.

Jackson hizo una mueca.

—No me gustan las muestras de afecto.

Ella se rio por lo alto, pero no lo soltó.

—Gracias por todo.

—Espero no volver a trabajar con ningún libertino en mi vida —siseó y miró a Leonard con disgusto—. Estarás mejor con él, a ambos se les da muy bien romper las reglas. —Le guiñó el ojo y salió de la habitación para brindarles su espacio.

Todo había terminado.

Por fin era libre y estaba donde debía estar.

—¿No los cargarás? —se acercó al castaño y vio la incertidumbre en su rostro.

—¿Podré hacerlo solo?

—¿Solo? —frunció el ceño.

—Rionna no está, ellos...

—Yo seré su madre —zanjó y tomó a uno de los niños en brazos, quitándole la presión de tener que elegir a cuál tomar primero—. Tú dijiste que Sierra es tu hija, así que ellos son míos.

Leonard tomó al segundo gemelo en brazos y la rodeó por los hombros con ternura cuando las criadas se marcharon.

—Gracias por regresar.

—Gracias por aceptarme.

—Perdón por soltarte. —La buscó con la mirada.

—Perdón por odiarte. —La voz se le quebró y él unió sus labios con ternura—. Y por seducirte y embarazarme sin tu permiso —añadió con diversión, acabando con la inquietud de sus pechos, y ambos rieron por lo bajo.

Después de compartir más de quince minutos con los gemelos, ambos se miraron con fijeza y asintieron con valentía para abandonar la habitación y dirigirse al cuarto que Arden y su padre estaban ocupando.

Ingresaron a la estancia con valentía y Alanis sonrió al ver al pelirrojo despierto, pero con un gran hematoma en el rostro.

—¡Lady Taylor! —Arden se emocionó al verla ahí y sus ojos brillaron con ilusión al ver el pequeño bulto que tenía en brazos.

El parecido con su padre era tan similar que Magnus no pudo mantenerse sereno cuando Leonard se acercó a él para entregarle a su nieto.

—Él es Gabriel Pearson —le presentó y Alanis dejó que Arden sujetara a Alexander.

—Y el Alexander Pearson.

El hombre adulto acarició la mejilla de su nieto con ternura y se acercó a Arden para mirar al otro niño, su emoción era tan evidente que Leonard la abrazó por los hombros para controlar su satisfacción y orgullo.

—Gracias por proteger a mis nietos, lady Taylor —dijo el hombre por fin, conectando sus miradas—. Arden me ha explicado todo y les debo una disculpa.

—Usted me salvó la vida, no nos debe nada —admitió con voz débil y el hombre suspiró.

—Nunca debí confiar en Ivor, pero cuando mencionó a mis nietos sólo pensé en rescatarlos, él dijo que estaban en peligro.

—Lo entiendo —añadió.

—Perdón por llevar a su hija conmigo, por un momento pensé que nuestra conversación sería civilizada, pero Ivor perdió el control y las cosas terminaron peor de lo esperado. —Ese era un tema que no quería abordar, Sierra estaría castigada una buena temporada por confiar en extraños—. Jamás me habría perdonado si algo malo le hubiera sucedido, ella es una niña muy dulce y transparente.

—Gracias —apartó la lágrima rebelde que se deslizó por su mejilla.

—Lamento mucho todo lo que la ambición de mi hija provocó en sus vidas —espetó avergonzado y tanto Leonard como Alanis se miraron con complicidad.

De no haber sido por Rionna, nada de esto habría sido posible.

—Espero que no culpen a mis nietos por nada.

—Puede estar tranquilo, Gunn —espetó Leonard, menguando la inquietud del hombre.

—Nuestros hijos no tienen la culpa de nada —acotó ella, estampando una sonrisa en ambos pelirrojos.

—¿Podremos ser parte de sus vidas? —inquirió Arden con temor, como si de pronto temiera ser expulsado de Londres, y Alanis se acercó al pelirrojo para alborotar su cabellera.

—Ustedes ya son parte de nuestras vidas.

Eran su familia.

—Entonces vendré seguido a visitar a mis sobrinos —aclaró el pelirrojo y su padre carraspeó.

—En realidad, retomarás tus estudios y te convertirás en un gran hombre de negocios.

—¿Qué? —el pelirrojo torció los labios con disgusto.

—Travis no trabaja con buenos para nada —musitó ella en su oído, motivándolo a salir adelante, y Arden asintió, aceptando la oferta de su padre.

—Gracias por cuidar de Arden —espetó Magnus finalmente, regresando a Gabriel a su padre, y miró a su hijo con fijeza—. A partir de ahora yo me encargaré de él, creo que he sido algo ciego al creer que mis hijos estarían bien sin mí.

Al menos la muerte de Rionna había hecho que el señor Gunn recordara que su hijo necesitaba de él.

—Pueden quedarse en Londres el tiempo que deseen —espetó Leonard y se acercó a ella para besar su coronilla—. Nuestra boda fue cancelada, pero planeo efectuarla en Bath en una semana.

Nada le daría más gusto que casarse en Bath, en ese lugar vivió los mejores momentos de su

vida y quería creer que a partir de ahora todo momento sería especial y memorable.

—Una boda junto a toda nuestra familia —musitó risueña y Leonard asintió.

—¿Podemos quedarnos, padre? —Arden le entregó a Alexander y tanto ella como Leonard suspiraron con alivio cuando Magnus aceptó la invitación.

Era bueno saber que las enemistades se habían acabado, arrastrar el odio no era una sabia decisión, puesto que a partir de ese momento uno se olvidaba de su propia felicidad y sólo anhelaba la destrucción de los demás sin evaluar el mal que se causaba a sí mismo.

La puerta de la habitación se abrió con sumo cuidado y Alanis achicó los ojos al ver a Sierra ahí, espiándolos.

¿Podía culparla?

Ella solía hacer exactamente lo mismo a su edad.

—Entra, cariño —pidió y la pequeña rubia se acercó a la cama con paso apresurado.

—¿Ya te sientes mejor? —estaba preocupada por Arden.

—Sí, la próxima no confíes en extraños, ¿de acuerdo? —pidió adolorido.

—Está bien —susurró apenada—. ¿Ya no volverás a tener misiones? —le preguntó con curiosidad y Alanis asintió—. ¿Eso quiere decir que todo ha terminado? —la emoción en su voz le hizo sentir un deje de culpabilidad, pero decidió descartarlo.

—En realidad —Leonard tomó la palabra por ella—, eso quiere decir que esto solo es el inicio de toda una vida llena de felicidad y nuevas emociones.

Porque eso era lo que merecían y por lo que lucharía fervientemente de ahora en adelante.

Fin

Epílogo

Tres años después

"Después de lidiar con matrimonios bastante escandalosos, los gemelos Aldrich decidieron recordar a sus esposas. ¿Podría ser que lord Seymour decidió visitar a su esposa en Kent por la repentina llegada de su hermano a Londres?

Si mal no recuerdo, existe un triángulo amoroso ahí; sin embargo, ¿alguien me puede decir en qué punto de la ecuación entra la esposa de lord Randall?

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth".

Hace más de tres años, Alanis jamás se habría visto a sí misma en una casa de campo siendo anfitriona de una fiesta campestre ni mucho menos conversando animadamente con sus amigas, quienes eran ladies respetadas y acaudaladas, mientras que sus esposos gozaban de una tarde de caza en el exterior.

—Si me permiten, iré a vigilar a los niños —pidió permiso y las mujeres no objetaron al respecto, puesto que era su turno de darle una ojeada a los diablillos.

Se dirigió al cuarto de niños y paró en seco al ver a su amigo apoyado en el barandal de las escaleras, últimamente Travis se estaba comportando de manera peculiar y no tenía la menor idea de por qué nadie le informó sobre su llegada.

—¿Llegaste hace mucho? —El castaño respingó en su lugar—. ¿Todo en orden? Te ves furioso.

—Richmond volvió a sabotear mis planes, es el tercer terreno que me quita y si las cosas siguen así no podré construir mi cuarto hotel.

El duque odiaba a Travis y no era para menos, su amigo no sólo había labrado una gran fortuna en los últimos años, sino que los ingleses lo consideraban una mina de oro y estaban muy predispuestos a hacer negocios con él y recibirlo en sus salones de baile.

—Deberíamos ponerle un alto, ¿no crees? —se cruzó de brazos, pensativa.

—Esta temporada lo pondré en su lugar —prometió apasionadamente, generándole algo de inquietud.

—¿Qué tienes en mente?

—Si él quiere jugar a robarnos cosas, perfecto, yo tomaré algo que jamás podrá recuperar.

Se marchó sin decir más al respecto y Alanis determinó que lo mejor sería hablar con Leonard, ahora ellos se llevaban muy bien y tal vez él podría ayudar a Travis a manejar la situación con más calma.

No tenía la menor idea de en qué momento empezó, pero su amigo sentía un odio irracional hacia los Humphrey. Suponía que existía una parte de la historia que ella desconocía, sólo eso

podía explicar la amargura que Travis siempre cargaba consigo cuando esa familia se metía en sus asuntos.

Ingresó al cuarto de niños y no le sorprendió saber que las niñas salieron de paseo con sus institutrices, dejando a los más pequeños con sus niñeras.

—¡Mamá! —exclamaron los gemelos al unísono, pero Hugo fue más hábil que ellos y corrió en su dirección como si de eso dependiera su vida, por lo que Alanis lo levantó en vilo con entusiasmo, dejando que el pequeño rubio la abrazara con fuerza y enterrara la nariz en su cuello.

Se parecía tanto a su padre que a veces se preguntaba si no habría sido otro de sus regalos.

Decidió sentarse en la alfombra para compartir con sus tres hijos y Gabriel se sentó en su regazo cuando vio que Hugo se distrajo lo suficiente como para no montar una escena de celos.

Ella besó su mejilla con ternura, robándole una suave carcajada.

Los amaba por igual, era imposible no hacerlo, menos cuando ellos siempre corrían en su dirección con los brazos abiertos y una enorme sonrisa en el rostro.

—Al fin te encuentro. —Leonard ingresó a la habitación y se sentó junto a ella antes de dejar un casto beso en sus labios—. Cuando las damas me dijeron que desapareciste, supuse que estos rufianes te habían distraído. —Sujetó a Alexander, el más travieso de todos, y lo hizo girar en sus brazos antes de dejarlo en su lugar—. ¿Todo en orden?

—Sí —musitó con voz suave y lo miró de reojo—. ¿Por qué preguntas?

—No lo sé, has estado rara —admitió con curiosidad y en ese momento sus hijos decidieron enloquecer y perseguirse unos a otros—. Al menos Sierra ahora pasa más tiempo con las hijas de Blandes.

Porque antes se habría puesto a corretear a sus hermanos, determinó Alanis con diversión.

—¿Eres feliz?

—¿No se nota? —le sonrió con coquetería y besó su mejilla con picardía—. ¿Deberíamos ir a nuestra alcoba?

—¿No te cansas por tener tantos niños a tu cuidado? —quiso saber y abandonó su lugar con ayuda de su esposo, quien llamó a las niñeras para que se hicieran cargo de los niños.

—Es cansado, pero me siento muy feliz de que así sea —admitió, guiándola hacia las escaleras—. ¿Por qué lo dices?

—No lo sé, ya viste a lord Blandes, tiene seis hijas bajo su cuidado y Aline dijo que si este último no es un varón se dará por vencida.

—Blandes ama a sus hijas, criatura —aclaró y ella observó a sus amigos desde el interior de la casa, todos se estaban preparando para el picnic y le resultaba curioso ver a Windsor, Beaufort, Sutherland y Winchester ahí.

Tiempo atrás, ellos no habían sido tan cercanos con los amigos de su esposo, pero ahora todo era diferente y hasta hacían negocios juntos.

—Han pasado tres años desde que nos casamos —conectó sus miradas y él frunció el ceño.

—No me dirás que ya no me amas, ¿verdad?

Ella se rio por lo alto.

—Claro que no, sabes que mi amor por ti es eterno.

—El mío también —rodeó su cintura y la besó con avidez—. ¿Me dirás que tienes? —preguntó contra sus labios y ella asintió—. ¿Y bien?

—Tengo un bebé —confesó con un hilo de voz y lo sintió tensarse.

—¿Qué?

—Te molesta —no lo repitió—, pensé que no volvería a pasar, pero... —la calló, y lo hizo con un beso profundo y hambriento.

—¿Un nuevo bebé? —preguntó con una gran ilusión en el rostro y el alivio se extendió por cada una de sus extremidades—. ¿Lo dices en serio?

—Sí —sonrió con entusiasmo—. No sabía cómo decírtelo, pensé...

—¿Qué ibas hacerme el hombre más feliz de la tierra? —le cortó—. Sí, pensaste muy bien, ahora vamos a dar esta buena noticia y a celebrar como corresponde.

Porque un nuevo miembro en la familia era razón suficiente para efectuar una celebración en grande, ¿verdad?

—Alanis... —musitó él una vez que la noche llegó y ambos se encontraban bajo el calor de sus sábanas.

—¿Sí?

—No vuelvas a creer que un bebé será una carga para mí, ¿de acuerdo?

—Lo siento. —Se volvió en su dirección y lo miró con arrepentimiento—. Es sólo que los embarazos me ponen sensible.

—Te perdono. —Estiró el brazo y la pegó a su cuerpo con ternura—. Después de todo, eres la razón de mi felicidad, ¿cómo podría enojarme contigo?

«Gracias, papá».

De no haber sido por Hugo Taylor, ella jamás habría regresado a Londres ni habría intentado vengar su muerte y la de su tía, lo cual habría significado una muerte segura para su hija y Leonard con el pasar de los meses y años.

Todo en la vida sucedía por algo y ella sentía que todo lo que vivió en el pasado ya no significaba nada al lado del hombre que ahora mismo la aferraba contra su cuerpo.

Era feliz y eso era lo único que importaba.

Aunque en el fondo deseaba que sus amigos también pudieran alcanzar ese grado de felicidad, últimamente sus vidas no hacían más que complicarse y todo porque ahora Jackson era el conde de Pembroke, Seamus debía buscarse una esposa, Andrew deseaba comprar una para que le diera muchos hijos a los cuales criar y Travis... él era el que más le preocupaba.

Sólo esperaba que sus sospechas no fueran ciertas y su amigo no haya posado los ojos en Penelope Humphrey, la mujer que arruinó hace tres años y de la cual nunca se disculpó por su falta.

Nota de autora

Nuestros libertinos enamorados han llegado a su fin, pero como pueden ver se vienen nuevas series. Los gemelos Aldrich, Seamus, Andrew y Travis serán parte de la serie *El club de las solteronas*. Dejemos a nuestro misterioso Jackson para *La sociedad de los canallas*.

Si aún no leíste el primer libro de La sociedad de los canallas, te invito a leer el prólogo de La trampa del duque infame.

Gracias por estar presente durante toda esta aventura, es hora de pasar a nuevas series y generaciones.

La trampa del duque infame 01 *La sociedad de los canallas*

Prólogo

“La sensatez ya no parece ser una prioridad para la familia Milton. De haber estado en su lugar, yo habría elegido un destino muy lejano para la hermosa reina de hielo, quien al parecer debe emplear todo su encanto para encontrar un nuevo pretendiente y, en esta ocasión, llevarlo al altar.

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

20 de agosto, 1846

Londres

Desde hace siete meses, para Ewan Lockhart, cualquier lugar era un paraíso en comparación de su hogar, el cual terminó siendo invadido por tres damas que resultaron ser todos unos personajes. Sus pupilas podían ser consideradas como encantadoras, cada una a su manera, pero lastimosamente ser encantadora no era una cualidad que fuera de mucha ayuda para encontrar marido.

¡Ellas eran todo un fracaso social!

Las hermanas Sheeran generaron gran conmoción con su llegada a Londres y no precisamente por ser guapas o damas de suma importancia, sino porque la hermana mayor, la recatada Colette, estaba sometida a llevar un delicado velo para cubrir su rostro la mayor parte del día. Ese hecho no hizo más que levantar una ola de rumores referentes a posibles deformaciones o cicatrices vergonzosas, puesto que su pupila también se esmeraba en esconder su piel y figura con horribles vestidos oscuros.

«¿Por qué nadie me advirtió que la chica estaba defectuosa?», se preguntó abatido y alborotó su cabellera con cansancio.

Colette era la mayor de las hermanas con sus diecinueve primaveras y la que poseía una dote superior, ahora Ewan entendía mejor el por qué. Se podía decir que era la hermana más dócil e inteligente, puesto que Louisa, el diablillo de diecisiete años, era más dada a entrenar esgrima o pasar tiempo en los establos, mientras que Harriet, con tan sólo catorce años, era considerada como un ratón de biblioteca.

—Repito: te estás enfocando en la hermana equivocada. —Su buen amigo, el marqués de Teingham, mejor conocido como el marqués misógino por todo par de la nobleza, adoptó un semblante más serio para abordar el delicado tema—. Nadie se casará con la abominación

Sheeran, enfócate en la hermana más salvaje, es guapa y puede resultar entretenida.

Ewan mentiría si dijera que no lo había pensado con anterioridad. Si bien lo correcto era casar a la hermana mayor primero, sus esperanzas de triunfo murieron desde el primer día que la vio ingresar a su casa.

—Louisa es desdeñosa —observó de pronto, analizando su segundo problema—, parece un cachorro con rabia, un hombre sólo necesita acercarse a ella para escuchar sus gruñidos.

Leighton se rio por lo alto, algo muy propio del marqués misógino, él nunca se tomaba nada en serio, ni siquiera la ruina que se avecinaba para destrozar sus cuentas bancarias.

—Llévalas a la fiesta campestre que mi tía está organizando —añadió de pronto, generándole algo de sorpresa—. Quizá encuentran algo interesante.

—Es una fiesta cuyo objetivo principal consiste en encontrarte una esposa, ¿estás seguro que las quieres como candidatas?

—Nunca las consideraría como una opción —confesó—, pero es un evento al que no sólo asistirán mujeres. Mi tía ha sido bastante permisible con sus invitaciones debido a mi intachable reputación —ironizó—, por lo que será una fiesta bastante entretenida.

Lady Agatha Kilbrenner estaba decidida a casar a su sobrino esta temporada y tenía razones de sobra para encapricharse con ello. Leighton estaba arruinado, sus vicios y falta de interés en los negocios lo llevaron a la quiebra, y todo indicaba que su tía ya no estaba dispuesta a seguir gastando su dinero en él.

—Quiero la suerte de Kornmack —comentó su amigo—. Una esposa como lady Raphaella; bella, joven y rica no estaría nada mal, llevan más de medio año casados y las cosas parecen ser muy pacíficas entre ellos. Al menos la bestia escocesa no se ha quejado mediante sus misivas.

No estaba de acuerdo con ese pensamiento, pero tampoco estaba dispuesto a refutar. Leighton sólo quería una heredera como esposa, no pensaba más que en el dinero y lo mucho que podría divertirse con él, y lo cierto era que Ewan sentía algo de pena por la futura marquesa de Teingham.

—Por cierto. —Su amigo lo miró con diversión—. ¿Adivina quienes estarán presentes en la fiesta?

Negó con la cabeza, ahora mismo no se sentía muy imaginativo. La preocupación lo estaba carcomiendo por dentro, ¿qué diablos haría él con tres solteronas bajo su cuidado?

—Los Milton.

Esa noticia le dio una razón para sentirse mejor y dibujó una perversa sonrisa en su rostro. Sabía que ahora mismo la familia Milton no contaba con la mejor de las reputaciones, los dos desplantes que lady Briseida Milton sufrió el año pasado generaron muchos rumores al respecto y muchos pensaban que la hermosa pelinegra de mirada tan fría como el hielo estaba defectuosa.

—Si aceptaron la invitación de tu tía, su situación debe ser muy mala. —De más estaba decir

que ni sobrino ni tía contaban con la mejor de las reputaciones—. ¿Están seguros que quieren confraternizar con tres de los miembros de La sociedad de los canallas?

Lastimosamente, la bestia escocesa heredó muchas obligaciones junto al ducado que la muerte de su padre le dejó y por ende él estaría fuera de Londres por un tiempo indefinido.

—Después de lo ocurrido con Winchester y Aberdeen nadie está muy dispuesto a cortejar a lady Milton, por lo que la familia tendrá que bajar sus estándares si no quieren una solterona más entre ellos.

De cierta manera, sentía algo de pena por lady Briseida, ella no había hecho nada malo y su reputación terminó por los suelos por culpa de dos libertinos que terminaron enamorados de otras mujeres. Sin embargo, considerando que la mujer era tan cruel y despreciable como su hermano mayor, el duque de Carlisle, su compasión no solía durar más de dos minutos.

—¿Qué se traen entre manos? —musitó pensativo—. Los Milton no hacen las cosas sólo porque sí.

Leighton tamborileó los dedos sobre la mesa del club y meditó unos segundos antes de dar su punto de vista.

—Estoy seguro que van por Ryne. —Ewan se tensó—. Después de todo, a pesar de ser el cuarto miembro de la sociedad de los canallas, sigue siendo el vizconde perfecto y cuenta con un título de bastante antigüedad, sin mencionar que es malditamente rico.

—Ryne no está buscando una esposa y la única razón por la que asistirá a la fiesta de tu tía es porque su hermana fue presentada en sociedad este año.

Su amigo asintió, entretenido.

—He de admitir que la reina de hielo me parece una opción excelente; es hermosa, sumisa y rica, todo lo que necesito como esposa si no quiero alterar mi estilo de vida.

—Carlisle preferiría matarte antes que entregarte a su hermana en matrimonio —dijo con diversión, disfrutando de la sola imagen de fastidiar a su enemigo jurado, y una idea perversa atravesó su cabeza y su sonrisa no hizo más que agrandarse.

Leighton enarcó una ceja, preguntándose si sus sospechas eran ciertas y estaban pensando lo mismo, y finalmente Ewan se inclinó en su dirección.

—Debes atraparla.

—No puedo creer que me estés sugiriendo algo así.

—Nada hundiría más a los Milton que emparentar contigo.

—¿Gracias? —ironizó el marqués, siseando la pregunta por lo bajo—. No importa que sea hermosa, la reina de hielo es un tema de bastante seriedad y no sé si quiero hacerme cargo de ella por el resto de mis días.

—Su dote es de veinticinco mil libras, sabes que lo necesitas.

Su amigo tragó con fuerza.

—No me aceptarán.

—Lo harán si un nuevo escándalo toca a su puerta. —Sonrió con malicia.

—¿Qué estás tramando?

—Creo que ya es hora de que el mundo conozca la verdadera cara de Zander Milton. —El marqués torció los labios con disgusto al darse cuenta que un matrimonio con la reina de hielo implicaba aceptar a un cuñado demasiado molesto—. Después de todo, la perfección que él aparenta no es más que una vil mentira.

Ewan se juró a sí mismo que nunca descansaría hasta hundir a la familia Milton y devolverles todo el daño que causaban a su paso, por lo que la fiesta campestre en la casa de su amigo parecía el terreno perfecto para tenderle una trampa al duque soberbio.

LA SOCIEDAD DE LOS CANALLAS N°1

*La
Trampa del
Duque infame*

VANNY FERRUFINO

Listado de historias.

Históricas:

Libertinos Enamorados

1. Aliados del amor
- 1.5 Los secretos del conde
2. Enemigos de la pasión
- 2.5 El rechazo del marqués
3. Amigos del placer
- 3.5 El regreso del duque
4. Víctimas de sus sentimientos
- 4.5 La prima del vizconde
5. Rivalés de la seducción
- 5.5 La amante de Brown

6. Esclavos de la razón
- 6.5 La esposa de King
7. Adversarios del destino
8. Amantes de la tentación

***Las hijas de Lucifer* (en proceso)**

1. El beso de un canalla
2. La tentación del impostor

***La sociedad de los canallas* (en proceso)**

1. La trampa del duque infame

Actuales:

Tu perdón

1. Tu perdón
2. Gracias y perdón
3. Olvidarte ¡jamás!

***Almas perdidas* (en proceso)**

1. Déjame quererte
2. Déjame sentirte